Crónicas de Kor I

Las Hijas de Syndrah

Mónica Prelooker

Las Hijas

de

Syndrah

Éste es un trabajo de ficción. Nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor. Cualquier coincidencia con personas vivas o muertas, instituciones o hechos es completamente casual.

Crónicas de Kor
Libro 1
Las Hijas de Syndrah

Todos los derechos reservados.
Copyright© 2018 Mónica Prelooker

Este libro está protegido por las leyes de derecho de autor y propiedad intelectual. Queda prohibida cualquier reproducción total o parcial o uso del material sin autorización escrita del autor.

Introducción
El Primer Solsticio
I – Anuncios
- 1-
- 2 -
- 3 -
- 4 -
II – La Asignación
- 1 -
- 2 -
- 3 -
III – Las Hermanas
- 1 -
- 2 -
- 3 -
IV – La Primera Lección
- 1 -
- 2 -
- 3 -
V – Lenguajes
- 1 -
- 2 -
- 3 -
VI – El Gali
- 1 -
- 2 -
- 3 -
- 4 -
VII – Montañas y Dioses
- 1 -
- 2 -
- 3 -
VIII – El Etana
- 1 -
- 2 -
- 3 -
- 4 -

IX – El Kahara
- 1 -
- 2 -
- 3 -
- 4 -
X – Vega, el Águila que Cae
- 1 -
- 2 -
- 3 -
- 4 -
XI – Hacia Atrás: La Epidemia
- 1 -
- 2 -
- 3 -
- 4 -
- 5 -
XII – La Caída del Águila
-1 -
- 2 -
- 3 -
XIII – El Rilsa
- 1 -
- 2 -
- 3 -
XIV – Hacia Atrás: La Segunda Prueba
- 1 -
- 2 -
- 3 -
XV – Hacia Atrás: La Primera Prueba
- 1 -
- 2 -
- 3 -
- 4 -
XVI – El Santuario
- 1 -
- 2 -
- 3 -
- 4 -

Introducción

Introducción al área histórico-social – educación básica

Los enfrentamientos armados entre los fieles Solares y Lunares, conocidos como Guerras de Tradiciones, asolaron la Galaxia de Kor durante casi mil años. Fue un período triste y oscuro en la historia de la humanidad, pero como toda era, también llegó a su fin. El Tratado de Paz firmado en Adwa, Rasalhague, en el año 23 851 de la Cronología Antigua, marcó el inicio de la nueva era.

Entre los muchos cambios que la Paz de Adwa introdujo en la vida de Kor, se pueden mencionar la instauración del Calendario Convencional, que aunó los cómputos temporales de toda la Galaxia, y la oficialización de la Lengua Unificada. También se crearon las federaciones de Sistemas, conocidas como Fraternidades Constelares. Estas Fraternidades aportaron una necesaria subdivisión a los Cuadrantes Galácticos, que en el pasado constituían las únicas delimitaciones convencionales del espacio interno de Kor.

Pero sin lugar a dudas, el más importante de estos cambios fue la fundación de la Liga de Kor, el primer organismo de carácter federativo que nucleaba a toda la Galaxia. El establecimiento de sus sedes en los Sistemas de Talitha y Rasalhague, y el inicio de las sesiones de su Asamblea, marcó el Año Cero de nuestro actual Calendario.

Sin embargo, no fue hasta el año 3340 CC (Calendario Convencional) que la Asamblea logró llegar a un acuerdo acerca del uso del estriato. Las armas estriáticas, que durante las Guerras de Tradiciones alcanzaran la capacidad de arrasar planetas enteros con sólo media docena de proyectiles, fueron finalmente prohibidas. El Tratado de Vallace dispuso la veda absoluta para la aplicación bélica del estriato a partir del año 3366 CC.

El Primer Solsticio

Año 3355 CC

La noche del solsticio tocaba a su fin. Comenzaba el invierno en el hemisferio sur de Godabis, quinto planeta del Sistema Mira Omega, en la Fraternidad de Cetus. Una noche gélida y oscura, sin más luz que el mortecino resplandor de la nieve bajo la llama vacilante de las teas en el Anfiteatro. Una plataforma ocupaba la cabecera norte del inmenso recinto abierto. Al pie de la plataforma, bajo la fina nevada que caía desde el crepúsculo, las cincuenta niñas se apretaban unas contra otras, y el rumor de sus túnicas al rozarse despertaba ecos en las antiquísimas rocas que las rodeaban.

La Regente de la Alta Escuela de la Orden de Syndrah avanzó con paso lento. Su grueso manto blanco cubrió los últimos peldaños cuando se detuvo en lo alto de la plataforma, y su sombra se proyectó larga y oscura sobre las figuras inmóviles bajo ella. El viento pareció detenerse en las ramas cuando giró para enfrentar a las muchachitas. A su izquierda se ubicó la Asistente del Sector Occidental con sus dos secretarias, las cinco Tutoras se alinearon en la escalera a su derecha, la Censora permaneció varios pasos más atrás, casi invisible desde el predio central.

Las niñas inclinaron la cabeza en señal de respeto cuando la Regente las enfrentó. El silencio creció hasta hacerse casi palpable, y todas se estremecieron al sentir la penetrante mirada que las recorría desde el rostro en penumbras. La Regente movió la cabeza en un fugaz asentimiento. Podía sentir el miedo de esas niñas, lo comprendía a la perfección: varias décadas atrás, ella misma había estado en esa misma situación. Se trataba de un miedo casi supersticioso, por completo instintivo, con un origen bien definido: ninguna de ellas sabía con exactitud qué les esperaba allí.

Con doce años convencionales todas ellas, nacidas en distintas condiciones sociales y culturales, provenían de los más diversos puntos de la Galaxia. Antes de cumplir su primer año de vida, habían sido señaladas como Elegidas: tendrían el privilegio de intentar convertirse en Altas Sacerdotisas de la Orden.

Ninguna de ellas lo sabría hasta la Danza que marcaba su ingreso a la pubertad.

Para ellas, esa noche no había significado lo mismo que para las

demás muchachitas de Tradición Lunar: cuando se disponían a hacer su entrada en el Círculo, cincuenta encapuchadas se habían presentado en otras tantas Hogueras en busca de las Elegidas, la Estrella de Ocho Puntas bordada en oro en sus mantos. Y las niñas habían tenido que seguirlas, dejándolo todo atrás para embarcarse en las sofisticadas naves de la Orden, sin más equipaje que las togas y mantos rituales que vestían.

Así habían comenzado una jornada que implicaba sólo el primero de una larga serie de cambios que las marcaría de por vida.

Porque muchas son las mujeres de todas las edades que ingresan anualmente en los diferentes Centros de Instrucción que la Orden tiene en todo Kor, pero estas niñas no conocerían ninguno de esos Centros: ellas ingresarían a la Alta Escuela, situada en el rincón más oculto de Godabis, planeta cabecera de la Orden. Allí, en el cuadrante sudeste, cercado por la cordillera más alta de ese mundo, donde brotan los manantiales que alimentan los mares, y las montañas se alzan desnudas hasta el cielo, se encuentra el Valle Sagrado. El Río, nacido en las alturas del monte sagrado La Escala atraviesa el Valle de norte a sur. Y su corazón es la Colina.

Dice la leyenda que Syndrah, la Madre, la Estrella, escoge cada tres años a aquéllas destinadas a convertirse en Sus Hijas dilectas, responsables de representarla en los círculos más altos de la Orden y la Galaxia toda. Y es en la Alta Escuela donde son educadas para convertirse en dignas portadoras de Su Luz.

En aquella glacial noche de invierno del año 3355, en el antiquísimo Anfiteatro de la Colina, cincuenta niñas estaban dando su primer paso en el Camino de la Madre.

I – Anuncios

- 1-

Año 3363 CC – Godabis, Sistema Mira Omega, Fraternidad de Cetus

En la víspera del primer solsticio del año, una pequeña nave despegó del campo de aterrizaje situado al norte de Aishta, ciudad cabecera de Godabis. A su bordo viajaban sólo tres mujeres, que miraban hacia afuera en silencio. Las tres vestían túnicas de blancura deslumbrante y ruedos dorados, una tiara rematada en una discreta Estrella de Ocho Puntas ceñía sus frentes: las tres eran Altas Sacerdotisas de la Orden de Syndrah. El piloto viró, ganando altura. Les llevaría cuatro horas cruzar al otro hemisferio y alcanzar el Valle Sagrado, situado cuarenta grados al sur del paralelo cero.

La mujer más joven se incorporó y se dirigió al expendedor de bebidas; desde allí les echó una rápida mirada a las otras dos, que no le prestaron atención. Se sirvió una infusión y fue a sentarse en una butaca al otro lado de la nave, incómoda por la actitud de sus dos compañeras de viaje.

Ese silencio cargado de tensión era inusual entre Altas Sacerdotisas, Hijas de Syndrah con el adiestramiento profundo que solía hacer de ellas un océano de calma en medio de la peor tempestad.

Una de las Sacerdotisas tenía la vista fija en el paisaje que se deslizaba con vertiginosa rapidez al otro lado del visor. Su edad rondaba los cincuenta convencionales, si bien aparentaba una década menos. Una caperuza negra se ajustaba a su cabeza, enmarcando el rostro de piel trigueña y facciones agradables. Desde la coronilla de la caperuza brotaba la abundante cabellera dorada, que descendía trenzada por su espalda. Sus ojos gatunos poseían una extraña intensidad, y su mirada se animaba con fugaces destellos de tanto en tanto. Su expresión, sin embargo, permanecía inescrutable.

La mujer ubicada frente a ella era de su misma edad, pálida y delgada, y sus ojos verdes no se apartaban del semblante trigueño que se negaba a enfrentarla. En su pecho llevaba el emblema de la Hermana Superiora, casi oculto bajo los espesos rizos rojizos.

Espera que hable, pensó la rubia con un dejo de disgusto. *Es increíble cómo el oficio acaba moldeando la personalidad. ¡Censoras! Todas ellas arrastran la inconfundible impronta de Inteligencia.*

La Censora advirtió la estrecha línea que formaban los labios de la rubia. *No puede ocultar que la reunión no resultó como ella esperaba*, pensó la Censora. Sin embargo, ¿qué había impulsado a la Hermana Superiora de la Orden a llamar a la Regente de la Alta Escuela a esa reunión intempestiva y sin previo aviso? ¿Qué le había comunicado a la Regente para provocar este silencio reconcentrado? La Censora conocía a la Regente hacía más de treinta años, cuando ingresaran juntas como Pupilas de la Alta Escuela, y jamás la había visto de semejante talante. De lo único que podía estar segura era de que el motivo de la reunión, y del extraño humor de la Regente, era el que la llevaba a ella misma al Valle en vísperas del solsticio: las Elegidas que estaban a punto de iniciar la Etapa Final en la Alta Escuela.

La Regente dejaba que la Censora tejiera conjeturas a las que no respondería. En ese momento, en su cabeza sólo había lugar para las muchachas que al día siguiente comenzarían la Etapa Final de su adiestramiento, el último trayecto del Camino que debía conducirlas al Portal de Luz y su consagración como Altas Sacerdotisas. Esa mañana, por fin, había conocido los planes de la Orden para ellas, y sabía que hacía al menos un milenio que la Escuela no albergaba un grupo como ése, en el que la Orden depositara semejantes expectativas.

Después de escuchar a la Hermana Superiora, no podía menos que experimentar una rabia tardía e inútil por haber sido forzada a actuar a ciegas durante los últimos ocho años, sin más guía que su propia intuición, y las reticentes medias palabras que la Hermana Superiora había permitido que le sonsacara en sus reuniones anteriores. Ahora veía que desde el mismo momento en que esas Elegidas iniciaran la Primera Etapa, todo el personal de la Escuela había sido puesto a prueba una y otra vez a causa de ellas. *Incluyéndome a mí, por supuesto. A mí más que a nadie.*

La educación de las Elegidas estaba organizada en tres Etapas de tres años cada una, que se cerraban con evaluaciones rigurosas para determinar quiénes accederían a la siguiente Etapa. Las Elegidas que no superaban las Pruebas eran derivadas a los Centros de Instrucción en Godabis, para completar una preparación que les permitiría sumarse a las actividades de la Orden en cargos de jerarquía intermedia.

La Regente recordaba bien la noche en que estas Elegidas llegaran a la Escuela, el primer solsticio del 3355, cincuenta niñas temerosas de lo que el futuro pudiera depararles. Las habían dividido en cinco grupos de diez, de acuerdo a la costumbre. Les habían asignado una Tutora a cada grupo y las habían llevado al Sector Occidental, sede de la Primera Etapa.

Tres años después, sólo treinta de ellas accedieron a la Segunda Etapa, y esa transición le costó el puesto a la Asistente a cargo del Sector Occidental y a su amiga, la Maestra de Educación Corporal, ambas acusadas de maltratar a las Elegidas. La Regente se alegró por el episodio, ya que desde que asumiera su cargo había intentado en vano dejar en evidencia los tortuosos manejos de ese par. Uno solo de los grupos de diez Elegidas superó completo estas Pruebas, y la Regente obedeció a su intuición y otorgó un ascenso a su Tutora, para que siguiera acompañando a estas diez muchachas en la Segunda Etapa. Ya en ese momento, la Regente y su equipo se referían a este grupo de diez Elegidas como “las rebeldes”. Y las Elegidas y su Tutora se trasladaron al Sector Oriental. Se las dividió en grupos de cinco, la mitad de “las rebeldes” fueron distribuidas en grupos con otras Elegidas, con la esperanza de que sus espíritus combativos se suavizaran.

Los dos años siguientes fueron bastante tranquilos, pero seis meses antes de que concluyera la Segunda Etapa se declaró una extraña epidemia. Tardaron una semana en que los técnicos llegaran de Aishta, analizaran la situación, aislaran el misterioso virus y lo identificaran: cálitus. Un virus asociado con las armas estriáticas que se creía extinto hacía tres milenios. Esa cepa tenía una alteración genética que prolongaba el período de latencia de meses a años. Una vez despierto, mutaba y se convertía en un agente letal de contagio por aire. Se lo atribuyó, como tantas otras cosas, a los arsenales secretos de las Guerras de Tradiciones que todavía no terminaban de descubrirse y desmontarse. Cualquiera de las Elegidas podía haber traído el virus durmiente desde su mundo natal, imposible de detectar en su estado de latencia.

El brote fue rápidamente controlado, pero no antes de que varias Elegidas murieran. Una de las que enfermó provenía del grupo de “las rebeldes”, y su contagio había impulsado al resto del grupo a desafiar absolutamente todas las reglas de disciplina del Sector y la Escuela. Arrastrando, por supuesto, a sus nuevas compañeras de grupo, lo cual puso a la Asistente del Sector Oriental en una situación casi insostenible. A pesar de todo, las

Elegidas se las ingeniaron para que sólo tres de ellas fueran descubiertas.

Dos de ellas se habían atrevido a escaparse del Sector y subir a la Colina, con intención de pedir ayuda para su hermana enferma a la propia Regente. *¡Gran Madre! ¡Ojalá jamás hubiera visto su rostro!*, pensó la Regente, recordando a la muchacha arrodillada a sus pies. La tercera se había escapado de la Casa en plena noche para ir a ver a su hermana enferma. Era obvio que habían contado con ayuda de las demás, pero las tres muchachas habían acatado con hosco estoicismo las durísimas sanciones que les aplicaron, negándose rotundamente a delatar a sus cómplices.

Poco después del brote de cálitus llegaron las Pruebas, y veinte de las treinta Elegidas habían quedado fuera de la Escuela. Fueron enviadas a Centros de Instrucción Especializada en Godabis y a las Universidades del vecino planeta Arka Risena, las mejores de la Galaxia. Sorprendida por esas disposiciones de Aishta, la Regente intentó interrogar al respecto a la Hermana Superiora. Sólo se le dijo que los destinos de estas Elegidas se hallaban en Departamentos clave de la Orden: Inteligencia, Comunicaciones, Planeamiento, incluso Política Exterior, un Departamento casi exclusivo para Altas Sacerdotisas.

Entre las escasas diez Elegidas que accedieron a la Tercera Etapa se contaban cuatro de “las rebeldes”, incluyendo, por supuesto, las tres que terminaran castigadas durante el brote de cálitus. Ya en guardia por las disposiciones para las veinte Elegidas salientes, la Regente otorgó un nuevo ascenso a la Tutora para que siguiera acompañando a las diez restantes, como responsable directa por ellas.

¡Y ahora esto! ¿No podía habérmelo dicho siquiera un año antes?

La Hermana Superiora había recibido a la Regente en sus habitaciones privadas, y lo que expusiera durante la comida la había dejado sin aliento. Por primera vez había hablado abiertamente de los planes de la Orden para estas diez muchachas.

Volvió a verla de pie ante ella, recortándose a contraluz en contraste con el ventanal a sus espaldas. El sol estival rodeaba su figura con un halo resplandeciente, pero comenzaba a evidenciar el peso de los años. Sus hombros, su cuello, la tiesa cabeza, toda ella parecía agobiada por las largas décadas presidiendo una religión con trillones de fieles en toda la Galaxia.

La Hermana Superiora la había llamado por su nombre, con la autoridad maternal que le confería haberla tenido como Discípula

tres décadas atrás. Pero ni siquiera aquella íntima familiaridad había atenuado el efecto de su anuncio. En perspectiva, ahora se hacía comprensible su insistencia en la importancia de esta selecta promoción de Altas Sacerdotisas. Una Princesa Imperial de Delta Cygni, dos futuras representantes ante la Liga, las sucesoras de ambas al frente de la Escuela y la Orden, cinco futuras Directoras en cuadrantes estratégicos de Kor.

¡Vaya promoción!, había atinado a pensar al escucharla. Teniendo en cuenta los destinos de las veinte Elegidas que no accedieran a la Tercera Etapa, era preciso reconocer que semejante convergencia se daba contadas veces en un milenio.

—Son el emergente de la nueva generación, Juné —había dicho la Hermana Superiora—. La Orden precisa renovarse, como todas las grandes instituciones de nuestra civilización. Estas muchachas serán las encargadas de iniciar y dar forma a esa transformación.

Muy bien, para una promoción extraordinaria, medidas extraordinarias. *Sobre todo esas tres rebeldes.* La Regente apartó la vista de las nubes y tornó a mirar a su secretaria auxiliar, que seguía sentada al otro lado de la cabina de pasajeros.

—Comunícate de inmediato con Morgana —le dijo—. Que cite a las siete primeras Maestras de la lista, me reuniré con ellas apenas aterricemos. Y que mande llamar a los Maestros, tienen que estar mañana en el Valle y en mi Casa.

—Sí, señora.

La Regente volvió a mirar hacia afuera. Casi disfrutaba ignorando la perpleja curiosidad de la Censora, que no se atrevió a formular ninguna pregunta. Ella no las necesitaba para adivinar sus pensamientos: *¿¡Maestros!?* Una Hija de Syndrah no solía expresarse, ni siquiera pensar, con tanto énfasis en su sorpresa, pero lo que la Censora acababa de escuchar lo ameritaba y en esta ocasión se lo permitiría. La Regente sonrió para sus adentros. *Piensa lo que quieras, querida.*

Los tres Maestros aguardaron a ser anunciados e ingresaron juntos al gabinete de la Regente de la Alta Escuela. La Regente vació su taza, dando tiempo a que llegaran frente a su escritorio, en el otro extremo de su espacioso despacho. Las edades de los tres rondaban los treinta convencionales, y ella conocía bien la dinámica naturaleza que se ocultaba tras sus expresiones graves, acordes a las circunstancias. Vestían casacas de faldones largos, pantalones y calzado de ejercicios; las arrugas de sus gruesos mantos de invierno hablaban de viajes precipitados desde la Selva del Chacal, en el otro extremo de Godabis, para acudir a su convocatoria.

Los invitó a sentarse con una fugaz sonrisa de cortesía. Ellos obedecieron en silencio y aguardaron que ella tomara la palabra. Lo hizo sin perder tiempo en rodeos.

—Bienvenidos de regreso a la Escuela, hermanos. Como sabrán, mañana por la noche un grupo de Elegidas iniciará la Etapa Final. He decidido que ustedes tomen a su cargo a tres de ellas. —Les tendió a cada uno una cápsula sellada con su emblema—. Aquí tienen sus datos y antecedentes, aunque ustedes ya las han conocido. ¿Alguna pregunta?

Los hombres tomaron las cápsulas con un breve gesto negativo. La Regente leyó en sus rostros que los tres estaban sacando cuentas mentales y hurgando en sus memorias, buscando un rostro determinado. Asintió, dando por finalizada la entrevista.

—Los veré mañana por la noche en la ceremonia.

Los Maestros dejaron el gabinete y caminaron a la par hacia el pórtico columnado de la Casa de la Colina. Saludaron a las auxiliares que encontraron en el ancho corredor, se perdieron en las incipientes sombras del crepúsculo invernal. No pronunciaron palabra hasta haberse adentrado en el sendero que descendía hacia el Sector Septentrional de la Escuela. El más alto de ellos, de cabello claro recogido en una trenza y espalda ancha, fue el primero en hablar.

—Tienen que haber tenido su Prueba hace cinco años.

Los otros dos asintieron. El que iba en medio, de cabellera rojiza muy corta y vivaces ojos pardos, asintió sonriendo de costado.

—Recuerdo a la muchachita —terció—. Una “dorada” de Seria Finalis, como la Regente, toda ella nervio y músculo. Jamás creí que superaría la Segunda Etapa, con sus aires de rebeldía. ¿Y tú, Lesath?

—Sí, la niña que me asignaron entonces era similar —replicó el rubio—. Una exiliada de Delta Cygni.

Ambos miraron al tercero, que meneó la cabeza. Los otros dos se encogieron de hombros y siguieron conversando. Vega solía ser reservado respecto a ciertas cuestiones.

Vega, en tanto, evocaba el solsticio de otro invierno, cinco años atrás, en el Sector Occidental, y pensó: *Tal parece que la prueba continúa.*

Lena guió a las muchachas a través del Sector Septentrional, rodeando el Edificio Principal y el Templo, hacia el grupo de pequeñas viviendas que ocupaban las auxiliares del Sector, llevándolas hasta la más alejada.

Las muchachas se cuidaron muy bien de dar cualquier muestra de curiosidad indiscreta al entrar a la vivienda de la Tutora. A primera vista todo era austero, pulcro, carente de accesorios innecesarios: una imagen que coincidía perfectamente con quien la habitaba.

A una seña de Lena, una de las muchachas se adelantó hacia la despensa en busca de leña para el hogar y otra cerró las ventanas. Lena se quitó el manto y las enfrentó. Ellas advirtieron de inmediato que su mirada era distinta esa tarde. Sabían que las había mandado a llamar luego de una reunión con la Asistente del Sector, e intuían que tendría novedades para comunicarles. Novedades que no debían pasar por los canales habituales.

Lena permanecía erguida junto al perchero, las manos unidas dentro de las mangas de su túnica, los ojos oscuros escrutando los jóvenes rostros frente a ella. Por primera vez desde que las conociera, Lena se permitía hacer a un lado sus rígidas reglas de conducta y enfrentarlas cara a cara desde sus sentimientos.

Ya no eran las niñas torpes y atolondradas de la Primera Etapa, temerosas de cuanto las rodeaba. Ya no eran las adolescentes bulliciosas y rebeldes de la Segunda Etapa, intentando fijar sus propios límites. Ni siquiera eran las mujercitas orgullosas y cautas de la Tercera Etapa, sumergidas de lleno en la etapa crucial de su adiestramiento.

Esa noche ninguna de ellas era “una más” de las tantas muchachas que tuviera a su cargo en sus largos años de servicio en la Escuela.

La luz menguante del ocaso dibujaba claroscuros en esas caras que conocía tan bien, a las que viera crecer día a día. Sólo tres de ellas le habían sido asignadas en la Tercera Etapa: Sergala, Dur y Yasna. A otras las había conocido ya en la Segunda Etapa: N’lil, Dagan, la pálida Vania. Y las cuatro restantes… A pesar de todos sus esfuerzos por mantenerse objetiva, había tenido que reconocer tiempo atrás el entrañable cariño que le inspiraban ésas que consideraba *sus* muchachas, las que conociera casi una década atrás, y con quienes compartiera todas las vicisitudes del Camino.

Mis muchachas, pensó, y la sensación siempre resultaba nueva, extraña. Narha, corpulenta y pelirroja, amiga incondicional de Lune, la "Dorada"; Andria la silenciosa, Elde la inquieta… Su memoria recitó también los nombres de las ausentes.

Las muchachas conservaban una calma elogiable, aguardando que ella les indicara qué hacer o para qué las había traído aquí. *Se han convertido en dignas Elegidas, y estoy orgullosa de ellas.* Repentinamente su mirada cambió, su rostro se convirtió en la máscara impasible de siempre. Sergala ya había encendido el hogar.

—Vengan —dijo al fin—. Elde, prepara té para tus hermanas.

Cruzó la cocina y se sentó en un taburete junto al fuego. Las muchachas se sentaron a sus pies en el suelo, y había una familiaridad tan casual en esa elección, que Lena no pudo dejar de notarla. *¡Parecemos madre e hijas! Si una Censora viera esto, tendríamos un problema*, se dijo, y se permitió un instante de rebeldía inesperado. *En cierto sentido es lo que querían que lograra. Bien, aquí nos tienen.*

—La ceremonia de esta noche en el Templo no será sólo por el Solsticio —dijo al fin—. Se iniciará en la hora novena y marcará el comienzo de una nueva Etapa para ustedes.

Las diez Elegidas se permitieron signos de sorpresa. La Tutora se anticipó a sus preguntas.

—Es conocida como Etapa Final y se la considera parte de esta Tercera Etapa que están transitando ahora. Aprovecharemos el tiempo hasta la cena para hablar de lo que ocurrirá.

Las muchachas intercambiaron miradas al escucharla. Elde sirvió el té y se acomodó entre sus hermanas en silencio. Lena las observó, dejando que la pausa se prolongara durante todo un minuto. *Y a pesar de todo, no les diré que es una despedida.*

El comedor del Centro de Instrucción de Nacomor estaba repleto a la hora del desayuno. La Consejera se detuvo en la entrada y paseó su vista por el centenar de jóvenes allí reunidas. No le costó individualizar a las tres que buscaba: una alta morena, una menuda y frágil, una pálida y casi furtiva. El ruedo blanco de sus claras túnicas grises las señalaba como Sacerdotisas de Oficios, Oficiantes en el lenguaje cotidiano de la Orden. Ocupaban una mesa apartada del resto, que compartían con otras dos muchachas de su mismo grado y edad. *Dos años aquí no las han cambiado, siempre llevarán la impronta de la Alta Escuela,* pensó, abriéndose paso hacia el rincón entre las estudiantes que salían.

Las cinco muchachas interrumpieron su desayuno y alzaron la vista en silencio hacia la Consejera, que enfrentó a las tres de la izquierda sin el menor rastro de una sonrisa.

—Deben presentarse en Supervisión dentro de treinta minutos. Serán trasladadas —dijo con acento frío, impersonal.

—Sí, hermana —respondieron las tres a una.

La Consejera se fue sin agregar más. Apenas estuvo segura de que no la escuchaba, la pequeñita se volvió hacia la morena con una mueca de ansiedad.

—¿Adónde nos enviarán ahora, Munda?

Le respondió la más pálida, procurando que su sonrisa fuera tranquilizadora.

—Nuestro aprendizaje aquí ha concluido. Nos envían a Griffarat para recibir nuestro primer destino y un breve curso intensivo sobre nuestras futuras funciones.

Munda, la morena, frunció el ceño con mirada inquisidora. La pálida siguió sonriendo. *Lo esperaba*, pensó Munda asintiendo. Sabía que los sueños premonitorios de Ilón eran invariablemente exactos. Había tenido numerosas pruebas de ello en los ocho años que llevaban juntas, pero nunca había vencido su desconfianza instintiva hacia semejante fuente de información. *Por eso no nos anticipó nada*, comprendió. Sintió la mano de Tirra, la pequeña, sobre su pierna y la estrechó en silencio. Ilón vació su taza y se volvió hacia las otras dos frente a ellas.

—Hermanas… —terció a modo de saludo, incorporándose.

—La Estrella las acompañe —dijeron las muchachas.

Munda instó a Tirra a pararse y siguieron a Ilón rumbo a la

ancha galería. A través de los ventanales veían los amplios bulevares de Nacomor, transitados a esa hora por miles de estudiantes que se apresuraban hacia las distintas Casas del Saber.

—Griffarat —dijo Munda mientras subían hacia sus dormitorios.

Ilón asintió. A su hermana le gustaban los datos concretos, nada peor para Munda que conceptos vagos o abstracciones. Había hecho bien en no anticiparles lo que ocurriría; ahora podía hablarles de lo que sabía. Siempre resultaba un alivio compartirlo con ellas, aunque ésta era una de las últimas ocasiones en que podría hacerlo. *Las echaré tanto de menos…*

—Griffarat —confirmó.

—¿Veremos a Loha? —inquirió Tirra.

—Estará allí para recibirnos. Ha sido transferida a Asignaciones.

Munda frunció los labios, Ilón volvió a sonreír. *Nunca le ha gustado tener que guiarse por lo que digo.*

—¿Cuánto hace que lo sabes?

La sonrisa de Ilón se acentuó al detenerse frente a su puerta.

—Un mes.

Munda sacudió la cabeza, alejándose con Tirra. Ilón entró a su dormitorio pensando que hubiera podido contarles acerca de las hermanas en el Valle, pero Loha se encargaría de decírselo todo con lujo de detalles, y Munda prefería enterarse de esa forma.

Varias horas más tarde, tras una breve escala en Aishta, el transporte aterrizó en Griffarat. Las tres muchachas aguardaron a que descendieran los demás pasajeros, voluntarias, hermanas de distintos grados, Maestras, técnicos. Cuando al fin abandonaron la nave, vieron a dos Oficiantes que venían a su encuentro. La mayor de ellas, de tez amarilla y duro semblante, dejó que su compañera se adelantara a recibirlas. Loha era menuda como Tirra, aunque de movimientos mucho más enérgicos. Sus dedos aletearon con disimulo el mensaje para las recién llegadas: *“Compórtense, hablaremos luego”*, al tiempo que las saludaba.

—Alabada sea la Madre. —Su voz aguda tenía un tono de seriedad desconocido

Las otras tres se tragaron su sorpresa al responder. —Su Luz es nuestra guía.

Loha les indicó que la siguieran hasta donde la otra mujer aguardaba.

—La hermana Eiree, de Asignaciones —la presentó.

La mujer inclinó apenas la cabeza a modo de saludo y clavó en ellas sus ojos hundidos, inspeccionándolas con intensidad y rapidez. Luego les dio la espalda y echó a andar a largos trancos hacia el estacionamiento. Las cuatro muchachas fueron tras ella en silencio.

Griffarat era una ciudad baja, rodeada por un amplio círculo de tierras destinadas a cultivos y ganado. Los únicos edificios que sobresalían del nivel general se encontraban en el extremo sur, y eran los destinados a Inteligencia y sus dependencias, aislados del resto de la ciudad por una zona de parques y bosquecillos artificiales. En el extremo opuesto de la ciudad, en otro sector forestado, se hallaba el Centro de Instrucción. Entre ambos núcleos se repartían los barrios residenciales, dispuestos con prolijidad en torno al moderno centro comercial.

Mientras el vehículo que las transportaba se dirigía por la autopista hacia el sur, la hermana Eiree ofició de guía para las recién llegadas. Así supieron que la población estable de Griffarat ascendía a un millón de habitantes estables y setecientos mil estudiantes. Una vez en el sector de alojamientos del Departamento de Inteligencia, la mujer se despidió de ellas.

—La hermana Loha les mostrará sus apartamentos —dijo con su voz neutra.

Loha se apresuró a introducirlas en un edificio de cinco pisos con la Estrella de Ocho Puntas tallada sobre la entrada. Apenas la puerta del elevador se cerró, abrazó efusivamente a sus tres hermanas.

—¡Por la Estrella! —exclamó, reteniendo a Tirra a su lado—. ¡Temía que la momia no nos dejara hasta la cena!

—¿Qué significa eso de “apartamentos”? —preguntó Munda.

Loha le sonrió con aire de suficiencia.

—Esto es inteligencia, hermanita, y ustedes están aquí en carácter de Oficiantes a punto de recibir destino. No más habitaciones de uno por uno: ¡ahora tendrás apartamentos de dos por dos!

Los apartamentos que les asignaran estaban en el primer piso, y poco después se sentaban las cuatro a la mesa en el departamento de Loha, en el cuarto piso del mismo edificio. Durante la cena, ella les habló de sus actividades como auxiliar en Asignaciones.

—¿Por qué nos pusiste en guardia respecto a Eiree? —preguntó

Ilón.

—Trabajar en Inteligencia acaba convirtiéndote en fisgona involuntaria, y no en vano Eiree llegó a Jefa de Zona en Asignaciones sin ser Alta Sacerdotisa.

—¿Tienes alguna idea de qué destino nos darán? —intervino Tirra.

Munda miró de reojo a Ilón, que le devolvió la mirada con sonrisa serena. Sí, lo sabía. No, no se lo diría a menos que se lo preguntara expresamente. Loha no respondió. Parecía haber recordado algo, y luego de hurgar en los bolsillos de su túnica, extrajo un minidisco sellado que le tendió a Ilón.

—Carta de Elde —dijo.

Ilón lo tomó con un breve asentimiento y lo guardó sin tocar el sello. Munda hizo un ademán de protesta.

—La Ardilla puede contarte las novedades mejor que esta carta —terció Ilón con suavidad.

En ese momento Tirra les sirvió té. Loha le indicó que volviera a sentarse a su lado.

—Ven, hermanita. ¡Claro que hay novedades en el Valle! —dijo excitada, y las enfrentó con los ojos brillantes—. ¡Hombres!

—¿Hombres? ¿En la Escuela? —repitió Munda incrédula.

—¡Apasionante! ¡Se los contaré todo!

—Dime, Ardilla, ¿acaso no hay hombres aquí en Griffarat?

Loha se volvió ceñuda hacia Ilón, picada por su acento irónico. En vez de contestarle, probó su infusión.

—¡Gran Madre! —exclamó, atragantándose— ¿Acaso quieres matarme? ¡Esto es el *matamemoria* de la Dorada!

—Para recordar a nuestras hermanas —terció Tirra con dulzura.

Loha esbozó una sonrisa que parecía extrañamente madura para ella.

—¿Cómo podríamos olvidarlas? —replicó.

Se llevó una mano al pecho y las otras tres asintieron. Ella no tardó en volver a reír y se incorporó para ir a su dormitorio.

—¿Qué se trae entre manos? —gruñó Munda.

Loha regresó pronto con tres discos, que les tendió.

—Ustedes recordarán que cuando dejamos la Escuela les conté mi idea de hacer una especie de diario de nuestro paso por el Valle —dijo, volviendo a sentarse junto a Tirra—, y que pedí la ayuda de todas para hacerlo. Bien, ahí tienen el resultado: una verdadera recopilación de colaboraciones.

Munda abrió su disco con curiosidad y alzó la vista enseguida, volviéndose hacia Ilón sin ocultar su sorpresa.

—¿Tú la ayudaste?

—¿Por qué no? —replicó Ilón con su suavidad habitual.

Tirra miró el primer archivo de su disco y comprobó que estaba escrito por Ilón.

—Esas copias son para ustedes —explicó Loha—. Llévenselas. Ya tendrán tiempo de leerlas.

II – La Asignación

Andria Dirmale se detuvo a recuperar el aliento en el hall circular, sorprendida de encontrar tanta gente en el Templo. Media docena de auxiliares de la Asistente se apresuraba hacia el pórtico, esquivándola al salir al patio central del Sector, blanqueado de nieve. La alta figura de la Maestra de Rituales se perdió con dos ayudantes en un ancho corredor lateral, la Maestra de Métodos entró a paso rápido rumbo al mismo corredor. ¿Qué estaba ocurriendo? Lena no había mencionado que la ceremonia contaría con semejante asistencia.

Una voz familiar la hizo volverse. Lune llegó a su lado con la misma sorpresa reflejada en su rostro cobrizo. Tras ella venía Vania, que se les unió mirando en derredor con el ceño fruncido.

—No creí que invitarían a todo el personal —comentó.

—Nosotras tampoco —terció Lune—. Lena no nos anticipó nada de esto.

—Será mejor no seguir demorándonos —intervino Andria.

Elde y Yasna las alcanzaron resoplando, se notaba que habían corrido casi todo el camino por el bosque desde sus casas.

—¿Llegamos a tiempo? —jadeó Elde, enjugándose el sudor de su rostro redondeado—. ¡Jamás lo hubiera creído!

En ese momento Lena salió del recinto central del Templo.

—¡Aprisa, están retrasadas! —susurró.

Las muchachas se apresuraron tras ella, y Lena las llevó a ubicarse con las demás Elegidas ya formadas. Ellas obedecieron mirando sorprendidas a su alrededor. El Templo estaba iluminado por una multitud de antorchas fijadas a las paredes, cuya luz cambiante dejaba la alta cúpula en penumbras. Más allá de la inmensa Estrella de Ocho Puntas, que en el suelo de mármol señalaba el centro del recinto, vieron una plataforma baja con una ancha silla de madera de brazos y respaldo tallados. Un paso por delante de la plataforma, a ambos lados del sitial vacío, se alineaban en total diez personas, las capuchas de sus mantos blancos ocultando sus rostros. Las Maestras del Sector y sus ayudantes se habían situado en los laterales del recinto, flanqueando a las Aspirantes.

—¿La Regente? —susurró Vania, señalando el sitial con disimulo.

Las otras alzaron los hombros, y Andria notó los ojos dorados

de Lune fijos en la plataforma, situada de tal manera que el rostro de la Regente quedaría en penumbras, como siempre. Luego se dedicó a estudiar las figuras de pie frente a ellas. La apostura de tres, la forma en que los mantos insinuaban el contorno de sus hombros, las cabezas inclinadas como para disimular la diferencia de estatura, le llamó la atención. Elde la miró por sobre su hombro y sus labios dibujaron con claridad una palabra que su expresión convertía en pregunta: *¿hombres?* Su mano buscó el brazo de Yasna para formar un breve mensaje, y el movimiento de sus cabezas delató risas contenidas.

Andria ni siquiera sonrió. Elde sólo había confirmado su sospecha. La presencia de esos hombres en la Escuela tenía un solo significado posible: eran Maestros Superiores, los únicos miembros masculinos de la Orden cuya presencia se permitía en el Valle Sagrado. *Vega es uno de ellos.* Respiró profundo y descubrió que la perspectiva de volver a verlo ya no la turbaba. Pero que estuviera allí insinuaba infinidad de preguntas que Lena ni siquiera había aludido. *¿En qué consiste realmente la Etapa Final?* Lena sólo había dicho que las Aspirantes y sus Maestras Superiores abandonaban los recintos del Sector Septentrional para aislarse durante el último tramo de su adiestramiento. No había explicado adónde iban o en qué consistía ese adiestramiento individual. Pero aquéllas que acudieran con sus Maestras al Anfiteatro el otoño siguiente, con toda seguridad serían consagradas Altas Sacerdotisas. Sin embargo, esa noche en el Templo no había sólo Maestras. También estaban esos tres *hombres*.

Las puertas laterales del ábside se abrieron y la Regente entró al recinto, escoltada por la Asistente del Sector y la Censora. Avanzaron juntas hasta el sitial, que la Regente ocupó con un amplio movimiento de su manto de pieles blancas. Las otras dos mujeres se situaron de pie flanqueando el sitial.

En el silencio que siguió, la voz de la Regente resonó grave y profunda para alcanzar con claridad a cada uno de los presentes, que inclinaron la cabeza en señal de respeto.

—Alabada sea la Madre —dijo.

—Su luz es nuestra guía —respondieron todos a una.

La Regente aguardó a que el último eco se extinguiera en lo alto de la cúpula y alzó una mano, que surgió al resplandor cambiante de las antorchas con la palma hacia arriba, tendida en dirección a las Aspirantes. Lena se adelantó hacia la plataforma, precediendo a la doble fila de muchachas. Andria sintió la mirada estudiándolas desde las sombras mientras se aproximaban.

—Elegidas —dijo la Regente, y Andria percibió una inflexión desconocida en su acento. Un tono casi íntimo, familiar—, sé que ahora son conscientes de lo que significa estar aquí. Han recorrido un largo camino para llegar a esta noche y esta ceremonia. Y porque lo han hecho, a partir de este momento dejarán de ser Aspirantes para convertirse en Discípulas.

La Regente hizo una pausa para permitir que las muchachas asimilaran sus palabras. Pero no era necesario. La total ausencia de sorpresa o curiosidad tenía una sola explicación posible: Lena. La Consejera les había anticipado el motivo de aquella ceremonia. *Sólo espero que esto no figure en el reporte que llegará a Aishta,* pensó. *Las momias de Inteligencia lo considerarían un subjetivismo imperdonable.*

Como siempre que les hablaba, cuando la Regente calló, el silencio pareció crecer y llenar el Templo. Diríase que ella era la única capaz de hacerlo retroceder.

—Discípulas —continuó, y Andria supo que ninguna de ellas podría atender a otra cosa que sus palabras. El magnífico manejo que tenía de su voz le había permitido cautivarlas con esa única palabra—, desde aquí hasta el Portal sólo resta un corto tramo del Camino, pero es el más estrecho. Cada día del año que hoy comienza encerrará una prueba que deberán afrontar y superar: es la Etapa Final del Camino. Sin embargo, no estarán solas para recorrerla.

Hizo otra pausa, observando el efecto de su anuncio, y sonrió satisfecha para sus adentros. Podía ver los resultados del intenso adiestramiento al que las muchachas se habían sometido durante los últimos dos años. Y el inestimable aporte de la Observadora, asentándolo. *Lena ha hecho otro trabajo excepcional con ellas,* se dijo. *Les he ordenado temer y no evidencian el menor signo de miedo o dudas.* Volvió a estudiar cada rostro. Todas ellas regresarían. El próximo invierno ella consagraría diez nuevas Hijas de Syndrah, listas para asumir las misiones que la Hermana Superiora les reservaba. *La Orden tendrá lo que necesita.* La serena paciencia de las muchachas le inspiraba un dejo de orgullo.

Inmóvil tras el sitial, la Censora fijó aquella escena en su memoria, sabiendo que a su regreso a Aishta debería rendir detallada cuenta de cuanto viera y escuchara. A pesar de haber presenciado incontables Asignaciones, ésta en particular le inspiraba algo cercano a la admiración. Sus ojos entrenados veían en esas Aspirantes espíritus templados y voluntades decididas. Algunas de esas muchachas eran sencillamente indomables. Sin embargo allí estaban, sin el menor rastro de orgullo, toda su atención puesta en su Regente, esforzándose por mostrarse dignas de estar allí. En cuanto a la Regente, bien, su manejo de la situación era magistral, guiando a las muchachas para extraer de ellas la información que precisaba. Alguien en Aishta iba a poner mala cara, pero el único adjetivo en su mente para calificar esta Asignación era "perfecta".

—A partir de hoy —decía la Regente— y hasta que concluyan su aprendizaje, un Maestro Superior le será asignado a cada una de ustedes. Será el responsable directo de guiarlas en esta Etapa y le deberán obediencia y respeto. Si la Estrella así lo quiere, pronto volveremos a reunirnos.

En el silencio que siguió a sus últimas palabras, los pasos de la Asistente al rodear el sitial parecieron retumbar hasta el último rincón del Templo. Andria estudió ese silencio: carecía por completo de tensión. Ni siquiera la insólita expresión de la Regente al usar el genérico masculino había hecho mella en las Aspirantes. *Discípulas,* se corrigió, como si los títulos tuvieran alguna importancia. *¿Y es que acaso algo podría sorprendernos ya?* No era la primera vez que lo pensaba. Sentía que si habían perdido algo en los largos años que pasaran en la Escuela, eso era la capacidad de asombro.

La Asistente se situó a la izquierda de la Regente, un peldaño por debajo del sitial. Lena retrocedió hacia un costado.

—N'lil hija de S'lil —llamó la Asistente.

La muchacha se adelantó sola hacia el estrado, la cabeza inclinada antes sus superioras.

—Al'Nair será su Maestra —dijo la Regente.

Al hacerlo miró a su derecha. Un haz de luz iluminó fugazmente su semblante, mostrando el singular color dorado de sus ojos. Andria frunció el ceño. Esa marca genética era tan inconfundible como rara, y el único lugar de la Galaxia donde podía ser encontrada era Mira Omega. Los dedos de Narha

tamborilearon en su brazo: *"Es nativa de Seria como Lune. No preguntes."* Andria asintió con un cabeceo imperceptible.

Mientras tanto, la quinta persona a la derecha del sitial avanzó para situarse junto a N'lil y enfrentar con ella a la Regente.

—La Estrella vele por ustedes.

—Ella nos mostrará el Camino —respondieron Maestra y Discípula a un tiempo.

Ambas hicieron una leve reverencia, dieron media vuelta y se alejaron para detenerse más allá de la Estrella central.

—Dagan hija de Ragan —llamó la Asistente.

—Sabik será su Maestra —dijo la Regente.

—Elde hija de Belle.

—Sargas será su Maestra.

Andria respondió al fugaz guiño de Elde al pasar a su lado con su Maestra. Sus dedos formaron para ella el signo de buena suerte en el código secreto que las muchachas compartían.

—Yasna hija de Lasna —llamó la Asistente.

—Suhail será su Maestra.

Vania y Andria se adelantaron juntas, esperando ser llamadas.

—Vania hija de Vania.

—Lesath será su Maestro.

Andria notó que las aletas nasales de Vania se dilataban, único indicio de su agitación. La muchacha avanzó con la cabeza muy erguida al encuentro de su Maestro. Lune ocupó su lugar a la izquierda de Andria y su mano le rozó la manga lo suficiente para transmitir dos palabras: *"Primera Prueba."* Andria observó a los dos hombres restantes, aunque le resultó imposible individualizar a Vega. *Él será mi Maestro,* supo sin sombra de dudas. Vio los ojos gatunos de Lune fijos en uno de ellos. Un movimiento casual le bastó para preguntar: *"Yed?"* Los párpados de Lune descendieron y se alzaron.

—Andria hija de Aria —llamó la Asistente.

Un cosquilleo corrió por su espalda al dar el primer paso hacia la plataforma. Sus sentidos, extraordinariamente alerta, percibieron que el pie derecho de uno de los hombres se preparaba para adelantarse. *Sabe que será llamado.* Mantuvo los ojos clavados en la Asistente y respiró hondo, cuidando que nada en su actitud delatara que su pulso se había acelerado.

—Vega será su Maestro.

Andria se mantuvo inmóvil mientras Vega avanzaba hacia ella. Se detuvo a su izquierda y enfrentaron juntos el sitial. Él también

evitó mirarla, pero Andria experimentó un suave flujo de energía que emanaba de él y parecía envolverla, induciéndole una extraña calma. *Ya he sentido esto antes,* pensó.

—La Estrella vele por ustedes.

Vino a su mente un recuerdo de sí misma sentada con la cabeza gacha, temblando de pies a cabeza, y Vega inclinado hacia ella con una prieta sonrisa rozando sus labio. *Esa noche, en el Sector Occidental.*

—Ella nos mostrará el Camino.

La voz de Vega se unió a la suya, adoptando su tono y su cadencia. *Fue así que calmó mi miedo.*

Mientras retrocedían adonde Discípulas y Maestros esperaban, Andria revivió con nitidez la noche en que conociera al encapuchado que ahora caminaba con ella.

—Lune hija de Juné —llamó la Asistente a sus espaldas.

—Yed será su Maestro.

Y mirando retrospectivamente, por primera vez Andria tomó cabal consciencia de la cantidad y la profundidad de los cambios que había sufrido desde entonces. *¿Dónde ha quedado esa niña que era?,* se preguntó. Y una amarga voz interior respondió: *Se ha perdido para siempre.*

Una voz cálida y melodiosa se elevó entre las ayudantes de la Maestra de Rituales, entonando el Himno del Peregrino. Todos los presentes se unieron a ella, entremezclando sus voces en un coro de cuidadas armonías. Concluido el canto que cerraba la ceremonia, la Regente dejó el recinto con la Asistente y la Censora, y el resto del personal se encaminó hacia las puertas. Las Discípulas aguardaron junto a sus Maestras y Maestros, hasta que la llamada Al'Nair le hizo un gesto a N'lil y se encaminó con ella hacia el hall, seguida por los demás.

Ya en la escalinata frontal del Templo, Vega echó hacia atrás la capucha de su manto y sus ojos grises buscaron los de Andria.

—Iremos a tu casa —dijo.

Andria se limitó a asentir y dirigió sus pasos a la parte meridional del bosque que rodeaba el Sector. El persistente viento del este había barrido las nubes, y el Patio y los primeros árboles se recortaban bañados en un tenue resplandor plateado bajo las estrellas. Mientras caminaba, Andria reflexionaba sobre las insoslayables connotaciones sexuales que encerraba para ella la presencia de su Maestro. Tal vez eran el motivo del eco de rechazo que experimentaba hacia él. *Conoció ese animal acosado que yo era entonces,* pensó. *Conoce lo peor de mí. En cierta forma, siempre estaré expuesta ante él.*

Vega se mantenía tres pasos detrás de ella y notaba su tensión, las sensaciones encontradas que envaraban sus hombros y su espalda. Andria hacía buen uso de las enseñanzas que recibiera en los últimos cinco años y controlaba muy bien sus emociones considerando su situación. *Pero aún puedo ver en ti,* pensó con una sonrisa fugaz. La Segunda Etapa había cultivado pródigamente su intelecto, y la Tercera Etapa le había brindado las armas más sutiles para alcanzar casi cualquier objetivo que se propusiera. *Pero casi es lo mismo que nada, y mi tarea es revertir esa diferencia.* Ocho años en la Escuela, el puente crucial entre la infancia y la madurez, habían moldeado el espíritu de Andria con gracia y exactitud. Sólo faltaba ese toque definitivo que haría de ella una *verdadera* Hija de Syndrah. *Y para eso será necesario recuperar aquella inocencia tan pura,* pensó, y se preguntó qué ocurriría si alcanzaba esa meta. Qué *les* ocurriría, a ambos.

Andria se detuvo junto a la puerta abierta de su vivienda y lo invitó a entrar. Vega entendió que ella no aceptaría entrar primero

y franqueó el umbral, adelantándose en el diminuto comedor a oscuras. Andria lo siguió y se apresuró a encender un candil. Lo situó en un estante alto atestado de macrodiscos en la pared opuesta al hogar, y su tenue resplandor iluminó un poco la pequeña cocina más allá del hogar. Vega ya se había quitado el manto, dejando a la vista un austero conjunto de casaca y pantalones blancos. Lo colgó del perchero de madera y señaló la puerta de la despensa en el extremo opuesto de la cocina.

—¿Tienes leña? —preguntó en tono casual.

Andria sólo atinó a asentir, incapaz de apartar la vista de las ropas del Maestro. Algo se revolvió en sus entrañas al reconocer que esa casaca era idéntica a la que ella misma aceptara de él en otra ocasión.

—Un té estará bien —lo oyó decir desde la despensa.

Una oleada de calor azotó el rostro de Andria. Se estremeció, colgó su manto junto al del Maestro y cruzó la habitación hacia la alacena para tomar dos tazas y un tarro de cerámica. La familiaridad de Vega le resultaba ofensiva. La habían educado en una distancia clara y respetuosa de sus superiores, ¿quién era este hombre para tomarse semejante confianza? Sólo entre hermanas se tomaban tanta libertad en el especio de las otras, consecuencia directa de la larga convivencia hasta que recibieran viviendas individuales en ese Sector.

Vega encendió la cocina y el hogar, luego se sentó en el suelo frente al fuego con las piernas cruzadas. Andria le daba la espalda de nuevo con la excusa de preparar el té, y la rigidez de su postura hablaba a las claras de sus sentimientos. *Es inevitable,* se dijo, desviando la vista hacia las llamas. *No puedo permitir que me afecte.*

La muchacha se acercó para tenderle una taza humeante y lo enfrentó, esperando que le indicara dónde sentarse o qué hacer. Vega sonrió al señalar el piso frente al hogar. Andria obedeció en completo silencio, sentándose tan lejos de él como le fue posible. Su elevada estatura no restaba fluidez a sus movimientos, y su cuerpo se insinuaba fuerte y esbelto bajo la túnica. La oscura cabellera violácea descendía en amplias ondas hacia su cintura, con un rizo corto y rebelde colgando sobre su ojo izquierdo. Su semblante se había suavizado con los años, si bien la enérgica línea de sus pómulos y su mentón no se había alterado. La nariz era angosta y recta, los labios muy finos. Sus ojos violáceos como su pelo brillaban como ascuas, insinuando una fijeza escrutadora que incomodaría a alguien poco preparado para sostener su mirada.

—Has crecido —dijo Vega.

Andria sólo pestañeó. Volvía a experimentar el flujo tranquilizador que emanaba de él, mas se resistía a permitirle actuar en ella. En cambio, optó por observarlo como él la observaba a ella, comparándolo con sus recuerdos. Los ojos claros, grises como el acero, el ángulo firme de sus mandíbulas, su piel pálida. *La misma sonrisa, el mismo aplomo,* pensó. *El tiempo no ha hecho mella en él.*

—Este reencuentro no es grato para ti —dijo Vega.

—No, no lo es —reconoció ella, la Discípula respondiendo al Maestro.

Permanecieron en silencio hasta que Vega dijo: —Hay algo que no ha cambiado en ti: la intensidad de tu mirada.

Andria apretó los dientes. No estaba habituada a tener que lidiar durante su aprendizaje con la tensión propia de la diferencia de sexos. ¿Por qué había dicho eso? Era obvio que no la ayudaba a sentirse cómoda, sino que alimentaba la tensión.

—Mi presencia te hace revivir una época que desearías enterrar en el olvido.

Andria asintió. Evitó mirarlo con la excusa de apoyar su taza en el borde del hogar.

—Es por eso que soy tu Maestro.

Lo único que traicionó la sorpresa de Andria fue su falta de reacción. Vega se permitió sonreír. Tal vez ahora la muchacha comenzaría a entender la situación.

—Esta tensión hará que cuanto vivas durante este año e fije en ti con más intensidad. Es la intención de la Regente contigo y las otras dos Aspirantes con un Maestro Superior varón. Nada de lo que has vivido en la Escuela puede ser olvidado, porque todo tuvo y tiene un motivo, un objetivo claro y previsto. Mi trabajo es demostrártelo, enseñarte a aprovechar cuanto has aprendido sin siquiera percatarte de que lo hacías.

Vega calló, esperando su respuesta. Andria unió las mantos dentro de las mangas de su túnica, una costumbre que se contagiara de Lena, y permaneció en silencio. Él terminó su té y se incorporó con esa elegancia felina que Andria recordaba bien.

—Es tarde —dijo.

Andria se puso de pie también y lo siguió hasta la puerta. Vega se envolvió en su manto y abrió la puerta, calándose la capucha hasta los ojos.

—Mañana sabrás de mí. Que Syndrah vele tu sueño.

Un momento más tarde Andria estaba sola en el umbral de su vivienda. Vega era una sombra sigilosa alejándose entre los árboles. Ella cerró la puerta, le dio la espalda y sus ojos cayeron sobre las dos tazas junto al hogar. Soltó un suspiro que era más bien un gruñido y tomó el candil para subir la escalera.

III – Las Hermanas

- 1 -

Una cabeza castaña asomó por encima del seto del corral. Andria alzó la vista al oír el chistido y sonrió al ver a Elde. La muchacha se izó con agilidad, pasó las piernas sobre la cerca y se dejó caer a su lado.

—¿Cómo se han portado hoy? —preguntó, esquivando a las gallinas.

—Sólo tres huevos —respondió Andria resoplando—. Las detesto.

—No se te ve demasiado afligida. Ven, prepararé algo de tomar.

Ya dentro de la casa, Elde puso agua al fuego manteniendo un ojo en la ventana de la cocina. Advirtió la mirada interrogante de Andria y sonrió. —Las demás no tardarán. ¿Te queda *matamemoria?*

—¿Las demás?

Elde sacó del bolsillo de su túnica un minidisco y le guiñó un ojo. Andria resopló su desaprobación. Ese capricho de escribirse a escondidas con Loha era un juego peligroso.

—Insistes en enfadarte, pero admite que te gusta saber de ellas. A propósito, la Ardilla obtuvo noticias de Xien en Arka Risena. —Elde rió al ver cómo cambiaba la expresión de Andria—. Prepárate: se separó.

—¡Separa…! ¿Xien? —exclamó Andria—. ¿De su chico Solar? ¡Imposible!

—¡Imagínate! Y lo peor es que sucedió hace *un mes*. ¡Y nosotras sin saberlo!

Un discreto golpe en la puerta las hizo callar. Andria espió por la ventana e hizo señas a Elde de que podía abrir. Lune y Narha entraron pateando la nieve de sus botas.

—Buenos días, hermanitas —saludó Narha, y señaló el disco en manos de Elde—. ¿Noticias de las perdidas?

—Un día acabaremos castigadas por esto —gruñó Lune, pero arrebató el disco a Elde y sonrió al sentarse a leerlo. Su sonrisa no tardó en desvanecerse—. ¿Qué es esto de la Verde? ¿Estaba viéndose con alguien?

—No sólo viéndose: viven juntos —replicó Narha—. Aguarda, *“estaba”?*

—Según Loha, se separaron hace un mes —explicó Andria.

—¿Quién era? —preguntó Lune.

—Un Solar estudiante de Leyes —respondió Elde—. Está en Arka Risena becado por la Liga. Un futuro Auditor. ¿Qué me dices de nuestra planetóloga?

El rostro de Lune se contrajo en una mueca de horror. — *¡Un Solar!* ¡Gracias a la Madre que se separaron, entonces!

—Vamos, Dorada —dijo Elde—. Las Guerras de Tradiciones terminaron hace tres mil años, por si no lo sabías.

Andria sirvió el té disfrutando escucharlas. Aquellas reuniones furtivas tenían mucho de ritual. Era una forma de revivir la cálida intimidad de la convivencia, alimentaba ese vínculo de amistad que en tantas ocasiones resultara una fuente cierta y efectiva de fortaleza para todas ellas. Los discos que Loha les hacía llegar por intermedio de una auxiliar del molino eran una clara prueba de la fuerza de aquel vínculo, que no se había debilitado después de que ella y las demás dejaran la Escuela, dos años atrás.

Andria se sentó entre Elde y Narha y las cuatro se tomaron las manos a pesar de que la primera plegaria ya había pasado y faltaban varias horas para la segunda. La hora no tenía importancia. Esto era una parte esencial del ritual improvisado, algo que reforzaba esa cadena que las unía sin atar.

—Soy una —dijo Lune.

—Una con la Madre, una con mis hermanas —dijo Narha.

—Somos una con la Madre —dijo Andria.

—Ella nos hace fuertes —dijo Elde.

Y las cuatro concluyeron juntas: —Somos fuertes porque somos una.

Se miraron sonriendo, los ojos brillantes. Elde iba a decir algo cuando un repetido rasguño en la ventana las distrajo. La cabeza rubia de Vania se agitó bajo los finos copos que caían desde el amanecer.

—¿Ya rezaron? —jadeó al entrar, todavía agitada después de correr en la nieve.

Narha asintió mientras Lune le hacía lugar en su taburete y Andria le servía un té. Yasna y N'lil llegaron minutos después y se sentaron en torno al hogar.

—¿Qué hay, Elde? ¿Tienes noticias de las perdidas? —preguntó Yasna frotándose las manos—. Vi a la Maestra de Dur golpear su puerta al alba. Ella y Sergala no pueden demorarse mucho más.

—Tal vez parta hoy mismo —terció Narha.

Las demás intercambiaron miradas de sorpresa.

—Es cierto. Y ésta es la última vez que estamos juntas quién

sabe por cuánto tiempo —dijo Vania—. Al menos hasta el próximo otoño.

Una larga pausa siguió a sus palabras, mientras las muchachas intentaban asimilar la separación tan cercana. *Una más,* pensó Andria. Aquel maravilloso refugio de intimidad desaparecía. Y con él, la única posibilidad que tenían para olvidar por un rato el rígido condicionamiento que les era impuesto y ser espontáneas.

—Debemos planear el reencuentro —dijo Elde—. Nos lleven o no al Anfiteatro para ser consagradas, necesitamos fijar una fecha y un lugar para reunirnos.

—El Manantial del Halcón —propuso Lune.

Las demás asintieron. Todas conocían bien el paraje de sus salidas a la montaña.

—El día siguiente al primer plenilunio de otoño, que es la fecha prevista para la ceremonia de consagración —agregó Yasna.

—Sin horarios —dijo Narha—. Aguardaremos mientras haya luz diurna.

Las otras volvieron a asentir. Alguien llamó a la puerta. Convencida de que sería alguna de las dos ausentes, Elde abrió la puerta de par en par sin mirar antes, y se encontró con una auxiliar de la Asistente. La mujer no se inmutó al encontrarla en una casa ajena, ni a ella ni a las demás que se estiraban a su espalda para espiar qué ocurría.

—Entrega esto a Andria hija de Aria —dijo la mujer. Puso un paquete envuelto en tela en manos de Elde, dio media vuelta y se marchó.

—Baisha nos condene —gruñó Lune apenas Elde cerró la puerta.

—¡Dorada! —la regañó Narha, como cada vez que maldecía.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Vania, incorporándose.

—Da lo mismo —replicó Yasna sin moverse—. Ya nos han pillado. Así que déjame terminar mi té y cuéntenme qué novedades hay de las muchachas.

- 2 -

Ilón Erkleria — primavera 3356

La luna llena blanqueaba el Patio y los tejados del Sector Occidental, sumido en la profunda quietud de la noche estival. Todo el dormitorio estaba en silencio cuando desperté, y aplasté la cara contra mi almohada para sofocar un gemido. Me costaba convencerme de que había logrado despertar. La silueta de Elde se recortó al instante contra el paisaje blanco al otro lado de la ventana y la luna iluminó su semblante contraído en una mueca de preocupación. Giró su cabeza hacia mí, apartó su manta con un movimiento enérgico y se acercó a mi cama. Alguien habló en sueños en la otra hilera de camas, el murmullo floto un momento en el aire. Otra de las muchachas se movió en el extremo de nuestra hilera. Elde se sentó al borde de mi cama y me acarició la cabeza. La ignoré, aún temblando. Librarme de esas horribles pesadillas me demandaba un esfuerzo cada vez mayor. Cuando por fin lo lograba estaba agotada, y sólo quería que me dejaran sola, en paz.

—¡Ilón! ¿Qué te ocurre? —susurró.

—Vuelve a dormir —repliqué con un gruñido.

—Dime qué te ocurre.

—Déjame tranquila. No puedes ayudarme.

Elde halló mi mano y la estrechó. —Otra pesadilla.

Traté de liberar mi mano, maldiciendo su habilidad para adivinar siempre lo que me ocurría. Camastro por medio, Loha se quejó en sueños.

—Despertarás a todas.

—Entonces vayamos a la cocina. Allí podremos conversar.

¡Conversar! Si había algo que no deseaba hacer en ese momento, era hablar. Especialmente con ella, que intentaría sonsacarme qué sucedía como venía haciendo en los últimos tres meses. Sabía que acabaría diciéndoselo tarde o temprano, y temía ese momento.

—No quiero hablar, Elde. ¡Déjame ya!

Elde tironeó de mi mano hasta que no tuve más alternativa que levantarme y seguirla. Y supe que ya no podría eludirla. Esa noche tendría que sincerarme con ella.

Recorrimos el estrecho corredor entre las dos hileras de camastros sin ruido y rodeamos uno de los bancos y la mesa hasta

el hogar. Ya no ardía fuego, pero aún restaban algunos rescoldos encendidos. Nos sentamos en el ancho borde de ladrillos y acercamos las manos a los tizones. Hacía un poco de frío en la cocina.

—¿Por qué no quieres contarme tus sueños? —preguntó Elde apenas nos acomodamos.

—Ya bastante desagradable es tenerlos para, además, hablar de ellos. —Sabía que estaba siendo innecesariamente brusca, pero me resistía a aceptar lo que estaba por suceder.

—Quizás así podrías comprenderlos y dejarían de atormentarte.

—Oh, cállate.

—Mi padre presta mucha atención a los sueños de sus pacientes y los utiliza para curarlos. Dice que en ellos se oculta la clave de cuanto nos ocurre a diario. Mi padre es un médico respetado.

No me molesté en contener mi ironía. —¿Y qué opina el licenciado de Arka Risena de alguien que sueña una y otra vez con su propia muerte?

Elde tardó en responder. Intentó disimular su sorpresa y me observó en la penumbra rojiza de los rescoldos. Me costaba discernir sus rasgos en las sombras caprichosas que poblaban la cocina, pero en el año que llevábamos en la Escuela había aprendido a conocer e interpretar cada uno de sus gestos. Supe que en ese momento pensaba, *"Con que de eso se trataba."* Elde sentía un afecto sincero por mí, más profundo que el que le inspiraban las otras muchachas, y lo que acababa de decirle le había provocado el mismo efecto que el agua helada por las mañanas.

—Ésas son tus pesadillas —murmuró, bajando la vista.

Asentí con los ojos fijos en ella. Intentaba decidir si debía agregar más o callar. Sentía una necesidad imperiosa de compartir con alguien lo que me ocurría y sabía que Elde era la única que podría hallar la forma de ayudarme. Si es que tal posibilidad existía siquiera. Pero había advertido como la afectaban mis palabras y vacilé, porque no quería apenarla. Tal vez había sido demasiado ruda con ella.

—Discúlpame —susurré, y apoyé mi mano sobre la suya.

Elde meneó la cabeza, esforzándose por sonreír. —No hay nada por disculpar —respondió con dulzura.

El silencio se prolongó un minuto entero hasta que volvió a hablar, y supe que se había sobrepuesto a su propia aprensión.

Ahora querría llegar al fondo del asunto.

—¿Cuándo comenzaron? —inquirió.

Me sorprendió que fuera tan directa. —¿Las pesadillas?

—Sí. ¿Cuándo tuviste la primera? ¿Fue antes o después de llegar a la Escuela?

Hablaba con seriedad, y algo en su expresión me hizo pensar en su padre. Seguramente, ésa era la actitud que ella le había visto adoptar al entrevistar a sus pacientes. Reprimí una sonrisa amarga, comprendiendo su esfuerzo por estar a la altura de las circunstancias. *Al fin y al cabo tiene razón,* pensé. *Es la única que puede ayudarme. Ella sabrá escucharme y eso ya es mucho. No importa si no tiene las respuestas que necesito. Quizá nadie las tenga. Quizá Madre estaba equivocada y esas respuestas ni siquiera existen.*

Decidí someterme a su curiosidad.

—No recuerdo con exactitud cuándo tuve la primera, pero puedo contarte de dónde provienen.

Elde asintió, instándome a seguir.

—Mi madre es vidente. Su madre lo era, y la madre de su madre —expliqué—. Es una característica que se da en la primera mujer de cada generación en mi familia. Yo soy la primera de la mía, y poseo la capacidad premonitoria de mi herencia genética. Esta capacidad se manifiesta de diferentes formas, si bien siempre despierta con la llegada de la pubertad. En realidad, este despertar no es más que el paso a la consciencia de cierta información que hasta entonces había permanecido oculta a nuestra mente. En mí, las premoniciones se presentan en forma de sueños.

Callé. Jamás hubiera creído que le diría tanto a una extranjera. En mi mundo natal de Enán, las aptitudes parapsicológicas se educan como cualquier otro aspecto de la personalidad. Una familia enaria que no tenga al menos un sensitivo por generación es considerada rara en nuestra cultura. No en vano mi planeta es llamado “Tierra de Profetas”.

Elde me escuchaba fascinada por la naturalidad con que le hablaba de algo que para ella era un portento casi inverosímil. No me interrumpió con preguntas, y aprovechó mi silencio para ordenar sus ideas. Más tarde supe que su padre había viajado a Enán mientras preparaba la tesis de su doctorado. Para alguien como él, resultaba muy atractivo estudiar cómo se aplicaba su especialidad en un medio tan singular. Y Elde no había olvidado lo que su padre le había contado a su regreso: los enarios que se ven imposibilitados de desarrollar sus facultades sensitivas pronto evidencian complejos síntomas de somatización, los cuales derivan

indefectiblemente en afecciones de difícil recuperación y hasta enfermedades inmunes a todo tratamiento. Eso la ayudaba a comprender mi situación, pero no a pensar en ningún medio a nuestro alcance para revertirla. Ella adivinaba que mi única alternativa era superarme a mí misma y resistir. Un proceso difícil pero no imposible. Y fue esa noche junto al hogar apagado que decidió ayudarme a lograrlo. La tranquilidad que le produjo tomar esa decisión se reflejó en su expresión.

Su sonrisa me hizo sonreír. Había soñado con ella durante todo el año previo a la Danza. Una mano tendida en las sombras. Y conforme la Danza se acercaba, la imagen se había aclarado hasta que su rostro fue visible. Aquella primera noche en el Anfiteatro la había descubierto temblando a mi lado. Una circunstancia azarosa, como cuando Iara nos pusiera en el mismo grupo de Pupilas. Una circunstancia azarosa, una señal inequívoca. *Es ella,* había pensado su noche, recordando las últimas palabras de mi madre al despedirse de mí: *"Tú espíritu querrá morir y sufrirás por ello. Pero hallarás una amiga que te acercará a las respuestas que buscas. Ella se brindará a ti de forma incondicional en su afán por ayudarte. Y por lealtad a su amor deberás luchar contra tu propia naturaleza. Tal vez eso sea lo único que te mantenga con vida en los momentos críticos."*

Sentí un escalofrío y desvíe la vista hacia los rescoldos casi consumidos. Ahora comprendía lo que Madre había querido decirme: la amistad entre nosotras crecería, y desde que mi muerte implicaría un dolor para mi amiga, estaba obligada a hacer todo lo posible por evitar herirla. Aunque eso significara someterme a una vida que tanto mi cuerpo como mi espíritu rechazaban.

—¿Y dices que en tus pesadillas ves tu propia muerte? —preguntó Elde. A pesar de que su voz no era más que un susurro, pareció llenar la casa con su acento claro y animado—. ¿Y tú crees que podría tratarse de sueños premonitorios?

—*Son* sueños premonitorios —corregí—. Sé diferenciarlos.

—Dijiste que no recuerdas cuándo lo tuviste por primera vez.

—Los sueños premonitorios se repiten hasta cumplirse. Pueden transcurrir años enteros sin que eso ocurra, pero siempre acaban regresando. Y cuanto más cercana está su concreción, más frecuentes se hacen.

—Y tú…

—Desde que llegué a la Escuela, esta pesadilla se ha repetido una vez por mes. Han surgido otros sueños, por supuesto, pues…

—Pero el de tu muerte…

Me esforcé por ignorar su angustia al impedirme cambiar de

tema.

— Quince veces. Siempre dos días antes del plenilunio.

—¿Y tú crees que…?

Sacudí la cabeza. Me ardían los ojos y sentía la garganta seca. Hice un esfuerzo por mantener la calma. *Es la única vez,* me dije. *Luego no precisaré más explicaciones. Ella comprenderá con un gesto o una mirada. Pero sólo si hoy soy lo bastante clara.* Volví a estremecerme. Hubiera preferido hablar de mis otros sueños. Tal vez aquél en que veía a Elde hincar una rodilla en el Anfiteatro vistiendo una túnica blanca, la larga cabellera azabache trenzada hasta su cintura, para que la Regente ciñera a su frente la tiara de oro con la Estrella de Ocho Puntas, invistiéndola Alta Sacerdotisa. Pero no. La única manera de que Elde me comprendiera era hablar de mi propia muerte.

—Los sueños premonitorios tienen dos características que hay que tener en cuenta —expliqué—. Una es su frecuencia, la otra es su claridad. Un sueño repetido, pero confuso, indica una posibilidad cierta de que lo que sueño se concrete. Un sueño que no vuelve a repetirse, si es en verdad claro, señala un hecho muy próximo.

—¿Tus pesadillas son confusas o…?

—Todavía son confusas —respondí, callando que bien podían comenzar a clarificarse en cualquier momento.

Elde no ocultó su alivio y estrechó mi mano entre las suyas.

—Pero el peligro existe —terció.

Asentí con la cabeza gacha.

—A cada paso. Todo aquí encierra peligro para mí. La Escuela es una trampa mortal que aún ignoro si podré eludir.

—No creo que toda la Escuela sea peligrosa para ti. Una Alta Sacerdotisa es mucho más que una bestia asustada con las manos encallecidas, que es en lo que pretenden convertirnos ahora. Las otras Etapas tienen que ser distintas. El peligro real para ti radica en esta rutina que nos embrutece, obligándonos a vivir y trabajar como esclavos de la prehistoria, siempre temiendo que Iara frunza el ceño. Pero ya estamos a mitad de camino al Primer Umbral. Debes ser fuerte y resistir hasta que hayamos accedido a la Segunda Etapa. Ésa es la solución.

Suspiré para no responderle. Elde hablaba con una satisfacción ingenua, complacida por haber hallado una supuesta solución a mi problema. ¡Tan sencillo! Los ojos me ardían de tanto contener las lágrimas. ¿Cómo explicárselo? Todavía restaban casi dos años hasta concluir la Primera Etapa. Dos años más de frío, privaciones,

temor. ¡Dos años, cuando me sentía tan cerca del límite de mis fuerzas! Dos años de lucha constante para dominar mis impulsos de muerte, reprimiendo la necesidad agónica de lo que en mi mundo es considerado un derecho individual básico: la posibilidad de desarrollar las aptitudes intrínsecas del espíritu y la mente. ¿Cómo sobreviviría en este medio hostil que me negaba lo que me era tan necesario como el aire mismo?

Mi suspiro le llamó la atención. Se incorporó y salvó la distancia que nos separaba para enfrentarme en el resplandor mortecino del último rescoldo. Sonrió y me abrazó con fuerza.

—Sé que no será nada fácil —susurró en mi oído—. Pero no estarás sola. Ya nunca volverás a estar sola. Porque yo te ayudaré. Y éste será nuestro desafío y nuestro secreto desde hoy.

Asentí, escondiendo el rostro en el hombro de mi amiga, y al estrecharla sentí algo tibio y desconocido en mi pecho. Cerré los ojos arrasados de lágrimas, agradeciendo a Syndrah por haber puesto esta luz en mi camino.

Andria abrió expectante el paquete que le dejara la auxiliar. Sus hermanas se habían ido y el silencio de la nieve invadía la casa, sólo perturbado por el crepitar del fuego en el hogar.

El lienzo cubría una mochila de travesía de antiguo diseño. La revisó con curiosidad. El material era liviano, resistente, impermeable; las correas y hebillas tenían un acabado prolijo. En una inspección más profunda para comprobar las costuras, descubrió una cápsula en uno de los varios bolsillos laterales. La abrió de inmediato y leyó el breve mensaje que precedía una lista detallada y diversa. Las palabras estaban redactadas en un falso tono neutro que rezumaba autoridad. No eran instrucciones sino órdenes. *¿Por qué pretende ser amigable? Es mi Maestro, no mi amigo. Lo que espero de él es enseñanzas, no amabilidad.* Dejó la cápsula junto a la mochila resoplando por lo bajo. El rechazo que había experimentado la noche anterior se reavivaba.

Se envolvió en su manto con un movimiento mecánico y salió con paso rígido. Sentía bullir en su interior una mezcla confusa de emociones antiguas, lejanas, renovadas por las pocas palabras en la cápsula. *Un tipo de emoción impropia de alguien con mi preparación. Como si hubiera retrocedido en el tiempo.* Y así era, en efecto. En un rincón dentro de ella había despertado una Pupila furtiva y temerosa, su instinto de supervivencia agudizado al máximo, carente de lógica y autodominio, siempre al acecho de cualquier peligro para evitarlo y salvar el pellejo. Literalmente.

El aire frío de la mañana la llenó de imágenes de esa época. Las pesadas tareas manuales para proveerse de lo básico para subsistir. Interminables plantones en noches invernales, orando con sus hermanas hasta que les permitían un respiro, justo antes de morir congeladas. Una celda húmeda y oscura en los sótanos del Edificio Principal. Incontables horas de durísimo entrenamiento físico que pulía sus cuerpos ofuscando sus mentes. La siniestra figura de Iara, la Asistente del Sector Occidental, con sus espías que vigilaban a las Pupilas a toda hora. Y su amiga Pollux, la sanguinaria Maestra de lucha.

"Sólo quien ha conocido la oscuridad absoluta está en condiciones de iniciar su ascenso hacia la Luz de la Madre." Lena lo había dicho años atrás, cuando la reencontraran en el Sector Oriental al iniciar la Segunda Etapa. *"Durante la Primera Etapa han descendido hasta el último peldaño. Ahora podrán comenzar a crecer y educarse en la Luz."*

Los pies de Andria se hundían en la nieve fresca en su camino al Patio del Sector Septentrional. *¡Hasta el último peldaño!* Tenía la impresión de que las pruebas del Primer Umbral habían constituido el descenso final. Y por primera vez reconoció a Vega como parte casi central de ese último peldaño.

Encontró a Lune y Vania en el linde del bosque. Caminaban silenciosas y abstraídas, y se detuvieron sorprendidas al verlas. Andria se permitió una débil sonrisa.

—Voy al Taller por equipo —dijo—. Debo prepararme para partir mañana.

—Nosotras también —asintió Lune, y alzó hacia ella sus singulares ojos dorados colmados de interrogantes.

Andria se encogió de hombros. Adivinaba que sus dos hermanas debían haber recibido mensajes similares al suyo, o habían tenido una entrevista con sus Maestros. Era evidente que las tres se hallaban atrapadas en el mismo remolino de recuerdos. *Creo que si en este momento Iara apareciera ante nosotras, no nos sorprenderíamos.* A una seña de Vania, echaron a andar juntas rumbo al Taller.

—No me agrada recordar la Primera Etapa —murmuró Lune, su voz un pálido eco de su habitual tono enérgico—. No de esta manera.

—Forma parte del Camino —replicó Andria.

—Tiene que haber un motivo para todo esto —dijo Vania.

—Y lo sabremos a su debido tiempo. —Lune hizo una mueca—. Ya hemos escuchado eso demasiadas veces desde que llegamos aquí.

—Tal vez ésta sea la última —aventuró Andria.

Las otras dos asintieron.

—Como sea, me tranquiliza saber que Pollux no surgirá de ningún rincón —terció Vania, tratando de sonreír.

Lune le dirigió una dura mirada y Andria bajó la vista. Lo mismo habían creído al acceder a la Segunda Etapa, y se habían equivocado. La cruel Maestra había resurgido como un fantasma vengativo en el Sector Oriental cuando se declarara la epidemia de cálitus, llevándose a Zamir como voluntaria para cuidar a las hermanas enfermas. Y Zamir jamás había regresado.

—Lo siento —musitó Vania.

Lune le presionó el hombro. Vania también había conocido y querido a Zamir, que en el Sector Oriental había sido separada del grupo junto con Lune, destinadas a compartir vivienda con Vania,

N'lil y Dagan. Sabían que no había habido mala intención en su comentario. *Ella ayudaba a cuidar el rosal que Xien plantó en memoria de Zamir,* evocó Andria apenada.

Después de procurarse cuanto precisaban en el Taller, decidieron regresar a sus casas sin cruzar el Patio y se internaron en el bosque blanco y silencioso. Lune se detuvo ante su puerta y vaciló.

—En caso de que no volvamos a vernos…

—El Manantial del Halcón —asintió Vania.

—Si llegara a pasar por un refugio de altura, dejaré una señal —agregó Lune—. Mi parte de la plegaria.

—Buena idea —dijo Andria.

—Les avisaré a Elde y Narha para que hagan lo mismo. Así sabremos.

—Así sabremos —repitió Vania tratando de sonreír.

Lune las miró por última vez y entró a su vivienda. Andria y Vania se separaron pocos minutos después sin haber cruzado palabra. Ya habían dicho todo lo necesario.

IV – La Primera Lección

Un rumor en la cocina inmovilizó a Andria a mitad de la escalera, y sólo entonces advirtió el resplandor tenue y cambiante que se esparcía en lo que veía del piso alrededor del hogar. Sus nudillos en torno al candil se pusieron blancos. Había alguien ahí abajo, y no era ninguna de sus hermanas.

—Buenos días.

La voz de Vega la hizo estremecer. ¿Qué hacía en su casa cuando el día aún no había despuntado? ¿Qué significaba semejante intromisión? Con la mano libre se cerró la bata y ajustó el lazo en torno a su cintura.

—Ya puedes bajar. El desayuno está listo.

Andria respiró hondo, procurando que la sangre dejara de afluir a su rostro, y terminó de bajar la escalera. Vega cerraba la alacena, de espaldas a ella. Un suculento desayuno para dos cubría la mesa.

—Buenos días —repitió Vega sin volverse.

Andria no respondió y se encerró en el baño para asearse. Fue una de las contadas ocasiones en las que el agua helada no le causó ninguna molestia, sino que la ayudó a recuperar la calma. *¡Por la Estrella que nos guía! ¿Qué está haciendo aquí?* Volvió a envolverse en su bata, ató el cabello mojado y se descubrió echando en falta un espejo. *Maldita sea. Típica reacción de hembra ante un macho. Como si importara si "estoy presentable".*

Vega la aguardaba sentado a la mesa y le señaló el lugar a su derecha. Su expresión era inescrutable y no mostraba el menor atisbo de una sonrisa.

—Creí que…

—Buenos días.

Su suavidad al interrumpirla semejaba una bofetada. Andria apretó los dientes un momento antes de corregirse.

—Buenos días, Maestro. Creí que enviarías por mí después de la primera plegaria.

—Cambié de idea.

Andria decidió no detenerse en su respuesta y unió sus manos sobre la mesa para recitar la primera plegaria. Desayunaron sin pronunciar palabra. Cuando concluyeron, Andria llevó tazas y platos a la cocina para lavarlos. Vega acercó su taburete al fuego.

—¿Tienes todo listo? —preguntó, rompiendo el silencio.

¡Ese tono! Esta vez no pudo evitar que la tranquila suficiencia

del Maestro la irritara. Era una casual autoridad varonil imponiéndose a la mujer. Además, había entrado a su vivienda y preparado el desayuno con tal sigilo que nada había delatado su presencia. Ese detalle la alarmaba.

—Sí, Maestro.

—Entonces partiremos tan pronto te vistas.

Aquella alusión a su desnudez alimentó su irritación. *¿Y pasaré un año entero con este hombre?* Cualquier prueba que afrontara en el pasado quedaba reducida a un juego de niños en comparación.

Vega adivinó su rabia en sus movimientos rígidos y se permitió una sonrisa fugaz. Sabía que las reacciones de Andria eran tan inevitables como necesarias, de modo que se había prohibido a sí mismo experimentar el menor remordimiento.

Andria pasó tras él hacia la escalera y subió al dormitorio. La habitación no tenía puerta, aunque en invierno ella colgaba un tapiz en su lugar, para evitar las corrientes de aire. Su ropa para caminatas en la nieve la esperaba en el taburete bajo la ventana, y sólo le tomó un par de minutos vestirse. Al apartar el tapiz para regresar a la planta baja, encontró a Vega en el diminuto espacio entre ella y la escalera, bloqueando el paso. Sostenía en su mano el cuchillo de caza de Andria y lo observaba muy serio.

—¿Sabes usar esto? —inquirió.

Andria asintió. Poco escapaba a los agudos sentidos de una Aspirante, y su adiestramiento señalaba como peligroso a cualquiera que lo hiciera. Vega se movía con tanto sigilo que no lo había escuchado subir la escalera de madera vieja y crujiente. Y ahora empuñaba un arma, impidiéndole el paso. No necesitaba preguntarse si ese hombre representaba un amenaza. Cuando él alzó la vista, Andria sostuvo su mirada y tensó todos sus músculos, al tiempo que su expresión se relajaba. Podía retroceder hacia el dormitorio se era necesario, pero el tapiz colgando a su espalda podía jugar en su contra.

Vega sonrió una vez más. Sabía a qué conclusión había llegado la muchacha y podía ver que estaba preparada para defenderse físicamente. La pregunta era cuán lejos estaba dispuesta a ir.

—Entonces lo llevaremos —dijo.

Amagó a girar hacia la izquierda pero se echó hacia atrás, esquivando la veloz patada que buscaba el puñal. Andria vio que cambiaba el arma de mano antes de que ella la alcanzara y adoptó una guardia defensiva. La hoja rasgó el aire en dirección a su pecho. Andria detuvo el brazo, pero el puñal estaba otra vez en la diestra de Vega. Con un movimiento sorpresivo, él liberó su brazo

y empujó a Andria contra la pared junto a la puerta. La punta del puñal se inmovilizó a milímetros de su garganta. Andria contuvo el aliento: cualquier movimiento la empujaría hacia la hoja.

Vega esperó a que lo enfrentara. La muchacha era un digno producto de Pollux. Sólo ese demonio de mujer era capaz de enseñar semejante velocidad. Cuando Andria lo miró a los ojos, él acercó su cara a la de ella entornando los párpados.

—*Soy* peligroso —susurró.

Su mano buscó la de Andria y la cerró en torno a la empuñadura del puñal. Entonces retrocedió, le dio la espalda y bajó la escalera sin mirar atrás.

Andria tardó un momento en apartar el puñal de su propia garganta. Vació sus pulmones al tiempo que una gota de sudor corría por su rostro. Nada de lo que acababa de ocurrir había sido fingido. Aquella brevísima lucha había sido real. Ella estaba dispuesta arrojarlo por la escalera de tal manera que se rompiera la espalda. Y Vega hubiera podido herirla y hasta matarla. Su agilidad la impresionaba. En ningún momento había precisado apelar a su superioridad física para vencerla: sólo había utilizado su destreza.

La cabeza del Maestro asomó por encima del último escalón.

—Está amaneciendo. Hora de partir —dijo, y desapareció.

Los ojos de Andria se fijaron desorbitados en el hueco de la escalera.

Se alejaron del Sector Septentrional a través del bosque hacia el este. Vega abría la marcha. Andria se mantenía dos o tres metros más atrás, por precaución. La mochila se adaptaba a su espalda sin roces ni tirones, y ninguna correa o hebilla ejercían presiones incómodas; el peso bien repartido no estorbaba. *¿Adónde nos dirigimos?* El equipo que Vega le había ordenado preparar consistía en dos mudas completas de recambio, calzado liviano, manta térmica, bastones retráctiles, provisiones para cinco días. A no ser por la ausencia de equipo de escalada, todo indicaba una travesía de varias jornadas por la montaña. Pero Andria ya había desechado esa idea. El Sector Septentrional era el más cercano de la Escuela a La Escala y estaba rodeado por los picos más altos de la cordillera. La altura promedio en torno a la Colina rondaba los cinco mil metros, y ascendía sostenidamente hacia el norte hasta los nueve mil del triple pico de La Escala, siempre oculto por las nubes excepto en los días previos al solsticio de verano. *Me gustaría saber qué tiene planeado.*

Vega caminaba sin molestarse en comprobar si ella seguía ahí, tras él. Sólo al mediodía hicieron un alto breve y silencio. Comieron un bocado, llenaron sus tubos de agua en una diminuta cascada que se había negado a congelarse y siguieron adelante. El bosque se hacía más denso conforme se acercaban a la Gran Pared Este; los árboles eran más altos, sus troncos revelaban una vida varias veces centenaria. Los pasos de ambos se perdían sin eco en aquel inmenso estadio de silencio, sólo perturbado el rumor ocasional de la nieve resbalando al piso desde las gruesas ramas, se negaban a doblegarse bajo su peso. No soplaba viento y la luz difusa y plomiza parecía invariable.

Poco a poco un rumor constante creció frente a ellos. Andria lo identificó como el sonido de un arroyo aún invisible. Su sentido del tiempo le indicó que promediaba la tarde, aunque le resultaba imposible calcular la distancia recorrida. El terreno era llano, pero la nieve era un factor inevitable de retraso. Su cuerpo, habituado a marchas prolongadas, no acusaba cansancio. Sin embargo, algo le estaba empezando a provocar un malestar similar a la fatiga. No podía deberse a que ignoraba el rumbo de aquella caminata: ninguna Maestra daba explicaciones cuando las llevaban a la montaña. Se vio obligada a reconocer que lo que la incomodaba era él, Vega. No sólo el elemento desconocido de aquella situación, sino el elemento peligroso.

No me hará daño. Es mi Maestro. Estuvo tentada de reírse en voz alta de su propia ingenuidad. Ninguna Maestra había vacilado jamás en imponerles tareas que implicaban riesgos, y prefería no recordar las sanciones que esperaban a quienes no cumplieran los objetivos de forma satisfactoria. El mero nombre de Pollux había encerrado impronunciables promesas de terror durante varios años para sus hermanas. Promesas que ella había visto cumplidas en oscuras celdas castigo en dos oportunidades.

¿Por qué sigo volviendo a esos recuerdos todo el tiempo desde ayer?, se preguntó, disgustada consigo misma. La respuesta era tan obvia que alimentó su enojo: porque para ella, Vega era parte de esa época. Notó que había perdido de vista a Vega tras una curva del sendero y apretó el paso, aunque se perdió en sus cavilaciones de nuevo tan pronto como volvió a acortar la distancia.

El arroyo corría hacia el sur por un ancho lecho rocoso entre los árboles. Al llegar a la orilla, Vega torció hacia la izquierda y lo remontó hasta un ancho tronco caído a través del arroyo, cuyas ramas se hundían en la nieve al otro lado. Se trepó de un salto y lo cruzó con paso rápido y seguro. Andria observó la superficie resbalosa, cubierta de musgo. Vega bajó del tronco y le dirigió una breve mirada, como preguntando por qué se demoraba. Andria encajó las mandíbulas. *¿Desde cuándo me dejo intimidar por un hombre?* Subió al tronco sintiéndose una tonta y cruzó el arroyo en cinco pasos. Al otro lado, Vega le tendió una mano para ayudarla a bajar, gesto que Andria ignoró. De modo que volvió a darle la espalda y retomó camino remontando el curso del arroyo. Andria lo siguió, resoplando. ¿Cómo era posible que este hombre la hiciera dudar de sí misma así? Por algún motivo, revivía en ella una inseguridad que creía superada hacía mucho. Otro factor que lo hacía peligroso. Meneó la cabeza, todavía enfadada consigo misma. La luz comenzaba a declinar, señalando el cercano ocaso.

Poco después, Vega se apartó una decena de metros del arroyo y se detuvo al pie de un árbol añoso.

—Acamparemos aquí —dijo, quitándose la mochila—. Ocúpate del agua.

Andria obedeció en silencio y regresó al arroyo con dos escudillas y los tubos de agua de ambos. No se apresuró a regresar, y cuando lo hizo, vio que Vega había limpiado de nieve el suelo bajo el árbol. No la miró ni le dirigió la palabra. Sacó de su mochila una tienda pequeña, para sólo dos personas, y se dedicó a montarla con una rapidez y una facilidad que hablaban de muchos años de experiencia.

—Traeré leña —dijo Andria, y volvió a alejarse.

Mientras buscaba ramas caídas que no estuvieran demasiado húmedas, sintió la rabia que volvía a agitarse en su interior. *Me hace sentir inútil,* comprendió. Encontró dos ramas gruesas que les darían buen carbón y las cargó con cierta dificultad. Su mente fluctuaba entre los recuerdos del hombre que conociera cinco años atrás y que ahora preparaba el campamento. Resultaba increíble que se tratara de la misma persona. ¿Adónde habían quedado su gentileza, su amabilidad? ¿Podía haber cambiado tanto? ¿Cómo no lo había advertido al reencontrarlo dos noches atrás, en el Templo? Meneó la cabeza suspirando. Durante todos esos años, el recuerdo de Vega se había convertido en uno de los rarísimos momentos agradables de la Primera Etapa. *Eso no significa que él haya cambiado. En ese entonces yo aún era una niña. La Primera Etapa fue una pesadilla, y conocerlo fue parte del fin de la pesadilla.*

Cenaron en completo silencio. Vega recogió platos y escudillas y se dirigió al arroyo para lavarlos. Detestaba toda aquella pantomima. *Pero es necesaria,* se repitió por enésima vez desde la Asignación.

Necesitaba sacudir las estructuras demasiado rígidas en Andria, consecuencias colaterales de su adiestramiento. Necesitaba sacudirla *a ella.* Debía socavar sus certezas relacionadas con sus conocimientos adquiridos. Era la única manera de transformar todo lo que viviera y aprendiera desde su llegada a la Escuela en un bagaje homogéneo, de modo que lo incorporara realmente. Como decía su viejo Maestro: *"Sólo quien logra conservar la pura esencia de su ignorancia puede aspirar a la sabiduría."*

Vega hundió las escudillas y sus propias manos en el agua helada del arroyo. Había llegado el momento de dejar al descubierto el verdadero espíritu de su Discípula, toda su luz y toda su fuerza. Fregó y enjuagó las escudillas, recogió los platos. No tenía sentido cuestionar el precio que él pagaría por lograrlo. Era lo que la Orden requería de él. Se detuvo a pocos pasos de la fogata, oculto en las sombras del bosque, para observar a Andria. Había cambiado su chaqueta de caminata por su manto, que la abrigaba sin ceñirse a su cuerpo. Los ojos cerrados, el semblante distendido, estaba sumergida por completo en un ejercicio de relajación, tal como le enseñaran a hacer después de una jornada como aquélla. Y volvió a pensar lo mismo que había pensado esa otra noche de invierno, cinco años atrás, cuando la conociera: *No me han dejado muchas alternativas.*

Andria se despertó al sentir que Vega se movía. Ninguno de los dos había conciliado un sueño profundo esa noche. Tendidos lado a lado en la estrechez de la tienda, cualquier movimiento de uno despertaba al otro. Las horas de frío y oscuridad transcurrieron lentas en esa calma forzada, ambos inevitablemente expuestos al menor ruido del otro. Ningún ejercicio le había servido a Andria para disipar tensiones. La proximidad de Vega la ponía más nerviosa de lo que era capaz de reconocer.

Vega se deslizó fuera de la tienda y Andria experimentó un alivio indescriptible al saberse sola. Se tendió de costado, tironeó la manta térmica para cubrirse hasta el mentón y suspiró. Tras sus párpados cerrados, percibió un cambio en la oscuridad fuera de la tienda: Vega había encendido fuego. Si todas las noches hasta que el clima les permitiera vivaquear iban a ser como ésa, sería el invierno más largo de su vida.

Escuchó el tintineo de la escudilla colgando sobre el fuego. Se sentía agotada. Sabía que era natural estar cansada tras la primera jornada de la travesía, pero en este caso su agotamiento era producto de la tensión creciente entre ella y su Maestro. Debía hallar pronto una solución si no quería ser la primera perjudicada. *"Durante prácticas prolongadas de exposición, el rendimiento físico es siempre decreciente."* Una verdad que la Maestra de Supervivencia les había hecho comprobar desde las primeras salidas con ella a la montaña. Sonrió al evocar el momento que la Maestra había elegido para decirlo: en plena escalada en la ladera oeste del Cerro Blanco. La Maestra de pie en el filo, ella y sus hermanas colgando varios metros más abajo, sostenidas a duras penas por los seguros, los dedos de manos y pies en angostas fisuras de la roca, mochilas y arneses más pesados a cada segundo. Y la Maestra hablando desde allá arriba con su voz calma y neutra.

Alphard, evocó. *"La Solitaria."* Un nombre que la retrataba a la perfección. Les había enseñado mucho más que técnicas de escalada y supervivencia. Con ella habían aprendido a respetar y disfrutar las montañas. Gracias a ella, habían empezado a mirar el Valle con otros ojos. Ya no el reducto amurallado por la cordillera donde habían sido recluidas. Tampoco el escenario del místico Descenso de Syndrah. *"Un maravilloso microuniverso bullente de vida; un sistema autosuficiente; una muestra del perfecto equilibrio de la naturaleza, producto de la Sabiduría Divina,"* como Alphard lo había descripto. *"Abierto a toda criatura que desee y se atreva a*

sumarse a él sin perturbarlo.”

Otro suspiro escapó de sus labios, mientras sentía que su cuerpo comenzaba a relajarse por primera vez desde la mañana anterior, cuando descubriera a Vega en su cocina.

Así como la Primera Etapa había sido una época oscura y triste, la Segunda Etapa había sido pródiga en momentos como el que acababa de recordar. La habían vivido sumergidas en las Casas del Saber, acosadas sin tregua por los exámenes, pero cuanto recordaba tenía el sabor agradable de un discurrir tranquilo, de un aprendizaje tanto intelectual como humano, sazonado por largas noches de estudio con sus hermanas y los vertiginosos descubrimientos propios de la adolescencia.

Jamás imaginé que una noche de mal sueño me pondría nostálgica, pensó, burlándose de sí misma.

El siseo de tela y la ráfaga de aire frío le indicó que Vega había abierto la tela. Alzó un poco la cabeza y lo vio tenderle una escudilla humeante.

—Buenos días.

—Buenos días —murmuró Andria, y se irguió apoyándose en un codo para tomar la escudilla.

—Es buen momento para hablar —dijo Vega, y retrocedió, dejando caer el pliegue delantero de la tienda sin cerrarla.

Andria se tomó un momento para saborear el café, sintiendo el calor reconfortante que bajaba por su garganta y se extendía por su pecho. Luego se envolvió en su manto y salió. Vega no apartó la vista del fuego cuando ella se sentó a su lado. A través de las ramas desnudas, la posición de las estrellas le indicó a Andria que aún restaban dos horas para el amanecer. Una delgada película de hielo se había formado sobre el suelo y la tienda. La nieve escarchada brillaba con reflejos pálidos bajo los últimos rayos de luz lunar. El murmullo constante del arroyo parecía llenar el bosque.

Andria se arrebujó en su manto, sosteniendo la escudilla con ambas manos, y aguardó en silencio que Vega tomara la palabra.

—La otra noche te mencioné la razón por la que fui designado tu Maestro —dijo él al fin.

Es cierto, tal parece que la noche lo pone locuaz, pensó ella con desdeñosa ironía. Aquel momento de soledad la había ayudado a sentirse más preparada para enfrentar a su Maestro.

—No te pases de lista.

Andria ocultó su sorpresa llevándose la escudilla a la boca. Una

vez más se sentía expuesta e indefensa.

—Claro que estás expuesta. Y no, no soy telépata. —Vega disimuló una sonrisa y recuperó su tono grave y sereno—. Un Maestro varón tiene casi un único objetivo durante la Etapa Final: extremar la tensión entre él y su Discípula para lograr un aprendizaje más vívido y profundo.

—Recuerdo que lo dijiste —terció ella en un tono cuidadosamente neutro.

—Se me ocurrió que tal vez te serviría saber cómo se van a desarrollar los próximos meses.

Andria asintió y volvió la cabeza para observarlo. Vega seguía mirando el fuego y frunció un poco el ceño.

—De momento, has sobrellevado la tensión transformándola en rechazo hacia mí. Pronto tal vez hasta me odies. Pero luego comenzarás a respetarme. Llegarás a admirarme, y aceptarás cualquier cosa que haga o diga. Hasta que te enamores de mí. Entonces intentarás todos y cada uno de los trucos que te han enseñado para seducirme. Será una forma de tratar de poseer lo que admires de mí a través de poseerme a mí físicamente. En caso de que te interese mi opinión, la perspectiva no me agrada, pero sé que es un proceso tan inevitable como necesario. Mi meta es que tus sentimientos hallen su cauce correcto y que terminen convirtiéndose en respeto y compañerismo, basados en comprensión.

Vega calló y enfrentó a Andria impasible. Los ojos violáceos de la muchacha parecían arder a la luz de la fogata, reflejando el remolino de emociones que sus palabras le provocaban: asombro, rechazo, temor, infinidad de dudas.

Andria deglutió con dificultad, buscando qué decir. La sinceridad del Maestro no parecía tener otro objetivo que allanar el terreno entre ellos, dentro de lo posible. No pudo evitar preguntarse por qué la Regente habría planeado algo así.

—¿Cómo…? —logró articular con voz enronquecida.

—Lo más delicado será la primera parte —respondió Vega, conservando la calma y la distancia—. La transición del odio a la admiración y lo que vendrá inmediatamente después.

¡Se refiere a cuando me enamore de él! Andria desvió la vista sin preocuparse por disimular su rabiosa turbación. La seguridad de Vega la aturdía. ¿Cómo podía saber tan bien lo que ocurriría? *No debo ser su primera Discípula,* se dijo.

—Debes tener presente que desde que ingresaste a la Escuela sólo has tratado con mujeres —siguió Vega. Una leve variación en

su acento la obligó a volver a prestarle atención—. Las prácticas que incluían hombres no cuentan. Has sido educada por mujeres dentro de un sistema matriarcal. Pues bien, eso ha terminado *para siempre*.

Andria se envaró contra su voluntad. Notó el leve temblor de sus manos y se apresuró a dejar la escudilla para ocultarlas bajo el manto. Vega volvió a mirar el fuego y se entretuvo alimentándolo con ramillas que ardían en pocos segundos.

—Debes aceptar y comprender que a partir de ahora estás sola, Andria. Tus hermanas no están aquí, tampoco Lena, ni ninguna de tus Maestras. Sólo tú y yo.

Su voz adquirió una inflexión que activó todas las alarmas internas de la muchacha, gritando peligro.

—En los próximos meses estaremos solos, lejos de los recintos de la Escuela, en una ruta no exenta de riesgos y con un espacio reducido como única alternativa de descanso. Es un desafío importante para ti: no sólo deberás aprender a tenerme como Maestro, también deberás aprender a convivir conmigo como hombre.

Su espalda dolorida demostraba que Vega tenía razón. *Tal vez si lograra verlo como a una de mis Maestras…*, pensó. Pero todo parecía conspirar en contra de semejante idea.

—Tienes que aprender a verme como lo que soy —dijo Vega, que siempre parecía saber lo que ella estaba pensando.

Andria optó por hablar con honestidad. —Primero debo aprender qué significa “lo que eres”.

Con un movimiento repentino, Vega le aferró un hombro. Cuando Andria pudo registrar qué ocurría, se hallaba tendida boca arriba en la nieve con él encima, sujetándole las manos separadas de su cabeza, todo el peso de su cuerpo impidiéndole moverse. El rostro de Vega estaba a escasos centímetros del suyo. Tan cerca que podía sentir su aliento sobre su propia boca. Un destello burlón animó los ojos del Maestro cuando le mostró los dientes en una sonrisa.

—Ayer descubriste que puedo ser peligroso, ¿ya lo olvidaste? —dijo—. Ésa fue tu primera lección. Sólo resta agregar una cosa: soy y seré tan peligroso como sea preciso. Y eso significa que podría resultar mortal para ti.

Su voz le heló la sangre en las venas a Andria. ¡Por Syndrah que no estaba mintiendo! Reguló su respiración para que las costillas de él no la presionar a cada inspiración e intentó relajar sus músculos. Los dedos de Vega se apretaron como tenazas en

torno a sus muñecas y cerró las piernas, haciendo que las rodillas de Andria se entrechocaran. La muchacha apretó los dientes de dolor. *¿Qué demonios se supone que haga?*

—Jamás pierdas la tensión —dijo Vega, mirándola de lleno a los ojos—. ¿No fue eso lo que Pollux te enseñó? ¡Nunca bajes la guardia! Ningún oponente te pedirá permiso para atacarte. Pero sobre todo, no maldigas. Una Hija de Syndrah es ante todo una dama. Y una dama ni siquiera piensa en términos de “diablos”, “demonios” o “maldito”.

Las mejillas de Andria se encendieron de rabia. Lo miraba con ojos fulgurantes y sus músculos habían vuelto a tensarse. Vega sonrió y se incorporó de un salto. Una vez más, Andria ignoró su mano tendida para ayudarla a incorporarse.

Vega no se molestó. Alzó la vista al cielo y dijo: —Ya es hora de la primera plegaria.

V – Lenguajes

- 1 -

Andria se detuvo jadeante al tope del risco. Vega se había sentado en un precario espolón que pendía sobre un abismo de varios centenares de metros. El fuerte viento sur agitaba su lacia cabellera negra. Se volvió hacia ella y le indicó sonriendo que se acercara.

—Ven, mira. Desde aquí hay una vista fascinante.

Andria obedeció, preguntándose hasta cuándo se empeñaría en hablarle utilizando el dialecto de Tarazed. Hacía dos días que habían dejado las estribaciones inferiores del Pico de Cristal para comenzar a ascender en dirección al diminuto valle ubicado entre ese cerro y el Ventoso. Y desde que iniciaran la ascensión, Vega había cambiado la Lengua Unificada por ese dialecto gutural, lleno de abruptas uniones de consonantes que destrozaban el paladar. Dejó su mochila junto a la del Maestro y recorrió la estrecha cornisa hasta el espolón. Allí sólo había espacio para que permaneciera de pie tras Vega, así que descansó la espalda contra la roca con un suspiro. Sus ojos abarcaron el paisaje en un paneo lento.

Era en verdad fascinante. Abajo y a la izquierda se extendía el Valle, la brillante cinta del Río atravesándolo de norte a sur, rodeando con una graciosa curva la Colina, en cuya cima se adivinaban el antiquísimo Anfiteatro y la Casa de la Regente. Repartidos en tres arcos a su alrededor, los tres Sectores de la Escuela parecían formar un trébol. Al norte, frente ellos al final del Valle, los escarpados farallones y los glaciares de La Escala se abrían como brazos. Como siempre que veía la Montaña Sagrada, Andria se dejó tocar por la belleza salvaje de sus laderas cortadas a pico y la roca desnuda que se perdía en los jirones de las nubes omnipresentes.

Más cercano y hacia la derecha se alzaba el Invisible, la cumbre vecina a La Escala, envuelta en las mismas nubes que ocultaban a su colosal compañero. Delante del Invisible, serpenteaban hacia ellos el Kahara y el Oressa, con su torturado Filo de agujas rocosas. A la derecha, más cercano, se erguía el Ventoso. Y entre él y ellos, tres vallecitos como terrazas escalonada, cercados por murallas dentadas de basalto y granito. En el segundo se divisaba el reflejo inequívoco de una pequeña laguna congelada, un ojo plateado que en verano era de un azul profundo, rodeado por un anillo de vegetación boscosa ahora cubierto de nieve.

Andria oyó el suspiro de satisfacción de Vega. Aquel entorno majestuoso ofrecía una clase de paz que sólo podía hallarse luego de cierta exposición. La mente tendía a dispararse en presencia de tanta grandeza y era necesario refrenarla. Recordó su impresión al acceder por primera vez a una vista como la que ahora contemplaban. Había comparado su propio tamaño y su tiempo de vida, sus dimensiones humanas, con las de las montañas que la rodeaban. Se había sentido apabullada. Lo siguiente había sido visualizar el tamaño del Valle en un mapa global de Godabis, y con creciente pavor había ampliado la comparación al Sistema, la Fraternidad, la Galaxia, las hipergalaxias… Se había echado a temblar, luchando contra la urgencia de huir, correr ladera abajo y encerrarse en la seguridad del Sector Oriental y la casa que compartía con sus hermanas, donde todo se ajustaba en forma y tamaño a esa insignificante partícula subatómica que era ella en comparación con el Cosmos. *"Estas experiencias nos brindan un efímero atisbo de la infinita Sabiduría Divina,"* había dicho Alphard, devolviendo a las muchachas a la realidad del momento. Y ellas habían asentido con fervorosa gratitud, aliviadas de poder sustraerse de la verdadera magnitud de lo que tenían ante sus ojos.

En el espolón expuesto al viento, Vega se movió y Andria apoyó un pie en el zócalo de roca, como si se dispusiera a saltar. *¡Nunca bajes la guardia!*, se recordó a sí misma.

—Es un lugar donde resulta imposible dudar la existencia de Dios —dijo él sin mirarla—. Porque fue Él quien concibió todo esto para que el Hacedor le diera forma, y la Madre, vida.

Su acento adquiría cierta rudeza en el dialecto de Tarazed. La misma palabra Dios, *"Urgt"*, sonaba tosca y hasta grosera.

—Esta lengua nació en el séptimo planeta de Tarazed, Ntark —siguió Vega sin mirarla, sus ojos en las montañas ante ellos—. Un planeta pequeño de relieve accidentado. Un mundo de quebradas y desfiladeros, pura roca. ¿Has notado que es imposible describir un lugar llano de forma sintética en este dialecto?

—Hablamos según somos y somos según hablamos —terció Andria.

—Estamos hablando en un lenguaje escarpado como el terreno en el que nos encontramos.

Ella asintió en silencio.

—La cultura de ese mundo es una cultura de montaña. Su lenguaje nos acerca a sus particularidades intrínsecas.

La voz de Vega hacía pensar en una cabra saltando de roca en roca. *Un dialecto abrupto para un mundo abrupto.* Tenía sentido.

—El lenguaje surge como reflejo de las estructuras socio-culturales —continuó Vega—, y éstas obedecen a su vez al medio en el que se desarrollan. Es definido por lo que necesita representar. Comprender un determinado idioma permite al extranjero comenzar a salvar las diferencias idiosincráticas que lo separan del pueblo que habla ese idioma. —Hizo una pausa para permitirle asimilar sus palabras—. ¿Por qué crees que este dialecto acabó imponiéndose en todo el Sistema de Tarazed?

Andria se tomó un momento antes de responder. —Ntark fue elegido sede del Consejo del Sistema durante las Guerras de Tradiciones, por ofrecer infinidad de lugares protegidos naturalmente, lo cual facilitaba su defensa en el caso hipotético de un ataque. El contacto prolongado de políticos y comerciantes extranjeros con los nativo debe haber difundido el dialecto a los demás planetas.

—Eso es una tontería.

Andria no apartó la vista del Torreón del Oressa, sintiendo el disgusto hormiguear por todo su cuerpo. *¿Así que me considera una tonta?*

Vega se incorporó y giró, enfrentándola burlón. —¿Ya vas a darte por vencida?

Ella asintió con un cabeceó breve, rígido. *¡Tonta sería si no reconozco mi propia ignorancia!*

Vega sonrió. —Unos tres siglos antes del establecimiento del Consejo, nació en Ntark uno de los escritores más célebres de la historia: Rojtlek. Pero antes de transformarse en un clásico, Rojtlek se hizo conocido en su Sistema, y por algún motivo, nunca autorizó traducciones de sus obras. Su fama creciente encabezó todo un movimiento literario en Ntark, y los nuevos autores copiaron su costumbre de no autorizar traducciones. De modo que si en esa época querías ser considerado culto en el Sistema, debías conocer a fondo la literatura de Ntark. Y para hacerlo necesitabas aprender el dialecto. Así fue que cuando Ntark recibió al Consejo del Sistema, hacía décadas que su lengua era conocida en el resto de los planetas, por lo cual acabó siendo declarada oficial en los ocho mundos de Tarazed. —Se encogió de hombros—. Es lo que muchos llaman azar histórico.

Andria se obligó a sostener su mirada y él vio la comprensión iluminar su expresión hosca, reemplazando al disgusto. Entonces le tomó un brazo, presionando el punto exacto para inmovilizarlo del hombro a la punta de los dedos.

—Otra vez con la guardia baja, *Andria* —dijo, pronunciando su

nombre con desdén.

Con un repentino movimiento giró, invirtiendo la posición de ambos. Andria se halló en el extremo del espolón que vibraba en el viento, un pie en el vacío y su punto de equilibrio desplazado al brazo inmovilizado que su Maestro sujetaba.

—Podría enviarte de cabeza al abismo sin que pudieras siquiera intentar evitarlo —dijo Vega con calma—. Las variables que acaban resultando determinantes son a veces las de menor importancia en apariencia. En este caso, podría ser una grieta en un guijarro que estoy pisando. Las inducciones lógicas suelen descuidar los detalles secundarios. Se centran en una determinada situación y pierden de vista parte del contexto. Es lo que impide que la historia sea una ciencia exacta. El error más frecuente de los estadistas es pretender aplicar la lógica matemática en asuntos humanos. ¿Comprendes a lo que me refiero?

Andria se limitaba a mirarlo aterrorizada. Vega le tendió la otra mano, que ella se apresuró a tomar, y la guió de regreso junto al peñasco. Le dirigió otra sonrisa y se alejó con el pelo flotando a su espalda. Ella cerró los ojos con una inspiración temblorosa. A partir de ese momento, cada abismo que enfrentara se llamaría “azar histórico” por el resto de su vida.

En la mañana descendieron al valle al pie del Ventoso y Vega la guió a una pequeña caverna, donde montaron la tienda. Al mediodía dejaron el campamento para dirigirse a un ojo de agua que no se había congelado. Allí se asearon y renovaron su provisión de agua. Viendo que Vega se quitaba el manto y la casaca, Andria buscó infructuosamente un lugar reparado para lavarse. Al fin se sentó en una roca de la orilla, de espaldas al Maestro, y se resignó a esperar que él terminara y se marchara para poder desvestirse.

Se había abstraído contemplando las cumbres cuando creyó percibir que Vega se aproximaba a ella. Saltó sobre sus pies, en guardia. El Maestro no estaba allí. Cuando quiso girar, sintió que una mano se cerraba en torno a su cuello desde atrás. Andria se liberó con un certero codazo y giró en redondo. Su otra mano se alzó con los dedos extendidos para detenerse bajo la mandíbula de Vega.

—Casi —dijo.

Un pie de Vega trabó el suyo, enlazando y doblando su pierna. Cayeron los dos. Andria sintió que aprisionaba sus manos, tentó en vano un puntapié. Un momento después se hallaba por segunda vez de espaldas en la nieve, con él encima de ella, impidiéndole cualquier movimiento.

—Casi no es nada. Ni victoria ni derrota —replicó Vega con suavidad.

Andria se revolvió iracunda. ¿Cuándo acabaría ese hombre de burlarse de ella? ¿Por qué se empeñaba en humillarla a cada paso?

—Nunca detengas un golpe. Si fuera un golpe mortal y el combate es una práctica, dosifica la fuerza aplicada. Pero *nunca* vuelvas a detenerlo como acabas de hacer.

Andria vació sus pulmones con un fuerte suspiro, aunque acechaba la más pequeña oportunidad para revertir aquella vergonzosa situación.

—Si te sirve saberlo, hubieras podido derrotarme. Aprendes rápido.

—Gracias, Maestro —gruñó ella.

Vega rió, meneando la cabeza. —Haz a un lado tu enfado y presta atención. Hay algo importante que debes tener siempre presente en cualquier tipo de confrontación: el sexo de tu oponente.

Andria frunció el ceño, curiosa. —¿El sexo de mi oponente? —repitió.

—Exacto. La violencia hunde sus raíces en la sexualidad, tanto en sus causas como en sus efectos. Tú has aprendido a medirte con mujeres, tus iguales, pero no puedes encarar una confrontación con un hombre como lo harías con otra mujer. —Vega alivió un poco la presión que ejercía sobre ella con su propio cuerpo, mas aún la tenía bajo su control—. Una confrontación hombre-mujer pone en juego un sinfín de implicancias sexuales. No importa tu actitud, el hombre sentirá amenazada su virilidad y hará lo posible por reafirmarla.

Andria entornó los ojos, asimilando sus palabras. —Debo ser capaz de evaluar con acierto hasta dónde es capaz de llegar mi oponente. *—Interesante, pero bien podríamos discutirlo té por medio junto a la fogata del campamento.*

Vega no respondió. En cambio, sujetó ambas manos de Andria con la diestra, mostrándole su mano izquierda libre antes de llevarla primero al cuello de la muchacha, y luego a la cadera. Sintió que Andria se envaraba y arqueó las cejas.

—Sólo estás entorpeciéndote a ti misma. Me estás dando ventaja sobre ti.

Andria sintió la mano deslizarse más allá de su cadera y resolvió que no le interesaba averiguar cuán lejos era capaz de llegar su Maestro. Contrajo sus músculos y se estiró cuan larga era. Logró liberar sus manos, el resto fue sencillo. Se puso de pie de un salto y adoptó una guardia defensiva, agitada.

Vega se incorporó, enfrentándola con una seriedad inusual. —En el tiempo que tardaste en reaccionar… —Volvió a menear la cabeza—. La mujer que enfrenta a un varón siempre se expone a mucho más que secuelas psicológicas de una agresión verbal. El sexo es un arma de doble filo, y cuando lo conjugas con violencia puede resultar letal.

Sabiendo que Andria no bajaría la guardia mientras él estuviera ahí, Vega se alejó a buscar su casaca y su manto. La muchacha se enjugó el sudor del rostro, pensando en lo que el Maestro había intentado mostrarle. No recordaba que ninguna de sus Maestras lo hubiera mencionado jamás. Las habían adiestrado en los métodos más sutiles, enseñándoles a usar en su provecho la tradicional fragilidad atribuida a la mujer. *“En el tiempo que tardaste en reaccionar…”* Un escalofrío corrió por su espalda al ver regresar a Vega con su andar seguro, lleno de aplomo masculino. ¿Por qué había tenido que ser un varón quien la enfrentara con

una cuestión tan importante?

Vega captó un destello en sus ojos y se detuvo a pocos pasos. Ella rehusó mirarlo.

—Soy tu Maestro —dijo, su voz desprovista de toda intencionalidad.

—Eres un *hombre* —siseó ella, como si le arrancaran las palabras.

—Soy ambas cosas.

Se apartó de ella, encaminándose de regreso al campamento. La rabia de Andria indicaba que el proceso seguía desarrollándose según lo previsto. Sabía que esas tres breves frases volverían a ser pronunciadas. Su significado variaría, y también quién diría cada una. Era una cuerda tensándose sin prisa ni pausa entre ellos. *Cada cosa ocupará su justo lugar a su tiempo.*

La nieve caía en copos pequeños y secos a los pies del Ventoso. Dentro de la caverna, Vega y Andria se habían acomodado frente a la tienda para hacer una práctica de meditación. La tarde parecía demorarse tras las nubes, y el valle fuera del hueco era de un blanco mate y uniforme que anulaba toda noción de límites o distancias.

Vega abrió los ojos con una profunda inspiración. Abandonando las últimas imágenes, Andria disfrutó el proceso de volver a tomar consciencia de su cuerpo; huesos, órganos, tejidos, nervios, músculos, carne, piel. Se demoró en aquella exquisita percepción, acompañando cada latido y el fluir de su sangre. Captó cómo cada célula de sus pulmones transportaba oxígeno y lo compartía con el resto de su organismo. Casi podía ver las cadenas moleculares en su continua danza. Emergió lentamente. *"Desde el estómago hacia los poros,"* como solía decir la Maestra de Meditación.

Y a medida que emergía, captando cada vibración a su alrededor, sintió la tibia proximidad del Maestro. Se detuvo en el umbral del plano físico, una pausa para estudiar ese flujo de energía, y se concentró en un espectro más sutil. Descubrió patrones claros y abiertos, de una llaneza que invitaba a hundirse en esas vibraciones. Un hallazgo curioso para ella, sorprendente y reconfortante a la vez. Se dejó envolver por esa energía que parecía acunarla. Abrió los ojos al tiempo que sus labios se curvaban en una sonrisa para dejar escapar un suspiro.

Sentado a su derecha, Vega no habló ni se movió. Permanecieron quietos y silencios por un largo momento, simplemente contemplando la nieve caer. De pronto Andria experimentó deseos de *sentir* la nieve. Se puso de pie y avanzó hasta la entrada de la caverna, preguntándose cómo hacerlo.

La voz de Vega sonó baja y suave tras ella. —¿Has practicado las Danzas al aire libre?

Andria meneó la cabeza. Lo escuchó incorporarse. Vega pasó a su lado y caminó en la blanda alfombra blanca para detenerse a diez metros de la caverna. No se había cubierto con su manto ni había cambiado su calzado liviano. Lo vio adelantar la pierna derecha, extender el brazo derecho hacia el costado a la altura del hombro, flexionar apenas la otra pierna y extender la mano izquierda frente a su pecho. *La Forma del Viento,* pensó ella, reconociendo la postura. Salió de la caverna y fue a situarse a su

lado en la misma posición. Lo miró de reojo y él asintió levemente.

Los dos movieron sus brazos en perfecta sincronía, la vista fija al frente; luego una pierna, luego el medio giro que completaba el primer movimiento e iniciaba el segundo de los ciento treinta y cinco de la Danza.

La nieve caía sobre ellos como una caricia fugaz, acompañando la armónica fluidez de sus cuerpos, alimentando la maravillosa comunión que experimentaban con el entorno, entre ellos, consigo mismos. El silencio parecía inundarlos, limpiarlos. La cadencia de la Danza los fundía más y más con cuanto los rodeaba. Y pronto no eran más que un impulso en la dinámica corriente de la Naturaleza. Partículas quinéticas de un Todo que los hacía participar del pulso incontenible de la Vida.

Cuando concluyeron, Vega se dejó caer de espaldas en la nieve y cerró los ojos. Andria lo imitó, dejando que sus ojos vagaran por los contornos del Pico de Cristal. Se sentía serena, liviana. *Renovada,* pensó. Nunca antes una Danza le había brindado semejante plenitud sensorial.

—El verdadero templo es el Universo —dijo Vega.

Era algo que Andria había escuchado muchas veces en los últimos años. Pero hasta entonces, nunca lo había experimentado en carne propia.

—Es cierto —murmuró—. Y la mejor plegaria son los latidos de nuestro corazón.

Vega respondió con un breve cabeceo afirmativo.

—Estamos aquí para que yo lo comprenda —dijo Andria tras una larga pausa.

La verdadera sabiduría es aprender a escuchar a nuestras entrañas, pensó Vega.

VI – El Gali

- 1 -

Vega y Andria dejaron los valles del Ventoso para iniciar el ascenso por una antigua senda que serpenteaba entre peñascos y al borde de numerosos despeñaderos. Andria sabía que ese camino conducía a un pequeño refugio de altura conocido como El Gali, construido en roca y madera no menos de cinco siglos atrás. En todos los refugios del Valle siempre había una reserva de alimentos en conserva, y considerando que ellos estaban a punto de agotar sus últimas provisiones, tenía sentido que tomaran ese sendero.

La caminata se hacía fatigosa a pesar de los bastones, y pasado el mediodía, el viento se abatió sobre ellos mientras cruzaban un paso entre un farallón y un precipicio. Con el viento los acosó también una fina lluvia de hielo que no mostraba trazas de acabar. La capucha y el manto de la chaqueta protegían parte del rostro de Andria, y los ojos estaban a salvo tras los lentes de caminata, pero la nariz y las mejillas sufrían los rasguños constantes del garrotillo. En medio de las ráfagas blancas, veía a su Maestro varios metros por delante de ella, su figura rompiendo la monotonía del blanco.

La nieve se hacía más profunda conforme subían, y pronto Andria se hundía hasta la rodilla a cada paso. Caminaba doblada hacia adelante, intentando en vano hurtar el rostro a las delgadas agujas de hielo, tratando de no perder el ritmo. Pero cuando el terreno volvió a ser cuesta arriba, todos sus músculos gritaron su cansancio ante aquel nuevo esfuerzo.

Apretó los dientes y no se detuvo. Su aliento condensaba humedad en el cuello de la chaqueta, irritándole la piel. Los pantalones impermeables la mantenían seca, pero estaban tan fríos que sus piernas lo sentían a través de la ropa térmica. Se preguntó si Vega era inmune al frío y la fatiga. *Tal vez le agraden este tipo de paseos,* pensó, irritada. De inmediato comprendió que estaba proyectando en él las molestias de la situación. Y se vio a sí misma con sus nueve hermanas, formadas en torno a la fuente del Patio del Sector Occidental. Era de noche y nevaba. Iara, la Asistente, las había castigado por no rezar a horario y la sanción había sido pasar la noche en vela, a la intemperie, rezando hasta que Lena fuera a buscarlas. Un castigo típico de ella. *Cada invierno precisa su fantasma,* pensó. En aquel entonces, la rabia de todas ellas se había centrado en Iara. De la misma forma, ahora la suya apuntaba a Vega.

Recordó una cualidad que siempre había admirado en Lena: su

costumbre de predicar con el ejemplo. ¿Había que pasar un día entero orando? Lena era la primera en empezar y la última en terminar. Y ellas, simples Pupilas entonces, la habían admirado y respetado por eso. Lena jamás decía: *"hagan eso"*. Ella sencillamente lo hacía, demostrándoles no sólo que no les pedía nada imposible, sino que jamás esperaba de ellas nada que no tuviera a su alcance.

Lo mismo que estaba haciendo Vega. Él afrontaba la tormenta, la montaña, el cansancio. Le demostraba que era posible, y así la empujaba a hacerlo. *La sutil tiranía del ejemplo,* pensó. *Debería buscar otra distracción.* Y como en aquellos días de sus primeros años en la Escuela, se entretuvo orando para sus adentros, una plegaria que solía reconfortarla cuando se sentía cerca del límite de su resistencia: *"Tú eres la Luz, yo soy Tu candil. Tú eres la Vida, yo soy Tu instrumento. Dame voluntad para recorrer Tus caminos. Dame humildad y sabiduría para honrarte en cada ser, cada día. Yo soy Tu servidora. Porque Tú eres la Madre. Y yo soy Tu Hija."*

Vega apareció de la nada ante ella, y tras él, la sombra parda de El Gali. Andria alzó la visa y encontró la vaga sonrisa del Maestro.

—Pide y recibirás. Hemos llegado.

Apenas se despojaron de las mochilas y el abrigo empapado, encendieron fuego en el hueco de la chimenea de piedra. Vega dio luz al candil sobre la mesa y se dedicó a revisar los dos estantes en la pared posterior del refugio. Andria se apresuró a tomar una muda de recambio y se sentó en el piso frente al fuego para cambiarse la ropa.

Vega la vio por el rabillo del ojo y meneó la cabeza.

—Te agradecería que me avises la próxima vez que te desvistas —dijo, siempre de cara a la pared.

Ocupada en sacarse los pantalones térmicos helados, Andria respondió con voz átona: —Me estoy desvistiendo, Maestro.

Vega no pudo evitar sonreír. Las palabras y el acento de Andria delataban una exquisita elección que no dejaba lugar a réplicas. Sin ironía ni ingenuidad, el tono cuidadosamente desprovisto de dobles sentidos. Y lo más interesante era que podía darse cuenta de que lo había hecho de forma espontánea, sin necesitar detenerse a pensarlo. *Una digna alumna de Shaula.*

En ese momento sus dedos, que revisaban el instante inferior, descubrieron unas muescas en el canto de la madera, junto a la pared. Sus yemas las revisaron una y otra vez sin hallarles sentido.

Por supuesto que era un mensaje, pero no lograba descifrarlo. ¿Quién lo había dejado allí? Ése era el rincón que los Maestros Superiores usaban para comunicarse cualquier dato de interés, pero Vega no reconocía el código.

—He terminado de vestirme, Maestro —dijo Andria a sus espaldas.

—Entonces ven a ver esto y dime qué opinas.

Andria fue a su lado y Vega guió su mano hasta las muescas, observando cada uno de sus gestos. Los dedos de ella se deslizaron sobre el mensaje y sonrió.

—Una con la Madre —dijo, enfrentándolo.

—¿Conoces el código?

Andria bajo la vista para no parecer impertinente. —Ayudé a crearlo, Maestro.

Vega arqueó las cejas y volvió a palpar las muescas sin apartar la vista de ella. Andria se dio cuenta de que no lograba entender la clave y apoyó su mano sobre la de él, repitiendo el mensaje a medida que lo tocaban. Vega sólo asintió y se apartó del rincón hacia la mesa para recoger su mochila.

Andria se demoró revisando los estantes y encontró la caja con hierbas que Xien llevara en su última salida. Comprobó que no estaba vacía y la abrió, aspirando con fruición el fuerte aroma de las hierbas secas. Pensó en su hermana, radicada hacía ya dos años en Arka Risena con una beca de la Orden para su carrera de Planetología. Entonces un rumor a sus espaldas le indicó que Vega se estaba cambiando. Sin avisarle. *La sutil tiranía del ejemplo deja paso a la sutil tiranía del implícito.*

Con la caja de hierbas en su mano, investigó los demás objetos de la alacena. Todo estaba tal como la última vez que Alphard las llevara allí el verano anterior. Dubhe, la Maestra de Talleres, se les había unido en esa ocasión, y habían pasado una semana entera reparando el refugio en la medida de sus posibilidades. Reconoció al tacto el mantel que Elde y Tirra confeccionaran. *¡Mi pequeña Tirra!*, pensó con nostalgia. *Es bueno saber que Munda está contigo para cuidarte.*

Todo en El Gali tenía la calidez de lo familiar. Siendo el refugio de la Pared Este más cercano a la Escuela, había sido el que más visitaran durante los últimos cinco años. Y verano a verano, habían ido agregando pequeños detalles que preparaban durante el año, aguardando la siguiente salida a la montaña. Como el mantel y las hierbas. Inspeccionó los sobres sellados que contenían alimentos. Comprobó que la comida estaba en buen estado, apartó

lo que utilizaría para la cena y devolvió el resto a su lugar. No percibía el menor sonido a sus espaldas. El único sonido era el bramido sordo de la tormenta, que hacía crujir las paredes y el techo del refugio.

—¿Un té, Maestro?

—Sí, gracias.

El acento bajo, pausado de Vega la hizo volverse. Lo encontró sentado con las piernas cruzadas frente al fuego, el torso desnudo. Vio sus ojos cerrados y lamentó haber interrumpido su relajación. La espalda y el pecho del Maestro eran vigorosos y proporcionados, igual que sus brazos, con discretos músculos que se insinuaban firmes y sanos. La espesa cabellera azabache caía lacia casi hasta la cintura. Andria se dio cuenta de que se había quedado mirándolo y volvió a darle la espalda bruscamente.

Vega observaba a su Discípula desenvolverse en el refugio con una soltura que lo sorprendía y lo intrigaba a la vez, y no evitó un gesto interrogante al verla tender un mantel sobre la mesa antes de servir la comida. Mientras cenaban, Andria le contó cómo ella y sus hermanas había arreglado poco a poco El Gali. Vega se limitaba a escucharla, intercalando una que otra pregunta. Sus respuestas llevaban a una sola conclusión: las Elegidas de la promoción de Andria habían forjado una estrecha amistad entre sí a lo largo de los años, y esa amistad daba un nuevo valor al lugar donde se desarrollaba. Esas muchachas habían llegado a ver a la Escuela como algo más que un centro de formación transitorio, confiriéndole ciertos rasgos de hogar.

Se preguntó si la Regente estaría al tanto de esa conducta tan peculiar. En todos los Centros de Instrucción que la Orden poseía en la Galaxia, el condicionamiento inducido a los adeptos apuntaba a lo mismo: lealtad a la Orden ante todo y más allá de todo. El dicho que afirmaba que "la Orden de Syndrah no precisa puerta de salida" era tan antiguo como cierto. La política de la Orden era lo bastante sabia para no empujar a ninguno de sus miembros a desear abandonarla. Y la Orden era entendida por sus adeptos como un organismo en el cual cada uno ocupaba el lugar correspondiente y necesario. Sin embargo, la lealtad entre adeptos se daba como reflejo de esa otra lealtad primordial a la Orden. Que también era la razón de que se trataran de "hermanos" entre sí, desde la Hermana Superiora hasta el último asistente en el último confín de Kor: hermanos por ser todos hijos de la misma Madre. El sentimiento de cariño fraternal no se fomentaba para evitar la formación de camarillas.

Estas muchachas han cambiado eso, pensó Vega. Las palabras de Andria traslucían que las Elegidas de su promoción que ya habían dejado la Escuela seguían siendo consideradas parte del estrecho círculo de amistad. Un vínculo de peso insospechado desde que las impulsaba a cambiar su óptica de lo que las rodeaba. Recordó lo que la Regente le escribiera en la cápsula que contenía los datos de Andria: *"La Hermana Superiora las considera el referente de una nueva generación, llamada a operar importantes cambios."* El mensaje concluía con el saludo ritual que apuntaba directamente al núcleo de su lealtad: *"La Orden cuenta contigo."* Bien, era imprescindible sondear cuanto pudiera las peculiares características del grupo al que Andria pertenecía. Sólo así sabría cómo proyectar su lealtad al

grupo a la Orden, un proceso que debía comenzar cuanto antes.

—¿Por qué crearon un código propio? —preguntó a quemarropa.

Andria lo miró a los ojos un momento sin mostrar sorpresa ni nerviosismo. Vega se dio cuenta de que no estaba recurriendo a ningún truco para enmascarar sus emociones. *Esperaba la pregunta.*

—Pensamos que podía ser entretenido.

Entretenido era una elección curiosa como adjetivo. *Entretenido, ¿no útil?* La respuesta era sincera, aunque mencionar una opción no negaba las demás.

—¿Sólo entretenido?

Andria se puso de pie y recogió los platos. Al regresar a la mesa traía dos escudillas humeantes que exhalaban un aroma fresco. Volvió a sentarse frente al Maestro y cruzó las manos sobre la mesa.

—Queríamos saber si éramos capaces de crear nuestra propia clave —respondió—. Imagino que fue una típica reacción adolescente. Sabíamos que nuestras superiores tenían un código que no conocíamos y sentimos la necesidad de emularlas. Poco después aprendimos el código de la Orden y el nuestro quedó relegado.

Relegado, no olvidado. Vega comenzaba a disfrutar la forma en que Andria se expresaba, simple y concreta. Probó su té. ¿Qué buscaba la muchacha con esa actitud?

—¿Éstas son las hierbas que trajo tu hermana? —preguntó en tono casual—. ¿Las procesó ella misma?

—Sí. Xien es una verdadera "Verde" atribiana. Será una excelente planetóloga cuando se gradúe en Arka Risena.

Andria aceptaba con docilidad la distracción, dando respuestas que aportaban información objetiva y subjetiva a la vez voluntariamente. Indicaba que estaba dispuesta a responder cualquier pregunta. *Cualquiera puede ser demasiado,* pensó Vega.

—¿Qué significa el mensaje en el estante? —preguntó.

Andria no se inmutó. —Significa que mi hermana Vania estuvo aquí.

Vega reconoció al fin la táctica de Andria. Se la enseñaba como *"prueba de la sinceridad"* : responder con la verdad y observar cómo usaba el interlocutor esa franqueza. *Un juego peligroso.*

—¿A quién iba dirigido el mensaje? ¿A ti?

—A cualquiera de nosotras.

—¿Con qué objeto?

—Que supiéramos que estuvo aquí.

—¿Qué se supone que haga quien encuentre el mensaje?

—Dejar su propia señal.

—¿Cómo sabes que fue ella y no otra de tus hermanas?

—Esas palabras la identifican sólo a ella.

—¿Cuáles te identifican a ti?

—“Somos una con la Madre.”

—¿De dónde las han tomado?

—Una antigua plegaria nuestra.

—¿Con cuántas de tus hermanas has tenido contactos sexuales?

—Con ninguna.

—¿Estás diciendo la verdad?

—Sí.

Vega se echó hacia atrás y estudió a Andria a través de sus párpados entornados. *Simplemente perfecto*, pensó satisfecho. Ni siquiera se había dejado sorprender por el violento cambio de tema. Andria aún sostenía su mirada, imperturbable.

—¿Hasta dónde me hubieras permitido llegar? —inquirió.

—El interrogador alcanza su límite antes que el interrogado. La certeza de que obtendrá respuestas a todas sus preguntas desalienta su curiosidad.

—Sólo falta que cites al autor del postulado.

—Hermana Ibla de Deneb. Estrategias de Formulación, año 2.115 Calendario de la Liga. ¿Puedo tomar mi té, Maestro?

Vega rió alegremente. Ella se permitió sonreír. *En verdad éste será el invierno más largo de la historia.*

- 3 -

Xien Turmok — verano 3357

Zamir corrió a ayudar a Andria, y entre las dos acomodaron el pesado saco proveniente del molino. Andria le agradeció en un murmullo agitado y se apresuró al encuentro de Loha, que arrastraba con dificultad una bolsa que le llegaba a la cintura. Lena venía tras ella, con su paso controlado y las manos en las mangas de su toga parda. En la cocina resonaban los martillazos de Narha, que remachaba una pata de la mesa con Lune. *Por fortuna pronto terminaremos la mesa nueva y podremos deshacernos de ese viejo trasto astillado,* pensé, viendo a Zamir buscar un fuentón. Elde e Ilón sacaban agua del pozo, a pocos pasos de la huerta que yo recorría con la Maestra de Hierbas. Detrás de nosotras, la Gran Pared Oeste recortaba sus cumbres contra un cielo muy azul y brillante; el sol doraba las nieves eternas mientras las estribaciones inferiores y el bosque dormitaban en la húmeda sombra de la mañana. El estío se respiraba en el aire, muy puro y cargado de aromas de vida.

Zamir afirmó el fuentón lleno sobre su hombro y cruzó el patio de la casa en línea recta hacia el corral. Al otro lado las aves se alborotaron, cloqueando y corriendo con torpeza a su encuentro. Me detuve en medio de la huerta y giré para observar a Zamir. Hundía sus dedos en el cereal del fuentón. Me había contado que le gustaba sentir la delicada firmeza de cada grano y el aroma que despedían al ser removidos. Los arrojó a puñados en un rincón y se abrió paso para recolectar los huevos y salir del corral.

Es curioso, pensé viéndola volver a entrar a la casa. *Lo que acaba de hacer con tanta naturalidad no le ha producido ninguna satisfacción. A todas nos ocurre lo mismo, aun si somos tan afortunadas de que nos guste alguna de nuestras actividades. Hacemos las cosas por obligación y por temor a ser castigadas, y eso elimina toda posibilidad de que algo nos resulte placentero. Aunque jamás precisaríamos hacer nada de esto de no hallarnos aquí. Y aquí nada se hace por placer sino obedeciendo órdenes dictadas de la manera exacta para anular toda satisfacción. Es curioso. Una curiosa cadena carente de sentido.*

Por la ventana vi a Zamir descargar el fuentón en la cocina y observar con detenimiento los huevos. Era algo que no podía evitar. Siempre lo hacía.

Una mañana había sostenido un huevo frente a mi cara y me

había hecho tocarlo.

—Fíjate, Xien —había dicho—. La superficie es irregular. *Regularmente* irregular. Y el blanco es inmaculado. La cáscara es lo bastante fuerte para proteger el embrión durante su desarrollo y lo bastante frágil para que el polluelo la rompa desde adentro cuando llega el momento. Es agradable a la vista, al tacto, al olfato, al gusto. Es perfecto, de una manera sorprendente y maravillosa por su simpleza. ¿Cómo es posible que no nos asombremos cada vez que tenemos en nuestras manos semejante muestra de la sabiduría de la Madre?

Esa mañana me había contado que antes de llegar a la Escuela todo la asombraba, todo le parecía un portento, todo impresionaba sus sentidos a un nivel que se relacionaba con sus sentimientos.

—Mi madre siempre me decía que necesitaba encontrar un equilibrio. Ayudar a que mis emociones maduraban. Y últimamente me he dado cuenta que las cosas ya no me impresionan como antes. Me pregunto si por "madurez emocional" Madre se refería a esta indiferencia hacia lo que me rodea…

La Maestra de Hierbas terminó de inspeccionar la huerta mientras Elde e Ilón pasaban resoplando junto a nosotras, llevando cada una dos cubos repletos de agua. Me obligué a apartar mi atención de Zamir en la cocina y concentrarla en la Maestra.

—¿Por qué estás regando esos tubérculos menos de lo que te indiqué?

—Me pareció que estaban recibiendo demasiada agua y eso entorpecía su germinación, Maestra.

Fui lo más respetuosa que pude. Contradecir a una Maestra siempre tenía sus riesgos. Bajé los ojos mientras la mujer me estudiaba. Mis ojos verdes y mi cabellera como una caperuza de hojas me hacen un perfecto exponente genético de Atribis, el mundo que más planetólogos aporta a la Galaxia. Al parecer, la Maestra decidió perdonarme por saber más que ella.

—Bien, no olvides corregir esos tutores —dijo.

Asentí en silencio. La mujer sabía que yo no seguiría sus indicaciones sino mi instinto. Se despidió de mí y se alejó hacia su Taller sin entrar en la casa. Giré hacia la puerta abierta de la despensa y vi que Zamir seguía inmóvil en la cocina, de espaldas a las muchachas que empezaban a mirarla desconcertadas. Salí apresurada de la huerta. Debía impedir que Lena o alguna de las Maestras interrogara a Zamir sobre su extraña actitud. Ella no podría responderles, simplemente porque ignoraba las respuestas.

Había algo en movimiento en su interior. Un proceso que había empezado a insinuarse pocas semanas atrás, cuyos signos estaban a la vista para cualquiera que se molestara en advertirlos. Yo ignoraba a ciencia cierta de qué se trataba. Sólo sabía que Zamir estaba cambiando, y no para bien.

Disimulé mi ansiedad al entrar a la cocina. Con su mano aún en la cesta de huevos, Zamir miraba alrededor con ojos ausentes. Seguí la dirección de su mirada y entendí lo que veía. La Maestra de Carpintería revisaba la pata remachada con Lune y Narha. Tirra y Munda medían las ventanas con la Maestra de Tejidos. Lena se dirigía al dormitorio, Andria y Loha salían con sus hachas a buscar leña. Ilón y Elde llegaban con la Maestra de Cerámica, trayendo los platos que habíamos horneado esa semana.

Había más de una docena de mujeres en la casa en ese momento, de las cuales diez éramos poco más que niñas, y sin embargo no hacíamos más ruido que un pájaro dormido. Maestras y Pupilas nos movíamos con sigilo, hablando sólo cuando era estrictamente indispensable, siempre a media voz y con frases cortas.

Reprimí una sonrisa irónica. Año y medio atrás, a poco de llegar a la Escuela, habíamos formulado nuestra plegaria secreta y varias reglas, que en nuestra opinión condesaban las bases para nuestra supervivencia. La que llamábamos "Regla del Silencio" rezaba: *"Escucha más que hablar. No utilices dos palabras cuando una es suficiente. Alzar la voz no te garantiza ser escuchada."* En ese momento pensé que habíamos aprendido a aplicarla a la perfección, y no resultó una conclusión agradable.

Le toqué el hombro a Zamir y la sentí estremecerse. Me enfrentó un tanto sorprendida, pero aún ausente.

—Te necesito en la huerta —le dije.

Zamir me siguió en silencio hasta el extremo de la huerta más alejado de casa, sombreado por la pared que lindaba con la casa vecina. Allí nos sentamos entre los canteros. Las guías, tutores y divisiones entre los sectores formaban una trama que nos ocultaba a cualquier mirada indiscreta. La tierra exhalaba una frescura deliciosa.

—¿Qué te sucedió ahí dentro? —le pregunté, irritada y preocupada—. Las demás hacían lo que podían para distraer a las Maestras y que no te vieran.

Zamir se encogió de hombros y bajó la vista.

—No lo sé —murmuró, con una voz queda y opaca, muy distinta a la suya—. ¿Tal vez crecí?

Resoplé por lo bajo, recordando lo que su madre solía decirle. —Tonterías. Tú no crees en esas cosas. ¡Por Syndrah! Aún no cumples los catorce convencionales. ¿Cuándo se supone que seas joven si no es ahora?

Zamir no respondió ni me enfrentó.

—Me siento vacía, Xien —suspiró tras una larga pausa—. Creo que de eso se trata. Al principio creí que era a causa del invierno, siempre fue una estación triste para mí. Mas el invierno acabó, y también el verano, y otro invierno… Y este nuevo verano tampoco trajo nada que pudiera llenar este hueco frío que siento en mi interior.

Advertí su palidez, el temblor de su mano al tocarse el pecho, el brillo húmedo de sus ojos multicolores. Intenté hablar, pero ella se anticipó a mi pregunta.

—Esta vida me vacía, hermanita. Siento que me resulta imposible continuar con esta odiosa rutina en la que no hallo más motivación que el miedo. Me resisto a aceptar que algo como *esto* pueda ser llamado *vida*. ¿Comprendes a qué me refiero? Es como si cada día tuviera que poner un poco de mí para cubrir esa carencia. Me vacío poco a poco. O al menos eso es lo que siento… ¿Cómo voy a saber si estoy en lo cierto?

Zamir calló y no me atreví a seguir interrogándola. Volvía a verse ausente, como si su espíritu estuviera muy lejos de la Escuela, del Valle, incluso de Godabis. Tal vez volando de regreso a su hogar, a su familia, y a Camed, el muchacho poeta, su compañero de infancia. *Siempre ha tenido este toque etéreo, soñador,* pensé. Pero ahora sus enormes ojos de color cambiante miraban sin ver frente a ella. No irradiaban más que tristeza. Una tristeza honda e inalcanzable, como el tono de su voz antes melodiosa.

Un andar rápido se acercó al entretejido de cañas que delimitaba la huerta. Me alcé lo suficiente para espiar quién era sin ser vista. Andria se había detenido en la primera hilera de guías, mirando en derredor, y a juzgar por su expresión le corría prisa. No era fácil distinguirme entre tanto verde, pero sus agudos ojos me descubrieron.

—La Maestra de Tejidos pregunta por Zamir —dijo en un soplo —. Yo te ayudaré en su lugar.

Zamir se incorporó y la detuve, señalando la tierra. Ella asintió con gesto distraído y hundió las manos en un cantero para ensuciarlas. Intercambió un gesto de inteligencia con Andria, que avanzó hasta mi escondite y se sentó a mi lado contra la pared.

—Zamir no está bien —dije.

Andria asintió mirando hacia la casa.

—No está nada bien —insistí—. Y no me gusta lo que veo en ella de un tiempo a esta parte.

—A mí tampoco. Deberíamos buscar la forma de ayudarla.

Meneé la cabeza suspirando. —Es como una flor que se marchita lentamente, un pájaro por completo resignado a su cautiverio. Es demasiado sensible.

— Su vida es la música, la lleva en la sangre.

Hablábamos sin mirarnos, cada una encerrada en sus propios pensamientos.

—Si tan sólo pudiéramos ayudarla… No tolero verla languidecer así. Pálida, delgada, silenciosa. Hasta su voz es distinta. ¿Has notado que su belleza también disminuye? Es como si fuera más… indiferente a cada momento, ajena a cuanto la rodea. Y esos ojos suyos. Ya no ve lo que tiene delante. Y esa sonrisa triste…

—Xien, ella podría adaptarse si quisiera —me interrumpió Andria—. No es como Tirra o Ilón, que son débiles de cuerpo y precisan que las socorramos constantemente. Ella es sana y fuerte, podría adaptarse. Pero no *quiere* hacerlo. ¿Cómo podemos luchar contra eso?

Andria tenía razón. —Pero debemos intentarlo —repetí—. Ha cambiado demasiado…

—Todas cambiamos desde que llegamos aquí —replicó Andria, como si estuviera pensando en voz alta—. La situación es la misma para todas: fuimos traídas aquí contra nuestra voluntad, nos alojaron en una tapera que debíamos llamar casa, con nueve desconocidas que debíamos llamar hermanas. Gracias a la Madre tuvieron la delicadeza de que fuéramos todas nativas del mismo Sistema. Pero no hubo tratos especiales ni distinciones para nadie. Todas soportamos este ritmo de vida que cualquiera calificaría de infrahumano, reaccionando sólo por miedo e instinto de supervivencia, sometidas a los caprichos de Iara y Pollux. —Quise decir algo pero no me dio oportunidad—. ¿Crees que las demás no se sienten como Zamir? Obsérvalas y verás que cada una lo exterioriza a su manera: Loha y Lune viven discutiendo, Narha y Munda rezan, Tirra se enferma, Ilón tiene pesadillas. Incluso tú lo haces: tú buscas consuelo en tus plantas, pero hacerlo te provoca culpa, porque tienes la tonta idea de que eso significa algún tipo de privilegio.

La escuché impresionada. Andria es silenciosa por naturaleza, y sólo en raras ocasiones deja traslucir lo que realmente piensa o

siente. Ahora sus ojos brillaban, fijos en una roca del cantero, y advertí la pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda, producto de su enfrentamiento con Pollux un año atrás. La amargura que encerraban sus palabras eran una sorpresa dolorosa para mí. La vi inclinar la cabeza y cerrar los ojos con fuerza, respirando hondo para serenarse.

No ha dicho más que la pura verdad, pensé. *Es la realidad. Esto es nuestra vida, pretender ignorarlo no hará que cambie. Ella lo comprendió desde un principio. Ahí radica la fuente de su fuerza de voluntad: no permite que nada le impida ver las cosas tal como son. Es capaz de aceptar sus sentimientos y necesidades sin que se transformen en un obstáculo más.*

No atiné a decirle una palabra de consuelo antes de que se incorporara.

—Pero tienes razón —suspiró—. Zamir está mal y debemos ayudarla.

Permanecí sentada, viéndola ir en busca del regador y dirigirse a un sector de la huerta donde la tierra estaba seca.

Vega estudió el perfil de Andria, de pie ante la ventana. La tormenta comenzaba a ceder y el refugio se llenaba con las sombras de la última noche que pasarían en El Gali. La muchacha se mostraba serena, sin evidenciar disgusto ni contrariedad por aquellos días de convivencia forzada en un espacio cerrado y tan reducido. Aceptaba la situación como consecuencia inevitable del clima y se adaptaba al ritmo que Vega imponía: largos entrenamientos físicos, largas prácticas de meditación, largos interrogatorios sobre distintos aspectos de su adiestramiento. La muchacha aprovechaba cuanta oportunidad se le presentaba de aprender cosas nuevas, absorbiendo lo que se le ofrecía y dando lo que se le pedía.

Hasta cierto punto, pensó Vega. Había detectado desde el primer momento que Andria sólo se abría a él en la medida en que sus exigencias no involucraran ningún elemento que ella considerara íntimo. Había trazado sus límites de manera clara y sutil: *"Eres mi Maestro, no mi dueño. Mantén la distancia."* Y había resultado un descubrimiento agradable para él. Esa muchacha era indomable, una cualidad inestimable en una Alta Sacerdotisa. Porque Andria no era una rebelde irresoluta y sin dirección: ¡era una rebelde reflexiva! En su infancia le habían inculcado una elevada escala de valores. Los mismo que luego su formación en la Escuela enriquecería y fortalecería, dándoles forma definitiva.

Ése no es el punto, pensó Vega, dándose cuenta de que se estaba dejando llevar deliberadamente por el flujo de sus ideas. No, ese bastión inexpugnable que era el espíritu de su Discípula poco tenía que ver con lo que intentaba decidir. *En realidad se relaciona íntimamente,* caviló, sin apartar sus ojos de ella.

Andria tenía la vista perdida en la penumbra cambiante que se agitaba al otro lado de la ventana, ajena a cuanto la rodeaba. Aquella capacidad de abstracción y aislamiento fascinaba a Vega. Podía darse cuenta de que era algo adquirido de forma inconsciente. No le costaba imaginarla en esa actitud durante alguna clase tediosa de la Segunda Etapa, o cuando una superiora les endilgaba uno de los interminables sermones que solían recibir las Elegidas en sus primeros años de adiestramiento. Lo más interesante era que la muchacha era capaz de repetir al pie de la letra cada palabra que se le hubiera dicho mientras su mente vagaba por sus propios derroteros.

Sabe que la estoy observando. No le cabía la menor duda al

respecto, y pensarlo lo devolvió al motivo de su observación.

La relación entre ellos no estaba desarrollándose según previera. De la fase "rechazo", Andria había pasado a una cortés aceptación que levantaba una muralla infranqueable tras la cual se refugiaba. Era indispensable derribar esa muralla. La cuestión insoslayable no era si era posible dar por tierra con las defensas de Andria, sino cómo hacerlo. *La forma marcará la dirección inmediata.*

Sus pensamientos dieron un giro perezoso de regreso al mensaje implícito en la actitud de Andria. *"Eres mi Maestro, no mi dueño."* Pero por sobre todo, *"mantén la distancia."* Eso era lo primero que debía revertir. Era lo única manera de que la Etapa Final fuera realmente fructífera, relacionando y fundiendo todo el adiestramiento para que se condensara en una sola frase: *"Yo soy una Hija de Syndrah"*, lo cual en cualquier Alta Sacerdotisa equivalía a una declaración de principios trascendental e inamovible. Lealtad a la Estrella. Ante todo y por encima de todo.

Así era que la Orden perduraba en la historia, sobreviviendo a todas las grandes religiones que habían intentado imponer su hegemonía en los últimos milenios.

Syndrah había dado un único mandato a sus fieles: preservar la vida. La Orden cuidaba que tal mandato fuera obedecido. Sus adeptos se integraban a todos los ámbitos de la actividad humana, sin excepción. Algunos sin revelar su origen, otros actuando abiertamente. Pero ninguna facción podía ser comparada con las Altas Sacerdotisas. Ellas eran quienes representaban a la Orden en los más altos círculos de poder de Kor, y quienes invariablemente desempeñaban los papeles cruciales.

Vega sonrió para sus adentros, consciente de que otra vez estaba esquivando la decisión. *Lo cual es una decisión en sí misma.*

Viendo a Andria y sus hermanas, era fácil imaginar cuáles habrían sido los designios de la Orden para ellas si aún no se hubiera firmado la Paz de Adwa. *Hace más de tres milenios de eso.* Sin embargo, esta promoción de Elegidas recordaba tanto a aquéllas que vivieran durante las Guerras de Tradiciones.

Los mundos de Tradición Lunar nunca habían iniciado ninguna de esas cruentas contiendas, pero las Santas Hermanas siempre se aseguraban de tener una buena estrategia defensiva para proteger a sus fieles. El renombre de los Departamentos de Inteligencia y Logística de la Orden provenía de esa época. Vega sabía que varias antiguas compañeras de Andria habían sido asignadas a esos Departamentos. *¡Guerras de Tradiciones, por la Estrella que nos guía!* A pesar de todo, los tiempos estaban cambiando. Tres mil años de

calma entre Solares y Lunares eran un logro elogiable de la Liga, pero como decía el viejo adagio: *"Con los Solares nunca se sabe."* ¿A eso se refería la Hermana Superiora con lo de *nueva generación?*

Vega dejó que la idea chasqueara a lo largo de sus nervios. ¿Qué información corría por los pasillos de Inteligencia? El Tratado de Vallace entraría en vigencia en tres años, y con la veda de estriato se terminaría la amenaza de armas capaces de arrasar planetas enteros. Los grupos de poder habían perdido esa batalla, y la humanidad entera se levantaría en contra de cualquiera de ellos si tan siquiera intentaban algo que amenazara la paz que tanto había costado establecer. Pero la Hermana Superiora quería dar inicio a un cambio profundo en la Orden. ¿Por qué? ¿Cómo saberlo desde el Valle? Unas pocas visitas anuales a Aishta o alguna otra ciudad de Godabis no bastaban para enterarse a fondo de lo que ocurría en la Galaxia. *Guerreras.* Ése había sido el verdadero significado del título de Alta Sacerdotisa por varios siglos. Todos los grandes comandantes Lunares durante las Guerras de Tradiciones habían pertenecido a la Orden. Y todos y cada uno de ellos habían tenido Hijas de Syndrah como sus principales consejeros. El folklore popular estaba lleno de relatos sobre esas legendarias heroínas que morían antes de arriar el estandarte de la Estrella de Ocho Puntas. *¡Estandartes al viento en combates espaciales!* Vega ignoró su propia ironía. ¿Guerreras? ¿De eso se trataba? ¿Qué estaba ocurriendo realmente allá afuera?

¡Guerreras! Pensó en el exhaustivo adiestramiento físico que recibieran las dos últimas promociones de Elegidas, dirigido especialmente a agudizar al máximo su velocidad de respuesta y resistencia. Por supuesto, era algo que luego se podía proyectar a cualquier ámbito de actividad. Pero Pollux, la antigua Jefa de Seguridad del Valle, se había transformado en Maestra de la Primera Etapa. Una luchadora feroz y peligrosa para iniciar la educación corporal de las Pupilas. ¡Hasta habían modificado las Pruebas del Primer Umbral para incluir un torneo de lucha!

Guerreras, no cabía duda. Pero, ¿por qué la Orden volvía a necesitarlas? Su propio condicionamiento barrió ese interrogante. Fuera cual fuese el motivo, él tenía una única misión: dar a la Orden lo que precisaba.

—Deberíamos preparar el equipo —dijo, rompiendo el pesado silencio del refugio.

Andria se apartó de la ventana al instante y giró hacia él. —Necesitaremos provisiones.

—Sólo para los próximos tres días. Procura que sean ricas en

carbohidratos.

—Sí, Maestro.

Su docilidad rayaba con la indiferencia. *Pronto revertiremos eso.*

VII – Montañas y Dioses

—¿La Mística Unificada es producto de la consolidación de la Liga o viceversa?

Andria bloqueó el puño de su Maestro y extendió el brazo izquierdo buscando su esternón mientras replicaba: —Esa pregunta equivale a la Parábola del Viajero.

Vega eludió su ataque saltando a un costado y sonrió. —*"¿El hombre atraviesa el espacio o es el espacio el que atraviesa al hombre?"* —citó, instándola a acercarse—. Explícate.

Andria aprovechó la pausa para recuperar el aliento. —Su origen fue simultáneo y obedeció a la misma necesidad?

—Explícate.

Andria midió la distancia que los separaba y flexionó apenas una rodilla. —Estabilidad económica.

Vega quebró su postura hacia un lado para evitar que el pie de Andria alcanzara su pecho y la atacó. —¡Explícate!

Con un movimiento tan veloz que ningún ojo podía seguir en detalle, la muchacha saltó, giró en el aire y lanzó otra patada ascendente. Su pie halló el puño de Vega, que desvió el golpe y la envió rodando por la nieve con el impulso de su propia inercia.

Andria se incorporó al instante. —Las Guerras de Tradiciones amenazaban las rutas comerciales que mantenían comunicados los mundos no litigantes —jadeó.

—Es la tercera vez que te falla ese ataque esta semana. ¿Cuál fue el origen de la actual clase dirigente de la Liga?

—Los antiguos Mercaderes Neutrales.

Con rapidez fulmínea, Vega intentó barrer sus pies mientras seguía interrogándola. —¿En qué basaban su neutralidad?

Andria lo eludió. —Su no pertenencia a ninguna de las dos grandes Tradiciones religiosas. —Conservó el equilibrio y lanzó un golpe con la mano abierta que buscaba su hombro—. Se definían a sí mismos "a un costado de la violencia humana". Edificaron un imperio comercial que se extendía hasta los últimos confines de Kor, a partir de una estructura social cuyo pilar era el liberalismo económico que defendían a ultranza.

El brazo de Vega cimbreó en torno a su garganta. —¿Alta Tradición?

Ella se agazapó. —El credo religioso de los Mercaderes —respondió, y enlazó una pierna de Vega desde atrás—. Al pasar la mayor parte de sus vidas en el espacio, su religión carecía de

templos, iconos y rituales masivos: cada individuo en contacto íntimo y personal con Dios.

El Maestro se volvió, lanzando una patada ascendente. El puño de Andria desvió el pie hacia arriba, agregando su propia fuerza a la inercia de Vega. Desplazado de su punto de equilibrio, Vega arqueó la espalda al caer hacia atrás y extendió los brazos por encima de su cabeza, guiando su cuerpo a describir un arco en el aire.

Ella evitó la patada de sus piernas alzándose y lo vio hundir las manos en la nieve para darse impulso y caer de pie y en guardia frente a ella.

—¿Praxis?

Andria tardó un momento en responder, todavía sorprendida por aquella pirueta que lo había salvado de desnucarse contra las rocas. —Evitar toda confrontación con cualquier cliente potencial.

Vega asintió con una breve sonrisa y alzó la vista al cielo. —Sigamos. Quiero llegar al Torreón antes del ocaso.

Sin dar la menor muestra de cansancio, se puso la chaqueta, recogió su mochila y echó a andar ladera arriba. Andria fue tras él todavía agitada. La altura comenzaba a hacerse sentir, sobre todo después de aquel agitado alto en el camino.

Pocos minutos después, Vega aminoró la marcha para permitir que Andria lo alcanzara.

—Debes aprender a aprovechar mejor la fuerza de tu oponente —dijo—. En cualquier ámbito, muchas veces la inercia ajena puede proporcionarte un medio eficaz de defensa ofensiva.

Andria sólo asintió, todavía regulando su ritmo respiratorio.

—¿Qué rol desempeñaron los Mercaderes en el Proceso de Pacificación? —preguntó el Maestro.

Ella se sobrepuso al esfuerzo para contestar, sin sorprenderse de que el interrogatorio aún no hubiera terminado. —Fueron los mediadores. Promovieron las tres cumbres que definieron el proyecto de una Liga como organismo federativo galáctico y dieron forma al Tratado de Paz de Adwa.

—¿Comprendes por qué todo los señalaba como líderes del nuevo orden?

—Sí. Su liderazgo quedó asentado con la aceptación masiva de la Mística Unificada. Nuestra Trinidad representa en realidad una pirámide jerárquica, con Dios en la cúspide como Fuerza Creadora Primordial, y Baisha y Syndrah como Sus Emisarios, encargados de desarrollar el Plan Divino: Baisha el Constructor o Hacedor,

Syndrah la Madre Dadora de Vida.

—Elabora la imagen de la pirámide.

—Era inevitable que la nueva organización social respetara la hegemonía divina que nos permitiera recuperar la paz. Así, los fieles de las Tres Tradiciones se ubicaron de acuerdo a ese esquema respecto de los otros. Los mediadores neutrales “arriba”, en una situación que respetaba su tendencia a mantenerse aparte y a la vez les permitía observar que los acuerdos no fueran rotos. Los fieles Solares y Lunares ocuparon el único plano que los situaba en posición de mutua igualdad.

Vega no hizo más preguntas y continuaron caminando en silencio una hora entera. Hasta que se detuvo y se volvió hacia ella.

—¿Sabes? Me gustan tus análisis —dijo.

Andria estudió su posición. Aquel tono podía ser el prólogo de uno de sus ataques inesperados.

—Gracias, Maestro —murmuró.

Vega volvió a sonreír, como si no hubiera advertido su actitud defensiva. Le dio la espalda y siguió andando. Ella dejó una distancia prudencial entre ambos antes de ir tras él.

Se dejó caer ante la fogata con un suspiro de cansancio, respiró hondo para normalizar su respiración y se dispuso a comenzar su ejercicio de relajación. ¡Vaya ocurrencias tenía Vega! ¡Despertarla a medianoche para una práctica física! ¿Cómo se suponía que hicieran cumbre en el Oressa al día siguiente? Sin embargo, la lección había sido interesante. Vega la había guiado hasta lo alto de un risco de tope achatado, que se alzaba oscuro en medio de la nieve, sus contornos superiores confundiéndose con el cielo despejado y sin luna. Allí, con sus sandalias livianas sobre la roca filosa y húmeda, el aire helado silbando en sus gargantas, ambos encerrados en un silencio reconcentrado, habían ejercitado una serie de movimientos que combinaban las siete actitudes de lucha con elementos de las Danzas, efectuándolos con minuciosa lentitud hasta quedar rendidos los dos.

La ascensión del Oressa no iba a ser nada fácil con tan poco descanso, pero sabía que lo harían si eso era lo que Vega se proponía. Se encogió de hombros mentalmente. ¿Cómo saber lo que Vega *realmente* se proponía? Era la persona más hermética que conociera en su vida. Siempre sereno, siempre seguro, y con esos ojos grises que leían en ella sin que Andria lograra sonsacarle nunca nada que él no quisiera revelar. *Y tan impredecible.* Al principio su forma de actuar le había resultado irritante y hasta ofensiva, pero poco a poco se adaptaba a no poder estar segura de absolutamente nada más que de sí misma. *Como cuando llegué a la Escuela.*

Encarar la travesía que debía llevarlos más allá del Kahara a las Grutas Vírgenes, en compañía de alguien en quien no terminaba de confiar, no había sido una perspectiva agradable. Pero durante las largas jornadas de marcha, Vega se había mostrado como un excelente compañero.

Atrás habían quedado El Gali y los tres refugios de cumbre entre él y El Torreón del Oressa. También los campamentos de aclimatamiento desde El Torreón al Warad, ya por encima de los 6500 metros de altura. El único refugio que quedaba era el Salmanasar, en la ladera septentrional del Oressa y al cual Vega planeaba llegar desde la cumbre. Y luego iniciarían la increíble caminata de tres días a lo largo del Filo que los llevaría, sin descender nunca por debajo de los 7200 metros, hasta el Ur-Azag, en las estribaciones meridionales del Kahara, el primer “ocho mil” de la Gran Pared Este.

Era evidente que Vega conocía la zona como la palma de su mano y que estaban siguiendo una ruta cuidadosamente traza, en cuyo recorrido se habían tenido en cuenta hasta las más mínimas contingencias que pudieran surgir. El ocaso siempre los hallaba en un lugar reparado y con agua en los alrededores para acampar, y si se trataba de un paraje alejado del bosque y los refugios, también encontraban una modesta provisión de leña y alimentos envueltos en aislante. Detalles que hablaban de una previsión prolija y concienzuda.

Andria había encontrado la señal de Lune en dos refugios, y la de Vania en El Gali, mas ningún rastro de Elde o Narha. Claro indicio de que los tres Maestros Superiores utilizaban el mismo circuito, que no tenía ningún punto de contacto con el de las Maestras. Andria alentaba la esperanza de que coincidiría con Lune o Vania en algún refugio.

Vega era un guía experimentado y paciente. Al cabo de dos o tres paredes habían aprendido a moverse como una sólida célula de escalada, y se generó entre ellos una atmósfera de camaradería donde había espacio incluso para bromas que distraían la mente de fatigas y tensiones.

La primavera se mostraba benigna a pesar de las temperaturas rigurosas, y a excepción de unas pocas nevadas breves e inocuas, el clima se mantenía estable.

Las caminatas solían sazonarse con combates tan imprevistos como fugaces. En cualquier momento Vega tentaba uno de sus vertiginosos ataques, y Andria casi había aprendido a anticiparlo. El resultado de sus primeras luchas había sido invariablemente el mismo: la Discípula caída a los pies del Maestro. No obstante, con el correr de las semanas Andria había comenzado a comprometerlo, y hasta lo había vencido en un par de ocasiones. Los ataques inesperados no eran siempre físicos. También podían ser intelectuales, en la forma de interrogatorios interminables sobre temas que Andria aprendiera en la Escuela.

Sumergida en su ejercicio de relajación, Andria no se sobresaltó al sentir la tibieza que traspasaba el manto y se esparcía por sus hombros. Seguramente Vega se había acercado con su sigilo habitual y por algún motivo que escaba a la imaginación de Andria, había decidido ayudarla con sus articulaciones mediante inducción de energía. Si se hubiera tratado de cualquiera de sus hermanas, Andria se habría permitido dejarse llevar hasta caer dormida. Pero tratándose de Vega resultaba imposible. *“Nunca bajes la guardia.”* Ésa había sido su primera lección. *Veamos qué se*

propone.

—¿Recuerdas el origen del Culto a Baisha?

¿Historia religiosa? Ese hombre jamás acabaría de sorprenderla. Sintió que la tibieza descendía hasta situarse entre sus omóplatos. *Historia religiosa, pues.*

—Las Nueve Razas Raíces.

—¿Y cómo nació la Tradición Solar?

—Hace unos dos millones de años —respondió Andria con voz átona—. Comenzó como un culto politeísta cuyas deidades supremas eran el Dios Sol y su esposa Syndrah, la Diosa Luna que luego se transformó en la Diosa Estrella.

Una oleada de distensión se expandió por la espalda de Andria, que inclinó la cabeza.

—Continúa. ¿Cómo se llegó del Dios Sol a las Razas Raíces?

—Esta deidad masculina fue variando de nombre a lo largo de la historia. El semi-mito de las Nueve Razas Raíces proviene del primer período de la Era Espacial, e identifica a los nueve Sistemas de los cuales partió la Expansión que pobló la Galaxia durante el apogeo del Culto a Rukardilam.

Vega concentró la inducción en el cuello de Andria. —¿Qué otro hito histórico marcó el Culto a Rukardilam?

—La separación formal de su Orden y la de Syndrah. Al parecer, el Sumo Pontífice Rukardaren II cayó en la cuenta de que el Dios Sol y la Diosa Estrella jamás se mostraban juntos en el firmamento y dedujo que se trataba de una señal divina de división e incluso oposición. En realidad, ambas religiones se habían diferenciado hacía ya varios milenios, tanto en filosofía como en pragmatismo. A medida que la Expansión avanzaba, las nuevas colonias adoptaban una u otra religión. Los mitos comunes a ambas se disociaron definitivamente y las culturas emergente reflejaron la ruptura de la antigua hegemonía.

—¿Qué ocurrió con el credo de las Razas?

Andria cerró los ojos cuando la tibieza se desplazó de su nuca a su cintura. —La iglesia de Rukardilam acabó desmembrándose, degenerando en infinidad de sectas localistas durante el siguiente milenio. La más importante fue la de Astramall, el León, nacida en el seno de la Tercera Raza. Sus oleadas de misioneros reclutaron muchos millones de fieles entre las demás iglesias Solares. La Orden del León no tardó en alcanzar gran poder y expandió su círculo de influencia a las escasas sectas politeístas que aún sobrevivían. De esa época viene la costumbre Solar de jurar por los dioses muertos.

—¿Ahistall?

Andria deglutió. Vega volvió a concentrarse en sus hombros, que empezaban a pesar. —Ahistall fue el Sumo Pontífice que impulsó las Cruzadas de Reunión, acaudillando a los Solares dispersos bajo la égida del León. Tres siglos más tarde, el Culto a Astramall acabó de absorber a todas las religiones monoteístas Solares de Kor. Su nombre cambió a Eriatón, el Único, y se reivindicó la supremacía de los descendientes de las Razas Raíces para la elección de Cardenales y Arzobispos. Hace cinco mil años, durante la Cumbre Solar previa a las Guerras, la burocracia en la que había degenerado el Culto a Eriatón cedió lugar a una nueva hegemonía propuesta por los representantes de las Nueve Razas. Así nació la Orden de Baisha, el Renacido, y su Culto, que perduran hasta nuestros días.

Sentía sus músculos tan relajados que no hubiera podido levantar una brizna de hierba.

Vega tocó su cabeza con suavidad, sin sobresaltarla, para que la inclinara un poco más. —Continúa —dijo en voz baja.

—El nombre de Baisha adquirió distintos significados, que condensan los atributos primordiales de las deidades a las que reemplazó. Cada una de las Nueve Razas lo identifica con uno en especial para su liturgia. —Hizo una pausa para humedecerse los labios. Vega se había concentrado en los centros neurálgicos en la base de su cráneo y su lentitud de respuesta era inevitable—. Es Maestro de Maestros como Eriatón para la Octava Raza. También se lo considera Juez y Hacedor, tanto como Guerrero. Las facciones fundamentalistas lo consideran, además, el Ejecutor de sus propios juicios. La Tercera Raza ha asociado su carácter de Ejecutor con el antiguo León de Astramall: el Predador que Mejora la Especie. Es una deidad intrínsecamente agresiva.

Andria se sintió agradecida cuando Vega no hizo más preguntas. Disipada toda tensión, le costaba mantenerse despierta. Sin detenerse a pensarlo, se incorporó con lentitud y se dirigió a la tienda.

Vega esperó a que cerrara la tienda y se sentó ante el fuego para hacer su ejercicio de relajación. La muralla de Andria se agrietaba, y las defensas comenzaban a desmoronarse sin ruido.

La luna aún no había salido y ninguna nube opacaba las estrellas, que inundaban la oscura bóveda del cielo. El claro trazo de la Galaxia se estiraba hacia el norte, marcando la Vía de Syndrah con nitidez. La mano de Vega se alzó para señalar un grupo de estrellas. Andria, tendida boca arriba a su lado, identificó la constelación local conocida como El Mensajero. Uniendo sus estrellas con líneas imaginarias, podía verse una figura angélica sosteniendo un cántaro en sus manos. Desde esta constelación hasta la cumbre de la Escala, siempre oculta, las estrellas representaban paso a paso el mito del Descenso de Syndrah.

—Es una historia bonita —dijo el Maestro, uniendo ambas manos bajo su cabeza.

Andria mantuvo sus ojos en el cielo y alzó las cejas. Jamás se le había ocurrido adjetivar así a un mito. Menos a ése, uno de los más importantes de la teogonía Lunar.

—Y es también una de las más antiguas —agregó Vega—. Proviene de milenios antes de que Syndrah fuera llamada Estrella.

—Nuestra Tradición es la más antigua de Kor.

Vega movió una mano como si se encogiera de hombros.

Andria señaló la segunda constelación de la Vía. —La Puerta del Paraíso. En verdad rezamos rosarios estelares… —murmuró.

Vega apreció el toque poético de emplear aquel término arcaico y más bien Solar. *Poseemos un carácter marcadamente poético, nosotros los Lunares,* pensó. *Una debilidad y una ventaja al mismo tiempo.*

—A pesar de nuestra naturaleza romántica, la Orden es una institución de orientación política —dijo.

¿Está probándome?, se preguntó Andria, y se sintió tentada de palmearse la frente. *¡Como si en algún momento dejara de hacerlo.* —La Orden *es* una institución política al servicio de sus fieles.

Cautelosa, pensó Vega, sonriendo de costado.

—¿Es ésa la función de la iglesia?

—Si no lo es, debería serlo.

—¿Lo es?

—Es lo que yo creo.

¡Tan cautelosa! Andria dejaba en claro que se trataba de su opinión, y que como tal, no era necesariamente correcta.

—Somos una religión con un único mandamiento. Sin embargo, todo creyente tiene muy arraigada una compleja escala

de valores que le dice qué es pecado y qué no —comentó.

—Un mandamiento de carácter ético permite infinidad de interpretaciones —replicó Andria—. La noción de pecado es un concepto más cultural que religioso, relacionado con los valores de justicia en cada sociedad. Lo que para un pueblo es un crimen, para otro puede resultar una necesidad natural. Una de las funciones de la Orden es regular y equilibrar esta diferencia de juicios en la medida de lo posible.

—Cuando te lo propones, eres un verdadero compendio de respuestas académicas.

Andria se permitió reír por lo bajo ante la burla de su Maestro. —Tal vez haya prestado demasiada atención a mis Maestras.

Vega rió también. Le agradaba el humor de Andria, esa cuota justa de ironía que salvaba la inmadurez y se detenía a un paso del sarcasmo irrespetuoso.

—El Ave de Fuego vuelta con el Cántaro en su pico —dijo, señalando el cielo.

Andria contempló la tercera constelación y asintió. —Baisha es un Ave Fénix, mientras Syndrah es parte del Fuego.

Nunca ha mencionado sus intereses, pensó Vega. —¿Te interesan las letras o la historia?

Andria respondió sin vacilar. —La Naturaleza *es* historia, y también contiene todas las ciencias exactas. Es un postulado viejo como la humanidad y creo en él. No quisiera *pecar* de poética, pero la Naturaleza combina todas nuestras letras con perfección exquisita. Nuestra ciencia no es otra cosa que una aproximación torpe a lo inasequible para todo lo convencional: la Esencia de la Vida. La literatura y las matemáticas son sólo tentativas que utilizan distintos lenguajes o caminos en busca de la misma meta: descifrar la clave secular de un corazón latiendo.

Andria calló y Vega imitó su silencio. Eso era una fuerte declaración de principios.

El maestro se preguntó cómo encajaba la noción de iglesia en ese concepto. —¿Qué papel juega la Orden en esa búsqueda?

La muchacha se tomó un momento para componer su respuesta. —Nuestra misión es servir de enlace entre los buscadores y su grial. Nosotros cuidamos ese grial.

—¿Grial? —repitió Vega. Otra expresión arcaica que la voz juvenil de Andria parecía refrescar.

—La magia. Somos una religión sin profetas: la Orden salvaguarda el misterio mágico de un futuro libre de profecías que

puedan atentar contra el libre albedrío.

Vega ladeó la cabeza para mirarla cuando la escuchó sofocar la risa. Pocas veces había escuchado una definición tan acertada de los designios de la Orden, ¿qué era lo que le causaba gracia?

—Perdón, Maestro —murmuró ella—. Tal parece que esta noche soy una romántica enciclopédica.

Vega volvió a mirar el cielo y señaló la cuarta constelación, el Río de Vida donde el Ave llenaba el Cántaro. Más allá, la quinta y última constelación permanecía oculta tras las nubes que velaban la cumbre de La Escala: La Dama. La Madre asumía forma humana y descendía hasta el triple pico de la Montaña Sagrada para derramar el contenido del Cántaro. Así había nacido el Río que cruzaba el Valle. En sus aguas llevaba Vida para despertar la obra del Hacedor, y su efecto irradiaba desde allí a toda la Galaxia.

—¿Has visto La Dama alguna vez? —preguntó.

—No, Maestro.

—¿Y has oído la leyenda acerca de un santuario secreto bajo la cumbre de La Escala?

—Sí, aunque nunca la consideré demasiado creíble.

—Pues el Santuario existe. Se encuentra en un punto al que sólo se puede acceder descendiendo hacia el noroeste desde la pase del Pico Sur. ¿Por qué te burlaste de tus propias palabras?

Andria meneó la cabeza, dando a entender que no lo sabía. Había expresado su opinión sin detenerse a pensarlo demasiado, y conforme lo hacía, su propia solemnidad le había resultado extraña. Sospechaba que reír había sido un intento de aligerar el peso de sus palabras.

—No deberías burlarte de la verdad —dijo Vega con gravedad.

Ella siguió en silencio, turbada. Vega se incorporó y le tendió una mano, instándola a imitarlo. Andria recogió la manta que llevaran y regresó tras él al campamento.

—Llegaremos al Santuario —dijo Vega sin mirarla.

—¿Ascenderemos La Escala? —inquirió Andria con voz queda.

—No puedes ser consagrada Alta Sacerdotisa sin haber pasado al menos una noche en el Santuario. No tú.

—¿No yo?

Vega colgó una escudilla con agua y hierbas sobre el fuego. Andria se sentó al otro lado de la fogata y él estudió su semblante en el resplandor cambiante de las llamas. Su expresión se había contraído en mil dudas e interrogantes que se condensaban en una sola pregunta: *¿por qué?*

—Por qué es una pregunta vana, ¿no te lo enseñaron tus Maestras? —dijo— Por qué apunta hacia atrás, a los antecedentes de una situación, que serán más o menos evidentes pero siempre identificables. Pregúntate para qué. Relaciona los antecedentes con la situación y proyéctalos hacia sus posibles finalidades.

Los ojos de Andria encontraron los suyos con una intensidad que no precisaba palabras.

Vega esbozó una sonrisa fugaz. —Tú eres el para qué.

Ella aceptó sus palabras en silencio y desvió la vista hacia los contornos brumosos de La Escala. Sabía que esas respuestas, que parecían acertijos, siempre acababan aclarándose. Era una cuestión de tiempo. *También una cuestión de paciencia,* pensó. Y la paciencia era una de las primeras cosas que aprendían las Elegidas.

El Santuario secreto… Un escalofrío corrió por su espalda. El lugar donde Syndrah se mostraba a quienes lograban llegar. Una Dama de larga cabellera de noche y ojos de estrellas, bella y dulce, que te susurraba la misión que te tenía reservada y te bendecía. Una travesía extremadamente peligrosa, si lo que decían era cierto. Nunca se mencionaban números exactos, pero se sabía que no pocas Elegidas habían perecido en su intento de alcanzar el Santuario: *"La Escala guarda con celo sus secretos y no es prudente desafiarla."* Su Maestro acababa de decir que la escalarían. *¡Y que yo soy la única finalidad del intento!*

VIII – El Etana

- 1 -

La semiesfera del refugio surgía como el lomo gordo y pardo de un animal echado en la nieve. Su ventana frontal destellaba al sol del mediodía como un faro, cuya guía siguieron Vega y Andria. Allí la altura había cedido a la primavera, observó Andria. Esa rosa del cielo asomando entre el blanco, esa mancha verde en el flanco de un peñasco, esa brisa fresca y húmeda, el gorgotear de invisibles cauces de deshielo. Formando un arco sobre la puerta, el nombre del refugio había sido grabado en la piedra con caligrafía simple y clara: Etana. Detrás y hacia arriba se erguía la arrogante mole del pico principal del Kahara, todo hielo y nieve y roca hasta su afilada cima de 8215 metros.

Andria nunca había estado en el Etana, y antes de entrar a él se concedió un momento para admirar el imponente paisaje que la rodeaba. Si bien se encontraban setecientos metros por debajo de la cumbre, no le costaba imaginar lo que sería la vista desde allá arriba.

Aspiró una bocanada de aquel aire enrarecido por la disminución de oxígeno. Tenía una cualidad inefable de pureza a la que el metabolismo humano se adaptaba sin mucha dificultad. En ocasiones Andria extrañaba la atmósfera cargada del bosque, tan atrás en la ruta de la travesía, pero este aire resultaba estimulante en otros sentidos. Agudizaba cierta clase de percepciones que el bosque del Valle no facilitaba. Y empujaba a la mente por caminos curiosos. *El bosque es un escenario atávico*, había pensado una vez. *Y la montaña puede reñir con los instintos atávicos.*

Durante la vertiginosa travesía por el Filo del Oressa, y en los días que pasaran en el Ur-Azag para reponer fuerzas, los pensamientos de Andria habían vuelto una y otra vez a esa comparación. Y escuchando desde la puerta los movimiento de Vega en el interior del Etana, decidió que se trataba de una cuestión de tiempos.

Los tiempos del bosque son más cercanos a los humanos. La vida del bosque latía al compás de las estaciones como la humana, y los seres competían por la energía de una forma aprehensible para el hombre: las pirámides alimenticias eran tangibles, veías a los árboles adaptar su crecimiento a la disponibilidad de luz y nutrientes. Nadie esperaba ser testigo del desarrollo de un ciprés desde el primer brote al último, pero con los años se podían apreciar los cambios en él. Del retoño al árbol joven, al espécimen

fuerte expandiendo sus simientes al viento, al dulce declinar de la corteza blanqueándose al sol. Eso era *algo*.

Pero las montañas…

Su imparcialidad rayaba en la indiferencia deliberada cuando tu humor no era óptimo. Un temperamento débil podía hallar en ellas, si lo deseaba, una buena excusa para hundirse en la depresión. Podías nacer y morir en una montaña sin apreciar ningún cambio significativo en ella. *¡Ninguno!* El calor del verano había profundizado las grietas de tal glaciar y el invierno se encargaba de repararlas. Una roca en equilibrio que caía. ¿Una en cuántas generaciones humanas? Nieves y hielos *eternos*. Sólo un par de milenios de vida, una indigestión de tiempo para los hombres.

El silencio. Todo un desafío.

Y la noche.

Una bestia negra que se tendía en su cubil sobre el mundo. El resplandor alucinante, irreal de la nieve bajo las estrellas. La majestuosa aparición de la luna tras los picos. Todo *en silencio*. Explosiones de color al amanecer, caleidoscopios de fuego al atardecer, el sol enceguecedor en su cenit. *En silencio*. Tal vez el silbido fugaz del viento entre las rocas o el eco de un desprendimiento de hielo. Nada más. Las voces intrusas de aves o humanos desaparecían sin dejar rastro.

Y a pesar de todo, nada de eso era agresivo. Antes bien, aquel reloj que contaba siglos como horas humanas sólo irradiaba paz. Impactaba la consciencia en sus niveles más profundos. Y a medida que avanzabas, tu espíritu se desnudaba. No más peso a la espalda ni esa tosca envoltura de carne. Sólo el impulso de la energía, al fin libre para latir al ritmo subterráneo de la roca imperecedera. Un microuniverso cuya danza secreta sólo podía percibirse después de sumergirse en él y dejar atrás toda atadura convencional. Detenerse al borde mismo de uno de aquellos abismos, cerrar los ojos, abandonarse a las sensaciones crudas. Hasta que no lograbas discernir si tus pies seguían al final de tus piernas. Tal vez te habías convertido en una prolongación de la roca. Sabías que el hechizo se rompería en cualquier momento. Preferías preguntarte si ahora eras otro risco del farallón.

Vega advirtió su expresión ausente cuando al fin entró al refugio, la mirada opacada en ese ambiente reducido, como si las paredes representaran una barrera molesta para sus ojos.

En el camino desde el Ur-Azag habían conversado sobre el estado de ánimo tan particular que provocaban aquellas travesías. Lo habían llamado *"talante de altura"*.

Te habituabas a que las montañas ya no acotaran el horizonte, a verlas con los ojos al mismo nivel de las cumbres circundantes e incluso desde arriba. Te habituabas a caminar por encima de un mar de nubes o a través de él. Al cielo siempre azul sobre tu cabeza y a contemplar sin obstáculos la trayectoria de los astros. Entonces las paredes del refugio resultaban asfixiantes en un primer momento, y buscabas de forma inconsciente cualquier excusa para salir aunque fuera por unos minutos, o una ventana que te permitiera constatar que toda esa inmensidad seguía ahí, que no se había desvanecido al cerrar la puerta a tus espaldas.

Andria dejó su mochila y aceptó la escudilla humeante que le ofrecía Vega. La olió antes de probarla y frunció el ceño: té de rasquilla. *¿El matamemoria de Lune? ¿Aquí?* Alzó la vista interrogante hacia su Maestro. Él se hizo a un costado sonriendo y le permitió mirar alrededor. En el rincón opuesto descubrió las dos mochilas con las mantas térmicas dobladas prolijamente encima.

—¿Mi hermana Lune y su Maestro…? —preguntó, sorprendida.

—Imagino que no tardarán en volver.

Andria asintió, volviendo a observar el lugar. En ese momento oyeron voces y el rumor inconfundible de pies enterrándose en la nieve. La puerta se abrió para dar paso a cuatro figuras enfundadas en ropas de abrigo. Las dos más altas, hombres a todas luces, se adelantaron para saludar a Vega, que los recibió con un abrazo breve y estrecho. Las otras dos descubrieron sus cabezas claras, una muy rubia, la otra broncínea. ¡Vania y Lune! Se miraron las tres con una sonrisa rápida y sus manos dibujaron el "saludo de hermanas", un signo que para ellas equivalía al abrazo de sus Maestros.

Vega llamó a Andria para presentarle a Yed y Lesath, mientras Lune servía té para todos y Vania acomodaba su mochila y la de su Maestro.

Andria saludó a los dos hombres con una respetuosa inclinación de cabeza, y permitió que la estudiaran con mirada crítica al tiempo que los observaba con discreción. Lesath era el más alto y corpulento de los tres, con el pelo rubio recogido con un lazo negro. Su piel hablaba de largas exposiciones al sol y al viento seco de la montaña, bronceada aun en esa época del año, se plegaba un arrugas prematuras en torno a sus ojos verdes cuando sonreía. De frente amplia y mentón cuadrado, la nariz recta

equilibraba una cara de líneas duras, transmitiendo la sensación de un temperamento tan fuerte como mesurado. Yed, que aún no se había quitado el arnés de escalada, era más bajo que Vega. El cabello rojizo corto y sus facciones angulosas acentuaban el brillo vivaz de sus ojos pardos. Su espalda ancha y los brazos gruesos señalaban una musculatura poderosa, aunque sus movimientos eran ligeros, rápidos, y coincidían con su naturaleza jovial e inquieta.

—Bien, aquí estamos todos al fin —dijo Yed—. Mejor que pongamos manos a la obra.

Vania miró a Lesath, que asintió levemente, se volvió hacia sus hermanas y cabeceó en dirección a la puerta. Con la sincronía de largos años de convivencia, las tres se envolvieron en sus mantos con un movimiento idéntico y salieron juntas del refugio.

Lune señaló el río de hielo que bajaba de la cumbre a la derecha del Etana, una lengua glaciaria de dos kilómetros de ancho, flanqueada por morrenas de detritus volcánico y lava solidificada que hablaba del agitado pasado del Kahara, cuarenta o cincuenta mil años atrás. Las muchachas eligieron una saliente de roca reparada del viento y se sentaron de cara al sur, el Filo del Oressa ante ellas.

Ninguna de las tres se apresuró a hablar, dejando que los minutos pasaran, prolongando aquel momento de reconocimiento íntimo que no precisaba palabras. A través de todas las experiencias compartidas, aquel puente de silencio había llegado a ser el símbolo del vínculo entre ellas y sus hermanas, incluso aquéllas que ya habían dejado la Escuela. Las sombras se alargaron antes de que pronunciaran palabra. Y de pronto, casi al mismo tiempo, las tres la soltaron a hablar sobre lo que habían vivido desde que dejaran el Sector Septentrional.

Andria percibió cambios en sus hermanas que no lograba especificar. Algo como la austera gravedad de Lesath en Vania. Algo como el aire casual de Yed en Lune. *No es de extrañar,* pensó. *Han sido nuestro único contacto con la humanidad en los últimos cinco meses.*

Cuando se permitieron una pausa, Lune sonrió con un suspiro. —Hemos cambiado.

—Sólo el reencuentro nos permitió darnos cuenta —asintió Andria.

—Y ésta ha sido sólo la primera separación —terció Vania.

Una vez pasado el primer momento de entusiasmo, las tres volvían a disfrutar hilvanando sus pensamientos en armonía. Algo

que tenía el sabor reconfortante de lo familiar. Se miraron un momento, volvieron a sonreír y se acomodaron para contemplar el paisaje. Las tres habían llegado a la misma conclusión: *Aún somos hermanas. Ahora y siempre.*

Lune Kailhaa — otoño 3357

—¿Quién se encargó de la leña ayer? —preguntó Munda mientras Elde recogía los tazones del desayuno.

—Nosotras —respondió Andria.

Sin que precisáramos decir más, nos pusimos en movimiento. Desde que Lena nos explicara cómo organizarnos, dos años atrás, habíamos establecido un orden fijo para las tareas y pares fijos para realizarlas en turnos rotativos. De modo que basta con que una de nosotras dijera qué había hecho el día anterior para que todas supiéramos qué nos correspondía hacer entonces.

Lena se despidió de nosotras y dejó la casa. Narha y yo salimos tras ella rumbo al Taller de Cerámica y lo rodeamos para internarnos en el bosque al norte del Sector Occidental. Caminábamos a buen paso sobre las primeras hojas secas del otoño, y nos adentramos en el bosque hasta la orilla del Cauce Viejo, donde los árboles añosos y los troncos caídos, cubiertos de musgo, parecían dormitar al arrullo del agua. Dejé el hacha y busque un lugar al sol, para tenderme de espaldas en la hierba con las manos bajo la cabeza, los ojos cerrados y una brizna de pasto entre los labios. Narha se sentó a uno o dos pasos.

—Pues en verdad eres dorada —dijo de pronto—. Y el sol hace que tu piel parezca de bronce oscuro.

Sonreí al escucharla.

—¿Son todos así en Seria Finalis? Quiero decir, como tú, dorados.

Largué una risita. Eso era lo que más me gustaba de Narha: que era espontánea y simple, y sobre todo sincera. Alguien en quien podía confiar plenamente.

—¿Son todos rojos en Heradius? —tercié, burlona.

Narha se llevó una mano al pelo con gesto inconsciente. —Por supuesto que no, pero somos mayoría.

—Pues nosotros, los “dorados”, somos minoría.

—Oh… ¿Y significa algo en especial?

—¿Qué tus padres tienen genes recesivos? —Volví a reír—. Sí, tiene un significado: sólo los militares y sus familiares directos son “dorados”. Ya sabes, ser la frontera del Sistema hizo que nuestras fuerzas armadas se transformaran en algo así como una aristocracia guerrera durante las Guerras. “Los guardianes de Mira

Omega” y todo eso. Somos un pueblo muy conservador, de modo que los miembros de la elite se casan entre sí. Hemos acabado formando un clan cerrado para preservar la pureza de nuestras virtudes hereditarias, y también nuestros defectos.

—Entonces eres cierta clase de noble.

—Mi abuela te felicitaría si pudiera escucharte. Es una tontería, pero muchos lo creen y lo defienden a ultranza. Mi familia se enorgullece de nuestra genealogía, llena de altos jerarcas militares, y se esfuerza por inculcar ese orgullo en las nuevas generaciones. Aunque haga milenios que ninguno de esos jerarcas ve nada parecido a una batalla. Es odioso, porque te obliga a seguir una etiqueta que establece el momento, lugar y forma de absolutamente todo cuanto pueda sucederte desde que naces hasta que te mueres.

—Tú has quedado eximida de eso al ser Elegida.

Me encogí de hombros. —No hice sino cambiar una etiqueta por otra. Y los códigos de la Orden parecen aun más complejos y rígidos que los de mi raza.

Nos quedamos en silencio. Sabía que Narha me contemplaba con curiosidad. No podía evitarlo. Le divertía verme aprovechar cuanta ocasión tenía de disfrutar el sol. Sabía que esa mañana de otoño para mí era más calurosa que el verano más tórrido de mi mundo. Ella opinaba que vivir en una tierra tan fría debía ser terrible. Para nosotros, los nativos de Seria, el frío es algo natural. El nuestro es el noveno y último planeta del Sistema, habitable sólo desde los veinte grados de latitud norte a los veinte grados de latitud sur.

—¿Cómo es tu madre, Dorada? No logro imaginarme una mujer adulta con tu aspecto de estatua.

Le dirigí una mirada hostil. ¿Por qué demonios había hecho esa condenada pregunta? Narha se echó hacia atrás, desconcertada. Me incorporé sin contestarle y le di la espalda para tomar mi hacha. *¡Esa maldita espontaneidad suya!*

—Comencemos ya —dijo, y mi voz era tan fría como mi mundo natal.

Narha se acercó vacilante, tratando de comprender mi súbito cambio de humor.

—Perdóname, Lune, no quise ofenderte —murmuró.

Me desarmó por completo. Aún dándole la espalda, bajé la cabeza y los brazos con un suspiro. *Al fin y al cabo no es adivina*, pensé. La enfrenté tratando de sonreír.

—Perdóname tú a mí —dije—. No lo preguntaste con mala

intención. No tenías forma de saberlo.

—¿Saberlo? ¿Algo acerca de…? —se interrumpió y supe que había llegado a la conclusión equivocada.

Empuñé el hacha y me dirigí a un árbol caído, cuyas ramas podían proveernos de cuanta leña precisábamos. Apoyé un pie en el tronco y descargué un golpe fuerte, haciendo saltar una nube de astillas. Tras el tercer hachazo, más calmada, giré hacia ella.

—¿Me ayudarás o tendré que hacer todo sola?

Narha asintió como si acabara de recordar para qué estábamos allí. Rodeó el tronco y se situó cerca de mí. Trabajamos en silencio varios minutos.

—No está muerta —resoplé al fin, sin mirarla—. Pero es como si lo estuviera.

Narha hizo un gesto afirmativo mientras luchaba por liberar su hacha de la madera.

—Se fue —añadí, acentuando cada palabra con un hachazo rabioso—, Se fue cuando yo tenía cinco años. Me crió mi abuela paterna. Mi padre es un alto oficial de la flota y es raro que pase más de un mes al año en tierra.

Narha me enfrentó vacilante.

—Sí, puedes preguntar lo que desees —dije—. Si tu curiosidad me incomodara, no habría dicho nada.

—¿Sabes por qué se fue?

—No. Nadie quiso decírmelo nunca. Mi abuela jamás la aceptó, porque había soñado con un consuegro con más estrellas en sus hombros que “un simple capitán”. Todo lo que tuviera que ver con ella me fue vedado cuando se fue. Ni siquiera me permitieron volver a ver a mis tíos o a mis abuelos maternos. Lo único que logré sonsacarle a mi padre fue que su partida estuvo relacionada con su profesión.

—¿A qué se dedicaba?

Hice una pausa para recuperar el aliento. —Nunca lo supe. Imagino que era funcionaria pública del Sistema o la Fraternidad, tal vez incluso de la Liga, y recibió un nombramiento en otro destino que no pudo rechazar. Si así fue, debe haber creído que yo viviría mejor en Seria como hija de un comandante de la flota. Pero cómo saberlo. Sólo tengo mis conjeturas.

—¿No has pensado en buscarla?

Sonreí de costado. Si lo había pensado. Descarté la idea de contarle sobre la residencia donde creciera, inmensa y vacía, y los fastuosos bulevares de Ciudad de la Defensa, sobre el Paralelo

Cero de Seria. Mis incontables intentos de fuga para reunirme con mis otros abuelos y las reclusiones en el sótano cuando la bruja de la abuela me descubría. No quería revivir los castigos y las lágrimas y los ruegos sin respuesta.

El pasado es inalterable. Lo que importa es el futuro, pensé, volviendo a hachar. *Si miro hacia atrás, será solamente para no repetir errores, mío y ajenos. Buscarla, encontrarla. Es sólo una cuestión de tiempo, casi una ecuación matemática. Quizás fue lo único que me enseñó esa vieja bruja: a mirar siempre hacia adelante.*

—Había perdido las esperanzas hasta llegar a la Escuela —dije, y sonreí ante el asombro que reflejó la cara redondeada de Narha.

—¿Acaso esperas encontrarla *aquí?*

Meneé la cabeza, riendo de sus ocurrencias.

—Sólo la Liga tiene una red de información mejor que la de la Orden. De modo que debo llegar a Alta Sacerdotisa para tener acceso. Si así no logro hallarla, significa que me he propuesto un imposible.

Terminamos de trabajar en silencio.

—¿Y cómo piensas rastrearla luego de tantos años? —inquirió Narha mientras recogíamos la leña para marcharnos.

—Sé su nombre y su número de registro. No preciso más.

Echamos a andar de regreso a la casa.

—¿Y cómo la reconocerías si la vieras?

Reí por lo bajo. Su curiosidad era inagotable. —Para empezar, sé que es una “dorada”, ¿no? Una vez vi un holo de ella antes de casarse con mi padre. Soy su viva imagen.

El sendero era demasiado angosto para que camináramos lado a lado y Narha se adelantó. El ruido de sus pasos en la hojarasca ahogó mi suspiro, evitándome tener que responder nuevas preguntas. Contarle sobre mi madre había removido emociones que creía enterradas. Volvía a ver la figura del holo, las facciones firmes y armoniosas, la frescura de su sonrisa juvenil, despreocupada.

Dicen que cinco vidas no bastan para cruzar la Galaxia. *¿Dónde estará?*, me pregunté por primera vez en muchos años. *¿Dónde, cómo buscarla? Ni siquiera sé si está viva, o si conserva su identidad. Y si ella vive, y Syndrah me permite encontrarla… Aun así… ¿Cómo saber si quiere volver a verme?*

Tropecé y maldije por lo bajo, enfadada conmigo misma.

¡Es sólo una cuestión de tiempo!

El fuerte viento del este empujó a la noche sobre el Etana. Dentro del refugio, Maestros y Discípulas se disponían a cenar. Los hombres habían pasado la tarde revisando y separando una increíble cantidad de equipo de escalada que sacaran de una cava diminuta bajo el suelo de un rincón.

Mientras preparaban la comida, las muchachas conversaban en voz baja.

—Cruzaremos el Kahara los seis juntos —explicó Lune—. Es más seguro.

Las otras dos asintieron. Seis era el número de integrantes ideal para esa travesía, ya que les permitía formar células de a dos o de a tres según avanzaran por roca o por hielo.

—¿Han hallado signos de las demás? —inquirió Vania.

Andria meneó la cabeza.

—Mi Maestro dice que las Maestras prefieren la Pared Oeste —dijo Lune—. No creo que volvamos a verlas hasta el otoño, cuando regresemos.

—Confío en que estarán bien —murmuró Vania.

Lune miró a los hombres fugazmente y se volvió hacia Andria. —Parece accesible. ¿Cómo se llevan?

Andria comprendió que se refería a Vega. —Al principio no fue fácil.

La expresión de sus hermanas le indicó que el proceso había sido difícil para las tres por igual.

—Por fortuna eso quedó atrás —dijo Lune.

— ¿Se entienden bien? —preguntó Vania.

Lune rió por lo bajo. —Lo nuestro es una guerra, abierta y declarada. Desde que descubrió que me gustan las cosas simples, directas, se las ingenia para enredarlo todo hasta sacarme de quicio. Dice que así se asegura de que aprendo las lecciones. En ocasiones resulta divertido. Pero no se dejen engañar por sus maneras. Tras su aspecto despreocupado oculta una gran sabiduría. Sólo le gusta disfrazarse de charlatán.

Andria no pudo evitar preguntarse cómo definiría su relación con Vega. Había advertido la cálida inflexión en la voz de su hermana al hablar de Yed. Lune lo respetaba, y lo que era más, sentía un sincero afecto por él.

Vania había fruncido el ceño, sin hallar demasiado sentido a lo que dijera Lune. *Ella siempre ha sido más… más solemne que el resto*

de nosotras, pensó Andria. Tal vez se debía a su historia familiar: Príncipes Imperiales desterrados un siglo atrás, criando en el exilio a las nuevas generaciones, a la espera de que la violenta guerra civil que asolaba su Sistema natal les permitiera recuperar lo que por derecho les pertenecía. *Una Princesa Imperial… Vania III de Delta Cygni…* Le costaba imaginar a su hermana sentada a un trono planetario.

Entonces cayó en la cuenta de cuánto se ajustaba el temperamento de los Maestros al de sus Discípulas y lo comentó en voz alta.

—La Regente sabe lo que hace —respondió Lune.

No podía haber dicho otra cosa. *Uno siempre responde desde sus genes, y para Lune, la Regente es nuestro Comandante.*

—¿Lo sabe o lo sabía? —terció Vania—. Al fin y al cabo los conocimos años atrás.

Andria se tomó un momento para pensarlo. —Imagino que fue una proyección. En ese momento planteó una hipótesis que no podría confirmar hasta ahora, porque ni siquiera era posible predecir si llegaríamos hasta esta Etapa Final.

—¿Lo ven? Sabía y sabe lo que hace —dijo Lune, satisfecha.

Vieron que los Maestros volvían a guardar el equipo y callaron, atendiendo a la comida. Yed apareció de la nada a inclinarse por encima del hombro de Lune y husmear el contenido de la olla.

Andria notó que descansaba ambas manos en los brazos de su hermana con naturalidad.

—¿Una oferta de paz? —preguntó, y se volvió hacia las otras dos muchachas—. Hoy casi me abandona en el fondo de una grieta en el glaciar.

Lune entornó los ojos, resoplando. —Exagerado —gruñó, haciendo reír a Vania.

Andria se apartó de ellos para preparar la mesa. Vega y Lesath estudiaban un holo del Kahara cerca de la alacena donde guardaban platos y cubiertos. La proyección mostraba la parte superior de la montaña, del Etana a la cima. Ambos observaban con atención una rimaya donde el glaciar bordeaba la pared oriental del pico.

—¿Cuán actual es esto? —preguntó Lesath, rodeando la proyección para verla desde distintos ángulos.

—Una semana. Sabes de sobra las reglas para traer la cápsula hasta aquí.

Andria notó la mueca de disgusto de Lesath. Un paso tras él,

Vega se cruzó de brazos pacientemente.

— Estamos en época de avalanchas, hermano. Esta rimaya puede haber cambiado por completo en una semana —se quejó Lesath—. Esto no es un picnic junto al Río.

Andria repartió la vajilla en la mesa y cortó varias rodajas del pan que Vania acababa de hornear. Lesath comenzó a decir algo más, pero Yed lo interrumpió apagando el holo con un manotazo muy propio de Lune.

—¿Acaso el invierno te ha escarchado? —se burló.

—Tiene razón con lo de las avalanchas —terció Vega muy serio.

—¡Se trata del Kahara, por la Estrella! —gruñó Lesath.

—No creo que debamos preocuparnos. Al fin y al cabo, sólo arriesgaremos la vida, ¿no?

Andria se les acercó. —La cena está servida, Maestros —dijo con tono respetuoso.

Yed palmeó la espalda de Lesath, señalando la mesa. —Ven a probar los guisados infernales de mi Discípula. Tras el segundo plato podrías escalar el Invisible sin relevos.

La risa suave de Vega obligó a Lesath a sonreír y asentir.

Yed siguió bromeando durante la cena. Era la voz cantante de la conversación. Lune y Vania reían con él, mientras Vega intercalaba algún que otro comentario. Los otros dos se limitaban a escuchar. Yed intentaba todo el tiempo enredar a Lesath en sus humoradas, pero el otro Maestro respondía invariablemente con monosílabos, utilizando su distante gravedad como escudo. Sin embargo, Andria podía decir que no había ninguna animosidad entre ellos. Ésa era su manera habitual de comunicarse.

De pronto Yed se volvió hacia ella. —¿Y tú, muchacha? ¿Eres siempre tan locuaz?

Andria sostuvo su mirada mientras masticaba, observándolo como si fuera un insecto exótico. No estaba muy segura de que responder como deseaba no tendría consecuencias. A su izquierda, Vega había asumido un fingido aire distraído. Al otro lado de la mesa, Lesath la estudiaba desde lo alto de sus ojos verdes. Entonces vio el signo de Lune: *"¡Díselo!"*

Deglutió y esbozó una sonrisa dócil. —No, Maestro —dijo con suavidad—. A veces también guardo silencio.

Lesath estalló en carcajadas. A su lado, Yed se mostró sorprendido por un instante y luego rió de buena gana con los demás. Señaló a Vega con un dedo acusador, pero Vega alzó las

manos, desligándose de toda responsabilidad. Yed enfrentó a Andria con expresión complacida y miró otra vez a Vega.

—Estás templando una bonita daga, hermano.

La luna llena asomó en todo su esplendor tras el Torreón del Oressa, un disco enorme y brillante que opacaba las estrellas. La oscura ladera del Kahara pareció cobrar vida. Los dos ríos de hielo que flanqueaban el Etana se transformaron en anchas cintas de plata, surcados por nubes que resbalaban hacia el Valle. La nieve era un manto lechoso, salpicado aquí y allá por las siluetas negras de los peñascos. Diríase que hasta el silbido del viento había cambiado en su luz.

Concluida la cena, las muchachas se ocuparon de dejar todo ordenado y dispuesto para el fin de la jornada, y Andria se descubrió lanzando miradas furtivas a la ventana frontal del refugio. El encanto misterioso de la hora la atraía como un imán. Deseaba apartarse de cuando la rodeaba y salir a la nieve, para fundirse con la noche en una Danza. *La Forma del Halcón sería ideal,* pensó.

Terminó de limpiar la cocina y fue hasta la ventana. Se detuvo allí de espaldas a los demás. Tenía la sensación de que sólo su cuerpo permanecía dentro del Etana. Su espíritu danzaba ahí afuera entre riscos y glaciares. Sus músculos suplicaban que los liberara del severo control al que su mente los sometía. *No debería precisar realizar la Danza para experimentar sus efectos,* se dijo. *Debería ser capaz de hacerlo desde aquí. No siempre tendré un lugar como éste al otro lado de la puerta para satisfacer esta necesidad.* Sin embargo, se le hacía más difícil a cada momento mantenerse quieta frente a la ventana. *No. No huiré como un animal salvaje a ocultarme entre las rocas. Me quedaré aquí dentro y disfrutaré la velada con mis hermanas. He pasado casi medio año sin verlas.*

Fue entonces que sintió una presión leve en su hombro. La voz de Vega fue poco más que un susurro.

—Salgamos.

Al instante siguiente se alejaban juntos hacia la izquierda del Etana. Mientras caminaban, Andria sentía una rara alegría que aligeraba su paso. Aquella coincidencia con Vega era un descubrimiento tan inesperado como grato. Sabía que la misma coincidencia con cualquiera de sus hermanas le hubiera resultado hasta obvia. *¿Por qué nunca esperé que sucediera con él?* Y por primera vez sintió que esa tensión implícita y constante entre ellos podía comenzar a relajarse. Era aprender a ver a su Maestro como alguien con quien tenía cosas en común, y compartirlas podía resultar gratificante para ambos.

Vega señaló una roca aplanada que se sobresalía por encima de una pendiente abrupta hacia un despeñadero de varios cientos de metros. Cuando la alcanzaron, se quitó el manto y lo tendió sobre la superficie fría, invitando con un gesto a Andria a sentarse a su lado. Se acomodaron con las piernas cruzadas de cara al despeñadero, sus hombros casi tocándose.

—Nuestro mentado *"talante"* tiene sus ribetes filosos, como todo —dijo él en aramita, el dialecto de los antiguos pobladores de Godabis, sonoro y de cadencia suave.

—Ver el costado de las nubes puede afectar la óptica de cuanto nos rodea —asintió Andria en el mismo dialecto.

—Impone cierta tendencia al aislamiento. Como un hábito de soledad.

De modo que él también había experimentado esa urgencia por apartarse del grupo, la sensación de que media docena de personas era una multitud dentro del refugio.

—Imagino que es cuestión de adaptarse, como todo —caviló.

Vega arqueó las cejas con una mueca dubitativa. —Prefiero pensar en equilibrio. La medida justa para que ambos estados de ánimo convivan sin estorbarse ni anularse mutuamente.

Andria recordó un concepto de su Maestra de Filosofía y lo repitió para Vega. —*"El universo es el reflejo superlativo del espíritu en su esencia más pura, así como el espíritu contiene la esencia del universo. Así, todo encierra en sí mismo su propia causa y efecto."*

—El concepto de causa y efecto es discutido —dijo él—. La gente suele considerarlo demasiado rígido para un universo en cambio constante. Suelen oponerlo al concepto de caos.

—La gente suele aferrarse a los absolutos —replicó ella—. Oponer causa y efecto a caos es un absoluto que contradice la noción de cambio perpetuo y no mecánico.

Vega sonrió de costado. —Hemos vuelto al principio: siempre hay un equilibrio que es necesario alcanzar. —Andria asintió, aguardando que continuara—. Tal vez habituarte a contemplar horizontes tan amplios te ayuda a acercarte a nociones igualmente amplias e incluso vagas.

Pero, pensó Andria, que ya se había habituado a los esquemas verbales de su Maestro.

—Pero corres el riesgo de olvidar los detalles —siguió él, y su sonrisa se acentuó de una forma que para Andria gritaba "azar histórico"—. Los detalles suelen ser la clave de la complejidad de esquemas más vastos.

Ella es esforzó por hacer a un lado ese recuerdo y concentrarse en la conversación. —Apreciar esquemas generales sin perder de vista los detalles y viceversa —terció.

—Exactamente. Recuérdalo siempre, Andria: quien sabe apreciar los detalles está en condiciones de servirse de ellos, y créeme que pueden tener un valor inestimable.

Andria volvió a asentir, pensativa, pero percibió que Vega se disponía a moverse y se preparó para apartarse. Él se incorporó como si nada y aspiró con deleite el gélido aire nocturno.

Ella lo imitó, manteniéndose un paso tras él. Sus ojos se desviaron hacia la imponente mole del pico del Kahara.

—¿En verdad es tan peligroso? —preguntó.

—Una montaña es siempre una montaña. La medida del peligro eres tú misma —respondió Vega, distante, distraído.

La muchacha guardó silencio. *Palabras…* Lune había definido su relación con Yed como una batalla. *Vega y yo somos un largo diálogo cargado de implícitos y hueco a la vez.* ¿Qué importaba en que lengua se expresaran? Todo idioma usa a quienes lo hablan para perpetuarse. La opacidad del lenguaje y su eterna paradoja. Utilizar palabras heredadas significaba ajustar ideas y sensaciones a moldes preexistentes, por lo cual que siempre decías más y al mismo tiempo menos de lo que necesitabas expresar. Todo mensaje cifrado en palabras acababa siendo inexacto. Y la humanidad edificaba sus vidas en torno a las benditas palabras. *Aún no hemos encontrado otro medio de comunicación más efectivo que el lenguaje estructurado.*

Giró para enfrentar a Vega y lo halló con la mirada perdida en las cumbres ante ellos, todo su cuerpo en ese aparente estado de lasitud que ocultaba los músculos listos para la acción. Se dio cuenta que acechaba su próximo movimiento, y contuvo el aliento al verlo recoger ambas manos sobre su pecho, flexionando apenas las rodillas. *¡La Forma del Halcón!* ¿Cómo lo había sabido? ¿Acaso las coincidencias producto de la convivencia habían llegado tan lejos? Se puso en posición cerrando los ojos. Hizo dos inspiraciones profundas con la barbilla apuntando a su pecho, se concentró en los latidos de su corazón y extendió los brazos a ambos lados, dejándose llevar por la corriente de su sangre.

No precisaba cerciorarse de que ella y Vega se movían con sincronía: había aprendido a percibirlo sin necesidad de verlo. Y esa noche, como nunca antes, *sabía* que los dos seguían la misma cadencia. Cuando se desencadenó la esperada fusión con cuanto la rodeaba, Andria sintió otro impulso vital junto al suyo. Era su

Maestro. Dos núcleos de energía en la noche milenaria de la cordillera, moviéndose en armonía con el entorno al ritmo de sus corazones *que latían al unísono.*

Al concluir el último movimiento se mantuvo muy quieta, resistiéndose a romper la magia de esa maravillosa comunión. Un roce tibió cubrió su muñeca, haciéndola estremecer, y Vega guió la mano de Andria hasta su pecho. La piel de la muchacha se erizó ante aquella prueba de sus percepciones que era el pulso del Maestro, idéntico al suyo.

Advirtiendo el temblor de sus párpados, Vega habló en un susurro, y el aramita convertía su voz en una suave variación del sonido del viento. —No abras los ojos.

Ella obedeció y él acomodó su mano bajo la de ella, para que ambas palmas se tocaran. Andria sintió que la vibración del flujo de calor aumentaba. Se convirtió en impulsos lumínicos en sus centros visuales, pantallazos que fueron cobrando nitidez hasta definir una escena amalgamada en blancos, grises y negros. *¡Gran Madre! ¡Somos nosotros!* Sobre un telón mental, vio proyectada la imagen de dos personas realizando la Danza a la luz de la luna, el río de hielo a sus pies y la cumbre del Kahara detrás. Un complejo flujo emocional acompañaba la imagen, pero no acertó a descifrarlo.

Abrió los ojos sin poder contenerse. A sólo un paso de ella, Vega la observaba con un brillo extraño en sus ojos de acero templado y una sonrisa vaga en sus labios. El flujo de imágenes menguó hasta volver a ser la tibia presencia de su Maestro, a la que ya estaba habituada, y el contacto de su mano abierta con la de él.

—Lo percibes. —Era una afirmación, no una pregunta.

Andria asintió, sobrecogida.

—No es más que otra forma de comunicación. Tal vez éste sea el único lenguaje, junto con la telepatía, en el que no hay lugar para mentiras ni segundas intenciones.

— ¿Cómo…?

—Sólo necesitas encauzar lo que deseas transmitir en un determinado canal. Y hallar a alguien lo bastante receptivo para comprender el mensaje.

—¿Y yo…?

Andria no ocultó su turbación y Vega sonrió de costado. En verdad era tiempo de despertar las capacidades dormidas de este alma brillante.

—Confío en que aprenderás a hacerlo.

Andria no respondió, turbada por el tumulto de emociones que se agitaba en su interior. Era incapaz de retirar su mano de la de él o de apartar la vista de sus ojos.

En ese momento los alcanzó un eco de risas y voces fuertes. Vega miró hacia el refugio. Sólo entonces Andria reparó en la intensidad con que el Maestro se había expresado antes. Todavía un poco conmovida, dejó que su mano bajara a ocultarse bajo el manto. Escuchaba con claridad las voces de Lune y Yed: luchaban al otro lado del Etana, en las rocas posteriores. Y a juzgar por sus exclamaciones, la Discípula había derrotado al Maestro.

—Es hora de regresar —oyó que decía Vega.

Lo enfrentó confundida. ¿Volver al refugio? ¿Reunirse con los otros cuatro? ¿Cerrar la puerta a esa noche?

IX – El Kahara

- 1 -

Andria se reunió con Vania y Lune en la explanada rocosa detrás del Etana. Era una mañana radiante a fines de primavera que el sol comenzaba a dorar, alcanzándolas con los primeros rayos que desbordaban los picos orientales de los picos orientales de la cordillera. Echaron a andar las tres cuesta arriba, el tintineo rítmico del equipo que colgaba de sus arneses acompañando su marcha.

Caminaron una hora en silencio, hasta que Lune dijo: —¿Se han dado cuenta de que es la primera vez que estamos solas en la montaña?

—Ellos están cerca y nos aguardan —terció Vania.

—Pero nunca antes salimos solas al encuentro de nuestras Maestras.

Andria le dio la razón. Ahora descubría, no sin sorpresa, la ausencia de esa especie de euforia que les provocaban los raros momentos en que ningún miembro del personal de la Escuela merodeaba. Esas raras ocasiones en las que podían hacer a un lado la cautela y tenían la rara oportunidad de bajar la guardia y ser espontánea. *Durante estos años, nuestra vida ha sido una cuestión de bandos,* pensó. *Ellas y nosotras, con Lena como único puente para suavizar las diferencias.*

Lo que sentían en ese momento no tenía ninguna relación con ese esquema de bandos opuestos. Y comprendió que tanto ella como sus dos hermanas no consideraban a sus Maestros parte del "otro bando". Si eso adelgazaba insospechadamente cualquier línea divisoria, por fuerza hacía vacilar la división con el resto del personal de la Escuela.

¿Esto es lo que significa sentirse parte de la Orden?, se preguntó. Un plano en que la única diferencia entre dos personas radicaba en su rol dentro de la inmensa estructura de la Orden, aunque los roles en sí no significaban distinciones. Un plano en el que sólo existían hermanos con un mismo objetivo: servir a la Madre. Sin embargo, su teoría se tambaleó cuando trató de imaginarse llamando hermana a, por ejemplo, la Regente. *O Iara y Pollux,* pensó con un escalofrío.

¿Y Vega? No concebía otro título que Maestro para él, y le costaba pensar que pudiera verlo de ninguna otra manera. *De alguna forma él siempre será mi Maestro.* Sí, en una forma diferente a todas las Maestras que tuviera hasta entonces. Podía imaginar el

día que llamaría hermano a Yed o a Lesath, también a Lena, tal vez a Alphard o Bellatrix. Pero, ¿a Vega?

—Hasta ahora nunca nos hemos sentido miembros de la Orden —dijo Vania entonces.

—Nos hemos limitado a acatar nuestro destino y tratar de vivir con él —terció Lune.

Una vez más, los pensamientos de todas habían seguido el mismo camino.

—Eso está cambiando en este mismo momento, desde que somos capaces de comprenderlo —dijo Andria.

Las otras dos asintieron, pensativas. Continuaron en silencio hasta que Vania las enfrentó con una sonrisa.

—Andria tiene razón. Siempre hemos visto la Orden como algo distante y abstracto. Sólo teníamos a nuestras superiores para intentar hacernos una idea de ella. Un reflejo bastante inexacto. Creo que hubo algo que hemos pasado por alto durante todos estos años: nosotras *somos* la Orden. No formamos parte de ella: la conformamos junto con todos sus miembros, nuestros hermanos y hermanas.

Era una sensación extraña, pero las palabras de Vania tenían un innegable viso de verdad, que se hacía más notorio a medida que reflexionaban.

De pronto Lune se detuvo con actitud acechante. Andria y Vania la imitaron sin molestarse por hacer preguntas. No en vano Lune había sido la favorita de Pollux y campeona invicta de todos los torneos de lucha en los que participara desde que llegaran a la Escuela. Las tres se pusieron en guardia, hombro con hombro dándose la espalda, para cubrir todos los flancos. Transcurrió un largo minuto hasta que Andria percibió el rumor de pasos en la nieve, proveniente de la cuesta tras el peñasco, ladera abajo, a un costado de las huellas que ellas mismas habían dejado.

—Es uno de ellos —susurró Lune.

De frente al peñasco, Andria divisó una mota oscura que asomaba por encima de la lomada. Una cabeza, tras la que emergieron los hombros y el cuerpo.

—Es Yed —dijo.

—¿Viene solo? —preguntó Vania, sin apartar los ojos de su flanco.

—Eso parece.

A pesar de que la mochila que traía a la espalda se veía atiborrada de equipo y pertrechos, Yed se aproximaba a paso

ligero.

—Pueden bajar la guarda, vengo en son de paz —les dijo cuando estaba a pocos metros de ellas.

Lune fue la primera en obedecer, las otras dos se limitaron a imitarla. Yed no se detuvo y les hizo gesto de que lo siguieran.

—El campamento no está lejos —dijo, y señaló la pared que se erguía vertical sobre uno de los ríos de hielo—. Haremos noche allí.

Continuaron en silencio y Andria repasó lo ocurrido. *Permanecimos a la defensiva hasta cerciorarnos de sus intenciones,* pensó. *Y sólo porque Lune creyó lo que decía.* Era la situación de bandos otra vez, restando peso a lo que dijera Vania. *No perteneceremos realmente a la Orden mientras sintamos que necesitamos estar a la defensiva ante siquiera uno de sus miembros.*

—¿Por qué adoptaron esa posición al escuchar que me acercaba? —preguntó Yed entonces.

—Era la única manera efectiva de defendernos —respondió Lune.

—Deja que tus hermanas respondan. ¿Para qué formaron ese triángulo?

—Para no ofrecer flancos desprotegidos —dijo Andria.

—Es una posición más segura que espalda contra espalda, y eso nos permite vigilar al frente sin tener que preocuparnos por los flancos, porque sabemos que otro los cubre.

—Otro —repitió Yed—. ¿Cualquiera?

—Cualquiera en quien confíes —replicó Vania.

—¿Quiere decir que ustedes confían unas en otras, lo suficiente para delegar la seguridad de su espalda y sus flancos en una lucha cuerpo a cuerpo?

—Somos hermanas —dijo Andria con acento grave.

Yed sonrió. —Eso es lo que significa pertenecer a la Orden.

Las muchachas se detuvieron, sorprendidas, e intercambiaron miradas interrogantes. Yed giró hacia ellas, siempre sonriente.

—Lo que te protege la espalda, el núcleo en el que puedes depositar tu confianza aunque se trate de una cuestión de vida o muerte. Que lo veas o no, estará siempre allí para respaldarte. Eso es la Orden.

Siguió caminando y Lune lo alcanzó para enfrentarlo con curiosidad.

—Estábamos hablando de eso precisamente. ¿Acaso nos estabas espiando?

Yed rió en respuesta a su acusación y meneó la cabeza. —Me parece muy bien que comiencen a replantearse su relación con quienes, de hecho, siempre han sido sus hermanas y hermanos. Cuando dejen la Escuela y se les asigne un destino, o tú, Vania, asumas el gobierno de tu mundo, lo que hoy les digo cobrará un sentido más completo. —Hizo un alto al ver el campamento al pie de la pared y volvió a sonreír, esta vez de costado—. Al adoptar esa posición defensiva han demostrado que comprenden la esencia misma de la Orden. En esta ocasión se trataba de hermanas que conocen y aprecian, con quienes han crecido. Tal vez mañana sea un hermano desconocido, o que hoy consideran en un nivel distinto al de ustedes. Entonces comprobarán que conozcan o no al otro, su sola pertenencia a la Orden hará que la situación sea idéntica a la de hoy: podrán confiarle sus vidas, de ser necesario. Sin temores ni dudas.

El campamento estaba vacío cuando llegaron. Consistía en tres tiendas térmicas para pernoctar y una cuarta para preservar el equipo. A sugerencia de Yed prepararon un almuerzo tardío, que comieron dentro de una de las tiendas para resguardarse del viento, que soplaba helado desde el sur. Luego se entretuvieron preparando el equipo que emplearían al día siguiente. No había señales de Vega y Lesath en los alrededores. Yed no dijo nada al respecto, y ellas no se atrevieron a interrogarlo.

Mientras trabajaban, él les habló de la travesía que les esperaba. Se pondrían en camino al amanecer, para escalar la pared con las primeras luces del día y alcanzar el glaciar por su único flanco accesible. Después cruzarían el hielo hasta el filo occidental para aproximarse desde allí al macizo del pico, donde harían noche.

—Hacer cumbre nos demandará media jornada desde allí —dijo—. Dejaremos el campamento montado en la base del pico para ahorrarnos un buen trecho al retomar la ruta a las Grutas.

—¿Retomar? —repitió Vania con acento reprobador—. Creí que nuestro paso por el Kahara era parte de esa ruta.

Yed esbozó una sonrisa vaga. —Es una lástima desperdiciar la oportunidad de hacer cumbre. A menos, por supuesto, que no te sientas en condiciones. En ese caso, puedes esperarnos en el campamento. —Vania frunció el ceño, ofendida y Yed rió por lo bajo—. Tranquila. Sé que puedes hacerlo. ¿Qué es lo que te preocupa?

—La estación, Maestro: estamos en pleno deshielo.

Andria recordó haber escuchado la misma objeción en boca de Lesath, y tornó a mirar hacia afuera de la tienda, la pared de roca y la línea blanca del glaciar que asomaba detrás. Los bordes de las grietas estarían cubiertos de nieve blanda, y podían producirse avalanchas. *¿Es realmente necesario correr este riesgo?*

—La medida del peligro es uno mismo —oyó que decía Yed, y halló sus ojos pardos fijos en ella—. Si tomamos las precauciones correspondientes y actuamos de la forma correcta, no tiene por qué ocurrir nada malo.

—Nuestro destino está en manos de la Madre —rebatió Vania.

Yed rió alegremente, desconcertándolas.

—¡Claro que sí! Y si no me equivoco, nosotros somos Sus instrumentos. Eso significa que somos *nosotros* lo que ejecutamos

Su voluntad. De modo que haremos lo que debamos, en vez de esperar que malgaste un milagro en salvarnos de nuestra propia impericia.

En ese momento Andria creyó ver algo que se movía en la parte superior de la pared. Mientras ella aguzaba la vista, Vania volvió al ataque.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Que debemos actuar como un verdadero equipo.

Eran dos siluetas, empequeñecidas por la distancia. Se deslizaban en rapel pared abajo.

—Como hermanos y hermanas —intervino Lune, haciendo una seña a Vania para que no siguiera discutiendo.

—Exacto —asintió Yed—. Un núcleo sólido de confianza y respaldo recíprocos, si entienden a qué me refiero.

Andria asintió en silencio, sus ojos allá afuera. Ahora comprendía que lo que Yed les dijera de camino al campamento era para prepararlas para lo que afrontarían al día siguiente. Y tal vez allí residía el verdadero motivo de que intentaran hacer cumbre en el Kahara. *¿Podrá esta cumbre acercarnos al sentimiento de pertenencia a la Orden?* Calculó cuánto tardarían Vega y Lesath en descender y cuánto le llevaría a ella ir del campamento a la base de la pared. Se volvió hacia Yed y volvió a encontrar sus ojos pardos observándola.

—Con los bastones bastará—dijo, anticipándose a su pregunta, y se volvió hacia Lune—. Y un poco de ese horrible *matamemoria* no vendría mal.

Lune y Vania miraron también hacia afuera y asintieron. Las tres muchachas se incorporaron al mismo tiempo y salieron. Poco después, Yed volvió a sonreír, viéndolas alejarse juntas por la nieve.

Lo primero que advirtió Andria fue el inusual agotamiento que delataban los movimientos de Vega. Las muchachas insistieron en cargar con parte del equipo que traían los Maestros, y el alivio que eso les produjo resultó evidente. Agradecieron el ofrecimiento y la infusión con sonrisas pálidas, y las instaron a apurar el paso para retornar al campamento antes de que se cerrara la noche. La prisa y el frío no les permitía cruzar palabra, pero Andria notó que los dos Maestros parecían preocupados.

Las primeras estrellas se encendían sobre ellos cuando llegaron

a las tiendas, donde Yed los recibió con una cena abundante. Sirvió seis platos generosos y cada Maestro se retiró a una tienda con su Discípula, dando por finalizada la jornada.

Pronto Andria comenzó a sentir una rara inquietud. Sabía que Vega y Lesath habían pasado el día revisando la ruta que seguirían por la mañana, y la actitud ausente de su Maestro le daba mala espina. Estaba acostumbrada a su hermetismo, pero esa noche el cansancio parecía hacerle bajar las barreras y teñir su silencio con la preocupación que ella había notado. A pesar de todo, le llevó toda la comida decidirse a tomar la palabra. *Estoy demasiado habituada a que sea él quien empiece siempre las conversaciones,* se dio cuenta.

Desvió la vista con la excusa de retirar los platos y se esforzó por dar a su voz un tono casual. —¿Han inspeccionado el camino, Maestro?

Vega, que miraba sin ver por la diminuta ventana de la tienda, pareció reaccionar al escucharla, aunque no respondió. Andria lo enfrentó para ofrecerle té y halló sus ojos claros y brillantes. La tensión en su mirada sólo alimento la inquietud que sentía.

Vega tomó la escudilla y le tendió la otra mano con la palma vuelta hacia arriba. Andria vaciló antes de apoyar su mano en ella. Una vibración irregular, discontinua, recorrió todo su cuerpo desde sus dedos, y contuvo el impulso de retirar la mano. Mientras sostenía la mirada penetrante del Maestro, una serie de imágenes cobró forma en su mente. Grietas en el hielo y montículos de nieve. La vibración enviaba un mensaje único a sus centros nerviosos: *"peligro". Ya ha habido avalanchas,* comprendió. *La nieve está blanda y confunde los bordes de las grietas.* Vega asintió y retiró su mano.

—Nos enseñaron a realizar travesías como ésta, Maestro —dijo Andria.

Vega forzó una sonrisa al darse cuenta de que su Discípula intentaba tranquilizarlo.

—En realidad existe un solo peligro: nosotros. Que no seamos capaces de actuar como un equipo sólido.

Andria se limitó a asentir, bajando la vista. Vega tenía razón. Ella y sus hermanas sabían moverse como una célula de escalada. Igual que los Maestros entre sí y cada par de Maestro y Discípula. Pero, ¿qué ocurriría al tener que trabajar todos en conjunto?

—Es indispensable *sentir* que estamos los seis juntos en esto —agregó él.

Andria alzó los ojos con una rápida mueca dubitativa. Vega la

observaba con atención.

—¿Crees que tú y tus hermanas podrán hacerlo?

Ella no se apresuró a responder. —Creo que sí. Sé que haremos todo a nuestro alcance para lograrlo.

—Entonces tenemos una buena chance.

El eco de alivio en su acento no pasó desapercibido para Andria. Y se dio cuenta de que nunca se había imaginado que su actitud pudiera influir en el ánimo de Vega. ¿Tal vez el peligro era mayor de lo que él había querido transmitirle, o de lo que ella había podido captar? No se percató de que Vega se preparaba para acostarse hasta que lo oyó suspirar.

De pronto lo sintió más cercano que nunca antes. Éste no era el Maestro que lo tenía todo previsto, el que sabía exactamente qué hacer y qué decir en cada situación. Esa noche su Maestro se permitía mostrarse vulnerable a la fatiga y las dudas. Esa noche era más *humano* que nunca antes.

Lo vio tendido boca abajo dentro del saco de dormir, la cabeza sobre los brazos cruzados. Afuera la temperatura no bajaba: se desplomaba. De modo que Andria cubrió el saco de dormir de Vega con una de las mantas aislantes y se sentó a su lado. La inducción de energía no se le daba tan bien como a algunas de sus hermanas, pero imaginó que a Vega no le molestaría que no fuera una experta.

Apenas extendió sus manos a un par de centímetros por encima de los hombros de él, sintió cómo los músculos de Vega absorbían cuanta energía ella era capaz canalizar. *A veces cuesta recordar que no sólo es mi Maestro. También es un hombre. Carne y hueso.* Él no se movió ni abrió los ojos. Poco a poco su respiración se hizo más profunda y pausada. Andria no interrumpió la inducción hasta estar segura de que Vega estaba dormido y su cuerpo había logrado estabilizar su nivel de energía. Sólo entonces se acostó al otro lado de la estrecha tienda y apagó la luz.

Vega cambió de posición con un suspiro y Andria sonrió dentro de la tibieza de su saco de dormir.

El sol se acercaba a su cenit cuando Lesath, que abría la marcha, se detuvo. Los demás lo imitaron y Andria escuchó el rumor que poco a poco se diferenciaba del continuo aullido del viento. El hielo vibró bajo ellos. *¿Otra avalancha?* El bramido de la nieve al precipitarse ladera abajo les llegó con toda claridad.

—Fue en la cara oriental —dijo Vega.

El temblor hizo que la nieve suelta cayera dentro de las grietas como breves cascadas. Andria no giró hacia su Maestro, atrás y a la derecha con Vania y Yed. Aún no había transcurrido una hora desde la avalancha anterior.

—Está haciendo calor —terció Yed.

—Apresurémonos —dijo Lesath, volviendo a andar.

Andria lo siguió con una mirada al filo oriental, donde una nube de nieve en suspensión asomaba por encima del glaciar. *No debo dudar,* se repitió. *El miedo es el primer detonador de catástrofes.* Se concentró en las huellas que Lesath dejaba en el hielo. El reflejo del sol le irritaba la vista, como si no llevara lentes protectores.

Una hora más tarde se tomaron un descanso para comer unas barras energéticas en medio del glaciar. Habían alcanzado la depresión situada al otro lado del filo occidental, y desde allí comenzarían a aproximarse al pico en línea recta. Aún restaban tres horas de marcha hasta el lugar donde acamparían. Durante el breve almuerzo, las bromas de Yed contribuyeron a distender los ánimos, y continuaron camino todavía conversando.

Poco después se detenían ante una grieta de unos tres metros de ancho y al menos quince de profundidad que se abría perpendicular a las demás, extendiéndose al menos un kilómetro en ambas direcciones. Frente a ellos, un delgado espolón de hielo se tendía como un puente, dejando un trecho de menos de dos metros hasta el otro lado. Lesath indicó a los demás que aguardaran y Andria soltó su rollo de soga para que pudiera adelantarse solo y comprobar la resistencia del hielo.

Lesath probó el espolón con sus bastones y se volvió hacia los demás. — No tiene sentido rodear la grieta. Éste es un buen punto para cruzar. Sólo eviten pisar en la punta —señaló.

Detrás de Andria, Lune repitió sus palabras para los otros tres, que los seguían. Ellas se reunieron con Lesath y entre los tres montaron un seguro con rapidez. El Maestro aguardó a que las muchachas tuvieran su soga bien sujeta y encaró el espolón. Tomó impulso y alcanzó el borde opuesto de la grieta sin dificultad, con

un salto ágil. Allí montó otro seguro, mientras Andria dejaba a Lune en su puesto y avanzaba hacia el borde de la grieta. Lesath le indicó que el seguro estaba listo y asintió con una rápida sonrisa de aliento. Andria respiró hondo. *Un solo paso, rápido y liviano,* se dijo. Tomó impulso y saltó. Lesath le tendió ambas manos para recibirla, pero no fue necesario. Andria cayó en cuclillas junto a él sin inconvenientes.

Lune desmontó el seguro y se adelantó sin vacilar. Lesath y Andria habían saltado un paso antes de la punta del espolón, de modo que ella debía saltar antes. Sin embargo, en el momento de impulsarse le pareció sentir un crujido en el hielo. De pronto sólo había aire bajo sus pies.

Alcanzó a oír que Lesath gritaba. —¡Abajo! —justo antes que su cabeza chocara con la pared de la grieta.

Cuando Lune desapareció dentro de la grieta, Andria aferró la soga del seguro, esperando el tirón. Pero éste fue tan violento que la derribó. Ella soltó la soga con una mano y alcanzó a retraer el bastón, clavando la piqueta en el hielo. Lesath se arrojó sobre ella, aunque no pudo evitar que el peso muerto de Lune la arrastrara centímetro a centímetro hacia la grieta.

Los otros tres corrieron en su auxilio. Lune había perdido el sentido y pendía del extremo de la soga, meciéndose y girando lentamente contra la pared de hielo.

Andria mantenía los ojos cerrados y los dientes apretados. Lesath había pasado un brazo bajo sus axilas y la tenía bien sujeta, evitando que resbalara hacia la grieta. Pero su cintura y su espalda dolían más a cada minuto que pasaba con el peso de su hermana colgando de su arnés. Escuchó que los otros salvaban la grieta sin inconvenientes. Yed y Vania montaron otro seguro a un paso de ella para bajar a buscar a Lune. Uno de sus pies se desprendió del hielo y pateó el suelo con rabia, fijando el crampón nuevamente. Oyó a Yed y Vania descender, mientras Vega trabajaba en el segundo seguro. *¡Gran Madre, apresúrense!*

—¿Puedes resistir? —le preguntó Lesath, y su voz delataba el esfuerzo que él también estaba haciendo para evitar que Andria se reuniera con Lune dentro de la grieta.

Ella no respondió. No lo habría hecho aunque no hubiera estado aplastada de cara contra el hielo, una mano entumecida todavía sujetando la soga y la otra aferrando la piqueta. De pronto el peso insoportable que colgaba de su cintura cedió. Yed y Vania comenzaban a izar a Lune. Andria se movió y Lesath se corrió para

permitirle moverse. El Maestro se hizo cargo de la soga que soltó la muchacha, dejándola arrastrarse un par de pasos y tenderse boca arriba, sin aliento.

Tan pronto como Yed y Vania extrajeron a Lune, aún inconsciente, Vega dejó el seguro y se apresuró hacia Andria. Ella lo oyó arrodillarse a su lado y revolver su mochila. El hormigueo que sintió moverse por su cuerpo le indicó que su Maestro estaba usando un diagnosticador sobre ella. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, incapaz de hacer a un lado el miedo que todavía le quemaba el pecho.

Vega revisó sus signos vitales y le entregó el diagnosticador a Lesath. Se sentó junto a Andria y se quitó los guantes para tomarle una mano entre las suyas. Ella se cubrió el rostro con la otra mano, luchando por no llorar.

—Tu hermana está bien —le dijo Vega un momento después, y ella supo por su acento que sonreía.

Se sentó con dificultad, alzando los lentes de seguridad para mirar más allá de su Maestro adonde yacía Lune. Yed le sostenía la cabeza en su regazo mientras Vania y Lesath le vendaban la frente. Sólo entonces enfrentó a Vega. Él aguardó a verla asentir y la ayudó a incorporarse para ir los dos hacia los otros. Lune abrió los ojos cuando llegaban a su lado. Se tocó el vendaje con movimientos lentos, deglutió con dificultad y frunció el ceño al alzar la vista hacia Yed.

—¡Estás pálido! —murmuró.

—¡Baisha te condene, Dorada! —exclamó Yed, riendo con voz entrecortada.

Lesath permaneció de pie a varios pasos de ellos, mirando a su alrededor como si vigilara que no sucediera ningún otro imprevisto. Les dio un cuarto de hora para reponerse. Entonces se volvió hacia ellos.

—¿Puedes caminar? —le preguntó a Lune.

Ella asintió con seguridad. —Sí, pero necesitaré un poco de ayuda.

Yed la ayudó a ponerse de pie y deslizó un brazo bajo los de ella. Maestro y Discípula tentaron varios pasos con cuidado. Vega se volvió hacia Andria, que se apoyaba en su brazo. Andria asintió intentando sonreír.

—Ve con Yed —le dijo Vega a Lesath—. Vania y yo asistiremos a Andria.

La noche se cerraba cuando alcanzaron el lugar donde acamparían. La temperatura era tan baja, que las tiendas se cubrían de escarcha apenas las montaban. Las muchachas y Yed se refugiaron en la primera, dejando que Vega y Lesath se encargaran de terminar de montar el campamento. Lune, exhausta y dolorida, se quedó dormida apenas se deslizó dentro de su saco. Yed la cubrió con una manta térmica mientras Vania y Andria preparaban la cena a sólo dos pasos.

—Gracias a la Madre están vivas y bien —susurró Vania—. Tuve miedo por ustedes.

—Yo también —murmuró Andria.

Un ademán de Yed les ordenó silencio.

En la cuarta tienda, Vega y Lesath protegían el equipo para que no se helara durante la noche.

—Yed perdió el control esta tarde al ver a su Discípula en peligro —comentó Lesath.

Vega sonrió de costado ante su acento reprobador. —¿Te has detenido a preguntarte cómo habrías reaccionado tú si se hubiera tratado de Vania?

Lesath frunció el ceño, sin comprender.

—Pues creo que tú y yo habríamos reaccionado exactamente igual —dijo Vega con calma.

El otro Maestro hizo un ademán de protesta que hizo que la sonrisa de Vega se acentuara.

—Sé lo que piensas acerca de la familiaridad con nuestras Discípulas. Pero ante todo debemos evitar engañarnos a nosotros mismos.

—¿De qué hablas?

Vega le palmeó el hombro y abrió la tienda. —Vamos a cenar. Ha sido una jornada larga para todos.

Andria despertó en medio de la noche conteniendo un grito. Las imágenes del accidente habían poblado sus sueños, y aún podía ver el cuerpo inerte de Lune balanceándose entre las paredes azuladas de la grieta. La presión de una mano en su hombro la hizo estremecer.

—Tranquila, ya pasó todo —susurró Vega.

Ella asintió con una temblorosa inspiración y alzó la vista. El

resplandor rojizo del calefactor dibujaba la silueta de Vega sentado en su saco e inclinado hacia ella.

—Yo… —murmuró—. Tengo miedo… No sé si podré hacerlo, Maestro. Lo siento…

—Intenta volver a dormir. Mañana lo hablaremos.

Andria sintió que las lágrimas amenazaban desbordar sus ojos y volvió el rostro para ocultarlas. —Lune y yo estuvimos a punto de perder la vida hoy. Ella no está en condiciones de continuar y no estoy segura de mi propio estado físico. Puedo quedarme a cuidarla.

—¿Tú crees que permitirá que la dejemos aquí?

Ella volvió a enfrentarlo, desconcertada. —¿Van a permitir que se arriesgue a seguir la travesía?

—Ella debe decidirlo. Tú la conoces mejor que yo, ¿qué crees que hará?

Andria dejó oír un fuerte suspiro. *Lune jamás se dará por vencida.*

—Podemos esperarlos aquí si lo deseas.

La suavidad de Vega la hizo envararse, enfadada. —Si Lune continúa, yo también —replicó.

La mano de Vega bajó a buscar las de Andria y las presionó. La muchacha sintió cómo su Maestro intentaba alejar el miedo y la angustia que la turbaban. *Trata de protegerme… ¿de mí misma?*

—No es necesario, Maestro, yo… —murmuró.

Un pesado sopor la inundó, y Vega la instó a volver a acostarse. Su voz sonó distante y opaca.

—Vuelve a dormir, Andria. Necesitas descansar.

Una hora antes del amanecer se reunieron a desayunar en la tienda que ocupaban Yed y Lune. La muchacha se mostraba animada, y decidida a alcanzar la cumbre del Kahara. Cuando Lesath pretendió disuadirla, Yed lo silenció con una sola mirada. Poco después los seis se preparaban para dejar el campamento.

El camino hasta la primera pared fue rápido y directo. Lune marchaba ahora con su Maestro y con Lesath, en tanto Vega y las otras dos muchachas formaban la célula restante. Escalar aquella abrupta pendiente les demandó más de una hora, pero al fin se reunieron en una cuesta rocosa que ascendía hasta la pared principal, una superficie casi vertical de más de cien metros de altura, coronada por un filo de riscos cubiertos de nieve y hielo

que se extendía hasta un peñasco de extremos aguzados, el punto más elevado del Kahara.

—Llegaremos.

Andria y Vania siguieron la mirada de Lune y se volvieron hacia ella, encontrando su sonrisa desafiante.

—Es peligroso, puede haber desprendimientos —dijo Vania.

Lune cerró el seguro de su arnés y la enfrentó. —Vale la pena. No resistiría retroceder ahora.

—Reconocer las propias limitaciones no es debilidad ni cobardía —terció Andria.

Lune se tocó el vendaje que asomaba entre el casco y sus cejas. —No quiero que haya sido en vano.

Vega se acercó a ellas.

—Sus Maestros y yo tenemos una costumbre —dijo, fingiendo no haber advertido que habían interrumpido su conversación al verlo—. Nos gusta rezar antes de comenzar la última etapa de una ascensión.

Las muchachas lo siguieron adonde aguardaban Yed y Lesath y los seis formaron un círculo, tomándose las manos. Lesath miró a Vania con un breve asentimiento. Ella se volvió hacia Lune, que no vaciló en recitar la plegaria que ellas habían creado tantos años atrás. Los Maestros no hicieron comentarios ni preguntas, limitándose a repetir lo que las muchachas se turnaban para decir.

—Soy uno. Uno con la Madre, uno con mis hermanos.

—Somos uno en la Madre. Ella nos hace fuertes.

—Somos fuertes porque somos uno.

Andria sintió que aquella sencilla oración surtía un efecto mágico de disipar sus dudas y mejorar su ánimo. *Llegaremos a la cumbre*, pensó, poniéndose la mochila. Oyó los pasos de su Maestro en la nieve y giró hacia él.

—¿Lista?

Andria asintió sonriendo. Vega la estudió un momento antes de devolverle la sonrisa.

El primer tramo de la pared no presentó demasiados inconvenientes. Se habían dividido en tres células de dos para las partes de roca, y a mitad de camino se reunieron en una pequeña cavidad en la roca para descansar. Sin embargo, el segundo tramo no resultó tan sencillo. Los rebordes de roca congelada se multiplicaban, haciendo más lenta la ascensión.

A medida que avanzaban, Andria sentía que los músculos forzados en el accidente en el glaciar acusaban un desgaste

prematuro. Vega no tardó en advertir que perdía agilidad. Al hacer el siguiente relevo, la retuvo con expresión inquisidora. Ella sostuvo su mirada un momento y continuó escalando sin pronunciar palabra. *Al fin y al cabo no resultó ilesa ayer,* pensó Vega preocupado.

Poco después alcanzaron una cornisa de una decena de centímetros de ancho y Vega fingió precisar un descanso. Andria se acomodó a su lado encerrada en un silencio obstinado.

—No seguiremos adelante —dijo Vega de pronto.

Los ojos violáceos de su Discípula fulguraron al enfrentarlo. Él ni siquiera pestañó.

—Te niegas a admitir que no estás en condiciones de seguir y eso duplica el peligro al que nos exponemos los dos.

Andria inspiró hondo, irritada. —Debo hacerlo, Maestro —dijo.

—¿Debes?

—*Necesito* hacerlo.

Vega frunció el ceño ante la urgencia y la determinación de su acento. Ella intentó suavizar su tono.

—Creo que puedo lograrlo, Maestro. Sólo quisiera… —Su voz se perdió en un murmullo y él la instó a continuar. Ella se encogió de hombros—. Saber que no estoy sola para intentarlo.

Vega iba a responder cuando Yed asomó por encima de la cornisa, trepando con lentitud pero sin detenerse. Les guiñó un ojo señalando a Lune, un par de metros más abajo.

—Puedo jactarme de tener la Discípula más terca de la historia.

Vega sonrió e intercambió una mirada con Andria. —Eso está por verse. —Presionó el brazo de la muchacha y se aprestó a continuar.

Andria sujetó la soga sintiendo un tibio bienestar. Aquel breve contacto le había bastado a Vega para transmitirle su respuesta: *"¡Hermanos!"*

Una hora más tarde se reunían los seis en el filo. Desde ese punto, sólo restaba una caminata de un kilómetro y medio hasta la cumbre. Se libraron de las mochilas y el equipo innecesario y echaron a andar, aún encordados. Pero apenas habían recorrido un centenar de metros cuando una furiosa ráfaga de viento los embistió, haciendo trastabillar a Lune. Yed corrió a sostenerla e insistió en ayudarla el resto del trayecto.

A sólo trescientos metros de la cumbre, una aguda puntada en la cadera obligó a Andria a detenerse. Vega retrocedió al instante y ella aceptó su mano rehuyendo su mirada. Sólo tenía ojos para la

cima tan cercana, y en su mente sólo cabía un único pensamiento: llegar.

El viento creció cuando subieron la cuesta final, obligándolos a hundir con fuerza los bastones y caminar doblados hacia adelante. La nieve en polvo se alzaba en torbellinos que danzaban a su alrededor. Pero no volvieron a detenerse.

Vania y Lesath fueron los primeros en alcanzar la cumbre, y se dejaron caer en la nieve a recuperar el aliento.

Andria veía borrosas sus figuras. La cadera dolía más a cada paso, la garganta ardía en el aire helado y pobre en oxígeno, las sienes martilleaban, las piernas temblaban de agotamiento. La mano de Vega apretó la suya y sortearon juntos las últimas rocas. Andria sólo atinó a arrodillarse y cubrirse el rostro con ambas manos. Recitó una plegaria de gratitud, respiró hondo, procuró serenarse. *No es momento de llorar. ¡Lo logramos!* Alzó los lentes de protección lo indispensable para secarse los ojos y se irguió con ayuda de Vega, admirando el espectáculo increíble que se desplegaba ante ellos.

—Agradezco que la Madre me haya permitido estar aquí —murmuró emocionada.

Vega no respondió. Su brazo ciñó la espalda de la muchacha, que inclinó la cabeza con un suspiro. Un agudo grito de júbilo les indicó que Yed y Lune habían llegado a la cumbre. Entonces Andria se apartó de Vega para abrazar a su hermana. Vania se les unió, riendo. Los tres Maestros se miraron sonriendo, satisfechos y orgullosos.

X – Vega, el Águila que Cae

- 1 -

Vega se detuvo a observar el cielo, cubierto de oscuras nubes de tormenta. Andria lo imitó.

—Tenemos que darnos prisa —dijo él, volviendo a andar—. La lluvia no debe hallarnos al descubierto.

Andria lo siguió en silencio. Durante las dos últimas semanas habían avanzado a un ritmo agotador. Tras descender del Kahara por su ladera septentrional, habían descansado cinco días en las Grutas. Entonces se habían despedido de Lune, Vania y sus Maestros para atravesar el valle hacia el noroeste. Luego de sobrepasar los cerros menores que rodeaban al Invisible, habían vuelvo a desviarse hacia el oeste, y en pocas jornadas habían alcanzado el extremo noreste del gran bosque del Valle. Desde allí, Vega la había guiado nuevamente hacia el norte, en dirección a las colinas que separaban el Invisible y La Escala. El día anterior habían hecho cumbre en el Tormentoso, y ahora descendían hacia el diminuto valle que mediaba entre éste y su vecino, el Encantado.

La luz vespertina menguaba con rapidez a causa de las nubes, y todo en derredor parecía adquirir el mismo tinte sombrío del cielo. El viento había cesado por completo y el aire estaba enrarecido. Una roca que Vega pisó se desprendió y rodó a los tumbos cuesta abajo. Andria se apresuró junto a su Maestro, que saltara a un costado para no caer. Al llegar a su lado se detuvo bruscamente: la ladera ante ellos era una abrupta pendiente escalonada, como si se tratara de terrazas cubiertas de roca suelta y arenisca, que ocultaban lo que había más allá. Se volvió hacia Vega y halló su ceño fruncido.

—El deshielo dejó esto peor de lo que esperaba —gruñó, y alzó la vista hacia ella—. ¿Te atreves a intentarlo?

Andria se encogió de hombros. —Ya no tenemos tiempo de buscar otro camino.

—No sin que nos alcance la tormenta.

—Hagámoslo, entonces.

Vega asintió y comenzó a avanzar, probando el terreno con sus bastones. Andria iba tras él, procurando pisar donde él había pisado. A mitad de camino de la primera terraza, la primera ráfaga proveniente de la cumbre a sus espaldas los golpeó. Vega giró y le tendió una mano a Andria para ayudarla a mantener el equilibrio.

—La presión bajó antes de tiempo. Lloverá de un momento a otro.

—Continuemos —replicó ella.

Al borde de la terraza, hallaron varias rocas de gran tamaño que formaban una escalera natural hasta la siguiente. El viento soplaba con fuerza, haciéndolos tambalearse en ocasiones, mas continuaron adelante a buen ritmo, resbalando a veces, deslizándose acuclillados por la arenisca, utilizando las manos todo el tiempo para sostenerse de los peñascos que jalonaban la ladera. Salvaron la segunda terraza y mitad de la tercera sin demasiados inconvenientes.

Ya tenían a la vista la cuarta y última terraza, donde las rocas eran más grandes y les facilitarían la marcha. Y alcanzaban a divisar la vegetación achaparrada que precedía al bosque.

Un rumor a sus espaldas hizo que Vega se detuviera y mirara hacia arriba. Andria, concentrada en un paso complicado, no lo había distinguido del bramido del viento. Oyó el grito de su Maestro y al volverse vio las rocas que rodaban ladera abajo, precipitándose de una terraza a otra en dirección a ellos.

—¡Salta!

Intentó alcanzar la mano tendida de Vega, pero el pedregullo cedió bajo sus pies. Un golpe en su costado la empujó con fuerza. Los dedos de Vega se cerraron en el aire mientras Andria caía. Rodó ladera abajo hasta chocar de lado contra un peñasco. El dolor nubló su consciencia por un momento.

Vega se deslizó tras ella hasta el peñasco. Varias rocas de gran tamaño se acercaban a los tumbos y Andria parecía desmayada. Corrió hasta ella, la sostuvo en sus brazos y se corrió a toda prisa. Ella atinó a sujetarse de él y trato de caminar a pesar del dolor.

—Resiste —escuchó que Vega le decía.

Un estruendo ronco ahogó su voz y Andria vio la enorme mole parda que proyectaba su sombra sobre ambos. Vega la arrastró detrás del borde inferior del peñasco y la cubrió con su propio cuerpo. Apretada contra él, conteniendo el aliento, Andria sintió cómo vibraba el risco entero al paso fragoroso de las rocas. Cuando el ruido se alejó hacia el bosque, Andria se atrevió a abrir los ojos y encontró el rostro de Vega muy cerca del suyo, sudado y cubierto de arañazos.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Andria asintió, intentando devolverle la sonrisa.

En ese momento cayeron las primeras gotas. Vega soltó la saliente a la que se había aferrado para sostenerlos a ambos y empuñó su bastón. Andria vio la sangre en su palma y entre sus dedos.

—Maestro, tu mano…

—¿Puedes caminar? —la interrumpió él—. Debemos llegar al bosque.

Ella volvió a asentir. Se separó tambaleante del peñasco y se apoyó en el brazo de Vega. Él la sostuvo y la guió con lentitud a la última terraza. La lluvia era torrencial cuando alcanzaron los primeros arbustos, y el viento seguía creciendo en intensidad. A pesar de estar concentrada en controlar su dolor, Andria advirtió algo extraño en los movimientos de su maestro. *¿La espalda o un hombro? ¿Se lastimó al cubrirme?*

Vega le dirigió una sonrisa alentadora. —Un último esfuerzo.

Andria no respondió. El sendero que llevaba al bosque era un lodazal regado de pedregullo y no quería tropezarse. Apenas estuvieron bajo los primeros árboles, Vega la hizo sentar y se internó solo en el bosque. Ella advirtió su paso irregular. *¿Una pierna también?,* se preguntó con aprensión.

Vega no tardó en regresar y la guió a una pared rocosa que se desprendía de la ladera. En su base había un nicho, en cuyo interior podrían refugiarse de la tormenta. Una vez los dos dentro, él cubrió el hueco con el sobretecho de la tienda, aislándolos del viento y la lluvia. Andria echó mano a su modesta reserva de leña mientras Vega juntaba agua de lluvia para colgar al fuego.

—Tal vez tengamos frío esta noche —comentó, volviendo a cerrar el aislante—. No tenemos espacio para montar la tienda y la fogata no durará mucho.

Andria le sonrió, sacando el saco de dormir de su mochila. —Evocaremos el Etana, Maestro. Eso ayudará.

Vega asintió, sonriendo también. —Cámbiate mientras preparo la cena. Y luego necesito revisarte. Te golpeaste la misma cadera que en el glaciar y podrías haberte lesionado.

Andria le dio la espalda, él la imitó en silencio. Unos minutos después ella se sentó a su lado con el diagnosticador y el estuche de primeros auxilios. Vega la enfrentó arqueando las cejas.

—Tu mano izquierda, Maestro —dijo Andria con suavidad.

—Es sólo un rasguño —gruñó él.

Ella tendió su mano en silencio, con la palma hacia arriba, y sostuvo su mirada. Vega apoyó su mano en la de ella todavía gruñendo por lo bajo.

El diagnosticador mostró que además del corte en la palma, Vega se había fracturado el dedo meñique. Resopló molesto cuando Andria soltó una exclamación e intentó retirar la mano,

pero ella no se lo permitió. Antes de que pudiera volver a protestar, la muchacha vendó el dedo con dos varillas finas de metal para mantenerlo derecho y luego lo vendó con su vecino. Por último aplicó una gasa cicatrizante al corte en la palma.

—Ya está —dijo—. No era tan terrible, ¿verdad?

Vega resopló, irritado, y señaló el diagnosticador. —Tu turno.

Andria lo observó divertida mientras él aplicaba el aparato a su cadera y leía la pantalla. Vega rebuscó en el estuche de primeros auxilios y le alcanzó un tubo azul.

—Ninguna lesión —dijo con acento hosco—. Toma una de éstas para el dolor.

—Gracias, Maestro.

Vega notó que la muchacha parecía contener la risa y meneó la cabeza. La cena estuvo lista pronto. Comieron con avidez, echaron el último manojo de leña seca al fuego y se acomodaron para dormir. Afuera la tormenta arreciaba, y algunas ráfagas frías y húmedas se colaban dentro del hueco, haciendo vacilar las escasas llamas que aún brotaban de los rescoldos.

Andria se hizo un ovillo dentro del saco de dormir hasta que logró entrar en calor. Cuando pudo distenderse, decidió intentar un ejercicio de regulación circulatoria para no sentir frío durante la noche. Se dispuso a comenzarlo, pero un gruñido ahogado reclamó su atención.

—¿Maestro…? —susurró, sin obtener respuesta—. ¿Te sientes bien, Maestro?

La vez de Vega sonó más cerca de lo que esperaba. —Sólo intento descansar, Andria.

—Lo siento.

Lo oyó moverse, volviéndole la espalda. *Curioso, nunca duerme de lado,* pensó. Y se sorprendió al darse cuenta cuánto habían llegado a conocerse en aquellos meses.

La lluvia se prolongó hasta el amanecer, y el día se hizo tras el mismo denso manto de nubes, apenas una claridad plomiza que no proyectaba sombras. Andria despertó con los pasos de Vega, que regresaba con una abundante brazada de leña, y encontró que además de la manta térmica sobre el saco de dormir, también la abrigaba el saco de Vega, abierto para cubrirla mejor.

—Buenos días, Discípula, ¿cómo sigue esa cadera?

—Creo que aún duerme, Maestro.

—Déjala un rato más, entonces. Prepararé té tan pronto logre hacer fuego.

Andria se levantó riendo por lo bajo y se entretuvo doblando mantas y sacos de dormir. Cuando giró, vio a Vega inclinado sobre la fogata que intentaba prender. La leña húmeda siseaba y humeaba, mientras él soplaba las ramillas que encendiera debajo. Pero lo que reclamó la atención de Andria fue la costra parda en la casaca clara del Maestro, sobre su hombro izquierdo.

—¡Maestro! —exclamó.

Vega se enderezó para enfrentarla interrogante.

—¡Tienes la ropa manchada de sangre!

—¿Qué?

—¡Tu hombro! ¿Por qué me lo ocultaste?

Él frunció el ceño. —No te lo oculté, Andria. Me debo haber raspado, como la mano. No tiene importancia.

—¿No tiene importancia? —repitió ella, buscando el estuche de primeros auxilios—. ¡Tu mano estaba fracturada! ¡Y hay sangre seca en tu hombro!

Vega inspiró hondo para no responderle y volvió a ocuparse del fuego. Había logrado encender una de las ramas húmedas cuando Andria vino a pararse a menos de un paso. Alzó la vista, tratando de ser paciente, y encontró su mirada desbordante de preocupación.

—Por favor, Maestro. Permíteme revisarte.

Vega desvió la vista y suspiró, comenzando a desprenderse la casaca. Andria deshizo su trenza, aguardó a que él se quitara la casaca y le ató el pelo con cuidado. Vega se tragó una sonrisa exasperada al sentir que la muchacha desinfectaba su hombro. *A veces parece demasiado blanda para convertirse en Alta Sacerdotisa. Demasiado… cálida.*

—Tenías razón con que era un raspón superficial, Maestro —

dijo Andria tras él—. Pero también tienes un bonito hematoma. Necesitas desinflamante.

Él movió la mano, dando a entender que sabía que no tenía más alternativa que dejarla hacer. Andria le cubrió el hombro con gel, masajeando con suavidad para que su piel lo absorbiera. Luego aplicó otra gasa cicatrizante en la parte raspada. *Ahora sólo resta averiguar qué le ocurrió a su pierna*, pensó, retrocediendo un paso.

—¿Puedo vestirme ya? —rezongó Vega.

—Un momento más, hasta que absorbas todo el gel.

—Suficiente para pescar una pulmonía.

Andria no pudo evitar sonreír de costado al escucharlo gruñir por lo bajo mientras seguía soplando las llamas para asegurarse de que la fogata no se apagaría. Andria lo dejó mascullar su mal humor mientras ella preparaba el desayuno. Vega vistió una casaca limpia y volvió a sentarse su lado.

Desayunaron en silencio, hasta que Andria dijo: — Maestro, ¿puede hacerte una pregunta?

Vega asintió, intrigado por su repentina seriedad. —Te escucho —dijo, observándola.

Andria tornó a mirar el fuego. —Ayer, durante la avalancha, tú… —Vaciló y se obligó a continuar—. No era necesario que corrieras semejante riesgo por mí.

Él contuvo el impulso de apartar el rizo rebelde que caía sobre su ojo. Cuidó que su acento fuera suave y razonable.

—Podrías haber muerto aplastada. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—¡Pero tú…! —Andria meneó la cabeza, evitando mirarlo—. No querías que curara tu mano y me ocultaste lo de tu hombro. He notado que no caminas bien, pero tú insistes en que estás bien. ¿Cómo puedo creerte?

Vega no respondió, esperando que lo enfrentara. Ella demoró un momento más en hacerlo, y él advirtió el brillo húmedo de sus ojos.

—Debes aprender a confiar en mí. Aún más de lo que has confiado hasta ahora.

—¡Pero…!

—Andria…

Ella resopló, apartando el rizo de su ojo de un manotazo. —¿De qué sirve que me salves la vida si tú… si tú…? —desvió la vista dejando la pregunta inconclusa.

Aquí está, pensó Vega con tristeza. *Al fin y al cabo no hemos*

logrado eludirlo.

—Soy tu Maestro —dijo, vaciando su acento de toda intención.

—¡Eres un hombre!—replicó ella con rabia—. ¡Carne y hueso!

—Soy ambas cosas.

—No comprendes, yo…

Andria se interrumpió al advertir la sombra de tristeza que oscurecía los ojos grises de Vega. Recogió los platos y escudillas con brusquedad y se incorporó, tomando la olla más grande.

—Iré por más agua —murmuró, saliendo.

Se alejó con paso inseguro. La cadera se había despertado y dolía. La calma de Vega la había enfadado más de lo que jamás hubiera imaginado. *¿Acaso siente afectada su virilidad porque me preocupo por él? ¿Semejante reacción en un Maestro Superior?* Caminó varios metros por el bosque y se detuvo bruscamente. *¿Y desde cuándo me preocupo tanto por él?* De pronto recordó la conversación que tuviera con Vega la mañana después de dejar el Sector Septentrional. El calor azotó sus mejillas y necesitó un breve ejercicio respiratorio para recuperar la calma. *¡No estoy enamorada de él!*

Distinguió el sonido de un arroyuelo y se encaminó en esa dirección, todavía enfadada consigo misma. *Durante todos estos meses no he hecho más que dejar de lado cuanto aprendí,* pensó. *Bajé la guardia y me abrí a él.* Llegó al arroyo y lo remontó hasta una diminuta cascada. Allí podría recoger agua sin necesidad de inclinarse y forzar su cadera dolorida. Se refrescó el rostro y la nuca, disfrutando el escalofrío que le provocó el agua helada. Lavó los platos y escudillas, llenó la olla de agua y se sentó en un tronco caído, la vista moviéndose por la cúpula verde que se cerraba sobre su cabeza. *Retrocedí en vez de avanzar. Pero no más. Recuperaré el tiempo perdido. No permitiré que ni él ni nadie me hagan sentir así nunca más. Es tiempo de asumir que soy una Elegida y empezar a actuar como tal.*

Un ruido a sus espaldas la distrajo, y al mirar hacia atrás vio a Vega, que recogía leña a medio centenar de metros. Se tomó un momento más para terminar de serenarse, recogió lo que había llevado y se puso de pie. Su camino la llevaba inevitablemente cerca de su Maestro, que se detuvo al verla.

—Pasaremos el día aquí —dijo Vega—. Los dos necesitamos descansar.

—Sí, Maestro.

—No olvides tomar el calmante para la cadera.

—Sí, Maestro.

—¿Podrías sacar nuestras cosas del hueco? Montaré la tienda apenas regrese.

—Sí, Maestro.

Vega asintió levemente y siguió juntado leña muerta. Andria aguardó hasta estar segura de que él no tenía nada más para decir. Entonces se alejó caminando muy erguida a pesar de su renquera. Vega la observó un momento y sonrió de costado. Andria había vuelto a desplegar todas sus defensas. El problema para ella era que él ya sabía cómo sortearlas. No le permitiría encerrarse en sí misma para evitar ninguna situación, por incómoda que resultara para ambos.

- 3 -

Elde Aornell — verano 3358

Lena nos guió por el sendero que nacía detrás del Taller de Carpintería. La seguimos en silencio, aunque conteníamos a duras penas la excitación. ¡Recoger frambuesas para hacer dulce! No teníamos la menor idea de lo que pudiera significar. Personalmente, para mí esas cinco palabras encerraban descubrimientos tan asombrosos como que “frambuesa” no era el nombre de un sabor, sino de una fruta. Y que el dulce se preparaba con frutas. Y que no hacía falta una máquina para prepararlo porque una persona podía hacerlo. Como sea, todavía en la ignorancia, la perspectiva de pasar la tarde con Lena en el bosque era motivo suficiente para que elevara mis más fervientes agradecimientos a la Madre por la súbita indisposición de la Maestra de Tejido.

Lena nos condujo hasta las estribaciones inferiores de la Colina, a un claro a orillas del Cauce Viejo donde un puente de piedra antiquísimo cruzaba el arroyo. Le tomó pocos minutos mostrarnos la fruta que debíamos buscar y enseñarnos a distinguir los frutos maduros. Nos organizamos en cuatro grupos y nos separamos, llevándonos un cesto cada una. Lena se sentó junto al agua, al sol sobre un tronco caído, con los cinco canastos grandes que habíamos llevado vacíos. Eran la medida de la cantidad de frutos que debíamos recolectar antes de la tercera plegaria.

Apenas hallamos una mata cargada de frutos, Loha se apartó en dirección al Cauce. Agachada frente a otra mata, Andria la vio pasar y me miró interrogante. Me encogí de hombros por respuesta. Loha no tardó en regresar con su cesta llena y siguió hacia el claro donde nos esperaba Lena. De nuevo con nosotras, señaló el arroyo.

—Estaré allí —dijo—. Hay más fruta que aquí.

Ilón y yo notamos el brillo travieso de sus ojos.

—Recuerda que tenemos prohibido cruzar el Cauce —advirtió Ilón.

Loha asintió, alejándose. —Soy responsable de mis actos y sus consecuencias —salmodió, burlona.

—Sé prudente —le dije, pero ya había desaparecido.

—Baisha me condene si es capaz de serlo —gruñó Ilón, volviendo a trabajar.

La imité suspirando. —La Estrella quiera que no se trate de otra de sus bromas —murmuré.

—Mientras siga sin gastárselas a Lune. Jamás comprenderé por qué viven peleándose.

Me encogí de hombros. —Cuestiones culturales.

Ilón iba a decir algo más pero frunció el ceño. Giré, siguiendo la dirección de su mirada. Loha se acercaba a todo correr, agitando su cesta vacía, para detenerse ante nosotras jadeante.

—¿Se acabaron las frambuesas, Ardilla? —preguntó Ilón con ironía.

Loha aguardó a que pasaran Xien y Zamir hacia el claro y se inclinó hacia nosotras con las mejillas arreboladas.

—¡Lo que acabo de ver! —susurró—. ¡Síganme! ¡Les mostraré!

—Tenías razón, Ilón. Es otra de sus bromas —gruñí sin dejar de trabajar.

—¡No es una broma! ¡Oh, Elde! ¡Ven!

—Antes explícame a qué viene tanto alboroto.

—He visto una muralla baja al otro lado del arroyo…

—El límite del Sector —dijo Ilón.

—Lo sé. Y hay una cabaña muy bonita junto a la muralla, en un claro del…

—La vivienda de las centinelas.

—¡Oh, cállate ya! —Loha se volvió hacia mí—. Vi a las centinelas, ¡pero no están solas!

—¿Merendaban con Pollux? —se mofó Ilón.

Loha intentó ignorarla. —¡Oh, Elde! Hay tres hombres allí con ellas. *¡Hombres!* ¿Puedes creerlo?

Mi boca se abrió de sorpresa.

—Es imposible. No hay hombres en la Escuela.

Cerré la boca al escuchar a Ilón. La Ardilla intentaba arrastrarme a una de sus bromas pesadas para reírse de mí.

—¡Tú y tus bromas! —murmuré disgustada.

Loha se irguió, ofendida. —Pues quédate aquí si no me crees.

—Recuerda que nos reuniremos con Lena en media hora para rezar —le dije, pero Loha ya corría otra vez hacia el arroyo.

—Esto nos traerá problemas —rezongó Ilón—. ¡Hombres en la Escuela! ¡Vaya tontería!

Los minutos transcurrieron sin que Loha retornara. Yo miraba con insistencia el lugar por donde se escurriera, e Ilón gruñía cada vez que veía hacerlo.

—No regresa —murmuré preocupada—. ¿Qué haremos?

Munda regresaba del claro con Tirra y Andria, y se detuvo junto a nosotras.

—¿Y la Ardilla? —preguntó al descuido—. ¿Buscando nueces en lugar de frambuesas?

—¡Buscando problemas, como siempre! —masculló Ilón.

Me sonrojé, avergonzada como si se refiriera a mí, y Munda se volvió hacia Munda, intrigada.

—Dice que hay hombres al otro lado del Cauce y ha ido a verlos.

Los ojos de Munda se abrieron como platos. Espió por sobre su hombro, cerciorándose de que nadie pudiera escucharnos, y se acercó más a nosotras.

—¿Hombres? —repitió en un susurro—. ¿Y dices que fue a verlos?

Ilón asintió.

Munda volvió a mirar hacia atrás y nos enfrentó ceñuda. —¿Y aún no regresa? ¡Pero pronto nos reuniremos con Lena para la plegaria!

— Debemos hacer algo —me lamenté—. ¡Debemos ir por ella!

—¡Por Syndrah, Elde! —estalló Ilón—. ¿Hasta cuándo seguirás cubriéndola?

—¡Pero…!

—¿Cuántos castigos le has evitado en estos años? ¡Gran Madre! ¡Es hora que madure y se haga responsable de sí misma!

—Si descubren a Loha nos castigarán a todas —terció Munda.

Ilón hizo un gesto enfadado, desentendiéndose del asunto, y volvió a recoger frambuesas. Miré a Munda suplicante, con la esperanza de que ella accedería a ayudarme. No quería ni imaginar qué ocurriría si Lune era castigada por culpa de Loha. Pero cuando Munda asintió y me indicó que la siguiera, de pronto tuve miedo.

—¡Ve por ella! —gruñó Ilón— ¿No era eso lo que querías?

—Vamos, Elde. No tenemos mucho tiempo.

Fui tras Munda. Nos detuvimos a explicarle a Andria lo que ocurría y echamos a correr hacia el Cauce . Andria quería acompañarnos, pero era mejor que permaneciera con las demás. Ella sabría qué hacer si surgía algún problema.

Cuidándonos de mantenernos fuera del campo visual de Lena, nos recogimos las túnicas hasta los muslos y cruzamos el Cauce Viejo con cuidado. Apenas alcanzamos la otra orilla, corrimos agazapadas hacia la cabaña que divisábamos más allá de la

primera franja del bosque. A veinte metros del claro, Munda me detuvo y señaló hacia adelante. Vi la figura menuda de Loha agazapada tras unos arbustos bajo los últimos árboles. Nos acercamos con sigilo y Munda le cubrió la boca para que no nos delatara con su sorpresa. Loha nos enfrentó asombrada.

—¡Vámonos! —siseó Munda, señalando el arroyo con gesto perentorio.

Pero Loha no sólo ignoró la orden, sino que nos obligó a echarnos de bruces entre la maleza.

—¡Ahí están! ¡Miren!

Munda y yo espiamos entre la maleza, incapaces de resistir nuestra propia curiosidad. Tres personas cruzaban el claro desde la muralla hacia la cabaña. La que iba en medio era una mujer robusta y musculosa, de andar recio, con una sonrisa que parecía una grieta en la piedra. Vestía un mono negro ceñido, idéntico al que Pollux usaba siempre, con el lazo rojo del personal auxiliar en su cintura. Dos hombres caminaban con ella. Uno de ellos, alto de pelo rubio recogido en una cola, reía de lo que decía el otro, más bajo y de pelo corto y rojizo. Pasaron a sólo tres metros de nuestro escondite, y por fortuna entraron a la cabaña sin advertir nuestra presencia.

Apenas cerraron la puerta, Munda sujetó la muñeca de Loha y la arrastró tras ella hacia el arroyo, y yo las seguí. Mas a mitad de camino del Cauce Viejo, una figura oscura surgió de la nada ante nosotras, cortándonos el paso. Las sombras del bosque nos impedían ver su cara, pero su voz y su estatura bastaban para saber que se trataba del tercer hombre que Loha había visto. Sólo alcancé a ver que tenía pelo largo como el rubio, pero lo llevaba suelto y parecía negro como ala de cuervo.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —nos preguntó con voz grave, llena de autoridad.

Nos apretamos unas contra otras. Estábamos perdidas. El hombre llamaría a la auxiliar, a Lena en el mejor de los casos, pero de todas formas nos habían descubierto y seríamos castigadas.

Munda tuvo el valor de intentar responder. —Somos Pupilas, señor… Del Sector Occidental… y….

—Y se extraviaron en el bosque —completó el hombre—. ¿Acaso ignoran que no deben cruzar el Cauce Viejo?

Las tres bajamos la vista, asustadas. Mentir sólo empeoraría nuestra situación, que ya era catastrófica, así que callamos. El hombre se tomó un momento, como si decidiera qué hacer.

—Debería llevarlas con las centinelas —terció— Lo saben, ¿no

es cierto?

—Sí, señor —murmuramos.

El hombre miró hacia el arroyo primero, luego a la cabaña. Conteníamos el aliento, esperando que hablara. Por algún motivo, cuando volvió a enfrentarnos tuve la certeza de que nos dejaría ir.

—Esto es lo que haremos —dijo—. Les daré la espalda y tendrán diez segundos para desaparecer de mi vista. Si al volverme aún puedo verlas, tendré que llamar a las centinelas. Pero si no las veo, será porque no han desobedecido a su Tutora, nunca estuvieron aquí *y nunca estarán*, ¿comprendido?

No nos detuvimos a responder ni agradecer. Algo en su voz fue como un empujón que nos lanzó a todo correr hacia el agua. No creo que hayamos tardado más de un minuto en cruzar el Cauce y llegar a donde Andria y Tirra nos esperaban con Ilón.

—¡Gran Madre! —exclamó Ilón al vernos—. ¡Están las tres hechas un desastre! Séquense y recuperen el aliento. Pero dense prisa, Lena nos aguarda.

Repartieron el contenido de sus cestas con nosotras y echamos a andar las seis. Andria amenazó de muerte a Loha si volvía a hacer algo así.

Ella la enfrentó riendo. —¡Tú porque no los viste, Dirmale! ¡Eran tan apuestos! ¡Y uno de ellos se nos apareció en el bosque! Era así de alto y…

—¡Ardilla! —la interrumpió Munda, escandalizada por su descaro.

—¡Oh, vamos, hermanita! Atrévete a negar que se veían muy bien.

Munda le dio un empellón que casi la hizo caer, nosotras volvimos a reír. Xien y Zamir se nos unieron. Nos miraron con curiosidad, pero fingimos no notarlo y seguimos caminando.

Vega masticó su último bocado sin apartar la visa del plato. Al otro lado de la fogata, Andria se estiró para servirse más caldo. Los dos pensaron lo mismo: *Me está observando.* Vega tragó y bebió lo que quedaba en su escudilla. Andria removió los rescoldos. *¿Qué quiere saber?*, se preguntaron.

—¿Sabes por qué llaman a este cerro "el Encantado"?

—No, Maestro.

Vega asintió sin agregar más. Desde que descendieran del Tormentoso, Andria se mostraba inusualmente reservada. *Casi tanto como cuando dejamos el Sector Septentrional.* Volvía a interponer entre ellos ese escudo de distancia respetuosa, con su acento neutro y esa docilidad rayante con la indiferencia. *Cree que necesita defenderse. De mí.* Se incorporó y se envolvió en su manto, indicándole a Andria que hiciera lo mismo.

Ella lo siguió con un simple asentimiento. La noche era apacible, despejada. Una brisa cálida soplaba del noreste, miles de estrellas recortaban los negros contornos de las montañas en derredor, el cuarto creciente colgaba sobre el Invisible, dibujando la silueta cambiante de las nubes que envolvían el triple pico de La Escala.

Vega rodeó unos peñascos, encaminándose a una especie de balcón natural situado en el filo que separaba la ladera septentrional de la oriental. Sorteó de un salto el arroyuelo que descendía entre las rocas y trepó sin dificultad al espolón semicircular. Andria lo alcanzó un momento más tarde. Él miró hacia atrás y hacia arriba, a la cumbre. Luego se ubicó en el extremo de la plataforma y apoyó la espalda contra una rota.

—Ven a sentarte junto a mí, de cara a la cumbre, pero no alces la vista.

—Sí, Maestro.

Andria buscó un lugar cómodo para sentarse cerca de él, aunque conservando dos pasos prudenciales entre ellos. Sabía que Vega estaba a punto de hacer o decir algo para provocar una reacción en ella, y estaba decidida a no ofrecer el menor indicio de lo que ocurría en su interior. *Ya le he mostrado demasiado. Es su turno. No obtendrá nada de mí sin ofrecer algo a cambio.* No le gustaba en absoluto tener que tomar esa actitud con Vega, pero no había encontrado alternativas. Desde que cruzaran el Oressa a fines del invierno, se había descuidado progresivamente, al punto de que no le importara resultar tan transparente a los ojos de su

Maestro. Mientras él seguía mostrándose hermético y por momentos hasta incompresible para ella. Recordar su propio estallido tras la avalancha en el Tormentoso hacía que las mejillas le ardieran de vergüenza. *Fui adiestrada para mucho más que esto,* se repetía cada vez que lo evocaba.

—Desde aquí comprenderás el nombre de esta montaña —dijo Vega entonces—. Mira.

Señalaba la ladera que trepaba hacia la cumbre. Andria miró en esa dirección y sus ojos se abrieron de asombro. El filo de la ladera era un reguero de peñascos y riscos, como una muralla sinuosa e irregular que el viento y el agua habían erosionado durante miles de años. Contuvo el aliento cuando comenzó a descubrir las formas de los peñascos. Personas, animales, construcciones… Una multitud de colosos estáticos dormitando en la clara penumbra lunar de la noche de verano. Sus labios se separaron en una muda exclamación. Acababa de descubrir la cascada que fluía entre dos figuras que semejaban personas inclinadas sobre el agua.

—El Peregrino y la Aguatera —oyó que decía Vega.

Sí, un nombre acertado. El Peregrino con su cayado y la rodilla en tierra, la mano tendida hacia la otra orilla, la cabeza alzada hacia la otra figura. Y ante él, una mujer de falda larga, ofreciéndole un cuenco entre sus manos.

—Si prestas atención, reconocerás a la Reina con el Príncipe en su regazo, los Guardianes, el Brujo, el Dragón, la Fortaleza, el León Echado, los Tres Bufones, el Águila, el Verdugo…

A medida que los nombraba, Vega señalaba distintos peñascos. Y Andria descubría maravillada aquellas figuras fantásticas. La visión tenía algo espectral. Como si las rocas estuvieran a punto de despertar y cobrar movimiento.

—Y, por supuesto, La Dama.

Andria la vio, alta, erguida, una túnica vaporosa y la larga cabellera ondeando en un viento ya ido, el brazo izquierdo extendido en dirección a La Escala, con la palma de su mano hacia arriba.

—Lo que descansa en su mano es el Santuario Secreto, oculto por las nubes.

Andria se sobresaltó al escuchar que Vega volvía a mencionar ese lugar. Se preguntó si su Maestro realmente planeaba llevarla hasta allí.

—Nosotros tenemos algo en común con estas figuras.

¿Nosotros? Andria entornó los párpados. *Ahora sabré para qué*

me trajo aquí esta noche.

—Intentamos mostrarnos fuertes e indescifrables. Recios guerreros de roca negra —siguió Vega sin apartar la vista de La Dama.

—Pero… —terció Andria, instándolo a seguir.

—Ningún pero. Tal vez haya más semejanzas de las que pensamos, ¿no crees?

—Es posible. —*Por una vez tendrá que decirlo él.*

Vega disimuló una sonrisa ante su acento cuidadosamente neutro. —Si los observas a la luz del día, verás las grietas que la exposición ha causado en la roca.

Intenta hacerme cambiar de actitud. Quiere saber por qué ya no estoy tan abierta a él. —Nada puede permanecer absolutamente sólido y hermético por mucho tiempo —respondió Andria con suavidad.

Con que eso es lo que la tiene a mal traer. La frustra creer que no logra leer en mí. —Es cierto. También está la cuestión de los roles.

¿Cambio de flanco? ¿Qué más intenta averiguar? Permaneció en silencio.

Vega continuó como si nada. —En más de una ocasión me he preguntado si la Aguatera podría dejar de darle toda su agua al Peregrino. ¿Qué ocurriría si por una vez fuera ella la que tiene sed? ¿Sería capaz de apartarse de su rol o soslayaría su necesidad para continuar saciando a su vecino?

—Hay distintas clases de roles. Los hay voluntarios y los hay impuestos. Creo que eso es un factor de peso al enfrentar una posibilidad de cambio.

Impecable, pensó Vega, asintiendo. —Un rol puede ser voluntario e impuesto al mismo tiempo.

—Por supuesto. De lo contrario sería un absoluto. —*Sabe que sé que detesta las respuestas académicas.*

Vega rió por lo bajo. —Cualquiera declararía un empate a esta altura. Pero tal vez podamos ir más allá sin tanto duelo inútil. Si te interesa la propuesta.

Andria asintió en silencio.

—La Dama te está invitando a sentarte en su mano, Andria. Te muestra el corazón oculto de su Culto galáctico. ¿Te atreverás a arriesgarte y descubrirlo?

La muchacha no respondió. *En verdad planea ascender La Escala y llevarme al famoso Santuario, aun a riesgo de nuestras vidas.* Comprenderlo no le trajo ningún sosiego.

—Hay algo que necesitamos hacer antes de avanzar un solo paso más.

Andria sintió los ojos acerados de su Maestro fijos en ella y ladeó la cara para enfrentarlo.

—En cierto sentido, el punto de partida determina la trayectoria y el destino final —dijo él.

—Es cierto.

—Debemos despejar un punto de partida: el tuyo. —Vega alzó las cejas—. Sé que no será agradable, pero es imprescindible. Y necesitarás que alguien te asista para lograrlo.

Andria no se movió, pero todo en ella sugería que se había apartado de él una decena de metros. —Tú me asistirás —dijo con frialdad.

Vega forzó una sonrisa. —Es parte de mi rol.

—¿Y supongo que es parte del mío aceptarlo?

—Algo voluntario e impuesto a un tiempo.

—Entonces, sólo puedo reconocer voluntariamente que no tengo más alternativa que la impuesta.

Vega volvió a reír por respuesta.

XI – Hacia Atrás: La Epidemia

- 1 -

Las Aprendices salieron del Templo y se encaminaron en un prolija formación al Edificio Principal, donde se separaron en tres grupos de diez para dirigirse al encuentro de las Consejeras. Lena no se hallaba en su gabinete cuando Andria y las demás entraron, de modo que ocuparon sus lugares alrededor de la larga mesa y la aguardaron en silencio. Lena no tardó en presentarse. Les dirigió una breve inclinación de cabeza y cruzó la habitación para detenerse frente a la ventana, de espaldas a ellas. Las muchachas intercambiaron miradas de sorpresa, mas ninguna hizo preguntas. Al fin Lena giró para enfrentarlas. Sus labios formaban una línea apretada, un raro destello cruzó sus ojos oscuros.

Ha ocurrido algo malo, pensó Andria. Hacía ya cinco años que conocían a Lena, y ella y sus hermanas sabían leer cualquier indicio en la máscara inescrutable que era su rostro. Que Lena demorara en hablar era una clara señal de la gravedad de la cuestión, y su silencio alimentaba la ansiedad de las muchachas.

Antes de que pudiera hablar, alguien llamó a la puerta del gabinete. Lena se adelantó a abrir. Las diez muchachas atisbaron por sobre sus hombros y lo que vieron les provocó escalofríos. En el corredor había una mujer alta envuelta en el manto gris y rojo del personal de Seguridad. Una tiara rematada en una cabeza de halcón sostenía la corta melena trigueña. Las muchachas volvieron a mirarse entre sí, ya no ansiosas sino temerosas.

—¡Pollux! —susurró Lune—. ¿Qué demonios hace aquí?

—¡Syndrah nos proteja! —murmuró Loha, apretándose contra Elde.

Lena retrocedió, franqueándole el paso, e indicó a las Aprendices que se incorporaran y se formaran ante su antigua Maestra. Pollux entró sin siquiera mirarlas. Siempre delgada y esbelta, de rasgos aquilinos y movimientos de precisión feroz, el mono ceñido que vestía insinuaba su cuidada musculatura.

—¿Cuál vendrá? —preguntó con su acento frío y brusco de siempre.

Lena sostuvo su mirada en silencio, sin ocultar su rechazo.

Pollux frunció el ceño. —¿No era tu trabajo decirles?

Las muchachas las observaban conteniendo el aliento. ¿Pollux en el Sector Oriental? ¿De qué hablaba? ¿Qué estaba sucediendo? Andria se concentró en Lena, que sostenía impasible la mirada de Pollux, las manos unidas dentro de las mangas de su túnica. El enfado de la Maestra no la afectaba, mientras que su fría calma

ponía nerviosa a la otra mujer. Pollux chasqueó la lengua con más impaciencia que desdén y se volvió hacia ellas.

—Aprendices, se ha declarado un brote de cálitus en la Escuela. Ya se han registrado diez casos, mas la Regente ha tomado recaudos para evitar que se propague. Las enfermas de cada Sector han sido trasladadas a los Campos de Deportes, y se ha dispuesto que en este Sector tres de ustedes ayuden a nuestras doctoras a cuidar de sus hermanas afectadas. De modo que una de ustedes vendrá conmigo en este mismo momento.

Pollux habló de prisa, irritada por la pérdida de tiempo de darles explicaciones. Cuando calló, las muchachas tornaron a mirar a Lena, sus rostros un claro reflejo del miedo que sentía. ¡Cálitus! Una enfermedad que había hecho estragos, diezmando poblaciones enteras en toda la Galaxia durante las Guerras, hasta que fuera erradicada. ¿Cómo podía haber llegado al Valle? Excepto Elde, hija de un médico, ninguna de ellas sabía con exactitud qué hacía el cálitus al organismo humano, pero sí habían escuchado o leído que podía matar al más sano en cuestión de días.

En el tenso silencio que llenaba el gabinete, todas esperaban sobrecogidas la decisión de la Consejera. *Debe ser alguien fuerte,* pensó Andria. *Y evitar el contagio, si es que alguien sabe o puede hacerlo.*

—Munda —dijo Lena al fin—. Munda hija de Muria acompañará a la hermana Pollux.

Las reacciones de las Aprendices fueron dispares, pero Munda dio un paso adelante sin vacilar. Para sorpresa de todas, Pollux la detuvo con un gesto imperioso.

—No —dijo, los ojos rapaces saltando de una Aprendiz a otra —. Ya que he tenido que hacer tu trabajo, también lo terminaré. Tú. Ve a recoger tus enseres esenciales, pues no regresarás hasta que el brote haya sido extinguido.

Munda amagó a protestar, pero una mirada de Lena bastó para acallarla. Las demás se volvieron a Zamir sin poder dar crédito a sus oídos. Zamir inclinó la cabeza con sumisión y dejó el gabinete con Pollux.

Pasado el primer momento de consternación, Andria apartó la vista de la puerta que quedara abierta para mirar a Lena. Permanecía quieta y erguida ante ellas como si nada de lo que ocurriera la afectara. Sin embargo, Andria se dio cuenta de que respiraba con inspiraciones pausadas y profundas para controlar su ira. *Detesta a Pollux,* pensó Andria. *Nos gustara o no, su elección era*

la correcta. Ella sabe el daño que esto le causará a Zamir. Y también que todas y cada una de nosotras somos capaces de ofrecernos a tomar su lugar para evitarle semejante peligro.

A su alrededor, las demás muchachas se permitieron exteriorizar lo que sentían. Loha lloraba sin ruido contra el costado de Elde. Lune tanteó la mesa y se sentó como si sus pies se negaran a sostenerla. Munda apoyó una mano en el brazo de N'lil con mirada extraviada. Vania se volvió hacia Xien con los ojos llenos de lágrimas, y la encontró pálida y envarada, los dientes apretados y los ojos clavados en la perta.

Esa noche, una mano fría y húmeda aferró el hombro de Andria y la sacudió hasta despertarla. Ella se sentó sobresaltada, mirando sin ver a ambos lados en la oscuridad del minúsculo dormitorio individual que ocupaba en el ático de la casa. Alguien se inclinó hacia ella, y la débil luz lunar que entraba por la ventana reconoció a Elde.

—¿Qué ocurre? —gruñó, ofuscada.

—Necesito tu ayuda, Dirmale —susurró Elde en un hilo de voz —. ¡Tienes que ayudarme! ¡Debo ver a Zamir!

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca?

—¡Ilón ha tenido un sueño! Zamir corre peligro de contagiarse. ¡Lo está corriendo mientras hablamos! Una vez leí sobre el cálitus en los discos de mi padre y sé cómo prevenir el contagio. ¡Sólo yo puedo ayudarla! Y la única forma es ir al Campo de Deportes, pero no me atrevo a ir sola. Por eso te desperté. ¡Tienes que ayudarme, Dirmale!

Andria asintió para calmarla mientras intentaba decidirse. Sabía que Elde decía la verdad, y que Ilón no se habría arriesgado a un mensaje en medio de la noche si no se tratara de algo grave. Cerró los ojos un momento y delineó en su mente el camino que deberían seguir para no ser descubiertas. Cómo evadir la vigilancia de los puentes, cómo engañar a los perros pastores del establo vecino al Campo, qué vado era mejor para cruzar los arroyos. *Tiene razón. Soy la única que se atrevería a acompañarla.* Darse cuenta le pesó, pero se obligó a enfrentar a Elde.

—Ve por tu manto. Y despierta a Munda. ¿Xien lo sabe? Mejor, procura que no se entere hasta mañana. Te aguardaré en la despensa.

Vega avivó el fuego sin soltar la mano de Andria. Hasta que adquiriera práctica, la muchacha se sumergía en un profundo estado de meditación para revivir lo que su Maestro quería conocer. De esa forma, evitaban el riesgo de que ella olvidara mencionar algo que tal vez él considerara importante. Y le agregaba una dimensión extra con sus emociones tal como las experimentara en ese momento.

Junto con la turbación que aquellos recuerdos le provocaban a Andria, Vega la siguió a través de una serie de escenas oscuras, apresuradas, un poco confusas. La carrera nocturna hasta el Campo de deportes. Un tragaluz del gimnasio subterráneo. La hilera de jergones donde descansaban las Aprendices enfermas. Y de pie entre ellas, una muchacha muy bella, de enormes ojos multicolores, que atendía a las señas de Andria a través del tragaluz. Elde se separaba de Andria para ir al encuentro de la otra muchacha. La tensa espera hasta que regresó sin ser descubierta. El regreso a la casa.

Andria se estremeció cuando su memoria la llevó de vuelta a su diminuto dormitorio en el ático. Volvía a experimentar toda la tensión y la fatiga de ese momento.

—Continúa —le susurró Vega.

Andria no respondió ni se movió. Le tomó un momento recuperar la concentración. Vega aguardó con paciencia, mientras la noche se cerraba y los rumores del bosque se aquietaban.

Los recuerdos de la muchacha los llevaron a ambos directamente a la noche siguiente.

Elde y Xien se reunieron con Andria en la despensa. Ella les entregó los restos de comida para distraer a los perros pastores e instruyó en detalle a Xien sobre el camino que debían hacer.

Cuando las vio saltar la pared posterior de la huerta, Andria cerró la despensa y fue a sentarse a la cocina, envuelta en una manta, junto a los últimos rescoldos del hogar. El tiempo transcurrió con lentitud exasperante. Una hora más tarde, mientras intentaba no pensar que sus hermanas habían sido descubiertas, oyó ruidos en el patio posterior de la casa. Corrió hacia la despensa y las vio entrar, sanas y salvas. Un minuto más tarde no quedaban rastros de la salida nocturna. Recién entonces Andria reparó en la palidez y la seriedad de ambas. Enfrentó interrogante a Xien, que se anticipó a su pregunta.

—Zamir se ha contagiado.

Habló con lentitud, como si repitiera palabras en un idioma que no comprendía. Andria se cubrió los ojos con una mano, presionándose el nacimiento de la nariz. *Lo sabía,* pensó. *Todas los sabíamos de una forma u otra. Lo supimos en el preciso instante en que Pollux la señaló.* Respiró hondo y se obligó a enfrentarlas.

—¿Hay alguna posibilidad…?

—Sólo si la alejamos de ese ambiente contaminado —respondió Elde conteniendo las lágrimas—. Aislarla y brindarle la atención que necesita. Yo sabría hacerlo. Quizás así…

—¡Pero eso es imposible! —masculló Andria rabiosa.

Elde alzó los hombros, llorosa, y Andria se volvió hacia Xien. Con sólo mirarla se dio cuenta el esfuerzo que estaba haciendo para no quebrarse. Entonces giró sobre sí misma y se alejó hacia la escalera. Las otras dos la siguieron, y la alcanzaron cuando abría las puertas de los dos dormitorios y despertaba a Munda y a Loha. Luego abrió la ventana de la habitación que Elde y Loha compartía, que miraba hacia la casa vecina, y arrojó un pequeño guijarro a la ventana de enfrente. Vania se asomó al instante y Andria le transmitió por señas un breve mensaje.

—¡Detente, por Syndrah! —exclamó Xien—. ¿Qué haces?

Andria giró hacia ellas con ojos fulgurantes. —Ahora decidiremos entre todas qué hacer.

La emoción de Andria la hacía temblar levemente, y Vega interrumpió el ejercicio. Cenaron en silencio, y ella no protestó cuando él propuso reanudar la meditación.

Pero no compartió con él la reunión secreta de esa noche en la casa que compartía con sus hermanas. La omitió para concentrarse en la mañana siguiente, en el Edificio Principal del Sector Oriental. Andria y sus hermanas se repartían en torno a la mesa en el gabinete de su Consejera. Lena las esperaba con tazones de leche caliente por desayuno, ya que era la jornada de ayuno mensual de las Elegidas. Las observaba con atención. Era la primera vez en los dos años y medio que llevaban en ese Sector que solicitaban una reunión extraordinaria con ella. Se sentó a la cabecera de la mesa, recitó la primaria plegaria con ellas y probó su leche tibia, sus ojos oscuros moviéndose por los nueve rostros que la evitaban. Andria miraba a Lune. Lune miraba a Xien. Xien miraba a Vania. Vania miraba a Andria. Al fin Andria dejó su tazón y enfrentó a Lena.

—Hay algo que debemos decirle, Consejera —dijo, y su voz no tenía su firmeza acostumbrada.

Lena asintió, instándola a seguir.

Andria vaciló y Xien dijo: —Se trata de Zamir. Ella…

—Zamir ha contraído el cálitus —la interrumpió Munda, impaciente—. Se contagió, y la única forma de salvarla es que le permitan abandonar el Campo y regresar a casa, para que nosotras la cuidemos. De lo contrario, su suerte está echada.

Las distintas expresiones a su alrededor mostraron que las demás no aprobaban su rudeza. Como siempre, Andria observaba a Lena, y advirtió que ocultaba un escalofrío. Sin embargo, no perdió su compostura distante y hermética.

—Creí que su hermana estaba incomunicada —dijo con frialdad.

Andria la vio volverse hacia Elde, que bajó la vista. Los poderes premonitorios de Ilón no eran novedad para la Consejera. Y Andria adivinó que Lena prefería quedarse con esa explicación.

—Consejera —intervino Lune—, ¿hay alguna posibilidad de que se autorice el traslado de Zamir?

—Nosotras cuidaríamos de ella —terció Vania.

Las muchachas sintieron que perdían toda esperanza cuando vieron que Lena bajaba los ojos antes de hablar.

—Lo siento, no creo que sea posible.

—Pero, Consejera, si Zamir permanece allí… —balbuceó Loha, consternada.

—¡Si permanece ahí morirá! —exclamó Elde.

Lena alzó las cejas. —Veré qué puedo hacer, mas no alimentes falsas expectativas.

Se incorporó, dando por terminada la reunión, y fue a pararse junto a la puerta de su gabinete. Las muchachas la imitaron, estupefactas.

—¿En qué Taller pasarán el día de ayuno? —les preguntó antes de que salieran.

Lune intercambió una mirada fugaz con Andria.

—En el Taller de Cerámica, Consejera —respondió Vania.

Era la hora de la segunda plegaria. Abandonamos nuestras labores y nos reunimos en la habitación central del Taller para rezar. Terminada la oración, regresamos a las dependencias dedicadas a alfarería y cerámica, donde se nos unieron Narha, Ilón y Tirra. Andria intercambió una mirada de inteligencia con Narha, que se volvió hacia Lune. Ella tomó una fuente de cerámica lista para el horno de manos de Ilón y me siguió a la parte posterior del Taller. Elde dejó su rincón y ocupó el lugar vacío frente al torno. Tirra hizo lo mismo en el puesto de Andria, que nos siguió a la puerta trasera.

—¿Están seguras? —preguntó.

Lune se había asomado y atisbaba a ambos lados.

—Es nuestra única posibilidad —respondí—. La Asistente jamás autorizará el traslado de Zamir.

—¿Por qué confían tanto en la Regente?

—Es sólo una corazonada, pero es lo mejor que tenemos —dijo Lune—. Regresaremos tan pronto podamos.

—La Estrella las acompañe.

Nos internamos en el bosque para rodear el Sector y no tardamos en hallarnos en las faldas de la Colina. Allí buscamos la escalera que subía a la Casa desde cada Sector. Me detuve en el primer escalón y alcé la vista hacia el Anfiteatro, apenas visible entre los árboles. Luego miré por sobre mi hombro para asegurarme de que nadie nos seguía. Eché a correr cuesta arriba en pos de Lune, que saltaba los escalones de dos en dos. Ya habíamos superado la mitad de la escalera cuando nos encontramos ante una bifurcación. Aquello nos confundió y nos detuvimos.

—Tenemos el Anfiteatro a la derecha —dije—. De modo que la escalera de la izquierda debe conducir a la Casa.

—¡Bien, Princesa! —exclamó Lune, volviendo a subir—. ¡Te quiero tanto que te coronaría hoy mismo!

El bosque a ambos lados no tardó en ralear. Nos acercábamos a la cima de la Colina. Entonces abandonamos la escalera y seguimos avanzando entre la vegetación. De pronto, tras un alto risco que la protegía del inclemente viento sur, vimos la Casa. Nos apresuramos a agazaparnos tras una mata de arbustos para

observarla. El pórtico de entrada miraba al norte y estaba flanqueado por altas columnas de capiteles trabajados, que soportaban un friso con la Estrella de Ocho Puntas esculpida. En ese punto la ladera occidental de la Colina era una pendiente abrupta erizada de rocas, invisible para nosotras desde nuestra posición. Y más allá, al otro lado del Valle, se alzaba la Gran Pared Oeste. A nuestra izquierda veíamos, por encima de los tejados de la Casa, La Escala con su manto de nubes y nieves eternas.

Decidimos rodear el risco y acercarnos por atrás. Al costado de la Casa, en la terraza natural que acababa en el despeñadero de la ladera occidental, se abría un extenso jardín rodeado de árboles frutales, y por entre sus troncos delgados vimos una glorieta de piedra cubierta por enredaderas, y lo que parecía ser la entrada a un laberinto vegetal.

Tres mujeres de túnicas grises con ruedos blancos salieron por el pórtico frontal y se alejaron hacia el norte. Esperamos hasta perderlas de vista y avanzamos entre los arbustos hacia el jardín lateral. Entonces vimos a las dos Altas Sacerdotisas que caminaban sin prisa bajo el sol desde la glorieta hacia la Casa, seguidas por cuatro auxiliares. Una de las Altas Sacerdotisas atrajo nuestra atención: alta, de porte majestuoso, un manto blanco cubría sus hombros. Una caperuza negra se ajustaba a su cabeza, y desde la coronilla brotaba la espesa melena broncínea recogida con dos anillos de metal. Sobre su frente, resaltando contra el negro de su caperuza, brillaba la tiara de oro remata en la Estrella de Ocho Puntas.

Lune y yo no necesitamos cruzar palabra para saber que ésa era la Regente. Debíamos llegar a ella mientras se encontrara al aire libre, pues una vez que entrara a la Casa tal vez nos resultara imposible acercarnos a ella.

—Yo iré —susurró Lune—. Tú quédate aquí. Si surgen problemas, evita que te vean y regresa al Taller a advertir a las demás.

Asentí, mas permanecimos las dos inmóviles, nuestros ojos clavados en esa imagen clara y magnética en medio del jardín, tan distinta a la figura oscura, cambiante en la luz de las antorchas, que se mostrara bajo la luna en el Anfiteatro la noche de nuestra llegada a la Escuela, cinco años atrás. Esa figura nocturna sólo nos había inspirado miedo. Pero esta dama que paseaba bajo el sol… No cabían dudas de que su espíritu estaba cerca de la Madre.

Pero el sol ya había superado su cenit y debíamos apresurarnos, para que nuestra ausencia en el Taller no fuera

descubierta. De pronto Lune se lanzó hacia adelante. Sorteó de un salto las últimas matas de arbustos, corrió hacia la línea de frutales que delimitaba el jardín y avanzó tras ellos hasta quedar a la misma altura que la Regente y sus acompañantes. Fui tras ella y advertí su súbita vacilación. Sólo mediaban cincuenta metros entre nosotras y el grupo de mujeres. Un paso bastaba para dejarse ver y hablar.

—Déjame a mí, Dorada —susurré.

Meneó la cabeza, decidida. Se apoyó en uno de los árboles, respiró hondo, y se apartó de los árboles, avanzando en línea recta hacia las mujeres.

La otra Alta Sacerdotisa, que entonces vimos que era Morgana, la secretaria privada de la Regente, profirió un grito al verla. Dos de las auxiliares que las seguían se adelantaron hacia Lune. Ella se detuvo, tratando de parecer tranquila y segura.

—Buenas tardes, hermanas. Traigo un mensaje urgente para la Regente.

Las mujeres le aferraron ambos brazos. Sin poder contenerme, salté fuera de mi escondite y corrí en su auxilio. La Regente y Morgana se habían detenido. Un momento después las dos auxiliares restantes me atraparon a mí también. Sentí los dedos de esas mujeres como garras clavándose en mi carne. Ahogué un gemido de dolor y Lune se debatió cuando intentaron llevarnos hacia la Casa. *No pueden detenernos ahora,* pensé desesperada, aunque temerosa de resistirme. *¡Estamos tan cerca!*

Mientras nos arrastraban rumbo a la Casa, Lune forcejeó hasta liberar un brazo. Sonreí para mis adentros, compadeciendo a las dos auxiliares que intentaban contenerla. *Ahora sabrán lo que vale la favorita de Pollux,* pensé con despecho. Antes de que pudieran volver a reducirla, Lune le asestó un puñetazo en el mentón a la mujer que aún la sujetaba. La auxiliar trastabilló y cayó. Lune corrió hacia la Regente. La otra mujer se abalanzó sobre ella sin llegar a tocarla. Lune se dobló hacia adelante y tendió su pierna hacia atrás, un puntapié tan veloz y certero que seguramente la mujer sólo sintió el golpe en su pecho antes de derrumbarse. Forcejeé para mantener ocupadas a las dos que me retenían. Lune cayó de rodillas ante las dos Altas Sacerdotisas.

—¡Perdón, señora, por amor a la Madre! —exclamó—. ¡Usted es la única que puede ayudarnos!

La Regente nos dio la espalda. Morgana hizo un gesto a las auxiliares caídas, que se apresuraron a levantarse y se adelantaron para volver a sujetar a Lune. Ella intentó resistirse, pero la

obligaron a retroceder. La desesperación nos ganó a las dos cuando volvieron a arrastrarnos lejos de la Regente.

—¡Por favor, señora! —gritó Lune sollozante—. ¡Nuestra hermana agoniza! ¡Usted puede salvarla!

Entonces la Regente nos enfrentó y un escalofrío me sacudió de pies a cabeza. Por un instante los ojos dorados de la Regente encontraron los ojos dorados de Lune. En ese momento nos empujaron dentro de un cuarto diminuto, sin mobiliario ni ventanas, y cerraron la puerta en nuestras narices. Pero las dos habíamos visto con claridad el rostro de la Regente por primera vez.

Lune volvió a caer de rodillas y ocultó el rostro entre sus manos, llorando desconsoladamente. Pero yo adiviné que no lloraba por Zamir. Me senté a su lado y la abracé, intentando consolarla.

—Dorada —dije con cuanta suavidad podía—. Mírame, Dorada. Háblame. ¿Qué te ocurre?

Lune se arrojó en mis brazos, llorando aún más que antes.

—¡Oh, Vania! ¡La Regente…!

La estreché y le acaricié la cabeza, pero no se calmaba. —¿Qué pasa con ella?

—¿Qué pasa? ¡Que es *ella!*

No precisaba decirme más. Lune utilizaba ese acento para referirse a una sola mujer en toda la Galaxia: su madre. Y por más descabellado que pareciera, acabábamos de descubrir por qué la madre de Lune había dejado su hogar, su matrimonio, su hija pequeña. Juné Kailhaa, *la hermana* Juné Kailhaa, era una adepta de la Orden de Syndrah. Pero no sólo eso: era una Alta Sacerdotisa y había sido nombrada Regente de la Alta Escuela de la Orden. Y en ese momento comprendí por qué no había vuelto a dar señales de vida. ¿Cómo hubiera podido Lune transitar su Camino, más que ignorando su cercanía? Un precio en verdad alto que Syndrah había impuesto a madre e hija. Un precio que sólo el futuro diría si había sido justo.

Un suspiro tembloroso agitó el pecho de Andria y Vega presionó su mano para que se tomara un descanso. Pero ella lo ignoró.

Los rumores de lo ocurrido cuando Lune y Vania subieran a la Casa de la Colina habían llegado al Sector Septentrional, donde Vega se hallaba entonces. Habían sido sancionadas con dos días de incomunicación en una celda de castigo, pero su osadía había comprometido la situación de la Asistente del Sector Oriental y todo su personal. Era la segunda oportunidad en que esas muchachas hacían tambalear la posición de personal jerárquico de la Escuela, y Pollux volvía a estar implicada. La primera vez había perdido su cargo como Maestra de la Primera Etapa, y luego había visto amenazado su trabajo como Jefa de Seguridad de la Escuela.

Esa tarde la propia Lena se había presentado en el Taller a comunicarles que Lune y Vania habían sido descubiertas y el traslado de Zamir había sido denegado. Por la noche, tan pronto se hizo hora de apagar las luces, Dagan y N'lil, las dos muchachas restantes de la casa de Lune, acudieron en secreto a la de Andria. Y poco después se les sumaron Tirra, Ilón y Narha. Después de lo ocurrido, y con Zamir enferma y prisionera de Pollux en el Campo de Deportes, a ninguna le importaba si acababan llenando todas las celdas de castigo disponibles en el Edificio Principal.

Apenas Xien y Elde salieron para ir a ver a Zamir, Ilón se acercó a Andria.

—Estate lista, Dirmale —le dijo en voz baja—. Tal vez debas salir pronto.

Andria frunció el ceño. —¿Tuviste otro sueño?

—Roguemos que me haya equivocado.

Poco después Munda corría a abrir la puerta de la despensa, donde sonaron dos golpes. Ilón tomó el manto de Andria y se lo tendió con una mueca. Oyeron el rumor de un sollozo y todas se apresuraron tras Munda. Al ver a Ilón, Elde esquivó a las demás y abrazó a su amiga llorando desesperada.

—¡Zamir está agonizando! —gimió—. ¡Oh, Madre, se está *muriendo!*

—¿Dónde está Xien? —inquirió Andria.

—Quiso quedarse con ella… Zamir no verá la luz del día… ¡Oh, Madre, Madre! Ella…

—¿Lograron entrar y llegar a ella? —la interrumpió Munda.

—Sí, pero Xien no podrá salir sin ayuda. Entramos por el tragaluz y…

Andria se abrió paso hacia la puerta posterior.

—Yo iré por ella —dijo, y enfrentó a sus hermanas, que la miraban sobrecogidas—. Si algo sucediera y no regreso con Xien en una hora, deben irse y fingir que ignorar dónde estamos, porque estaremos detenidas.

Tirra se adelantó y besó su mejilla con una sonrisa tierna.

—La Estrella te proteja, hermanita. Ve y llévale todo nuestro amor a Zamir —dijo con su dulzura habitual.

Andria salió sola de la Casa, saltó la pared de la huerta y corrió hacia al Campo amparada en las sombras. El corazón golpeaba su pecho con fuerza, y la angustia parecía prestar más rapidez y agilidad a sus piernas. Ni siquiera se preocupó por fijarse si los terrenos circundantes al estadio estaban vigilados, o si los perros pastores merodeaban. No se detuvo hasta caer de rodillas ante uno de los tragaluces del gimnasio subterráneo.

Vio a Zamir tendida en un jergón con Xien a su lado, estrechándole una mano y acariciándole el pelo. Se movió hasta otro tragaluz frente a ellas y tamborileó en el vidrio con los dedos. Xien aguardaba la señal y alzó la cabeza. Estaba pálida, sus ojos enrojecidos. No había nadie cuidando a las enfermas, y Xien le indicó que empujara la parte inferior del ventanuco hacia adentro y se deslizara por allí.

Andria estuvo con ella en pocos segundos. Respiró hondo para recuperar el aliento y se inclinó para ver a Zamir. Y retrocedió de inmediato con horror. La palidez de la muchacha era tal que hasta sus labios, hinchados y resquebrajados, habían perdido color. Su rostro estaba inflamado, y los parpados inflamados, temblaba de pies a cabeza y respiraba con dificultad.

—Esperaba a Elde —susurró Xien.

Andria sólo pudo menear la cabeza. Zamir entreabrió los párpados y sus ojos multicolores se posaron en ella. Aquella mirada siempre risueña, tan luminosa, era ahora vidriosa y turbia. Intentó sonreír, mas sólo pudo esbozar una mueca que no tardo en borrarse. Andria deglutió, luchando por controlar su espanto. *¡Gran Madre! ¿Qué es esta enfermedad? ¿Es posible que este despojo sea lo que queda de nuestra Zamir?*

—Andria… —murmuró Zamir en un hilo de voz—. Tú… tú eres de Mira Prime… Cuando regreses, ve a Ascet y…

—Buscaré a tu familia —asintió ella tomando su otra mano.

—Diles que los amo… Díselo a mi madre… Y también a… a…

Zamir se ahogaba al hablar, y no logró terminar la oración.

Xien le acarició la frente para calmarla. —Yo le explicaré dónde encontrar a Camed —dijo—. Ahora descansa, querida.

Zamir frunció el ceño y tosió.

—No… No queda… No hay tiempo —resolló.

Xien y Andria supieron que era verdad y lucharon contra su propia necesidad de llorar, huir, gritar, dar rienda suelta al dolor y el miedo que sentían, el horror por la terrible máscara con que la muerte les arrebataba a su hermana.

—Hermanitas… —murmuró Zamir.

—Las muchachas te envían todo su amor —dijo Andria con voz temblorosa.

—Hermanas… —repitió Zamir, y estrechó sus manos con un vigor que las sorprendió.

Entonces sus ojos se pusieron en blanco y se estremeció violentamente. Sus facciones se contrajeron mientras duró aquel súbito espasmo. Pero fue sólo un momento. Pronto sus ojos se cerraron, sus dedos se aflojaron, y la hermosa cabeza se inclinó sobre un hombro.

Xien se llevó la mano laxa a la boca, empapándola con sus lágrimas al besarla. Andria se cubrió los ojos y se mordió el labio hasta casi hacerlo sangrar. Hubiera querido llorar. El pecho le dolía y sentía un nudo en la garganta que apenas le permitía respirar. Pero sus ojos estaban secos. *Secos y vacíos*, pensó con amargura. Un gemido ahogado reclamó su atención. Xien, que hasta entonces mostrara una entereza admirable, lloraba con el rostro hundido en el pecho de su amiga muerta.

La puerta al otro extremo del gimnasio se abrió y Yasna entró a todo correr.

—¡Pollux viene hacia aquí! —exclamó, agitada—. ¡Deben irse!

Andria se incorporó de un salto y sujetó los hombros de Xien, obligándola a apartarse de Zamir y ponerse de pie. Yasna vigilaba el pasillo desde la puerta. Xien miró a Andria con ojos desorbitados, aunque se dejó conducir bajo el tragaluz. Yasna las urgió a apresurarse con un gesto.

—Sube —dijo Andria, señalando el tragaluz.

Xien la enfrentó como si no comprendiera y no se movió.

—¡Sube, por la Estrella!

Entonces pareció reaccionar. Apoyó un pie en las manos de Andria y se izó alzando los brazos. Se aferró al delgado marco y logró trepar y arrastrarse fuera. Desde allí le tendió la mano a

Andria, pero ya era demasiado tarde: los pasos de Pollux resonaban en el corredor, muy cerca del gimnasio.

—¡Vete! —le ordenó Andria.

Xien mantuvo la mano tendida hacia ella. —¡Es una locura! ¡Vamos, sube!

—¡Vete!

La puerta se abrió bruscamente de par en par, empujando a Yasna a un costado. Xien retrocedió, saliendo del haz de luz que se proyectaba sobre el pasto. Y Andria giró para enfrentar con los puños apretados a Pollux, que caminaba hacia ella con su paso felino y una sonrisa burlona. *Frente a frente una vez más. Visitemos a Lune y Vania.*

La puerta se cerró con un ruido sordo de hierro que despertó ecos en la lóbrega celda, apagando el rumor de pasos que se alejaban. Andria hundió la cabeza entre los hombros, encogiéndose en el rincón donde la dejaran caer las ayudantes de Pollux. Sintió el frío de la piedra, un frío húmedo que ganaba su cuerpo magullado con rapidez. Se hizo un ovillo, ocultando el rostro lastimado entre sus brazos. Sólo podía ser consciente del dolor. En la oscuridad de la celda de castigo, buscó angustiosamente algo que le permitiera escapar de ese dolor.

La imagen de una mujer menuda y serena acudió a su memoria. Bellatrix, la Maestra de Educación Corporal de esa Etapa. En su recuerdo, Andria se hallaba con sus hermanas y la Maestra en el mismo gimnasio donde Zamir acababa de morir. La voz más bien aguda de la Maestra regresó con el recuerdo. *"El cuerpo reacciona tensándose ante estímulos como temperaturas extremas, dolor o miedo. Pero son sus mentes las que manejan las reacciones. Relájense, regulen su respiración para aceptar esas sensaciones evitando tensarse, y verán como sus efectos disminuyen."* Andria revivió aquel momento con cuanta intensidad pudo. *"Relájate. Mantén tu respiración pausada y profunda. Constante. Concéntrate en ella y olvida todo lo demás."* Siguió esas instrucciones en la celda de castigo y el dolor disminuyó. *Gracias, Maestra, dondequiera que estés.*

A medida que superaba el aturdimiento, reparó en que esta celda parecía igual a la del Sector Occidental donde pasara varios días. Había sido su primer enfrentamiento abierto con Pollux, en aquel entonces por defender a Tirra de la brutal golpiza que le estaba propinando. Una fuerte puntada en su costado la obligó a volver a concentrarse en su ritmo respiratorio. El dolor volvía a crecer, bombardeando su sistema nervioso. La espalda, los hombros, el muslo derecho, los riñones, las costillas… Alzó una mano con dificultad, sintiendo los músculos resentidos del brazo. Una costra húmeda pegoteaba su cabello a la altura de la coronilla. Tuvo el recuerdo fugaz del bastón de una auxiliar de Pollux alzándose hacia ella.

Debía dar tiempo a Xien para que se alejara del Campo y, de ser posible, pusiera en guardia a las demás para que ninguna otra pudiera ser castigada: tres jaquecas eran más que suficiente para la Asistente en un solo día. Más incidentes podían ocasionar castigos colectivos y no se podían arriesgar a tanto con Pollux involucrada.

De modo que decidió resistirse cuando quisieron sacarla del Campo de Deportes. Su actitud había enfurecido a Pollux, por supuesto, y había ordenado a sus dos auxiliares que redujeran a la rebelde a cualquier costo. Cuando al fin la arrastraron fuera del Campo, no había rastros de Xien ni se veía nada inusual en las seis casas que ocupaban las Aprendices. *Al menos conseguí distraerla lo suficiente,* pensó con amargura. El dolor en su pecho le impedía siquiera tentar una sonrisa para saborear esa victoria triste e inútil que ella pagaría en esa celda. *Como Lune y Vania en alguna celda vecina. Y Zamir murió a pesar de todo.*

¿Cuánto tiempo la tendrían allí? Seguramente la Asistente lo había dicho, como corolario de su furibundo sermón, pero Andria no la había escuchado. Sostenida por las dos auxiliares, un bulto inerte de dolor y magullones, la voz de la Asistente había resbalado por sus oídos. Andria sólo podía preocuparse por respirar, sintiendo los ojos feroces de Pollux fijos en ella desde atrás de la airada Asistente, mientras ella le rogaba a Syndrah que la mujer callara de una buena vez. Luego las auxiliares la habían cargado escaleras abajo hasta esa celda.

Sintió una sed abrasadora que le quemaba la garganta y las entrañas. Sabía que no le habían dejado agua. *Estar pendiente del dolor y la sed sólo me debilita.* Debía distraerse, encontrar otro foco de atención. Pero lo único que reemplazaba el dolor era la imagen del rostro devastado de Zamir contraído en el instante final. *Rezar ayudaría.* Recitó para sus adentros la plegaria que ella y sus hermanas compusieran años atrás, mas la opresiva soledad de la celda le robaba todo sentido. Ella era fuerte con sus hermanas. ¿Cómo recuperar esa fuerza aislada, encerrada?

Entonces recordó una plegaria que Lena les había enseñado cuando iniciaran la Segunda Etapa. Intentó imaginarse en el Templo de ese Sector, y recrear las voces de sus hermanas orando con ella: *"Tú eres la Luz, yo soy Tu candil. Tú eres la Vida, yo soy Tu instrumento. Dame voluntad para recorrer Tus caminos. Dame humildad y sabiduría para honrarte en cada ser, cada día. Yo soy Tu servidora. Porque Tú eres la Madre. Y yo soy Tu Hija."*

Despertó con un gemido, sintiendo la dureza húmeda y fría de la piedra contra su mejilla. Intentó moverse en vano. ¿Cuánto hacía que estaba en esa celda infernal? La oscuridad engullía el tiempo. Estiró una mano temblorosa hacia la escudilla de agua que alguien dejara a su lado. Perdida en un sopor turbio, atrapada en la red engañosa de una pesadilla, no había advertido que alguien

hubiera entrado. En aquella atmósfera viciada todo hedía a sudor y orín, como ella.

Sus dedos rozaron los bordes de la escudilla, que se ladeó y cayó, volcando su contenido en el suelo. Andria dejó caer la cabeza sobre su brazo, la mano crispada en medio del líquido derramado. Un gemido ronco brotó de sus labios resecos. Entonces percibió un cambio sutil en las tinieblas que la confinaban.

La pesadilla tendía sus garrar para recuperar la presa. El horror volvió a invadirla. Ya no importaba si sus ojos estaban abiertos o cerrados: los espectros del País en Sombras no reparaban en detalles tan triviales. Hubiera querido llorar, pero hacía mucho que sus lagrimales se habían agotado intentando agotar también el miedo y el dolor.

A pesar de sus esfuerzos por evitarlo, se sintió sumergida otra vez en la niebla amenazante de la pesadilla. Y ahí estaba de nuevo. Las ruinas en la noche sin fin. El corredor que se abría en la niebla. El peligro aún invisible que percibía con todos sus otros sentidos. Y una vez más echó a correr en la bruma a través de las ruinas, tropezando con los escombros. Entonces aparecía el primer espectro, sombra en las sombras, deslizándose hacia ella sin tocar el suelo. Y en sus manos un globo de luz que encerraba el cálitus en su corazón de cristal negro. Se ubicaba en mitad del corredor en la niebla y tras él llegaban los otros, una legión de espectros con sus luces mortíferas y sus ojos en blanco vueltos hacia ella. Andria se detuvo en la pesadilla, jadeante y temblorosa. De un momento a otro comenzarían a arrojarle los globos de luz, y su vida defendería de su agilidad para esquivarlos: debía ser más ágil que Zamir.

Perdida en aquella visión aterradora la alcanzó el bostezo chirriante de la puerta de la celda. Abrió los ojos desorbitados y los clavó en las dos sombras que se erguían sobre ella en el tenue resplandor de las lucen que caían. Sólo atinó a encogerse en su rincón y cubrirse el rostro con los brazos. Las sombras la tocaron, la levantaron, separaron sus labios lastimados con algo duro que volcó agua en su boca reseca. Poco a poco su vista se aclaró, lo suficiente para reconocer a Lena y a Munda.

—Zamir… —alcanzó a gemir antes de desvanecerse en los brazos de su hermana.

Vega no pudo contenerse. Soltó la mano de Andria y le rodeó los hombros con su brazo, intentando consolarla. La muchacha se

cubrió el rostro y lloró sin ruido. La sintió temblar y le acarició el pelo, susurrando palabras de consuelo. Andria lo dejó hacer mientras intentaba recuperar la compostura. La recreación de ese momento había sido tan vívida que le costaba sustraerse a sus emociones. Lo único que le permitía estar segura de que se trataba sólo de un recuerdo era el la tibieza reconfortante del abrazo de Vega. Él la hizo reclinarse contra su costado y comenzó a mecerse suavemente, como si la acunara. Andria cerró los ojos y procuró concentrarse en la calma que él trataba de transmitirle. Varios minutos después fue capaz de secarse los ojos con una inspiración temblorosa.

—Gracias, Maestro —murmuró—. Creo que ya estoy mejor.

Vega, con el mentón contra el pelo de Andria, sólo asintió, sin retirar su brazo ni dejar de mecerse. Ella no intentó apartarse. Él se preguntó por qué se sentía culpable. Y por qué las emociones de Andria parecían traspasarlo, empujándolo a actuar. Había tenido que apelar a toda su fuerza de voluntad para no interrumpir el ejercicio. *No es la primera vez que nos sucede.*

—Perdóname por haberte sometido a esto —dijo Vega tras una larga pausa.

Andria se estremeció y no respondió. Sólo deseaba seguir comprobando que todo aquello ya era parte del pasado. Un pasado que nunca regresaría.

—Comprendo que es necesario —terció luego.

—Lo es.

Ella se alejó de él para enfrentarlo con ojos aún húmedos. —Gracias por ayudarme a superarlo.

Vega meneó la cabeza con sonrisa triste. Aun concluido el ejercicio, seguía percibiendo las emociones de su Discípula con tanta claridad como las suyas propias.

XII – La Caída del Águila

-1 -

El sol aún no había salido cuando Andria sintió que le tocaban un brazo. Entreabrió los ojos adormilada y vio la oscura silueta de su Maestro inclinado sobre ella.

—Levántate y sal —dijo Vega.

Andria aguardó a que él dejara la tienda para sentarse. Tiritó al salir del saco de dormir, se envolvió en su manto y asomó la cabeza al frío aire del alba. Vega le tendió una escudilla humeante y una rodaja de pan. Se encontraban en un estrecho valle a pocos kilómetros al sudeste de La Escala, y el programa de aquella jornada era iniciar la aproximación al primer refugio de la Montaña Sagrada, El Rilsa, ubicado a 3360 metros de altura.

—Buenos días —la saludó Vega, sonriendo al verla frotarse los ojos.

Ella sólo asintió. Las últimas estrellas brillaban sobre la Gran Pared Oeste y una brisa húmeda soplaba desde el sur. Ese año el verano no era demasiado cálido. Se sentó frente al fuego y probó el té, preguntándose qué querría su Maestro.

—Quiero mostrarte algo, y ésta es la hora ideal —dijo él.

Por supuesto que es la mejor hora, pensó Andria, volviendo a asentir.

A su alrededor el bosque despertaba conforme el azul del cielo se hacía más claro. Vega aguardó en silencio que Andria terminara su desayuno. Los ejercicios de restrospección avanzaban a buen ritmo, y había decidido suspenderlos cuando alcanzaron el inicio de la Segunda Etapa. Los dos años previos al brote de cálitus habían sido tranquilos y hasta placenteros para Andria, de modo que revivirlos le había servido más que nada para mejorar su técnica para compartir sus recuerdos con él. Mas antes de continuar retrocediendo y adentrarse en una época difícil, Vega necesitaba provocar en Andria un estado de ánimo particular. Debía empujarla a un nivel de análisis más complejo y al mismo tiempo, ponerla en situaciones en las que su reacción fuera más impulsiva. Necesitaba que volviera a sentir como cuando era una Pupila pero que fuera capaz de darse cuenta y comprenderlo.

Sin embargo, había algo más que debía lograr cuanto antes. Declinaba el verano y la Etapa Final se acercaba poco a poco a su fin. Andria debía enfrentar ese hecho con todo lo que implicaba. Debía tomar consciencia cabal de que en tres meses dejaría la Escuela, convertida en Alta Sacerdotisa, y cuanto viviera en los últimos nueve años quedaría definitivamente atrás.

Cuando Andria terminó, Vega le indicó que lo siguiera y la precedió hacia el arroyo que corría cerca de donde acamparan. Ella fue tras él procurando no tropezar con las raíces y piedras que hallaba a su paso. Al llegar a la orilla, Vega señaló una mata de rosas del cielo y se sentó frente a ella, de espaldas al bosque.

—Acércate —dijo.

Andria obedeció con curiosidad. Le costaba creer que la hubiera despertado para una lección de botánica o herboristería. *Aunque sería muy propio de él.*

—Siéntate a mi lado y concéntrate en el campo de energía de este arbusto.

¡La Estrella nos proteja! ¡No era botánica sino metafísica! Andria se refrescó el rostro en el arroyo antes de seguir sus instrucciones, intuyendo que precisaría toda su atención. No le costó hacer lo que Vega le pedía y desenfocó su vista para hacer visible el campo energético de ambos, hombre y vegetal.

—Fíjate en ese capullo.

En contraste con el azul pálido del cielo, Andria vio cómo Vega volcaba su energía en el arbusto, haciendo crecer su aura clara hasta que se fundía con la de él. Entonces notó que de las palmas de sus manos vueltas hacia arriba, de su pecho y su frente se diferenciaban cuatro haces de energía que se concentraban en el capullo que había señalado. *¿Qué se propone?,* se preguntó intrigada. Y vio asombrada cómo los pétalos pequeños y apretados se separaban con lentitud hasta abrirse por completo. El aura de Vega se normalizó y se separó suavemente del arbusto. Andria se volvió atónita hacia él. Había cerrado los ojos y mantenía su respiración profunda y pausada. Nada indicaba que hubiera realizado ningún esfuerzo. Un momento después volvió a abrir los ojos y la enfrentó.

—Tú también podrías hacerlo —dijo con suavidad—. Es una cuestión de voluntad, Andria. No hay ningún truco secreto. Sólo práctica y voluntad.

Ella observó la flor abierta, frunciendo el ceño.

Vega la cortó y se la ofreció con una sonrisa. —En realidad, tú podrías lograr mucho más que esto. Si te lo propusieras. —Se incorporó, dejando que sus palabras surtieran efecto—. Regreso al campamento.

—Iré enseguida, Maestro —respondió ella, sin apartar la vista de la rosa del cielo entre sus dedos.

Vega pasó junto a ella rumbo a la tienda, aunque se detuvo apenas la vegetación se interpuso entre ellos y retrocedió hacia el

arroyo, manteniéndose oculto.

Podría si me lo propusiera, se repetía Andria. *¡Práctica y voluntad!* Había escuchado lo mismo miles de veces desde que llegara a la Escuela. Era la muletilla obligada de toda Maestra que se preciara de serlo. Sostuvo la flor a la altura de sus ojos, estudiándola, evocando la imagen del aura de su Maestro concentrándose en el capullo cerrado. *Mal que me pese, tienen razón. Es una cuestión de voluntad.* Dejó la flor a un costado y respiró hondo, sentándose con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en sus rodillas, las palmas hacia arriba.

Tras ella, Vega se inclinó hacia adelante, para no perder detalle de lo que sucediera.

Andria fijó la vista en otro capullo sin dejar de atender al campo energético del arbusto. Dos años atrás había aprendido a elevar su percepción hasta sentir el intercambio de energía entre ella y el arbusto, y Vega le había enseñado a agudizar su sensibilidad para captar el proceso en su plenitud. Pronto bloqueó el flujo del arbusto, incrementando con su propia energía el halo diáfano que los envolvía a ambos. Entonces se concentró en el capullo que había elegido y proyectó en su mente lo que deseaba que ocurriera. Mas los minutos transcurrían sin que nada sucediera. Los pétalos blancos continuaban inmóviles y apretados. Andria empezó a sentir la fatiga. Volvía a escuchar el rumor del arroyo y el aleteo de los primeros pájaros, su atención se disipaba sin que pudiera evitarlo. Sintió el sudor que corría por su frente y bajo su ropa. Un mareo leve enturbió su vista.

Vega salió de su escondite y avanzó hacia ella con sigilo. Veía menguar el aura de Andria. Si no interrumpía el ejercicio, podía hasta desmayarse por el esfuerzo. Y sabía que la muchacha no lo interrumpiría voluntariamente.

—Ya es suficiente —dijo con acento grave.

Andria se estremeció al escucharlo y volteó la cabeza para mirarlo confundida. Vega notó su palidez y la ayudó a incorporarse. Ella se dejó conducir con docilidad hasta la orilla, donde se inclinó para beber y refrescarse otra vez. El frío del agua de deshielo la hizo toser. Vega la instó a sentarse y volvió a tenderle la flor que él había abierto. Los ojos violáceos de Andria lo enfrentaron llenos de interrogantes.

—Lo siento… —murmuró Andria bajando la vista.

Se sentía frustrada, pero no por no haber logrado su objetivo. *¿Cómo pude creer que lo haría con tanta facilidad como él?*, se preguntó con rabia. Se había dejado arrastrar por el impulso de

emular a su Maestro. La vergüenza reemplazaba a la frustración.

—No debes exigirte de más —oyó que le decía Vega. La cálida comprensión de su acento sólo alimentó su enfado consigo misma —. Tienes la fuerza, y también la voluntad necesaria para emplear esa fuerza correctamente. Sólo debes darte tiempo para aprender a encauzarla en el canal adecuado.

¡Gran Madre! ¿Por qué debería consolarme? ¡Me porté como una tonta!

Vega le sujetó el mentón, obligándola a alzar la vista. Andria sostuvo su mirada con una inspiración temblorosa, y la sonrisa comprensiva del Maestro semejó una bofetada.

—Explícame por qué estas enfadada.

¿Acaso se está burlando de mí? —Maestro, yo…

Los ojos grises de Vega se entrecerraron. Percibía cómo la rabia de Andria cambiaba de foco. Exactamente lo que buscaba. —¿Sí?

—Lo que ocurrió es que… De pronto siento que… —Andria se interrumpió. ¿Cómo explicárselo? *¿No es suficiente con sentirme tan tonta? ¿También debo admitirlo de viva voz?*

—Sientes que no supiste controlar tus impulsos —dijo Vega con calma—. Te dejaste llevar al decidir quedarte sola e intentarlo. Una reacción más propia de una Pupila que de una Discípula como tú.

Andria se envaró, aún forzada a enfrentarlo. *¿Me está humillando deliberadamente?*

Vega acercó su rostro al de ella, y su sonrisa era irónica. —¿No fue eso lo que ocurrió? Y de pronto te preguntas, y con razón, si alguien incapaz de dominar un impulso tan básico merece haber llegado tan lejos en el Camino.

Andria liberó su mentón y hundió la cabeza entre los hombros. Su enojo aumentaba y de pronto nada de lo que aprendiera le servía para controlar sus emociones. Vega deslizó la rosa del cielo tras su oreja, acomodando los largos rizos violáceos sin dejar de sonreír. Andria se encogía con su proximidad. Había desviado la rabia de la muchacha hacia sí mismo. Ahora debía anularla. Buscó la entonación justa, modulando las palabras con cuidado.

—Nadie llega hasta aquí por azar —dijo, irguiéndose.

Las mandíbulas de Andria se aflojaron involuntariamente y sus ojos se abrieron de sorpresa. Vega retrocedió sin agregar más. Ella descubriría lo que había hecho. La mirada de Andria lo siguió cuando se internó entre los árboles, rumbo al campamento. ¡El increíble dominio que tenía sobre su voz! *¡Lo hizo de nuevo!*, pensó

con un dejo de incredulidad.

Los dedos de Andria palparon cada detalle de la roca y se crisparon en torno a una delgada arista. Sus ojos acompañaban la exploración mientras su otra mano buscaba un nuevo asidero. Respiró hondo, sus músculos tensos. *¡Ahora!* El impulso recorrió su cuerpo al tiempo que vaciaba sus pulmones. Primero un pie, luego el otro, y al fin sorteó aquel odioso reborde. Se aplastó contra la pared y se permitió recuperar el aliento, mirando hacia abajo.

A unos cien metros de donde se hallaba, el bosque descubría al sol las ramas cargadas de frutos ya maduros y un arroyo gorgoteaba entre las rocas rumbo al Valle. La sombra de un águila se separó del verde y el pardo del bosque, ascendiendo en el viento con amplios círculos. Su chillido resonó en el aire quieto de la tarde muy cerca de Andria, que siguió trepando con todos sus sentidos puestos en encontrar la mejor ruta.

Sentía que la verdadera prueba había comenzado. El día anterior habían superado las estribaciones inferiores de La Escala, siempre hacia el noroeste, y ahora se encontraban ante la primera dificultad en el camino hacia El Rilsa: una pared vertical de ciento cincuenta metros de altura, rematada en un filo tan difícil que parecía una miniatura del Oressa.

Diez metros por encima de su cabeza, una silueta clara y ágil en la roca desnuda, Vega se detuvo para cerciorarse de que ella aún lo seguía. A medida que escalaba, los movimientos de Andria se hacían más rítmicos y seguros, y superaba los obstáculos con resolución creciente. Observándola, Vega reconoció que costaba creer que se hubiera criado junto al Mar de Rassán en Mira Prime, y que nunca había visto una montaña hasta que llegara a la Escuela a los doce años. Vega miró hacia arriba, el torturado filo que era su objetivo, y sus ojos volvieron a buscar a Andria con mirada crítica. Sin necesidad de haberla visto, sabía que se había detenido al tope del reborde. Todo el que era capaz de llegar hasta allí lo hacía. Era el punto exacto en el que el cansancio comenzaba a hacerse sentir.

Andria alzó la vista hacia él y esbozó una sonrisa rápida. Tenía el rostro manchado de polvo y sudor, y un arañazo rojizo cruzaba su mejilla izquierda. Volvió a avanzar, demasiado concentrada en la pared para reparar en que Vega no había respondido a su gesto.

Él se deslizó por la estrecha cornisa en la que se encontraba y se situó de tal forma que a Andria le resultaría imposible sujetarse de ella cuando la alcanzara. Estudió la pared a su derecha,

registrando en su memoria hasta los mínimos detalles de la roca desde un metro por encima de su cabeza hasta dos metros por debajo de sus pies y cinco hacia el costado. Sí, se hallaba en el punto exacto, ocupando el único paso posible.

Escuchó que Andria se acercaba y sintió un eco de rechazo hacia lo que estaba por hacer. *Es necesario,* se dijo, y con esas palabras barrió cualquier otro pensamiento que pudiera turbarlo. Sabía que Andria estaba en condiciones de superar la prueba, y aprovechó aquella breve pausa para preparase. *Lo logrará.* Cerró los ojos por un momento, hizo tres inspiraciones, vació su mente de cuanto no fuera aquel reducido sector de la pared, Andria, él mismo bloqueando la cornisa. Abrió los ojos cuando la muchacha se detuvo debajo de él, sorprendida de hallarlo en su camino.

—¿Maestro?

Vega advirtió su agitación, el tenue silbido del aire en su garganta, el ligero temblor en su voz. Pegado de frente a la pared, fijó la vista en un espolón a una decena de metros a su derecha. *Tendrá que hacerlo.*

Andria aguardó su respuesta. Al no obtener ninguna, comenzó a buscar un paso alternativo. Vega seguía inmóvil y silencioso. *¿Qué espera?*, se preguntó Andria, mientras sus ojos recorrían una y otra vez la roca en busca de cualquier posible asidero. La calma aparente de su Maestro no la engañaba. Lo sabía listo para moverse a una velocidad fulmínea al instante siguiente.

Y así era. Si todo se desarrollaba como él preveía, la vida de ambos estaría en juego por todo un minuto, y él estaba listo para actuar en caso de que Andria no reaccionara con la rapidez necesaria y él tuviera que conjurar el peligro. *Lo harás,* pensó, y había algo de ruego en su mandato silencioso. *Por la Estrella que lo harás.* Sus ojos grises sostuvieron impasibles la mirada interrogante de su Discípula.

Tras comprobar que no hallaría paso en tanto Vega no se lo diera, buscó dónde afirmarse para poder disponer de un mínimo de atención para él, convencida de que su intención era hablarle. Sus músculos dejaron sentir su protesta por la detención, obligados a permanecer tensos y quietos. *¿Por qué escoge siempre este tipo de situaciones para sus enseñanzas?*, se preguntó con una mueca de disgusto.

Pero Vega no habló, y Andria comenzó a sospechar que no lo haría. El contraste entre la temperatura ambiente y la de su cuerpo se acentuó, y la fijeza de aquellos ojos grises la ponía nerviosa como en los primeros días. *¡Por Syndrah! ¿Qué se propone?* En

cualquier otra circunstancia, habría aguardado pacientemente que su Maestro se decidiera a hacer o decir algo. Pero en precario equilibrio en aquella pared vertical, su instinto de conservación le gritaba que no lo hiciera.

La minúscula arista que sostenía su pie izquierdo crujió, y Andria supo que no soportaría su peso más que unos segundos. Movió el pie hasta una pequeña grieta en la que sus dedos encontraron apoyo. Sus manos se apretaron contra la roca y volvió a mirar a Vega.

—Maestro…

Vega, que observaba atentamente sus gestos y actitudes, encajó las mandíbulas. Sabía que debía aguardar un poco más. Andria, en tanto, advirtió que el sedimento bajo su mano derecha comenzaba a desprenderse. Debía continuar. Permanecer allí acrecentaba el peligro de caer. *¡Pero cómo!* Buscó con urgencia una alternativa, en vano. Sintió el sudor que humedecía sus manos y se preguntó qué diablos esperaba Vega para liberar el paso. Elevó los ojos hacia él en una súplica muda que no halló respuesta. *¡Por la Estrella! ¿Qué sucede?*

El sedimento acabó por desprenderse. Sus dedos se aferraron con desesperación a una arista aguzada un palmo por encima de su cabeza. Un guijarro cedió, golpeando su casco al caer. Sus extremidades, tensas y doloridas, exigían una decisión inmediata. Su pie izquierdo resbalaba en la fisura.

—¡Maestro!

Vega alzó las cejas, como preguntándole qué quería. *Sólo ahora comienza a entender. Sólo tendrá unos pocos segundos para decidir.*

Enojada y asustada al mismo tiempo por la indiferencia de su Maestro, Andria se envaró involuntariamente. La presión del peso que toleraban sus piernas se incrementó y el pie izquierdo resbaló, pendiendo sobre el vacío por un instante. *¡No me ayudará!*, pensó, y comprendió que era una conclusión tardía. Algo en su interior se rebeló a aquella idea. ¿Cómo iba Vega a exponerla intencionalmente a semejante peligro de muerte? ¡Y convertirse él mismo en el obstáculo principal! Era su Maestro. *Jamás* haría algo así. Pero todo parecía desmentirlo: la arista clavándose en su palma, sus músculos sobreexigidos, el aire frío quemando su garganta, la caída mortal a sus pies. Deglutió con dificultad y procuró que su voz no traicionara su miedo.

—Maestro, necesito tu ayuda.

—Tú no necesitas *nada* de mí.

Sus palabras surtieron el efecto de una bofetada. Los ojos de

Andria se abrieron de estupor y echó la cabeza hacia atrás. Vega contuvo el aliento, preparado para intervenir. La repentina rigidez de su cuerpo y la brusquedad de su gesto hicieron que Andria vacilara en su posición. Una corriente de aire cálido ascendió en un torbellino y amenazó arrancarla de la pared. La muchacha se pegó a la roca, respirando con fuerza. Sus sentidos y su razonamiento coincidían en que debía hacer algo de inmediato o moriría.

¡Morir! En un latido de su corazón, su memoria le devolvió cada oportunidad en que sintiera lo mismo desde que llegara a la Escuela. *¡Esto es distinto! ¡Reacciona!,* le gritó una voz en su interior. Con una profunda inspiración intentó controlar su desordenado ritmo cardíaco y tuvo la extrañísima sensación de que su consciencia se dividía, se desdoblaba. Una parte era una niña aterrorizada, abandonada en una noche de malos sueños. *¡Mi Maestro no quiere ayudarme!* Otra parte, iracunda, acompañaba los lamentos de la niña con duros reproches. Una tercera parte luchaba contra aquellas emociones violentas. Consolaba a la niña, contenía la furia, intentaba dominar el miedo que la paralizaba, recurriendo a lo mejor de su adiestramiento para estabilizar sus funciones corporales y conservar el equilibrio. Y una cuarta parte de sí buscaba afuera, en la pared, una solución. Pero abriéndose paso en aquella vorágine, sentía crecer algo nuevo. Un tipo de percepción que nunca había experimentado. Era como estar afuera de sí misma, observándose. Y eso no era todo: esa percepción asimilaba cada detalle de la situación, lo analizaba y lo clasificaba. Era una máquina fría e imparcial examinándolo todo.

Vega notó el cambio en su expresión cuando ella volvió a mirar hacia arriba. El brillo húmedo de los ojos que lo evitaron revelaba el caos de sus emociones, mientras los dientes apretados y el ceño ligeramente fruncido indicaban su decisión. Ahogó un suspiro de alivio. Lo que restaba era de alguna forma lo más sencillo: conjurar el riesgo físico. Se movió hacia la izquierda, liberando la cornisa. Sabía que Andria había borrado esa posibilidad y ni siquiera lo advertiría.

Los ojos de Andria recorrieron la pared, registrándola milímetro a milímetro. Su mano derecha se alzó para inspeccionar una fisura. *Demasiado alejada.* Masticó con rabia ambas palabras. Vega había desaparecido. Ahora eran sólo ella y el tramo de escasos dos metros que debía salvar hasta el siguiente asidero seguro. Intentó borrar también la distancia que la separaba del suelo allá abajo, pero esa nueva percepción analítica se lo negó: si

alteraba los factores reales de riesgo, alteraría también las apreciaciones de la situación.

Sus dedos hallaron una hendidura diminuta para la mano izquierda. Si lograba ubicar sus pies, podría izarse al menos medio metro. *Tiene que ser un paso rápido. Sólo para tomar impulso, de lo contrario perderé el equilibrio.* Buscó lugar para sus pies. Su mente analizaba, extinguidos los lamentos y las quejas. Toda ella se había convertido en un instrumento de precisión cuidadosamente afinado. El cuerpo tenía orden de resistir y lo hacía. Todo pensamiento desestabilizante había sido bloqueado.

Vega ocultó su sorpresa al ver lo que se proponía. Se afirmó y liberó su mano. Andria no hallaría el segundo paso más que en la cornisa y él debería guiarla hasta allí antes de que vacilara y cayera.

Andria se preparó para dejar su posición. Cada músculo sabía qué hacer, liberando ojos y mente para que continuaran su búsqueda. *Ningún asidero*, informó su nueva percepción. *Si no lo hay, moriré,* dijo su instinto de conservación. *Lo habrá,* replicó su voluntad. La idea de muerte ya no era metafórica o figurada, sino real y concreta, aunque carente de ecos emotivos.

Su mano derecha se movió con precisión y rapidez. Sus pies la siguieron. Su otra mano continuó hacia arriba. Al no encontrar de qué sujetarse, sus dedos aletearon frenéticamente contra la roca mientras sus pies intentaban en vano afirmarse. Con su eje de gravedad desplazado, vaciló y resbaló. *¡Debo retroceder!* No vio la mano de Vega tendida junto a la suya, y no la notó hasta que él aferró su muñeca y tiró de ella hacia arriba.

Andria supo que era la única alternativa y se dejó guiar hasta la cornisa. Su cuerpo respondió con movimientos precisos, aplicando la presión necesaria para trasladar su peso, por el tiempo necesario para no sobrecargar el apoyo. En cuestión de segundos se encontraba a salvo junto a Vega.

Enfrentar el rostro sereno tan cerca del suyo le provocó un escalofrío. El brazo de Vega ciñó su cintura para sostenerla mientras estudiaba su reacción. Sabía qué podía esperar: superado el shock, Andria tendría la necesidad de desahogar su miedo y su rabia. Lo ideal sería que Andria mantuviera aquel férreo autocontrol hasta hallarse completamente a salvo en el filo, pero Vega no se atrevía a alentar sus expectativas.

Los ojos de la muchacha parecían animados por un fuego purpúreo cuando se clavaron en los suyos, con una intensidad desconocida para él. Vega aguardó en silencio. Su mirara era un

torbellino de preguntas y reproches, pero allí latía *algo más,* que no se relacionaba en absoluto con sus emociones. *¡Me está estudiando!*, pensó, incrédulo. *¡Ella a mí!*

Andria desvió la vista hacia la roca. Quería llorar, gritar, dar rienda suelta a la angustia que sintiera al descubrir que él no la ayudaría. *Esta cornisa es sólo otro paso. Aún no he llegado a la meta.* Los últimos metros presentaban una serie de obstáculos que requerirían toda su concentración y precisaba mantener la mente libre de interferencias para que su cuerpo recibiera mensajes claros. No podía "ensuciar" su sistema nervioso con emociones negativas. *Todavía no*. Reprimió una punzada de amargura. ¿Cuántas veces se había visto obligada a relegar sus emociones en los últimos años? *Pero nunca antes mi vida había dependido de que lo hiciera, como ahora.* Y su vida todavía no estaba a salvo. Debía continuar. Y cuando alcanzara el filo tendría tiempo de enfrentar sus emociones.

Alzó un brazo, su mano halló asidero, ubicó un pie, la otra mano. Se izó en silencio, liberándose sin brusquedad del brazo que la sostenía. Vega sonrió viendo sus certeras evoluciones, sorprendido y orgulloso. Recordó una parte del mensaje de la Regente: *"Tiene la capacidad innata de adaptarse a las circunstancias sin que eso afecte su esencia, y esta capacidad se incrementa en un entorno natural. La naturaleza es el medio en el que mejor se expresa y desenvuelve."* Vaya que había resultado una descripción acertada. Aún sonriendo, Vega se aprestó a seguir a su Discípula.

Andria se echó el manto sobre su ropa de escalada y se acurrucó bajo una cresta que la protegía del fuerte viento sur que soplaba en el filo. Un temblor incontenible recorría todo su cuerpo, y sentía que el corazón ya no le latía en el pecho sino en la garganta. No había querido mirar atrás al llegar allí, tampoco preguntarse adónde conducía aquel tortuoso reguero de rocas. Sólo deseaba cerrar los ojos, intentar reducir la velocidad febril de su mente, lograr que el miedo dejara de ahogarla.

Pero no podía evitar que las imágenes de lo que acababa de pasar en la pared la asaltaran como el oleaje de un mar tormentoso. Costaba creer que todo hubiera sucedido en unos pocos minutos. El tiempo era un capricho subjetivo. En ningún momento se preguntó por qué Vega había provocado aquella situación. Lo que importaba era para qué, y sabía que lo comprendería a su debido tiempo. *Tendría que relajarme*, pensó, mas le resultaba imposible regular su respiración para comenzar el ejercicio. *Debo hacerlo,* insistió, disgustada. *Llegué hasta aquí, de modo que concluiré como es debido.*

Sus brazos liberaron las rodillas y la espalda buscó una mejor posición. La primera inspiración fue temblorosa, entrecortada, aunque lentamente ayudó a su consciencia a alcanzar ese estado que ella solía llamar “de suspensión”.

Así la encontró Vega, que se acercó sin ruido luego de montar la tienda y se acomodó en silencio a su lado. Andria percibió su proximidad de inmediato, el tibio flujo de su presencia, pero no interrumpió su ejercicio. Él no hablaría hasta que ella hubiera concluido, y en ese momento le habría resultado casi imposible sustraerse a la corriente interna en la que se había sumergido. Vega se envolvió en su manto también y no tardó en abstraerse en su propio ejercicio de relajación. Como un eco lejano, Andria sintió que su flujo se retiraba y pudo terminar de concentrarse, volviéndose de lleno hacia el umbral al que su consciencia había arribado y que demandaba toda su atención.

Su mente, que hasta entonces se moviera contra un telón negro, se llenó de formas y colores que no tardaron en definirse. Ella sabía que cada imagen representaba un sentimiento aún reprimido, y que debía utilizarlas para restaurar su equilibrio emotivo sin estallidos violentos. Estudió los reflejos de sus sentimientos uno a uno y trabajó en ellos con cuidado infinito, sin importar cuánto esfuerzo demandara. Modificó las imágenes, las

suavizó, las armonizó. Tenía noción de que el tiempo transcurría mientras ella trabajaba, pero le habría resultado imposible precisar cuánto.

Así fue abriéndose paso en aquel vasto campo mental para llegar a las emociones de mayor peso y complejidad, hasta que sólo quedó una por enfrentar. En ese momento se concedió un respiro. Lo que en un principio fuera un laberinto engañoso ahora era un camino claro y recto a sus espaldas. Pero alcanzar ese punto le había insumido un enorme caudal de energía. Se sentía agotada. No quería abocarse en esas condiciones a la imagen que más atención y cuidado exigía: su miedo al descubrirse sola para afrontar un peligro de muerte.

Mientras su nivel de energía comenzaba a recuperarse, estudió algunas ramificaciones de esa representación. La mayoría de ellas involucraban a su Maestro. Una de ellas la remitía a la primera mañana de aquella travesía. Él la había derribado y le decía: *"Soy y seré tan peligroso como sea preciso. Y eso significa que podría resultar mortal para ti."* Bien, no podía acusarlo de no habérselo advertido. Sin embargo, ese aspecto de sus emociones iba a precisar bastante trabajo.

En ese momento percibió que el flujo de energía de Vega volvía a crecer, lenta y sostenidamente, alcanzándola en el peldaño intermedio de consciencia en el que ella se encontraba. Supo que el momento de hablar había llegado. Su ojo interior contempló una vez más el trayecto recorrido y esa imagen distorsionaba y turbia que aguardaba solución. *¿Tal vez ahora tenga a bien orientarme?* Reconoció al instante que sus pensamientos aún estaban empapados por aquella imagen. Había levantado las primeras barreras que la mantenían bajo control, y ahora su sombra se proyectaba hacia otros lugares de su mente. Debía tener cuidado al dialogar con su Maestro para evitar que lo que él dijera no la alcanzara a través de esa sombra engañosa.

Se preparó para dar por terminado el ejercicio, al menos de momento. Cuando abrió los ojos, Vega la observaba con su expresión habitual, calma e inescrutable. *Sólo un semblante hermoso e impasible*, pensó, dando el último paso de regreso al plano físico.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él con suavidad.

Andria se limitó a asentir. Al reajustarse a la percepción exclusivamente sensorial, volvía a experimentar el cansancio y el dolor de su cuerpo. Una sensación básicamente idéntica a la imagen que acababa de dejar: la queja, la señal de lo que no estaba bien, de lo que precisaba atención y cuidado. Respiró

hondo una vez más. Su Maestro había tendido el puente para que ella se expresara con libertad. Había dado el primer paso, ahora era su turno.

—Maestro, quisiera saber… ¿Para qué? —dijo, y su seriedad y autocontrol le resultaron extraños a sus propios oídos.

Vega asintió también. La actitud de Andria confirmaba que había dado el primer paso hacia aquel nuevo nivel de percepción y análisis. Sin embargo, no era prudente empujarla a desplegarlos mucho más por el momento. *Todavía ignora lo que ha despertado en su interior.* Andria necesitaba acercarse a su nueva capacidad paulatinamente, aprender a servirse de ella de manera que le generara una dependencia inconveniente. *Dependencia. Una elección acertada, esa palabra en este momento.*

—Podría enumerarte una docena de objetivos —respondió—. ¿Cuál deseas escuchar?

Una sonrisa tensa frunció los labios de la muchacha. *Si me devuelve la pregunta, significa que conozco la respuesta.* Una repentina oleada de calor azotó su cara, turbándola. *¿Otra vez debo hacerlo sola?*

Vega advirtió lo que le ocurría y se prohibió agregar una sola palabra.

Andria volvió a escuchar la única respuesta que él le diera durante ese horrible momento en la pared: *"Tú no necesitas nada de mí."* Cerró los ojos con fuerza. *¡Miente!,* gimió una voz en su interior. Luchó por serenarse y se obligó a revisar lo que había ocurrido. *¿Qué fue lo que realmente necesitaba de él que me haya negado? ¿Acaso estaba en sus manos mi decisión de afrontar la situación?* Una idea insólita se abrió paso en su confusión. *¿Qué hay de malo en ser capaz de superar un obstáculo por mí misma?* Un escalofrío corrió por su espalda. *¡Si fuera tan capaz, no precisaría ningún Maestro!*

—¿Puedes comprender que sólo podía transformarme en otro obstáculo entre tantos?

Los párpados de Andria se alzaron al instante y sondeó el metal templado en los ojos de su Maestro, sin encontrar más que un reflejo hermético de sí misma. Frunció el ceño. Sentía que el miedo que había sentido en la pared era lo único que le ocultaba la respuesta.

—¿Me ayudaste sólo cuando en verdad lo necesitaba? —murmuró.

—¿Y si lo hubiera hecho sólo cuando estuvo en mis manos hacerlo?

Andria hundió la cabeza entre los hombros y ladeó la cara para evitar la mirada escrutadora de Vega. El significado de lo que acababa de descubrir la alcanzó como un violento golpe en el pecho. Ni siquiera se dio cuenta de que se había hecho un ovillo, abrazando sus piernas.

—¡Eres mi Maestro! —susurró con rabia.

—Soy un hombre —respondió él, y su acento era demasiado cálido, demasiado *humano* para lo que ella podía tolerar.

—¡Eres ambas cosas!

Volvió a cerrar los ojos y los cubrió con una mano, ahogando un gemido. Las lágrimas pugnaban por caer y estaba harta de contenerlas. Reconocía la verdad en el argumento de Vega y tal vez eso era lo más doloroso. *He generado una peligrosa dependencia de él,* pensó. ¿Cómo había permitido que ocurriera algo así? Pero, ¿había estado en ella evitarlo? *Él lo sabía y no hizo nada por evitarlo. ¡Baisha nos condene a ambos! ¿Por qué lo hizo?* La confianza que Vega había llegado a inspirarle indicaba que si había permitido que sucediera, era porque había sido necesario. *Quizás este año de aprendizaje hubiera resultado estéril en otros términos.* Verosímil.

Y sin embargo, ¿qué sucedería cuando comenzara el invierno? ¿Qué sucedería cuando la Etapa Final culminara, y con ella su estancia en la Escuela? Sí, por supuesto, se marcharía. Dejaría el Valle y tal vez también Godabis, iniciaría su vida al servicio de la Orden. Y Vega saldría de su vida para siempre. A través del inesperado pesar que le provocaba la idea, creyó entender *para qué* Vega había suscitado aquella pequeña crisis. *Quiere que tome consciencia de cuánto, y con cuánta comodidad, me habitué a depender de él.* Ese asomo de comprensión le brindó cierto consuelo, mas la angustia y la rabia persistían. Enfrentar las limitaciones de su Maestro, y que en realidad lo único que precisaba de él era una guía hacia lo que yacía en su interior, dolía en un sentido que no se atrevía a explorar.

Un sollozo quebró la contención de sus labios. La afectuosa presión en su hombro sólo alimento esa rabia dolida que la consumía. Sobre todo cuando percibió que Vega compartía cada una de sus emociones, procurando que las enfocara en él para apartarla de los sentimientos negativos. *Siempre lo hace. Toma mis miedos y pesares para aliviarme. Y siempre se lo he permitido.*

—Perdóname, Maestro —murmuró—. Pero es a ti a quien lloro.

La mano de Vega volvió a presionar su hombro para acompañar una única palabra: —Gracias.

Andria lo oyó alejarse y reprimió otro gemido. La gratitud de su Maestro era tan genuina como su tristeza.

XIII – El Rilsa

Vega arrojó un leño al hogar, removiendo las brasas con una ramilla de extremo ennegrecido. Andria había limpiado la mesa y ahora disponía todo para dormir cerca del fuego. Afuera, las nubes que solían envolver la cumbre de La Escala parecían haber descendido, rodeando el refugio y aislándolo del resto de la Galaxia.

El Rilsa era muy parecido al Etana, aunque era más espacioso y contaba con ciertas comodidades de las que el Etana carecía. Colchonetas, por ejemplo, sobre las que Andria tendió los sacos de dormir y las mantas térmicas, preguntándose qué se sentiría dormir sobre otra cosa que no fuera el duro suelo. *Como si nunca hubiera conocido una cama,* pensó divertida. *Me he convertido en una perfecta salvaje.* El siseo del agua al fuego reclamó su atención. Sirvió las dos infusiones y se acercó con los tazones a su Maestro, que contemplaba las llamas con fijeza.

Vega pareció despertar al advertir su cercanía, y tomó su té agradeciéndole con una sonrisa rápida, distraída. Al cabo de unos minutos se volvió hacia Andria, que se sentara a su lado y lo observaba atentamente. Alzó una ceja, interrogante, y ella respondió con un gesto vago de su mano.

—Me preguntaba… —dijo, tomando un sorbo de té—. Es curioso. O tal vez ése no sea el adjetivo adecuado. Como sea, me preguntaba por qué jamás he sido capaz de “leer” nada en ti, Maestro. Me refiero a que pasé los últimos dos años aprendiendo a interpretar hasta el detalle más insignificante en la voz y el lenguaje corporal, y nada de lo que sé me sirve contigo.

—Quizás has olvidado un detalle —terció Vega—. Y es que hemos recibido el mismo adiestramiento.

Andria frunció los labios en una mueca dubitativa. —Las lecciones incluían reacciones musculares inconscientes.

—Y esas lecciones tenían una finalidad doble.

—Oh, sí: ser capaz de “leer” en otros y evitar que lean en nosotros.

—¿De qué te sorprendes, entonces? Al igual que tú, fui entrenado para impedir que mi cuerpo no se transforme en la cartelera de mi mente.

Andria tornó a mirar el fuego, pensativa.

Vega permitió que la pausa se prolongara varios minutos, mientras terminaba su té.

—La respuesta a tu inquietud es que hay una diferencia básica entre nosotros —dijo luego. Ella lo enfrentó sin ocultar su curiosidad—. Podríamos definirla a partir de nuestros roles. El mío es brindarte o guiarte a ciertos conocimientos. El tuyo es aprender.

—Pero el aprendizaje al que me refiero ya lo hemos finalizado, los dos. En teoría, deberíamos hallarnos al mismo nivel.

Vega sonrió. La insistencia de Andria siempre le agradaba.

—Nuestros roles marcan, sobre todo, una diferencia de actitudes —respondió. Andria frunció el ceño—. Piensa en mí: terminé mi adiestramiento formal hace unos diez años. Ese tiempo no transcurre en vano. Durante una década, cuanto aprendí se asentó más y más. Ni siquiera recuerdo las lecciones como tales: se han transformado en parte de mí. Yo *soy* ese adiestramiento, Andria.

Ella se tomó un momento para meditar sus palabras. —¿Y yo…?

—Tú aún no has concluido tu aprendizaje formal. Todavía hablas de lecciones, algo separado de ti. No las has aceptado como tu forma de vida. —Andria abrió la boca y Vega se le anticipó—. No malinterpretes lo que he dicho. Se trata de una decisión que cada adepto toma por sí mismo. Llegará el día en que tendrás que elegir entre una forma de vida o la otra.

—¿Elegir? ¿A qué te refieres?

—Tomar esas “lecciones” como forma de vida o mantener cierta clase de dualidad. Apelar a ellas sólo cuando lo consideres necesario y comportarte en líneas generales como una persona corriente.

Los ojos de Andria se entornaron. Nunca había considerado que existiera esa alternativa. Y descubrió sorprendida que era incapaz de decidirse honestamente. *Comportarme como una persona corriente…*

—No te apresures —dijo Vega—. Ya llegará el momento. Además, no suele darse como un proceso consciente. Uno sólo es lo que es, y no hay poder capaz de cambiar eso. Tal vez un día te detengas a analizar tu conducta y descubras que ya tomaste tu decisión, sin siquiera advertirlo.

Andria asintió con lentitud. Vega se incorporó y fue a sentarse sobre su saco de dormir, tras ella. El refugio estaba caldeado para dormir vestidos, y comenzó a desprenderse la casaca para acostarse.

—Eso no es todo.

Vega giró hacia el hogar y alzó las cejas.

Andria alzó la vista hacia él muy seria, sin prestar atención a su casaca abierta. —Cuanto dijiste es cierto. Pero tiene que haber *algo más*, otro motivo por el que tú eres capaz de ver en mí como si fuera agua, en tanto yo me estrello contra una roca cada vez que intento descubrir cualquier indicio en ti.

Vega rió suavemente y se acuclilló ante ella.

—Me alegra que insistas. Significa que este año no ha sido en vano.

—Gracias por el cumplido, Maestro. Pero no me has contestado.

Él volvió a reír, meneando la cabeza. —¡Vaya forma de dirigirte a tu Maestro!

—¿Entonces…?

—Entonces… —Vega suspiró, sentándose sobre su saco de dormir—. Mi función principal es empujarte a que te sumerjas más y más en ti misma. Eso hace que tu atención esté siempre demasiado concentrada en lo que ocurre en tu interior, y tiene dos consecuencias directas. Como aún no has incorporado a tu vida cuanto aprendiste, estar expuesta a constantes situaciones críticas te hace bajar la guardia, volviéndote transparente a un ojo entrenado. Y estar tan volcada hacia adentro hace que te pasen inadvertidos muchos detalles de lo que te rodea. De no ser así, a mí me resultaría imposible continuar siendo tu Maestro, ya que anticiparías mis actos, intenciones y reacciones.

Andria giró hacia el fuego nuevamente y permaneció en silencio. Detrás de ella, Vega terminó de acostarse y desvestirse sin agregar más. Intenciones y reacciones, había dicho. *¿Reacciones?*, repitió intrigada.

—Maestro…

—Sí, Andria —respondió Vega, cubriendo sus ojos con un brazo.

—¿Para qué necesitas empujarme hacia adentro? —Andria habló en voz baja, concentrada. Sin detenerse a pensarlo, comenzó a desvestirse.

—Discípula, es una explicación larga y es cerca de medianoche.

Sólo al escuchar su voz, Andria se dio cuenta de que ya estaba descalza y con la casaca a medio abrir.

—Gracias por no terminar de desvestirte delante de mí.

Andria se envaró al escucharlo, avergonzada. Pero se distendió enseguida y hasta soltó una risita. —No resulta educado de tu parte espiarme, Maestro.

Vega percibió la intención maliciosa en su acento, algo que Andria jamás había esgrimido en su presencia. *Significa que es tiempo de seguir adelante.*

—Mis oídos bastan para saber lo que haces —respondió con acento fatigado.

Andria apagó los candiles y se deslizó dentro de su saco de dormir para terminar de desvestirse.

—Aún no me has respondido, Maestro —dijo.

—Tal vez porque tú eres capaz de deducirlo por ti misma.

—¿Me permites ser impertinente en voz alta por una vez?

—¡En voz alta! Al menos eres sincera. Adelante.

—La verdad es que detesto esa muletilla tuya. Gracias, Maestro.

—Para servirte, Discípula.

- 2 -

Andria Dirmale — invierno 3358

Cruzamos el pórtico del Edificio Principal y nos dirigimos a la casa cruzando el Patio, oscuro y cubierto de nieve. Atrás quedaba la breve ceremonia presidida por Iara y una Alta Sacerdotisa pelirroja con rostro de águila. Y atrás quedaba también la Primera Etapa del Camino. *Cuesta creerlo,* pensé, mirando mi túnica gris bajo el manto. Una a una nos habíamos arrodillado ante Iara, nos habíamos quitado las túnicas negras de Pupilas que vistiéramos durante tres largos años, y a cambio nos entregaron túnicas grises y el título de Aprendices. Todavía costaba creer que al fin hubiera ocurrido.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Loha.

—A la casa —respondió Lena sin mirarla.

—¿Y mañana? ¿Qué ocurrirá mañana, Tutora?

Loha quiso ponerse a la par de Lena y tropezó. Elde la sostuvo, evitando que cayera.

—Preocúpate por llegar a la casa —dijo Lena.

Las demás reímos por lo bajo, pero Loha no se dio por vencida.

—¿Seguiremos viviendo aquí?

—Ésta es su última noche en el Sector Occidental. Mañana se trasladarán al Sector Oriental, donde vivirán durante los próximos tres años de la Segunda Etapa.

Lena se detuvo junto a la fuente y la imitamos.

—Vendré por ustedes tras la primera plegaria. Tengan todo listo para partir.

La enfrentamos desconcertadas. ¿No nos escoltaría hasta la casa? Lena nos miró impasible, quieta bajo la fina nevada. La primera en reaccionar fue Munda. Tironeó de mí y de Narha, se despidió de Lena con un murmullo y volvió a andar. La seguimos experimentando una rara resistencia a separarnos de Lena.

—¿Por qué no nos acompaña? —preguntó Loha en voz baja.

—Ya no somos Pupilas —respondí—. Su relación con nosotras ha terminado.

—La echaremos de menos —suspiró Elde.

—Ya lo que creo que sí —murmuró Lune.

Cuando entramos a la casa, Loha quiso mirar hacia atrás. Xien, que la seguía, le impidió detenerse y cerró la puerta.

—No precisas comprobar que seguía allí —dijo.

—¿Qué había de malo en hacerlo?

—Lena también es humana —terció Zamir.

Las demás la enfrentaron un poco sorprendidas. De nuevo, fue Munda la primera en reaccionar.

—¿Quién quiere té? —inquirió, quitándose el manto.

—Yo, por favor —respondí.

Loha y las demás se distrajeron, olvidando lo que dijera Zamir, y a nadie se le ocurrió espiar por la ventana.

El amanecer nos halló sentadas a la mesa, terminando el desayuno. Llevadas por la costumbre, todas nos habíamos despertado una hora antes de la salida del sol. Y aunque no hubo comentarios al respecto, las miradas fugaces a los tres lugares vacíos en la mesa delataban lo que sentíamos: no sólo estábamos preocupadas por Tirra e Ilón, también echábamos en falta a la Tutora.

La casa ya estaba limpia y ordenada cuando Lena vino a buscarnos.

—¿Han preparado provisiones para dos días? —nos preguntó.

—Sí, Tutora —respondió Narha—. Y decidimos dejar nuestros enseres para las nuevas Pupilas.

Lena frunció el ceño, interrogante.

—Confiamos en que nuestras hermanas harán lo mismo en el Sector Oriental— explicó Zamir—. Deseamos que quienes ocupen esta casa la encuentren equipada, tal como la hallamos nosotras, hasta que puedan reemplazar nuestros enseres con los suyos.

Lena hizo un breve gesto afirmativo y señaló la puerta. —En marcha, entonces. —Al encaminarse hacia afuera, se detuvo para hablarnos a Elde y a mí en voz baja—. Sus hermanas han despertado y están bien. Se espera que estén repuestas en una semana.

Salió sin esperar respuesta y la seguimos formadas en una fila doble. Caminamos en silencio hasta adentrarnos en el bosque, y el alivio que nos producía dejar el Sector Occidental se reflejaba en nuestras caras. En ese momento, simbolizaba los peores momentos de nuestras vidas. Nos llevaría años empezar a comprender el significado de cuanto habíamos vivido allí.

Hablábamos en susurros, aunque conforme nos alejábamos del Sector, nuestras voces tendían a subir. Nuestra conversación giraba en torno a lo que encontraríamos al final de aquella caminata por el bosque. Seguramente Lena escuchó la pregunta de Loha, porque le respondió sin volverse ni aminorar el paso.

—No, la Asistente del Sector Oriental no es la hermana Iara.

Un suspiro de alivio generalizado corrió entre nosotras. Era una excelente noticia. Rompimos la formación para acercarnos a Lena sin que nos reprendiera. Como siempre que se disponía a acosarla con sus preguntas, Loha se le puso a la par.

—¿Y quién será nuestra Tutora allí?

—En el Sector Oriental no hay Tutoras, sino Consejeras.

Intercambiamos miradas de sorpresa.

—Nosotras seguiremos juntas, ¿verdad? —La voz de Elde reflejaba la ansiedad de todas—. No nos separarán…

—Los grupos de Aprendices son de cinco por casa —respondió Lena con su acostumbrado tono impersonal—. Las Elegidas que traspusieron el Primer Umbral serán organizadas en seis grupos bajo la supervisión de tres Consejeras. Ellas serán responsables por ustedes ante la Asistente, como las Tutoras durante la Primera Etapa.

Aprovechando su inusitada locuacidad, las demás formularon más preguntas sobre las diferencias entre ambas Etapas. Nos sorprendió y nos alivió un poco enterarnos que durante los siguientes tres años, nuestro aprendizaje se concentraría en la instrucción intelectual, no física. Y era evidente que la organización de ambos Sectores era muy distinta, casi opuesta. Todo lo que Lena decía sugería una ausencia total del riguroso control al que fuéramos sometidas hasta entonces.

—¿A qué se debe tanta libertad, Tutora? —pregunté.

Las demás me miraron desconcertadas. Al parecer, todas daban por descontado que la ausencia de vigilancia era natural para quienes llegaban a Aprendices. Una libertad merecida tras tres años de vivir bajo el acecho constante de las espías de Iara.

—Durante estos años no sólo se las ha controlado estrechamente —respondió Lena—. También se les ha dicho qué hacer y cómo a cada paso. La “libertad” de la que gozarán significa que deberán asumir más responsabilidades. Se supone que las Aprendices ya saben qué debe hacer y qué no, y por eso no es preciso vigilarlas a toda hora. Sin embargo, las reglas no varían de un Sector a otro, y acceder a la Segunda Etapa no las acerca al Portal más que la Primera. El Camino a recorrer es aún mucho más largo que el recorrido, *y cada vez más estrecho.* Cada concesión conlleva una prueba implícita: que demuestren ser dignas de ella. Y a mayores concesiones, mayor exigencia, por supuesto. Ser Elegidas no es lo mismo que ser Hijas de Syndrah. Ustedes han recibido la gracia de tener la posibilidad de iniciarse en el Camino

reservado únicamente a las más grandes de nuestra Orden. Semejante privilegio no se otorga a cambio de nada.

Un largo silencio siguió a su respuesta. Lena aceleró el paso hacia el Río, por el sendero que rodeaba las estribaciones meridionales de la Colina. Poco antes del mediodía llegamos a la ribera occidental del Río, cuyo rumor nos había acompañado durante la última hora de marcha. Lo vimos por primera vez al detenernos al linde del bosque. De cincuenta metros de ancho y al menos diez de profundidad, el agua corría tan rápida que formaba torbellinos espumeantes en torno a las rocas que asomaban, lisas y brillantes. Su sonido ahogaba el canto de los pájaros y el del viento entre las ramas. Frente a nosotras se alzaba un puente de piedra, más antiguo que el del Cauce Viejo, en cuyas arcadas se veían unos símbolos desconocíamos. Luego aprenderíamos que era un saludo al Río escrito en antiguos caracteres aramitas.

—El Puente del Primer Umbral —dijo Lena con acento solemne.

Logré apartar la vista del agua y prestarle atención a ella.

—Éste es el Río Sagrado —añadió Lena tras una pausa—. El que la Estrella creó para que su Aliento de Vida alcanzara a toda la obra del Hacedor, de acuerdo al Plan de Dios.

Sólo pudimos asentir, cautivadas por el hechizo místico del Río, que fluía con su cantar eterno desde un manantial en lo alto de La Escala. Algo se movió al otro lado del Río y una figura envuelta en un manto gris con ruedos rojos salió de la sombra del bosque.

—Es el momento de cruzar el Primer Umbral —dijo Lena, su voz fundida con la del Río—. Limpien sus mentes y sus almas, Elegidas, y den el primer paso en esta nueva Etapa del Camino.

Ninguna de nosotras pensó siquiera en despedirse de ella. Avanzamos hacia el puente como atraídas por un imán y lo cruzamos con paso cada vez más seguro. Y mientras nos alejábamos de la orilla occidental sentí que el rumor de las aguas nos envolvía, ahogando cualquier otro ruido, sumergiéndonos en una música pura y renovada, inagotable. En ese momento sólo existía el puente sobre el Río, que se alzaba hasta las antiquísimas arcadas de piedra para salpicarnos. Y esas gotas centelleantes parecían lavarnos de temores y vacilaciones, de malos sueños, de momentos amargos.

Cuando quisimos percatarnos nos hallábamos en la orilla oriental, y la desconocida se acercaba a nosotras a paso rápido. Nos detuvimos confundidas y miramos hacia donde Lena aún nos

contemplaba, sola en el linde del bosque occidental, una mancha parda a la sombra del bosque. Alzó una mano en un breve gesto de despedida.

—Ni siquiera le hemos dicho adiós —murmuró Elde.

—Ni siquiera le hemos dicho gracias —terció Xien.

—No nos lo hubiera permitido —dijo Lune.

La mujer de manto gris llegó junto a nosotras. Respondió al gesto de Lena y nos enfrentó. No dijo una palabra. Nos hizo una seña para que la siguiéramos y echó a andar de regreso hacia el bosque sin esperarnos. Miramos indecisas a Lena, resistiéndonos a alejarnos definitivamente de ella, hasta que Narha advirtió que casi habíamos perdido de vista a la auxiliar. Entonces tuvimos que darle la espalda a Lena y alejarnos tras nuestra guía.

El fresco sonido de la cascada guió a Andria adonde Vega la aguardaba. Se había formado un amplio estanque al pie de las rocas, desde donde el agua se apresuraba ladera abajo. El Maestro estaba sobre una piedra alta y aplanada, el rostro alzado hacia el sol del mediodía y los ojos cerrados. Ella se acomodó a su lado en silencio y admiró la singular belleza del lugar.

—¿Por qué estás triste?

Andria sonrió de costado al escuchar su pregunta.

—Hoy se cumplen tres años de la muerte de Zamir —respondió—. Es una fecha triste para nosotras. Y es la primera vez que estoy separada de todas mis hermanas en esta fecha.

Vega bajó la cabeza y tornó a mirarla. Andria contemplaba la cascada. Su acento había sido melancólico, pero su expresión no lo reflejaba.

—Las echas de menos.

Andria volvió a sonreír, meneando la cabeza. —Somos hermanas: ellas están aquí. —Se tocó el pecho—. Sólo estoy aprendiendo como será este día de ahora en adelante, ya que lo más probable es que nunca volvamos a pasarlo juntas. Es una sensación extraña, como una ausencia de tiempo y espacio. Como si en algún lugar en nuestro interior, siempre fuéramos al Templo a encender juntas un cirio en memoria de Zamir, sin importar cuántos años hayan pasado desde que nos separamos.

Vega asintió y permanecieron largo rato en silencio.

—¿Cómo fue el principio de la Segunda Etapa?

Andria alzó apenas los hombros. —Un poco triste. Nos alegraba dejar atrás el Sector Occidental. En ese momento, esos tres años sólo significaban una pesadilla larga e incomprensible. Ignorábamos que hubiéramos aprendido algo útil. Pero dos de nosotras permanecían graves en la enfermería, y a las restantes nos separaron.

—Siempre hablas en plural. ¿Cómo te sentías *tú?*

Andria bajó la vista y tardó en responder.

—Angustiada… Me sentía responsable por lo ocurrido a Tirra, y hasta que volví a verla, me resultó imposible prestar atención a nada. Si no tuve problemas a causa de mis distracciones, fue gracias a mis hermanas. Aunque no advertí cuánto me habían ayudado hasta que todo terminó.

Ese núcleo de lealtad. Vega lo hallaba a cada paso. Le tendió

una mano, la palma vuelta hacia arriba.

—Muéstrame cómo te diste cuenta de que te habían ayudado.

Andria puso su mano en la de él y cerró los ojos respirando hondo. Ya no precisaba una meditación preliminar para comunicarse con él de esa forma, y los recuerdos brotaron y fluyeron de ella sin esfuerzo.

La única luz visible en el Sector Oriental era el candil que ardía a toda hora sobre la entrada del Templo. Presa del insomnio, Andria se sentó en su camastro bajo la ventana. Oyó dos golpes discretos y la puerta trampa en el piso se alzó. Xien asomó la cabeza.

—¿Aún despierta? —susurró.

Andria le hizo señas para que terminara de subir la escalera de mano que llevaba a su habitación y fuera a sentarse con ella. Xien se le unió con cuidado de no golpearse con el techo a dos aguas. Miraron juntas hacia afuera y Xien señaló las estrellas que brillaban sobre la Colina. Dos de ellas eran Atribis y Mira Prime, sus mundos natales. Andria sólo asintió.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Xien.

—¿A qué te refieres?

— Cómo te sientes ahora que has visto que Tirra está bien. Estuviste con ella hoy en el Taller, ¿no?

Andria la enfrentó sorprendida. Xien aún miraba hacia afuera y no demostró haber notado su expresión.

—Recuerdo algo que me dijiste hace cosa de año y medio, sobre nuestras distintas maneras de exteriorizar lo que sentimos —agregó en tono casual—. Y te he estado observando, ¿sabes? Me preguntaba cómo expresas tus miedos o dudas, tú que eres siempre tan decidida y racional. —La miró de lleno a los ojos con una sonrisa vaga—. ¿Puedes decírmelo tú?

Andria frunció el ceño.

—No te enfades, sólo eres transparente en la medida que cualquier ser vivo puede serlo, pájaro o árbol. Como cualquier ser humano. Todos tenemos nuestros códigos individuales. Si aprendes los de alguien, aprendes a compréndelo.

—Suenas a lección de aramita arcaico —gruñó Andria.

—¡Sueno a mi abuela enseñándome a plantar zanahorias! —rió Xien—. Tu defensa es aislarte, mostrarte indiferente o irónica. En

cierto sentido, tu defensa es la soledad.

Andria desvió la vista con la excusa de volver a mirar por la ventana. Xien había hablado sin pretensiones ni rodeos, y sentía que sus palabras eran consejo y advertencia al mismo tiempo. *¿Insinúa que encerrarme en mí misma no me pone a salvo de nada? ¿O se referirá a otra cosa?*

—Escuché un rumor interesante en el molino esta tarde —dijo Xien tras una larga pausa.

Andria volvió a enfrentarla, intrigada por el cambio de tema.

Xien sonrió de costado. —Las auxiliares cuchicheaba sobre Pollux. Algo como "junta disciplinaria".

—¿Tú crees…?

—¿Quién sabe?

Permanecieron en silencio, mirando hacia afuera, hasta que Xien suspiró y se incorporó.

—Es una hermosa noche y tienes una vista magnífica —dijo—. Vale la pena la amenaza de darte la cabeza contra las vigas a cada paso. ¿Cómo haces para pararte siquiera, tú que eres tan alta?

Xien no esperaba ninguna respuesta. Abrió la puerta trampa, se sentó en el suelo de madera para pasar sus piernas por el hueco y hacer pie en la escalera de mano, y desapareció, cerrando la puerta sobre su cabeza. De nuevo sola, Andria se volvió una vez más hacia la ventana y abrazó sus rodillas, pensativa, los ojos fijos en un farallón de La Escala que parecía de plata en la luz de las estrellas. Sí, ver a Tirra le había quitado un gran peso de encima. *Xien tiene el don de la discreción,* pensó. *Vaya diplomacia para decirme que soy una imbécil.*

Vega sintió que el flujo de recuerdos menguaba y volvía a crecer: la muchacha tenía algo más para mostrarle. *Se está abriendo a mí por propia voluntad*, pensó, sorprendido. Andria siempre se había mostrado celosa de su relación con las otras Elegidas de su promoción, protegiendo esa parte de su intimidad como si creyera que alguien podía dañarla o alterarla. Y "alguien" había significado Maestras primero, luego él mismo. *La separación entre ambos bandos comienza a vacilar.* Andria tendía poco a poco a pensar en todos los que la rodeaban como en iguales. *Pares. Hermanos, al fin. Y eso me incluye.* Volvió a cerrar los ojos para atender a lo que Andria le transmitía.

La Escala y las montañas vecinas se recortaban contra el cielo estrellado, pintadas de estrías de plata por la escarcha que también cubría los edificios del Sector Oriental, al que había arribado hacía pocas horas. Incapaz de conciliar el sueño, Andria se deslizó sin ruido por la escalera de mano hasta la planta alta de la casa que les habían asignado y se dirigió en puntas de pie a la escalera para bajar a la cocina. Tal vez un té de hierbas la ayudara a descansar.

No lograba apartar de su mente lo que había sucedido durante las Pruebas en los últimos dos días. Veía todo el tiempo a Tirra caída a los pies de Pollux, y la promesa de muerte de la Maestra. Se sentía fuera de su alcance, pero lo costaba creer que no volvería a enfrentarse a ella.

Un rumor ahogado le llamó la atención cuando bajaba los últimos escalones, y encontró a Elde envuelta en una manta, sentada en el suelo frente las últimas llamas del hogar. Se acercó intrigada. Elde lloraba. Se agachó junto a ella y apoyó una mano en su hombro.

—Hermanita —susurró.

La muchacha se estremeció, volviendo hacia ella la cara bañada en llanto. Una sola palabra brotó de sus labios en un sollozo: —¡Ilón!

Andria se sentó a su lado y la abrazó. —Ilón está bien. Estará aquí en pocos días —le dijo al oído.

Las lágrimas de Elde le mojaban el cuello, y le acarició la cabeza apretando los dientes.

—¡Yo le había prometido que nunca la dejaría sola! ¡Y la abandoné! —gimió Elde.

—¡Por Syndrah, hermanita! ¡No lo hiciste!

Andria sintió la garra de su propio remordimiento mientras hablaba. Elde hizo un esfuerzo por calmarse.

—Ni siquiera la vi antes de dejar el Sector… —musitó.

—Lena te habría hecho saber si existía la posibilidad de verla.

—Pero… pero… —Elde ocultó el rostro entre sus manos, apartándose de Andria—. Siento que no tengo derecho a estar aquí mientras Ilón quizás agoniza. ¡Prometimos estar siempre juntas!

Andria se pasó una mano por los ojos, hallándolos húmedos. —¡Gran Madre, Elde! ¿Crees que me agrada estar aquí? ¿Haber cruzado el Umbral dejando a Tirra atrás?

Elde observó sorprendida a Andria en el resplandor menguante de las llamas, descubriendo sus facciones contraídas en una mueca de dolor e impotencia.

—¡Dirmale! ¿Qué dices?

Ella ladeó la cabeza, ocultando el rostro en la sombra.

—Yo fui quien propuso engañar a Pollux.

—¿Y qué más hubieras podido hacer? ¡Era la única manera para evitar que Tirra saliera herida!

¡No entiendes nada! Andria no podía explicarle la inmensa ventaja que tenía sobre Tirra. ¿Cómo decirle que había llegado a la Segunda Prueba comida y descansada?

Elde estrechó sus manos, instándola a enfrentarla. —Era una buena idea —dijo con suavidad—. Y todas estuvimos de acuerdo. ¿Cómo íbamos a saber que Pollux se daría cuenta?

Pero lo hizo. ¡Y es Tirra quien lo está pagando! Meneó la cabeza con un suspiro agitado. No tenía sentido seguir hablando. Sólo ella conocía la verdad, y debería cargar sola con la culpa. Elde le acarició la mejilla, causándole un escalofrío.

—Escúchame, hermanita. Desde que llegamos a la Escuela, tú y Munda se han dedicado a proteger a Tirra. ¡Hasta fuiste a dar a una celda de castigo por hacerlo! No puedes culparte por haber cometido un error. ¡Eres humana, Dirmale! ¿Acaso esperabas poder enfrentarte sola a esas dos arpías?

Las palabras de Lena resonaron en sus oídos junto a las de Elde: *"No pretendas ser más que la Madre cuando ni siquiera eres Su Hija."* Volvió a suspirar y se secó los ojos. Deseaba de corazón permitirse algún consuelo, pero su consciencia no se lo permitía, recordándole constantemente su ventaja secreta sobre las demás durante esa Prueba. Pensó en Vega con furia. *¿Por qué insistió? ¡Baisha nos condene a ambos! ¿Por qué acepté?* Recordó con nitidez el rostro del hombre, su sonrisa cálida, sus claros ojos grises. *Me dejé llevar por el miedo. ¡Y por la comodidad! La culpa es sólo mía.*

Elde estrechó su mano.

—Tirra regresará con Ilón —dijo—. Tal vez entonces puedas dejar de atormentarte con culpas inexistentes.

Andria se apartó de ella y se incorporó sin responder. Había pretendido consolar a Elde y ahora comprendía que era ella quien más consuelo precisaba. *¡Vaya engreída!*, pensó, enojada consigo misma. *¡Siempre creyéndome más fuerte que los demás!* Aquella muestra de su propia vulnerabilidad la asustó. Elde le habló, mas se negó a enfrentarla.

—Tú compusiste nuestra plegaria con Zamir, hermanita, no la olvides ahora —susurró la muchacha con dulzura—. Somos una. Ésa es nuestra fuerza. No te prives de ella. Estamos juntas para ayudarnos porque hemos comprendido que no podíamos recorrer este Camino solas.

Andria sacudió la cabeza sin responder. Elde tenía razón, por supuesto. Demasiada para ese momento.

XIV – Hacia Atrás: La Segunda Prueba

Vega estudió a Andria cuando regresaron al Rilsa. Su expresión era una máscara neutra que no dejaba traslucir nada de lo que estuviera ocurriendo en su interior. Sólo sus vivaces ojos violáceos daban algún indicio de sus sentimientos. Cenaron sin pronunciar palabra. Andria parecía perdida en sus pensamientos, y Vega repasaba lo que había sabido esa tarde. Creía comprender por qué había compartido esos momentos con él, si buen no lograba captar todo su significado porque no conocía en detalle lo que había ocurrido durante la Segunda Prueba de Andria, eso que la había atormentado tanto que sólo recordarlo la turbaba.

Cuando la muchacha se levantó para recoger sus platos, Vega la detuvo con un gesto. Ella asintió y permaneció callada, de pie ante él, con la vista baja, aguardando instrucciones. Vega apretó los dientes. La tristeza de su Discípula, como tantas de sus emociones, lo alcanzaba con claridad. Una conexión tan profunda resultaba inquietante.

—Esta noche hay algo más importante que lavar los platos.

—Sí, Maestro.

Vega puso una de las colchonetas sobre el suelo frente al fuego y se sentaron lado a lado, de cara al hogar. Él extendió su mano.

—Revisemos esa Segunda Prueba —dijo—. Tal vez ahora puedas descubrir cosas que en ese momento te pasaron desapercibidas.

Andria apoyó su mano en la de él con una honda inspiración. Inclinó la cabeza al cerrar los ojos y procuró relajarse mientras su mente retrocedía a aquella mañana gélida en el Campo de Deportes del Sector Occidental, seis años atrás.

Un cuadrado de cinco metros de lado había sido limpiado en el estadio al aire libre, cubierto por la copiosa nevada que cayera en la víspera. Iara ocupaba el palco, envuelta en su grueso manto de pieles, flanqueada por sus dos secretarias. Inmediatamente tras ella se había ubicado Pollux con media docena de auxiliares de Seguridad. Una fila más arriba se encontraban las cuatro Maestras restantes con sus ayudantes y las Tutoras, y el resto del personal auxiliar se había repartido a ambos costados.

Al otro lado del estadio, las Pupilas permanecían separadas en grupos con una ayudante de Pollux junto a cada uno. Todas

presenciaban en completo silencio el desarrollo de la lucha entre dos muchachas en el cuadrilátero. Aquel torneo no resultaba novedad para ellas. Pollux organizaba uno cada verano, según decía, para evaluar comparativamente el progreso de los grupos. Sin embargo, nunca habían tenido que combatir tras un Ayuno de tres días, y menos aún con el debilitamiento que había implicado la Primera Prueba.

El combate acabó con la victoria de una muchacha muy rubia y pálida, de contextura delgada, dotada de una gran agilidad. Andria y sus hermanas sabían que su nombre era Vania, y la conocían porque el verano anterior había llegado a poner en aprietos a la mismísima Lune, ganadora invicta de todas las competencias de lucha.

Cuando la Pupila derrotada dejó el cuadrilátero, la ayudante de Pollux señaló a Lune. Las demás le dirigieron sonrisas alentadoras, aunque daban por descontado que vencería. Desde su lugar, Andria vio que Pollux se inclinaba hacia adelante para susurrar algo al oído de Iara. Ya en el cuadrilátero, un movimiento de Lune atrajo la atención de Andria: Lune había desatado el lazo negro de su cintura y lo enrollaba en torno a su brazo izquierdo. *Señal de luto por Ilón,* comprendió. La ayudante en el cuadrilátero alzó la vista hacia el palco en busca de instrucciones, y un gesto de Iara le indicó que no interviniera. Se trataba de la favorita de Pollux, bien podía perdonársele esa pequeña rebeldía.

La oponente de Lune escogió el bastón por arma, una gruesa vara de dos metros de largo. Ella prefirió luchar con las manos desnudas, para confirmar que era la mejor. La otra Pupila optó por una guardia defensiva, consciente de que su arma y ser más alta que Lune no significaba ninguna ventaja. El combate duró unos minutos. Lune recogió su manto, dirigió una orgullosa inclinación de cabeza a la Asistente y se retiró con paso firme, dejando que la otra volviera a su lugar en las gradas como pudiera.

Tras Lune fueron llamadas las demás muchachas del grupo. Todas repitieron su señal de luto por Ilón, que seguía inconsciente y en estado crítico en la enfermería del Edificio Principal. Y todas vencieron a sus rivales. Excepto Loha, que obligó a Pollux a declarar disgustada el único empate de la jornada. Sólo Andria y Tirra aguardaban su turno.

Pronto no restaban más que ellas y dos Pupilas de diferentes grupos. Las muchachas se acercaron a Andria y Tirra, estudiando a las otras dos con mirada crítica. Entonces Pollux designo a las otras dos para el siguiente combate. Entre las exclamaciones de

sus hermanas, Andria se paró de un salto y se acercó a la ayudante.

—Tiene que haber un error. No pueden enfrentarnos.

La mujer la enfrentó con una mueca burlona. —Tú no dictas las reglas, Pupila. Cállate y siéntate.

—¡Pero…!

—¡Silencio!

Munda le tomó un brazo, haciéndola retroceder. Andria se desplomó en su asiento con los ojos desorbitados fijos en Tirra. ¿Cómo iba a luchar contra ella? Su mirada buscó a Pollux tras el palco y se estremeció de furia al descubrir su sonrisa. *¡Baisha la condene! ¡Enviarme a una celda de castigo no fue suficiente para ella! ¡Aún desea vengarse porque defendí a Tirra de sus abusos!* Hacía ya dos años de aquello, pero al parecer la Maestra todavía quería cobrarse esa afrenta. Fue a sentarse junto a Tirra y las demás las rodearon. Andria intentó calmarse para enfrentarla.

—Es lo mejor —dijo Tirra con su dulzura habitual—. Confío en que me derrotarás sin lastimarme.

—Pollux no dará por finalizado el combate hasta que una de nosotras no pueda levantarse —gruñó Andria.

—¿Quieres decir…? —murmuró Elde sobrecogida.

Lune y Narha asintieron con muecas de pesar. Un ademán de Munda les impuso silencio.

Andria miró de reojo a la ayudante, a sólo dos pasos de ellas, y se inclinó hacia Tirra para hablar cerca de su oído.

—Esto es lo que haremos —dijo, y bajó la voz para evitar que la mujer la escuchara.

Tirra se echó hacia atrás, atemorizada. —Yo… No, ¡no podría!

—Lo harás —replicó Andria bruscamente.

Las demás muchachas habían escuchado el plan de Andria, e intentaron tranquilizar a Tirra.

—Dirmale tiene razón —terció Elde—. Confía en ella. Es la única alternativa.

Pocos minutos después, ambas muchachas ocupaban el centro del cuadrilátero. Sus hermanas rezaban en silencio desde las gradas, mientras Pollux se inclinaba hacia adelante con su sonrisa lobuna. Andria dirigió una dura mirada a Tirra, que bajó la vista y pidió un bastón. Ella rechazó el que le tendían. *Lune lo hizo. No sospecharán.* Adoptó una guardia defensiva.

Obedeciendo las señas imperceptibles de Andria, Tirra adoptó una parada ofensiva y comenzaron a girar como si estuvieran

midiéndose. Andria saltó de improviso. Siempre atenta a sus ojos, Tirra la atacó. Andria eludió el golpe y lanzó una patada con la velocidad justa para que Tirra la detuviera. Volvieron a girar. Ahora fue Tirra quien tomó la iniciativa. Andria fingió resbalar en el piso húmedo y el bastón la alcanzó en la espalda. Ignoró el dolor, encajando la mandíbula al ver las lágrimas en los ojos de Tirra. *¡No llores, por Syndrah!* Sabía a Pollux pendiente de cada uno de sus movimientos. Tentó un puñetazo, esquivó el lance de Tirra, se mantuvo a la defensiva. Tirra la volvió a atacar, buscando sus piernas. Otro resbalón fingido y Andria dobló las rodillas, fulminando a Tirra con la mirada. Se echó de bruces siguiendo el impulso del bastón que apenas la tocó. Tirra saltó sobre ella. La eludió rodando por el piso y erró otra patada desde el suelo. Tirra descargó su bastón sin poder contener más su llanto. *¡Maldita sea! ¡Si Pollux la ve llorando estamos perdidas!*

—¡Basta! —suplicó Tirra en un hilo de voz.

Andria se encogió, como si el golpe la hubiera paralizado, y pretendió que le costaba ponerse de pie. Tirra la derribó sollozando.

—¡Alto!

La voz de Pollux sonó como un trueno en el estado silencioso. Se había incorporado y descendía de la platea. Tirra se inclinó para ayudar a Andria, que todavía fingía que le costaba moverse. La Maestra llegó junto a ella y el fulgor de sus ojos no podía augurar nada bueno.

—¡Malditas farsantes! —masculló, y señaló a Andria—. Tú, retírate.

Andria no se movió hasta que dos ayudantes la obligaron a retroceder. Las demás muchachas bajaron corriendo de las gradas y fueron contenidas por las otras auxiliares de Pollux. La Maestra se quitó el manto con un amplio movimiento.

—¡Bastón! —restalló con acento frío.

Andria luchó por controlarse. Temblaba de pies a cabeza y le costaba respirar. Tirra se puso en guardia intentando sobreponerse a su miedo. Sabía que no tenía esperanzas. Sólo podía rezar para que Pollux no la dejara inválida de por vida.

Pollux saltó sobre ella con la pasmosa agilidad que la caracterizaba. Tirra atinó a esquivar el golpe. Pero la velocidad de esa mujer era apabullante, y al instante siguiente la golpeaba en el pecho. La muchachita retrocedió tambaleante. Pollux volvió a saltar. Un pie buscó el rostro de la Pupila al mismo tiempo que su

bastón barría las piernas de Tirra. La muchachita cayó hacia atrás con un gemido, golpeándose la cabeza contra el piso de piedra. Pollux se irguió, el bastón apuntando el suelo y la otra mano en la cintura, dando el combate por finalizado con una sonrisa cruel de satisfacción.

Andria rechazó a la ayudante que todavía la sujetaba y corrió a arrodillarse junto a Tirra. La muchachita había perdido el sentido. Un hilo de sangre brotaba de su boca, y Andria palpó el líquido viscoso que mojaba su corta cabellera. Alguien se inclinó junto a ella, apartándola. Le llevo todo un segundo reconocer a Lena. La Tutora alzó a Tirra en sus brazos, hizo una seña a las demás muchachas y se alejó con ellas rumbo a la salida. Sólo Lune y Xien permanecieron al borde del cuadrilátero.

Andria apretó los dientes y se irguió. La sonrisa de Pollux vaciló al enfrentarla, pero no varió de actitud. Andria recogió el bastón que soltara Tirra y la señaló.

—Ahora nosotras, *Maestra* —dijo con voz enronquecida.

La atacó sin esperar que se pusiera en guardia, pero su bastón sólo halló vacío. Sentía la sangre bullir en sus venas pero su mente permanecía clara, todos sus centros nerviosos estaban al servicio de ese momento. Giró con rapidez y eludió el doble lance de Pollux. Reconoció una falla en su postura y la memorizo antes de volver a atacarla. Era una lucha tan veloz como reñida, y ninguna de las presentes podía seguir al detalle los movimientos de ambas rivales. La Maestra conocía la agilidad de la Pupila, pero al parecer ignoraba que existiera semejante fiereza oculta en ella. Y esa ignorancia resultaba decisiva. Andria la acosaba sin tregua y la eludía con una rapidez sorprendente. De pronto sus bastones se trabaron, cruzados, los rostros de las dos a escasos centímetros. Se miraron con ojos centelleantes.

—Te mataré —gruñó Pollux.

En vez de responder, Andria alzó una pierna. Liberó su bastón, inclinándose hacia atrás al mismo tiempo que su pie alcanzaba el mentón de la Maestra. Antes de que cayera, la muchacha barrió sus piernas como ella acababa de hacer con Tirra. Pollux habría caído de espalda si una ayudante no la hubiera sostenido. La rechazó con el rostro descompuesto de ira. Andria, de nuevo en guardia, torció la boca en una mueca burlona.

—¡Suficiente!

Pollux se detuvo con el bastón en alto y giró furiosa hacia el palco, donde Iara se había incorporado para detener el combate. Xien y Lune se apresuraron al encuentro de Andria y la obligaron a

dejar el cuadrilátero.

Un sonido apagado despertó a Vega esa madrugada. Se irguió a medias en su saco de dormir y vio a Andria sentada junto al fuego, hecha un ovillo bajo su manto. Tenía el rostro hundido entre los brazos y sus hombros se agitaban apenas. Se apresuró a ir junto a ella, el sueño barrido por la sorpresa de su llanto.

—¡Andria! ¿Qué sucede?

—Por favor, Maestro. Necesito estar sola —dijo ella sin alzar la cabeza.

Vega adivinó que lo que en verdad precisaba era consuelo, alguien en quien confiaba para permitirse un desahogo que se había prohibido durante años. Se acuclilló ante ella y apoyó ambas manos en sus brazos, ejerciendo una breve presión.

—Confía en mí —dijo, cuidando el énfasis que daba a sus palabras.

A Andria no le importó que usara su voz para superar sus defensas. Se cubrió el rostro con las manos dejando oír un suave gemido.

—¡Oh, Maestro, por qué…! —sollozó.

Vega se sentó a su lado y le rodeó los hombros con un brazo, instándola a apoyarse contra su costado. Andria lo hizo, tratando en vano de contener las lágrimas. El calor del Maestro la envolvió, protector y afectuoso. En tanto, Vega sentía con claridad la confusión de emociones encontradas que se agitaban dentro de ella. Gratitud por que intentaba consolarla, incomprensión y rabia por lo que habían vivido en vísperas de la Segunda Prueba.

—No calles más tus reproches, Andria —susurró.

—Aquella noche, Maestro. La Primera Prueba —murmuró Andria con voz entrecortada—. ¿Por qué lo hiciste? Mi culpa es haberte obedecido, no oponerme, pero tú… ¡Por qué!

Vega deslizó sus dedos entre los espesos rizos violáceos, acariciándole la cabeza en silencio. Su gesto la hizo volver a sollozar.

—Me diste una ventaja sobre mis hermanas. ¡Y era injusto! ¡Aún lo es! ¡Oh, Madre! ¿Por qué te lo permití? ¡Se suponía que éramos todas iguales! ¡Que no habría privilegios para ninguna de nosotras!

—¿En verdad crees que te di ventaja sobre ellas? ¿Que un plato de comida y unas horas de sueño tranquilo fueron un *privilegio?* —Andria se apretó contra él temblando, incapaz de articular palabra

—. ¿Todavía lo crees, Andria?

Vega cerró los ojos y deglutió al sentir el gesto afirmativo de Andria contra su pecho, y no pudo evitar estrecharla cuando se estremeció, ahogando un sollozo. Los recuerdos de esa noche lo asaltaron. Se obligó a hacerlos a un lado. Por primera vez veía un camino claro y directo uniendo ambas noches, pero en ese momento debía atender al presente, no al pasado.

—En realidad lo que hice fue debilitarte. Te dejé en inferioridad de condiciones —dijo, suavizando su acento para atenuar la crudeza de sus palabras.

—¿Inferioridad? —musitó Andria.

—Sí, inferioridad. Y no sólo para enfrentar la siguiente Prueba, sino por el resto de tu Camino. Esta reacción tuya, la culpa que aún te atormenta tantos años después, es la mejor prueba.

—No comprendo.

—Esa noche no supe prever el verdadero alcance de mi decisión, tampoco sus consecuencias. Y cuando lo comprendí ya era demasiado tarde. A pesar de todo, sospecho que la Regente había previsto mi reacción.

Andria se irguió para enfrentarlo, sorprendida e intrigada. El brazo de Vega resbaló de sus hombros con suavidad, mientras él seguía mirando sin ver las llamas. Ella se dio cuenta de que sus pensamientos estaban muy lejos de El Rilsa y buscó su mano, llamándolo de regreso.

Vega pestañeó al sentir la tibieza de los dedos de Andria cubriendo su mano y ladeó la cara para encontrar sus ojos. La estudió a la luz de sus recuerdos con una vaga sonrisa. Había crecido, había madurado tanto. Sin embargo, en su interior aún se conservaba intacto ese raro núcleo de pureza que él percibiera apenas la viera por primera vez. Pensó en los años de intenso adiestramiento que mediaran entre el primer y el segundo encuentro. Andria se hallaba tan cerca del Portal que habría podido cruzarlo en ese mismo momento. Pero aún les quedaba algo por hacer. Algo tan fácil de obviar que era imprescindible que lo enfrentar. *Y en realidad, es casi la única razón de que esté aquí, con ella.*

—¿Qué es lo que te preocupa, Maestro?

Él meneó la cabeza, aún sonriendo. *Crees que eres incapaz de leer en mí. Y me conoces tan bien sin siquiera imaginarlo.*

—Deberíamos volver a dormir. Es tarde.

Andria frunció el ceño al escucharlo. ¿Por qué le respondía con una evasiva?

—Creo que tomaré un té antes de acostarme —murmuró, desviando la vista hacia el hogar.

Vega asintió, pero ninguno de los dos se movió. Permanecieron largo rato en silencio frente al fuego, sus manos juntas todavía. Con un suspiro, Andria cerró los ojos e inclinó la cabeza para apoyarla en el hombro de él. Por algún motivo se resistía a apartarse de él. Su proximidad seguía transmitiéndole consuelo y comprensión. Después de tantos meses obligada a vivir a la defensiva con él, ¿era un error permitirse un momento para disfrutar que hubieran dejado atrás esos días?

—Te acompañaré con el té.

A pesar de haber hablado en voz baja, el acento de Vega encerraba una orden que Andria reconoció sin dificultad. La mano del Maestro se deslizó hacia atrás entre sus dedos. Andria se incorporó sin prisa y cruzó el refugio hacia la alacena. Vega la observó con una mueca triste. Aquel silencio íntimo era demasiado peligroso para prolongarlo.

Loha Taahni — otoño 3361

—Escuché que en el Sector Septentrional hay hombres.

Tres pares de ojos se volvieron hacia mí con diferentes expresiones.

—¿Y qué hay con eso? —preguntó Xien, bajando la vista hacia su macrodisco, que a juzgar por su lomo era, para variar, un tratado de botánica.

—Fue sólo un comentario —murmuré, volviendo a atender a mi telar.

La reacción de las demás cada vez que mencionaba el tema no dejaba de molestarme, porque lo eludían como si no existiera. En general toleraba sus evasivas y sus respuestas mordaces, pero esa noche no les iba a permitir cambiar de tema. No luego de lo que ocurriera esa tarde.

Luego de reunirnos con Lena fuimos al Taller, y aprovechamos el viaje para correrno hasta el molino en busca de grano para los corrales de ambas casas. Cuando entrábamos al molino vimos tres personas que llegaban por el bosque desde el norte. Y Baisha me condenara si no eran hombres. Enseguida recordé la mañana, dos años atrás, cuando había cruzado el Cauce Viejo. En aquella ocasión también habían sido tres los hombres que viéramos, y la coincidencia de número no dejó de llamarme la atención.

Se lo hice notar a las muchachas, pero replicaron con sus pullas habituales y acabé enfadándome con ellas. Pero cuando salimos alcanzamos a verlos con claridad, y los reconocí sin vacilar: el alto rubio, el más bajo de pelo corto y el pálido de pelo largo negro que nos cortara el paso en el bosque. Se habían detenido frente a los establos y hablaban con una auxiliar. Las muchachas no pudieron más que admitir que había tenido razón desde un principio. Y Dirmale y la Dorada apuraron el paso y me arrastraron tras ellas como si Baisha las persiguiera con Su Hacha.

Por eso esa noche volví a sacar el tema. Sus reacciones me habían resultado llamativas, y quería saber por qué habían tenido ese impulso de huir de ellos.

Munda revolvió una vez más la comida sobre el fuego y se volvió hacia mí con una mueca de aburrimiento.

—Hace cinco años que te escucho hablar de lo mismo, Ardilla —dijo—. ¿Qué es lo que te llama tanto la atención? ¿Para qué

quieres hombres?

Me encogí de hombros. —Cuando dejemos la Escuela vamos a tener que tratar con ellos todo el tiempo, incluso dentro de la Orden. Y a excepción de mi padre y mi hermano, a quienes no sé si reconocería ahora, he tratado con uno solo en toda mi vida. Y digamos que fue en una situación bastante particular. Me pregunto cómo son, cómo piensan, qué actitud debemos tomar ante ellos. Pero hablar de hombres aquí es lo mismo que hablar de cruzar a pie la Galaxia. Y eso no se condice con la realidad.

—No con la realidad exterior —terció Xien sin interrumpir su lectura—. Pero sí con la realidad de la Escuela, que de momento también es la tuya.

—A pesar de todo, Loha no está equivocada. —Era de esperar que Elde me defendiera, aunque no dejó de sorprenderme—. Al fin y al cabo, son el cincuenta por ciento de la humanidad, ¿no? Cuanto sabemos de ellos es que su idiosincrasia y su fisiología son diferentes que las de las mujeres. No estaría mal contar un con poco más de información antes de salir al ruedo y lidiar con ellos a diario.

El suspiro de Munda cuando trajo los platos a la mesa hizo sonreír a Xien, que finalmente hizo a un lado su macrodisco.

—Una vez Lena nos explicó la razón de nuestro aislamiento, y con el tiempo todas acabamos coincidiendo en que el argumento es válido: pasamos aquí nuestra adolescencia, que es el momento en que nos hacemos fértiles y el deseo sexual despierta de forma consciente en el ser humano. Debemos aprender a manejar el poderoso bagaje energético que implica el sexo antes de entrar en contacto directo y asiduo con los dichosos hombres. Estar en contacto con el sexo opuesto sólo nos distraería.

—La ausencia de hombres no desalienta el deseo sexual ni la curiosidad —repliqué.

—Pero las mujeres somos distintas, Ardilla —terció Elde—. La exploración sexual no tiene comparación con la fuerza del instinto reproductivo.

—Imagina si la Escuela fuera mixta y se formaran parejas— dijo Munda—. Y si luego se pelearan. O si más de una deseara al mismo hombre.

La enfrenté preguntándome si se estaba burlando de mí. —Como si la ausencia de hombres evitara todo eso. ¿Quieres que empiece a darte nombres?

—Entonces imagínate una Elegida embarazada —replicó Xien—. Su Camino se vería truncado para siempre, porque ya no

podría retomar este adiestramiento después de ser madre. ¿Te parece justo? No somos como las religiosas Solares, que hacen voto de castidad. Cuando dejes la Escuela podrás tener tantos hombres como quieras. Mientras tanto, estamos aquí para aprender, no para perder tiempo preocupándonos por los hombres. ¡Aun sin ellos perdemos tiempo discutiendo sobre ellos! ¿Cómo crees que sería teniéndolos en la casa vecina?

Munda y Elde le dieron la razón y tuve que coincidir con ellas. Munda se asomó a la escalera para llamar a Andria, que bajó de su nido en el ático un minuto después, y nos sentamos las cinco a la mesa. No pude evitar mirar a Andria de reojo antes de rezar, recordando su reacción esa tarde en el molino. Sus ojos se habían clavado en uno de los hombres, aunque no logré distinguir en cuál de ellos, y sus mejillas se habían puesto rojas como manzanas, cosa rarísima en ella. Les había dado la espalda y había insistido en que nos marcháramos de inmediato. Y al llegar a la casa, se excusó diciendo que tenía que repasar una lección de Geofísica y se encerró en su cuarto hasta la cena. No era que sus hábitos ermitaños me sorprendieran, bien los conocía de años, pero estaba segura de que en esta ocasión su actitud estaba relacionada con lo que nos había pasado.

Munda sirvió la cena, rezamos y comenzamos a comer en silencio, hasta que Elde nos enfrentó con expresión pensativa.

—¿Saben? A veces recuerdo la Primera Prueba y no puedo dejar de preguntarme por qué… —dijo—. Lena nos explicó que debíamos conocer el único aspecto físico que nuestro adiestramiento no había incluido, pero nunca terminé de hallarle sentido.

—Si pretendes hallarle sentido a todo lo que vivimos en esos años —terció Munda alzando las cejas.

Elde asintió. —Comprendo a qué te refieres, pero hablo de otra cosa. No creo que ése fuera el momento indicado. Hasta recuerdo que Lena nos anticipó que no volveríamos a abordar ese aspecto hasta la Tercera Etapa. Sé que sólo han pasado dos años, pero siento que éramos demasiado chicas para hacer frente a esa experiencia.

—Toda la Primera Etapa es un sinsentido inútil —dije—. No tendría que existir.

—Me gustaría saber qué comerías o con qué te vestirías sin lo que aprendimos en la Primera Etapa —sonrió Xien, con esa tranquila gravedad que a veces me incomodaba—. Pero Elde está en lo cierto. Llevábamos una vida… primitiva, por darle un

nombre, en la que nuestras emociones no tenían ninguna importancia. Y siempre me pareció que esa Prueba era sobre todo emocional. A pesar de todo, no es un recuerdo que me pese.

Su comentario despertó mi curiosidad. —¿Cómo fue tu Primera Prueba, Verde? Me extraña que nunca antes hayamos hablado de esto, cuando ya nos hemos contado cuanto vivimos desde que tenemos memoria.

—Se trata de algo muy íntimo, por eso nunca lo mencionamos —respondió Elde.

Xien volvió a sonreír al escucharme, e adiviné que por rara ocasión tendría a bien responder una pregunta personal.

—Por lo poco que sé de las demás, creo que puedo considerarme afortunada. El hombre que me designaron fue cortés y gentil conmigo. Se las arregló para que poco a poco superara mi miedo, y hasta logró hacerme reír. Recuerdo que dormí muy poco esa noche. A pesar de su suavidad, estaba agotada y algo dolorida, y no podía dejar de preguntarme cómo superaría la Segunda Prueba. Él permaneció despierto conmigo, tratando de darme conversación para distraerme. Y cuando se dio cuenta de que yo apenas lo escuchaba, me enseñó un truco simple para relajarme y conciliar el sueño. Por la mañana se despertó conmigo y hasta me deseó suerte.

Nosotras la escuchábamos en silencio. Creo que las demás hurgaban en su memoria, comparando sus recuerdos de esa noche con el relato de Xien. Ella suspiró con una sonrisa melancólica.

—No recuerdo su nombre —concluyó en voz baja, bajando la vista hacia su plato.

La sombra de tristeza que oscureció sus ojos parecía alejarla de nosotras, y quise levantarle el ánimo.

—Yo tampoco lo recuerdo —dije con tono ligero, encogiéndome de hombros—. Y para ser sincera, no recuerdo mucho de lo que sucedió. Sí puedo decirles que lo primero que hizo fue invitarme una copa de vino. Era delicioso y no me detuve en un sorbo, así que pronto estaba achispada y todo me causaba gracia. Él no estaba más sobrio que yo, aunque sí lo suficiente para no olvidar para qué estábamos allí. Cuando desperté por la mañana me dolía todo el cuerpo, sobre todo la cabeza, y creí que no sería capaz de bajar las escaleras sin romperme un hueso. No sabría decir si mi experiencia fue buena o mala. El hombre no me trató mal en ningún momento, y no hizo nada desagradable o que yo no quisiera.

—Ahora comprendo por qué sigues tan curiosa —se mofó

Munda—. No puedes negar que tuviste una Primera Prueba a tu medida: alborotada.

Las otras rieron divertidas y no me molesto reír con ellas.

Munda pareció sentirse alentada y continuó. —Yo todavía no sé si mi Primera Prueba es algo que valga la pena recordar. El hombre era alto como un oso de Selena… En realidad *era* un oso, igual de ancho, de fuerte, de oscuro y de peludo. —Nuestras carcajadas volvieron a interrumpirla, porque sus ademanes y sus expresiones eran demasiado cómicos para contenernos—. No me lastimó, si bien con esas manazas no podía siquiera intentar ser suave. Apenas crucé la puerta, me indicó que me desnudara y me metiera en la cama. El asunto no demoró demasiado, y una hora después él dormía a pierna suelta y yo caminaba por toda la habitación como fiera enjaulada, rogando a la Madre que el amanecer se adelantara. Ya no tenía miedo, ni nervios, ni nada. Creo que no tuve tiempo de sentir nada de eso. Tampoco sentí asco o rechazo, como sé que le pasó a más de una. Sólo quería irme de allí cuanto antes. Había terminado la Primera Prueba y esperaba con ansiedad la Segunda. —Hizo una pausa para ordenar sus recuerdos—. Aunque recuerdo su nombre. Dijo llamarse Moro. Aunque ahora me inclino a pensar que se trataba de un apodo incomprensible.

Volvimos a celebrar sus palabras riendo. Terminamos de cenar mientras conversábamos, y Andria se incorporó para recoger los platos. Elde no habló en el silencio que se hizo, y ninguna de nosotras se hubiera atrevido a interrogarla: Ilón había estado al borde de la muerte esa noche y no queríamos reavivar recuerdos dolorosos.

Cuando Andria nos dio la espalda para llevarse los platos, caí en la cuenta de que no sólo había permanecido callada durante toda la charla, sino que además se había puesto su máscara indiferente. Y yo sabía que Andria sólo apelaba a ese recurso en situaciones extremas.

—¿Y qué hay de ti, Dirmale? —pregunté—. ¿No vas a contarnos tu Primera Prueba?

Andria se volvió para fulminarme con esos ojos oscuros que parecían de fuego.

Le sonreí burlona, sin dejarme amilanar. —¿Acaso te han comido la lengua los ratones?

Andria no se dignó a contestarme. Miró a las demás procurando suavizar su expresión. —Buenas noches, hermanitas. Es tarde y todavía tengo mucho por estudiar. —Forzó una sonrisa

rápida y cruzó el comedor en línea recta a la escalera.

Me demoré mirando en esa dirección hasta que escuchamos que se cerraba la puerta trampa del ático. Al bajar la vista encontré la mueca reprobadora de Xien, pero la ignoré.

Diez minutos después ella también nos daba las buenas noches, y comprendí que sólo había esperado para no parecer ansiosa. Cuando subió, no tuve dudas de que la puerta que oí era la trampa del ático, no la de su dormitorio.

Munda y Elde planeaban quedarse a estudiar Lingüística, de modo que subí sola poco después. Me asomé al dormitorio de Munda y Xien y comprobé que estaba vacío. Me acerqué de puntillas a la escalera de mano que llevaba al ático y creí escuchar voces quedas. No pude resistir la tentación de tratar de escuchar lo que hablaban.

—Ahora entiendo por qué esta tarde… —decía Xien—. ¡Encontrarte de manos a boca con él!

¡Con que de eso se trataba!, pensé. Ahora la actitud de Andria resultaba transparente: ella conocía a uno de los tres hombres. ¡Lo había conocido en su Primera Prueba!

Andria respondió, pero no comprendí lo que decía.

—¡Vaya experiencia! —respondió Xien—. Al fin y al cabo, nosotras encontramos lo que esperábamos. ¡Pero tú…! ¿Y dices que es un Maestro? ¡Y un perfecto caballero! Por Syndrah que ninguna de nosotras estaba preparada para algo así.

Escuché pasos cerca de la escalera en la planta baja y me apresuré hacia mi habitación. Lo que acababa de escuchar había alimentado mi curiosidad, pero sentí que no debía seguir espiándolas.

XV – Hacia Atrás: La Primera Prueba

- 1 -

El sol brillaba sobre El Rilsa, mientras en los recuerdos de Andria, las Pupilas lo veían descender con vivas muestras de inquietud. Una auxiliar de la Asistente se había presentado en la casa para presidir la cuarta plegaria del tercer y último día de ese Ayuno especial de tres jornadas en vísperas de las Pruebas del Primer Umbral.

La ansiedad crecía en las muchachas conforme la noche se cerraba sobre el Sector Occidental. Al comenzar el Ayuno, Lena les había anticipado que antes del mediodía posterior al fin del Ayuno se habrían consumado las dos Pruebas, y durante los dos últimos días habían visto a los otros grupos de Pupilas dirigirse al Edificio Principal de a uno por vez, y regresar sólo cinco o seis horas después. Sin embargo nadie había ido por ellas para llevarlas allí, y Lena se había negado a responder a sus preguntas. Y ahora estaba desaparecida desde el mediodía.

Una auxiliar que nunca habían visto en el Sector había ido a buscarla cuando ella compartía con las muchachas un tazón de leche tibia para reemplazar el almuerzo que no tendrían. Y por la dirección en la que partieron, parecían dirigirse a algún lugar fuera del Sector. Tal vez a la Colina misma, como había sugerido Elde. Antes de dejarlas, Lena había prometido que volvería a verlas a solas antes de las Pruebas. Sin embargo, el último grupo de Pupilas había dejado el Edificio Principal a media tarde. Ahora ellas eran las únicas que aún no habían sido convocadas, y no había rastros de Lena.

—¿Por qué no regresa? —exclamó Narha impaciente, apartándose de la ventana.

—Si en verdad fue a la Colina, la Regente no le permitirá regresar a tiempo para vernos. Impedirá que nos dé consejos antes de las Pruebas —dijo Loha desde la mesa—. Es muy propio de ella.

Lune se volvió hacia Loha como picada por un escorpión. —¿Muy propio de ella? ¿Qué sabes tú de la Regente? ¡Siempre hablas de ella como si la conocieras, y le echas las culpa de cuanto nos sucede!

—¿Y qué hay de ti? —estalló Loha incorporándose—. ¡No haces más que alabarla como si fuera un ángel! ¿Te ha ayudado

desde que fuimos traídas aquí? ¿Qué te ha dado, además de esta condenada vida? ¡Y ni siquiera se atreve a mostrar su rostro!

Munda entraba a la cocina desde el patio posterior con agua fresca y miró interrogante a Andria. Ella y Tirra estaban sentadas frente al hogar y se limitaron a encogerse de hombros. Loha se interrumpió al ver la expresión ceñuda de Munda, pero Lune le contestó subiendo la voz y continuaron discutiendo.

Andria se hizo eco del suspiro de Munda cuando se sentó con ellas.

—Todo esto es demasiado para nuestros nervios —gruñó Munda.

Andria asintió con gesto fatigado. Al otro lado de la mesa, Loha y Lune seguían gritándose. Narha intentó intervenir, y cuando la ignoraron acabó sumándose a la discusión. Ajena a todo, Xien montaba guardia desde la ventana de la cocina. Tras ella, Zamir lavaba los tazones que acababan de utilizar.

Andria se volvió hacia Tirra intentando mantener la calma.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

Tirra esbozó una sonrisa débil. Mirándola, Andria pensó: *A pesar de su fragilidad, a fin de cuentas es quien tolera mejor esta situación odiosa. ¡Hasta es capaz de sonreír!*

Munda resopló, se puso de pie y rodeó la mesa, plantándose en medio de Loha, Lune y Narha con las manos en la cintura. Loha retrocedió al ver la expresión de Munda. Lune quiso hacerla a un lado. La mano fuerte y morena de Munda se cerró en torno a su muñeca y la muchacha ahogó un gemido de dolor. Entonces Munda encaró a Narha, que había enmudecido.

—Dan lástima —dijo con desdén—. ¿Es así cómo se preparan para las Pruebas? ¿Perdiendo los estribos y obligándonos a soportar su histeria?

—Lena no debe hallarnos así, hermanitas —dijo Tirra con suavidad desde su lugar.

Xien abandonó su vigilancia para girar hacia ellas. Las enfrentó con su calma habitual y meneó la cabeza. Zamir se mostró a su lado.

—Esto no nos ayuda —dijo Xien—. Necesitamos hacer algo que nos fortalezca, no que nos debilite.

Zamir se adelantó extendiendo ambas manos.

—Soy una, una con la Madre, una con mis hermanas —recitó con su voz melodiosa.

Las otras tres agacharon la cabeza, avergonzadas.

—Somos una en la Madre —agregó Xien, tomando las manos de Lune y Loha.

Tirra se les unió, situándose entre Munda y Narha. —Ella nos hace fuertes.

—Somos fuertes porque somos Una —concluyó Zamir, sonriendo.

En ese momento Elde irrumpió en la cocina y corrió hacia ellas.

—¡Ilón ha tenido una crisis nerviosa! —gimió—. ¡No logro calmarla!

Andria se apresuró tras ella hacia los baños. Ilón lloraba hecha un ovillo en un rincón, repitiendo sin cesar que moriría esa noche. Andria le indicó a Elde que se procurara una tinaja de agua fría. *Ilón debe superar esta crisis cuanto antes.* Se sentó en el frío suelo junto a la muchacha y la estrechó en sus brazos, meciéndose y acariciando la corta melena cenicienta. Recordó una canción de cuna que su madre solía cantarle y la tarareó en voz baja. La muchacha se estremeció de pies a cabeza al escucharla y su voz se perdió en un murmullo, aunque aún no lograba contener su llanto. Poco a poco dejó de temblar, y los sollozos fueron reemplazados por fuertes suspiros entrecortados. Ocultó el rostro en el pecho de Andria, que seguía cantándole en susurros, y le permitió acunarla como si fuera una chiquilla. Elde regresó apresurada, dejó la tinaja a un costado y se sentó con ellas.

—Ven, Ilón. Nos refrescaremos e iremos junto al fuego —dijo Andria con suavidad—. Aquí hace demasiado frío y no podemos enfermarnos ahora.

Ilón obedeció con torpeza, vacilante. Andria le secó el rostro con su túnica, y luego ella y Elde la ayudaron a incorporarse. Ilón las enfrentó con los ojos todavía llenos de lágrimas. Por un instante Andria temió un nuevo estallido, pero la rara tensión en las facciones, el inusual brillo de su mirada siempre opaca, su forma de respirar, le indicaron que intentaba por todos los medios recuperar el dominio de sí misma.

—Gracias —murmuró Ilón, tomando sus manos—. Gracias, hermanas… —Su voz se quebró e hizo un esfuerzo por controlarse —. Ignoro cómo llegamos hasta aquí, o por qué. Pero sé que jamás lo hubiera logrado sin ustedes.

Elde la abrazó conmovida, apretando los dientes para no llorar también. Ilón besó su frente forzando una sonrisa.

—Escúchame, hermanita —dijo, y su repentina gravedad sorprendió a las otras dos—. Tú eres mi amiga, Elde, y quiero que

siempre recuerdes que ocurra lo que ocurra estaré contigo.

—¡No digas eso, Ilón! ¡Tú no…!

—No logro ver más allá de hoy, Elde. Tú sabes lo que significa. Por eso te digo, amiga: siempre estaré contigo. Aunque no puedas verme. Me reconocerás en tu corazón.

Elde volvió a abrazarla, atemorizada por el fatalismo de su amiga. Andria bajó la vista, turbada. *¿Es posible que sus pesadillas se refieran a esta noche?*, se preguntó, sintiendo un nudo en la garganta.

En ese momento se percató de la ausencia de ruidos en la cocina. Se acercó a la puerta del baño y cuanto escuchó fue un rumor quedo y cadencioso. *¡Gran Madre, ellas también están cantando!* Miró hacia atrás, vio que las otras dos seguían abrazadas estrechamente y dejó el baño apresurada.

En la cocina halló a las otras siete sentadas en círculo junto al hogar, tomadas de la mano y con los ojos cerrados. Xien entonaba una melodía tradicional de su tierra. Su voz grave y reposada llenaba el espacio con una armonía que conmovió a Andria. Las demás la escuchaban arrobadas, y costaba creer que fueran las mismas que pocos minutos atrás se insultaba a gritos. La paz que emanaba del canto de Xien era contagiosa y ese remanso era provechoso para ellas. Pero Lena podía llegar de un momento a otro y debían evitar que las encontrara así. *De qué no sería capaz Iara si se enterara,* pensó Andria. *¡Pupilas cantando! ¡Durante el Ayuno y en víspera de las Pruebas!*

Xien calló y abrió sus profundos ojos verdes, fijándolos en Andria con una sonrisa serena. Andria sonrió también y asintió. Las otras seis se movieron como si despertaran. Elde e Ilón se les unieron, y la muchacha parecía haberse recuperado por completo.

—Es hora de la quinta plegaria —dijo Andria.

Lune no había completado la primera frase cuando la puerta se abrió, y una silueta enjuta se recortó en medio del remolino de nevisca y hojarasca que se coló dentro de la casa. Lena cruzó la habitación sin decir palabra y se sentó en su taburete junto al fuego. Las Pupilas se apresuraron a repartirse a sus pies en completo silencio.

—La Primera Prueba comenzará en cuestión de minutos —dijo Lena, su voz más fría y grave que de costumbre—. Y apenas concluya, comenzará la Segunda y última. —Le echo una rápida mirada de advertencia a Loha—. Presten atención y no me interrumpan.

Las muchachas asintieron, inquietas por la velada urgencia en

el acento de la Tutora.

—La Primera Etapa se concentra en el aspecto físico de las Elegidas. Durante estos tres años, su aprendizaje apuntó a fortalecer sus espíritus a través de un entrenamiento corporal riguroso y una disciplina férrea. Eso significa que las Pruebas del Primer Umbral son necesariamente de carácter físico. La Primera las confrontará con una situación física que hasta ahora no han enfrentado, y que sólo volverán a abordar aquéllas entre ustedes que logren acceder a la Tercera Etapa. Es por eso que en el Edificio Principal las aguardan diez miembros masculinos de la orden, con quienes pasarán la noche. —Un murmullo de consternación corrió entre las Pupilas, mas un gesto de Lena bastó para acallarlas—. Y en la mañana, luego de la primera plegaria, iré por ustedes para llevarlas al Campo de Deporte. Allí tendrá lugar la Segunda Prueba: un torneo de lucha como los estivales, dirigido por la Maestra Pollux. La Asistente lo presenciará en nombre de la Regente y mañana por la noche, tras la quinta plegaria, serán llamadas nuevamente al Edificio Principal y sabrán quiénes de ustedes han sido consideradas aptas para cruzar el Primer Umbral.

Un silencio tenso, cargado de temor e interrogantes, llenó la casa. Las muchachas habían bajado la vista y se miraban de reojo, turbadas. Dos golpes recios en la puerta las sacudieron como latigazos.

Lena se incorporó, uniendo las manos dentro de las mangas de su túnica. —Vayan por sus mantos.

Cruzaron el Patio con ella tras una auxiliar del Edificio Principal. La mujer las introdujo en el hall, vasto y carente de todo mobiliario, y desapareció por un corredor lateral sin haber pronunciado una sola palabra. Lena miró por sobre su hombro, cerciorándose de que nadie más podía escucharla, y les indicó que se acercaran.

—Éste es el momento de ser fuertes —les dijo en voz baja—. Tengan siempre presente quiénes son: Elegidas destinadas a convertirse en Hijas de Syndrah. Confíen en Ella. La Madre *es* en ustedes.

Otra auxiliar apareció en el extremo opuesto del hall y salió al encuentro de las Pupilas. Lena retrocedió, ignorando sus miradas suplicantes. La mujer se acercó a ellas y les indicó que la siguieran escaleras arriba. Las muchachas inclinaron la cabeza con sumisión y fueron tras ella.

Andria abrió los ojos con un rápido parpadeo, respondiendo al llamado de Vega.

—No continuaremos como hasta ahora —dijo el Maestro, soltando su mano—. Tómate un descanso, seguiremos después de comer.

Andria permaneció sentada frente al hogar mientras Vega preparaba un almuerzo liviano. Era el séptimo día que pasaban en El Rilsa y la muchacha comenzaba a preguntarse por qué no seguían camino. El clima era aún óptimo para la travesía que planeaban, pero las lluvias otoñales comenzarían en sólo tres semanas, y en la mitad superior de La Escala serían nieve.

—Hay cosas que necesitas comprender antes de dejar este refugio —dijo Vega, como en respuesta a sus pensamientos—. Por eso no recrearás sola la Primera Prueba: lo haremos juntos. Sólo así le hallarás sentido cabal a algunas cosas que has vivido desde entonces.

Andria se limitó a asentir. Si bien el mecanismo de esos ejercicios ya no le demandaba demasiado esfuerzo, revivir cuanto precediera a las Pruebas, volver a sentir la ansiedad, los temores, tanto propios como de sus hermanas, resultaba agotador. En ese momento, el cambio de método ni siquiera despertó su curiosidad. Sólo deseaba terminar de una vez por todas.

Dos horas más tarde volvían a sentarse frente al fuego, esta vez frente a frente, y Vega le tendió ambas manos para que apoyara las suyas. Andria cerró los ojos y pronto toda percepción de cuanto la rodeaba se desvaneció. Volvía a estar en el Edificio Principal del Sector Occidental en una cruda noche de invierno, siguiendo con sus hermanas a la auxiliar escaleras arriba y por una ancha galería.

La auxiliar se detuvo ante la primera puerta y señaló a Loha, que retrocedió instintivamente. Elde puso una mano en su hombro y trató de sonreír al enfrentarla. Loha se separó del grupo y la auxiliar volvió a andar sin más. Tras ellas, el chasquido de la puerta al cerrarse hizo a estremecer a las muchachas. Frente a la segunda puerta, la mujer señaló a Tirra. Andria se inclinó junto a ella.

—Somos una —susurró en su oído—. Hasta mañana.

—¡Silencio! —ladró la auxiliar.

Tirra asintió, tratando de mostrarse serena. La siguiente fue Zamir, luego Lune, y Elde. Frente a la puerta antes del recodo, la

mujer se volvió hacia Andria. La muchacha se detuvo, bajando la vista, y escuchó a las demás alejarse.

Sola ante la puerta, el corazón le latía con tanta fuerza que Andria creyó que le estallaría. Su mano tembló húmeda al alzarse hacia la cerradura. Deglutió cerrando los ojos. No lograba dominarse. ¿Qué le ocurriría allí dentro? ¿Cómo sería el hombre que la aguardaba? *¿Qué hará?*, se preguntó angustiada. *¿Qué se supone que debo hacer?* Una oleada de frío envolvió su cuerpo. No sabía cuánto más la sostendrían sus piernas. Se sentía débil y exhausta, y nunca antes había estado tan asustada. Acercó la mano al sensor de la cerradura, pero antes de alcanzarlo, la puerta se abrió sin ruido. Andria retrocedió llevándose una mano al pecho, donde su corazón pareció detenerse: el hombre estaba frente a ella, al otro lado de la puerta abierta.

—Entra —dijo, con un acento gentil que la sorprendió, e hizo un ademán que acompañaba la invitación.

Andria obedeció bajando la vista y se detuvo en medio de la amplia habitación, agitada y aturdida. La puerta se cerró tras ella y escuchó los pasos del hombre acercándose. Su primer impulso fue apartarse al sentir que le tocaba los hombros. El hombre se movió para aparecer en su campo visual. Sonrió alzando un poco las manos.

—Sólo quería ayudarte con tu manto —dijo, siempre en el mismo tono gentil.

Andria atinó a asentir. Se desprendió el manto y lo colgó en el perchero que el hombre le señaló. Entonces quedaron frente a frente, y tuvieron oportunidad de estudiarse por primera vez.

El hombre era mucho más joven de lo que ella esperaba, no podía tener más de veinticinco años. Parecía vigoroso sin ser corpulento, y el pelo azabache bajaba por su espalda como una cascada que enmarcaba el óvalo pálido de su rostro, de facciones armoniosas, viril y agradable. Los ojos eran ascuas de acero templado, un gris claro y brillante que ella nunca había visto antes. Vestía un austero conjunto blanco, con una casaca de faldones largos que le cubrían los muslos.

En El Rilsa, Andria sintió que Vega ya no se limitaba a recibir lo que ella le transmitía. Y de pronto se vio a sí misma desde afuera, mas no como un observador objetivo: se estaba viendo *a través de los ojos de él.* Y junto con las imágenes, recibía también lo que su Maestro había experimentado en aquel momento.

A los catorce años, Andria era una muchacha alta y delgada como un junco del Río. Algunos rizos se insinuaban en la melena

violácea, cortada por encima de su nuca como la de todas las Pupilas. Sus ojos, del mismo color violáceo, irradiaban decisión e inteligencia. Nariz recta, labios finos, mentón firme, pómulos marcados. No era bonita en el sentido usual de la palabra, su belleza no radicaba en sus facciones.

El hombre volvió a sonreír y le indicó que lo siguiera al otro extremo de la habitación. Andria lo siguió, observándolo. Se movía con aplomo, tranquilo y seguro, y su forma de caminar tenía una elegancia y una precisión de movimientos que la hacía pensar en felinos grandes. Se dio cuenta de que su miedo había retrocedido. Por algún motivo, sentía que ya no precisaba estar a la defensiva. El hombre se detuvo junto a la mesa situada bajo la ventana se sentó, señalándole una de las sillas libres.

—La cena está servida —dijo con una breve sonrisa—. Imagino que debes tener apetito después del Ayuno.

Hablaba con un acento amistoso que confundía a Andria, que se sentó sin ocultar su sorpresa ante la increíble variedad de platos dispuestos ante ella. El hombre llenó dos copas con vino. Andria tomó la que le tendía sin saber qué hacer con ella. El hombre fingió no advertir su expresión, pero ella veía que aún la estudiaba, atento a cada gesto, a cada reacción.

Él probó el vino y dejó la copa sobre la mesa. —¿Cómo te llamas?

Ella alzó la vista, confundida. —Andria hija de Aria, señor…

—Puedes llamarme Vega, Andria.

Ella sólo asintió. Ignoraba que los hombres de la Orden se identificaran con nombres de estrellas como las Maestras. *Vega significa "El Águila que Cae"… ¿Por qué lo habrá elegido?* Dejó la copa sin probar la bebida.

El hombre alzó las cejas. —¿No quieres cenar? Bien, Andria, ya que mi idea para esta velada no ha funcionado, dime, ¿qué prefieres hacer?

La expresión de la muchacha cambió por completo, endureciéndose. *Es el momento de ser fuerte.* Se puso de pie y rodeó la mesa para pararse frente a Vega, los ojos en la ventana por encima de su cabeza.

—Hay una sola razón para que esté aquí, señor —dijo, y su voz pretendió transmitir una resolución que distaba de sentir—. No tiene ninguna relación con mis deseos, y éstos tampoco importan.

Vega volvió a asentir y demoró en responder. *¡Ah, Iara, cuánto disfrutarías si vieras esto!*, pensó, dejando que su sonrisa se borrara.

—Comprendo —dijo al fin, incorporándose—. Respeto tu

decisión.

La muchacha se estremeció. El acento de Vega ya no era cálido ni amistoso. *¿Acaso hice algo mal? ¿Cuál fue mi error?* Tuvo miedo de lo que pudiera ocurrir a continuación y un miedo animal apretó sus entrañas. Aquellos ojos grises parecían clavarse en ella como puñales. Procuró ocultar lo que sentía y permaneció erguida y silenciosa frente a él.

Vega sintió su miedo. Podía leer sus pensamientos confusos y atropellados en sus ojos. *Baisha te condene, Iara.* Rodeó su cintura con un brazo. Andria no se movió ni ofreció resistencia, un cuerpo inerte contra el suyo. La otra mano de vega se deslizó hacia atrás por su mejilla, enredando los dedos en su cabello, sujetándola mientras la miraba de lleno a los ojos.

¡Madre, dame fuerzas! Los párpados de Andria descendieron como si pudieran protegerla e intentó pensar en los grandes copos blancos cayendo allá afuera.

Vega percibía toda la tensión del miedo torturando sus músculos, resistiéndose a creer que lo que percibiera al verla entrar hacía sido sólo un error producto de sus deseos. Inclinó la cabeza hacia ella. *Dame una señal*, rogó para sus adentros. *¡Madre, muéstrame quién es en verdad!*

Andria sintió su aliento muy cerca de su boca. Sabía esos ojos temibles observándola. Le costaba refrenar la urgencia de huir de esa noche y ese hombre. *¡Madre, ayúdame por favor!* Un escalofrío corrió por su espalda y un extraño cosquilleo recorrió su cuerpo, una oleada de calidez que enfrentaba a su miedo instintivo. Sintió la suave caricia de los labios del hombre junto a su oído.

—¿Es esto lo que *realmente* quieres, Andria?

Su acento hizo que volviera a estremecerse de pies a cabeza. Una lágrima tembló entre los párpados apretados y sus piernas temblaron también. No podía responder ni moverse. Sintió la presión del brazo de Vega en su espalda y se dejó llevar a ciegas. Temía abrir los ojos y romper en llanto. *¡Debo enfrentarlo!* Vega la soltó para tomar su mano. Andria se obligó a mirarlo, hallando sus ojos claros fijos en ella. Él la condujo con delicadeza de regreso a su silla y la ayudó a sentarse. Andria lo dejó hacer, intentando en vano sustraerse al violento torbellino que se agitaba en su interior, ese cosquilleo cálido que aún batallaba con su miedo.

Vega se acuclilló frente a ella para poder ver su rostro. Sabía muy bien lo que acababa de ocurrir, mas se negaba a aceptarlo sin una confirmación. Aguardó en silencio que la muchachita se recuperara. Observándola, Vega comprendió que ella también lo

había sentido.

Andria alzó la cabeza, abrumada. Sus ojos colmados de interrogantes se perdieron en los de él. *¿Qué fue lo que sucedió? ¿Qué es lo que estoy sintiendo?* Hizo una inspiración temblorosa, preguntándose por qué el calor de su abrazo parecía persistir.

Vega rozó apenas su mejilla en una caricia tranquilizadora. —Ya pasó —susurró, y su voz era dulce, gentil otra vez—. Dejaremos la Prueba de lado. Quisiera que tú elijas el momento y el compañero para pasarla.

Andria ya no se preocupaba por disimular sus emociones. Su semblante pálido reflejó asombro e incredulidad. ¿Se refería a no consumar la Primera Prueba? ¿Eso era siquiera posible? Vega asintió con una sonrisa breve y fue a sentarse al otro lado de la mesa. Sin darle tiempo a reacciona, le puso delante un plato colmado de comida. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos.

Vega volvió a sonreír. —¿Me acompañas con la cena? Mientras tanto, podemos conversar, ¿qué opinas?

El resplandor dorado del fuego era lo único que iluminaba la estancia. Solo frente al hogar, sentado sobre el grueso tapiz, descalzo y con el torso desnudo, Vega había cerrado los ojos. Sus manos descansaban sobre las rodillas, su respiración era pausada y profunda. A pocos pasos, Andria se movió en el lecho, bien abrigada bajo las gruesas mantas y envuelta en la casaca blanca de Vega. Era la primera vez desde que llegara a la Escuela que dormía sobre algo que no fuera el duro camastro de la casa, con una manta tosca y áspera por único cobertor y el suelo por alternativa. Vega la escuchó darse vuelta y suspirar, pero su consciencia no se distrajo. Apenas logró que Andria se durmiera, se había sentado allí a meditar, cediendo a su necesidad de repasar hasta el más pequeño detalle de cuanto sucediera esa noche.

Durante la cena le había hecho muchas preguntas a Andria acerca de su vida en los últimos tres años. Ella había respondido con frases breves, siempre evitando emitir juicios. Pero Vega no había precisado sus palabras para saber lo que pensaba o sentía. Y eso era uno de los puntos que más lo intrigaban de aquella situación. A medida que la muchachita se distendía, Vega había podido ver en ella con creciente claridad. Pero que bajara la guardia no había obedecido a ninguno de las sutiles maniobras de Vega. Ninguna entonación especial, ningún gesto o mirada, ninguna palabra “llave” había hecho mella en ella. *Y aún es una simple Pupila. Una niña sumergida en un microuniverso rudo y primitivo.*

Le había llevado un rato completar su registro de Andria, y sólo entonces halló algunas respuestas. Habían cenado conversando, y luego se habían sentado frente al hogar a tomar té, prolongando la charla hasta que él la convenció de descansar unas horas antes de la Segunda Prueba. Y ella también había aceptado cambiar la túnica, que vistiera durante los tres días del Ayuno, por la casaca que él le ofrecía. Una muestra final de confianza que Vega no se había atrevido a esperar. Volvió a ver su espalda desnuda, la piel joven y sana, la firmeza de su cuerpo joven. Y volvió a ver su sonrisa tímida al agradecerle la oportunidad de descanso.

Una vez más se planteó la misma pregunta: ¿A qué había obedecido realmente su conducta? Sabía muy bien que la muchachita no se hubiera resistido a que él la tomara, y jamás se le habría pasado por la cabeza reprochárselo. Sin embargo, él

había desobedecido las órdenes de la Regente.

Cerró los ojos y volvió a revivir lo que sintiera al tenerla en sus brazos, luchando contra el terror pero resignada a ser sometida. En su muda desesperación, ella había apelado al único sostén que le quedaba: su fe. Al mismo tiempo que él. Y el espíritu de Andria había transmitido a su joven cuerpo una respuesta tan clara y concreta que hasta se había impuesto al miedo por un instante. Una respuesta qué él había reconocido. Había hallado eco en su propio espíritu. Y él había hecho lo único que podía hacer: retroceder.

Reconocía la intencionalidad de la Regente al ponerlos frente a frente. *Yo era el que estaba a prueba. Esta niña la supero con sólo cruzar el puerta.* Una prueba sin opciones reales. Un arma de doble filo. Evocó la mirada frontal de Andria, su actitud humilde pero decidida. *Y mi desobediencia le ha dado a la Orden la semilla de una Hija leal y devota.*

Andria volvió a moverse, inquieta en su sueño. Antes de concluir su meditación, Vega se entretuvo con un ejercicio que su viejo maestro le había enseñado años atrás, en la lejana Selva del Chacal donde se desarrollara su adiestramiento desde que era un niño. Situó la imagen de la muchacha tal como era entonces, sola en medio de un vasto campo vacío, y a partir de allí proyectó diversas líneas de futuro en todas direcciones. No se sorprendió al hallarse a sí mismo en la mayoría de ellas. Conociendo a la Regente, era de esperar. Su ojo interior se paseó por aquellas representaciones, atisbando sus prolongaciones más allá de la Escuela. Le gustaba ese ejercicio. Siempre le había resultado sencillo realizar esa clase de proyecciones con exactitud asombrosa, y su maestro le había dado todas las herramientas a su alcance para que profundizara esa capacidad innata.

Estudió con satisfacción lo que veía. *La Luz crecerá en ella. Permanecerá en latencia, aguardando ser descubierta.* Sería interesante reencontrarla en ese momento. *También será un juego peligroso para los dos. Pero ella lo superará sin dificultad.* Consumar la Prueba habría destruido su vida como Maestro y el futuro de Andria como Alta Sacerdotisa. Su desobediencia acababa de salvar la situación de ambos, provocando además un vínculo por sublimación que resultaría provechoso para Andria a la hora de encarar el adiestramiento más profundo. *Y en cuanto a mí…* Modificó su ritmo respiratorio, preparándose para regresar por completo al plano físico. *Pues no me han dejado muchas alternativas.*

Los ojos de Vega se abrieron bruscamente. ¿Qué había sido

eso? Algo que no lograba identificar acababa de perturbarlo en el umbral del plano físico. Sus sentidos sondearon el entorno. Andria dejó oír un murmullo agitado. *¿Miedo?*, descubrió Vega sorprendido. Pero no era sólo eso. *Algo más* latía en el aire. *¡Muerte!*

En ese preciso momento Andria se sentó en la cama con los ojos dilatados por el terror, respirando afanosamente, el rostro perlado de sudor. Vega se apresuró a su lado. Podía sentir el vórtice de su miedo girando enloquecido, envolviéndolo sin tocarlo. Se sentó en la cama y tocó el hombro de Andria, que se estremeció.

—¡Ilón! —murmuró la muchacha con voz enronquecida.

Sintió el calor de la mano de Vega, pero sólo podía atender a lo que acababa de ver en sueños: su hermana Ilón muerta. La voz de Vega sonó lejana, indistinta en sus oídos.

—¿Qué sucede, Andria?

Ella sacudió la cabeza, incapaz de explicarse. *¿Me dejé arrastrar por la sugestión de sus pesadillas?* Un rumor en la galería atrajo la atención de ambos. Pasos, voces. Se alejaron doblando el recodo y se perdieron sin ecos. Andria se cubrió la cara con las manos y Vega percibió la desesperación que crecía junto a su miedo. Las emociones de la Pupila seguían alcanzándolo con una intensidad que lo sorprendía.

—¡Ilón!— la oyó repetir.

—Tranquilízate, Andria. Todo está bien.

Ella volvió a menear la cabeza y lo enfrentó, muy pálida.

—Se trata de una de mis hermanas —explicó, luchando por controlarse—. Temo que algo malo le haya pasado.

Vega incorporó. ¿Ella también lo había sentido? Andria lo siguió con mirada ansiosa cuando se dirigió a la puerta.

—Intentaré averiguar qué ocurre —dijo sin mirarla, y salió.

Andria permaneció muy quieta, los brazos cruzados estrechamente y los ojos fijos en la puerta. Había notado la actitud de Vega, cómo había captado su urgencia, cómo había accedido a su ruego tácito. Su prisa tampoco le había pasado inadvertida. *¿Tal vez sabe de algún riesgo que nosotras ignoramos?*, se preguntó. *¡Por la Estrella! ¿Por qué vi a Ilón muerta?* Contuvo las lágrimas con un suspiro tembloroso. ¿Era posible que Ilón hubiera perdido la vida esa noche, que su capacidad premonitoria fuera tan terriblemente exacta?

Los minutos se eternizaron para Andria hasta que Vega regresó,

y entonces su expresión alimentó el temor que la oprimía. Vega cruzó la habitación y se detuvo frente al hogar, evitando mirarla. Permaneció en silencio, los ojos grises perdidos en las llamas, el rostro y el pecho poblados de sombras cambiantes.

—Una de tus hermanas ha sufrido un ataque cardíaco —dijo al fin con voz opaca. Andria se cubrió la boca. —Está viva —añadió —, aunque su estado es crítico. Ignoran si se recuperará.

Andria hubiera deseado experimentar algún alivio, pero sólo podía sentir que la angustia la desbordaba. Volvió a cubrirse el rostro con ambas manos, ahogando un gemido. Un frío hiriente se cernió sobre ella cuando las lágrimas desbordaron sus ojos. *¡Gran Madre! ¿Por qué has permitido que sus visiones se hicieran realidad?*, sollozó para sus adentros. *¿Por qué nos abandonaste?*

En medio de su oscura desesperación, sintió que algo cálido luchaba por llegar a ella. Sintió el contacto firme de un brazo rodeando su espalda y se dio cuenta de que Vega intentaba consolarla. Exhausta, vencida, no podía hacer nada por alcanzar ese remanso tibio tan cercano. Sin embargo, la furia de su miedo menguó y Vega logró alcanzarla. Andria se refugió en él, permitiendo que la abrazara y la calmara. Cuando fue capaz de volver a abrir los ojos, encontró la mirada triste y comprensiva del hombre de quien poco antes había deseado huir.

Vega le acarició la cabeza con una dulzura que terminó de sosegarla. Aún sentía los embates de las emociones de Andria, que lo golpeaban como si fueran suyas. Esa conexión lo turbaba, aunque se cuidó de exteriorizarlo. En ese momento, él era el único sostén de esa niña asustada. Debía contenerla hasta que se recuperara.

Andria secó sus lágrimas y logró forzar una sonrisa. No comprendía lo que había hecho Vega, pero podía sentir sus efectos. Le tomó una mano entre las suyas y enfrentó los claros ojos grises que la observaban con intensidad.

—Gracias —murmuró.

Andria sintió retirarse el flujo de energía de Vega y demoró en abrir los ojos. Aún intentaba asimilar lo que su Maestro le transmitiera. La turbación que él experimentara cinco años atrás hallaba eco en su interior. A sus espaldas, la puerta del refugio se abrió y se cerró: Vega había salido. Ella no era la única que precisaba un poco de calma y soledad para entenderse con sus emociones. Al fin abrió los ojos, y su vista se perdió en el cielo que veía a través de la ventana posterior de El Rilsa.

Perdió noción del tiempo mientras repasaba lo que acababa de conocer. Todo era tan claro ahora que la plenitud de su comprensión la amedrentaba. Hasta que el silencio se tornó opresivo. Su cuerpo no consultó con su mente. Se puso de pie y salió a la terraza natural de rocas donde se levantaba el refugio. Miró alrededor sin encontrar a Vega. ¿Dónde estaba? Se adelantó hasta el borde mismo del acantilado. De pronto su ausencia se hacía ominosa.

—Aquí estoy.

Giró bruscamente, buscando sus ojos claros y brillantes. *Por supuesto que estás aquí. Como cada vez que te necesité a mi lado.* Le echó los brazos al cuello y lo abrazó con todas sus fuerzas. Vega la estrechó en silencio, recibiendo con todo su cuerpo el caudal incontenible de emociones que Andria volcaba en él. Sintió las lágrimas de la muchacha humedeciendo su piel. Enredó los dedos en la melena rizada y sus labios rozaron la frente de Andria. Y ella supo que antes y en ese momento, sólo con él hubiera podido pasar aquella Prueba ya distante en el Camino. Y que él coincidía con ella.

Con su mente todavía envuelta en el torbellino de las emociones de ambos, Andria aflojó su abrazo y echó la cabeza hacia atrás para enfrentarlo, sus caras a escasos centímetros. ¿Qué era este sentimiento que la inundaba, le cerraba garganta, llenaba sus ojos de lágrimas que no tenían nada que ver con el dolor o la tristeza? Por supuesto que amaba a Vega. Le había costado admitirlo, pero ya no le quedaban dudas. Sin embargo, sentía que se trataba de una emoción que no tenía ninguna relación con el deseo físico. Su cuerpo no necesitaba de él. Se trataba de algo mucho más profundo y… lógico. ¿Cómo no amar alguien como él, y además, alguien que había hecho tanto por ella? Era simplemente natural. Y en cierto sentido, a su manera, él también la amaba. Porque veía una luz en su alma que nadie más que él, ni

ella misma, siquiera sospechaba. Porque apreciaba su sinceridad y su tenacidad. Porque sabía que sus intenciones eran invariablemente honestas.

Vega sostuvo su mirada desbordante de interrogantes sin intentar evitar que leyera en él, permitiéndole por primera vez ver cuanto latía en su interior. Andria frunció el ceño conmovida y apoyó la mano contra su mejilla. Su mente volvía a ser un tumulto incomprensible y le resultaba imposible aquietarla. Sus ojos se movieron por el rostro del Maestro y se detuvieron un momento en sus labios, tan cerca como sólo aquella noche lo habían estado. Volvió a enfrentarlo con mirada suplicante, sin saber qué hacer.

Él la observaba, tan conmovido como ella. Al verla vacilar, tomó suavemente la mano que se apoyaba en su propia cara. Retrocedió y guió a Andria hacia un pequeño parche de hierba que crecía al sol. La hizo sentarse a su lado y enjugó sus lágrimas con suavidad. Ella se estremeció de pies a cabeza. Ni siquiera había advertido que esas lágrimas habían caído de sus ojos.

—Esto era lo que debíamos vivir antes de continuar la ruta hacia el Santuario —dijo Vega, con la misma gentileza que empleara para calmarla en aquella lejana noche de invierno.

Andria asintió sin soltar su mano y logró apartar los ojos de él y bajar la vista.

—La energía sexual es el motor de la vida humana —añadió él, su acento sereno y cálido—. Es nuestro alimento primordial. Pero como todo alimento, debemos procesarlo, aprender a desechar lo que no nos nutre, recoger su impulso vital y darle una dirección. Nuestra evolución individual depende de nuestra capacidad para dirigir ese manantial inagotable de energía.

Ella se limitaba a escucharlo, muy quieta. Era una lección repetida que de pronto se presentaba bajo una nueva luz.

—El producto último y más elevado de esa energía es el amor. El verdadero amor, que trasciende el deseo y el instinto reproductivo. Y sin ese amor, es imposible llevar adelante nuestra misión como miembros de la Orden.

—Esa noche, tú… Si hubiéramos… —murmuró Andria.

—No estaríamos aquí hoy. Todo hubiera quedado inevitablemente prisionero de nuestros cuerpos. Una cadena acaso imposible de cortar, peor aún de sobrellevar. La manifestación física del amor es un puente indispensable, pero básico. Se encuentra en el escalón más bajo de lo que se espera de una Hija de Syndrah, o de un Maestro Superior. Y en ese entonces, nada que ocurriera entre nosotros habría ido más allá.

—Tú lo supiste desde el principio.

—Tú también.

Andria respiró hondo. Sí, era cierto. Aunque hasta entonces hubiera escapado a su intelecto, algo en su interior lo había sabido siempre.

Vega continuó para mantenerla enfocada en lo que necesitaba que comprendiera. —Esa emoción ha permanecido latente entre nosotros desde aquel primer momento. Tú continuaste tu Camino, y aprendiste a reconocer y dirigir tu energía. Por eso nos reencontramos en la Etapa Final. Lo que ocurrió esa noche fue lo que permitió que pudiéramos llegar hasta aquí, con todo lo que eso significa.

Un largo silencio siguió a sus palabras. Los ojos de Andria se movían por las cumbres más allá del acantilado. Vega advirtió un brillo desconocido en ellos, como si finalmente reflejaran el fuego que ardía en su alma. Los dedos de ella apretaron su mano.

—Yo… No creo estar enamorada de ti. —Hizo una mueca, buscando cómo expresarse—. Me refiero a que ahora mismo… hace un momento podría haberte besado, y sin embargo… no sentí esa necesidad.

Vega sonrió. Carecía de importancia que ella estuviera en lo cierto o no. Lo único que importaba era lo que ella creía, porque eso decidiría sus próximos pasos.

—Aún tenemos una montaña por subir —dijo ella con acento grave.

Él respondió con la misma gravedad. —Mi rol como Maestro tuyo no supera este día, Andria. Has dejado de ser mi Discípula. A partir de hoy somos iguales: hermana y hermano.

Andria lo enfrentó al fin y Vega estuvo tentado de reír al ver su expresión, entre desconcertada y ofendida.

—Tú *eres* mi Maestro. Siempre lo serás.

Vega le estrechó la mano entre las suyas y le sonrió con dulzura. —Soy un hombre, Andria. Carne y hueso. ¿Quién lo sabe mejor que tú?

Lo sorprendió que Andria le devolviera la sonrisa.

—Gracias sean dadas a Syndrah, eres ambas cosas.

XVI – El Santuario

Andria vació su escudilla contemplando la figura dormida de Vega, tendido boca arriba, un brazo cubriendo los ojos cerrados. Dejó la escudilla junto al fuego suspirando. Un vistazo a la posición de las estrellas le indicó que faltaban tres horas para el amanecer. A su espalda aguardaba el Gran Glaciar, y más allá la temible Pared Ciega, eternamente envuelta en nubes. Su filo se prolongaba hasta la base misma del Pico Sur, el más bajo de los tres de La Escala, con 8623 metros de altura. De acuerdo a un holo que le mostrara Vega, al pie del Pico Sur nacía un sendero que rodeaba el enorme macizo y descendía hacia el noreste hasta el llamado Abismo del Viento. Y allí, al borde de aquel precipicio insondable, oculto por farallones milenarios, se hallaba el Santuario. Una caminata de dos días a través de lugares llenos de sorpresas acaso mortales, trasponiendo las fronteras que una leyenda ancestral atribuía a los Centinelas, los espíritus guardianes de la Montaña Sagrada.

Cuatro días atrás habían dejado el Siamón, el último refugio al que conducían las rutas conocidas de La Escala. Y desde entonces, una extraña certidumbre había cobrado fuerza en su interior conforme se acercaban al Gran Glaciar: *Debo hacerlo sola.* Sus ojos regresaron a Vega, quieto y silencioso en su sueño, tan ausente. *Tú sabrás comprenderlo. No puedo permitir que vuelvas a arriesgar tu vida por mí.* Desvió la vista hacia el equipo que terminara de preparar minutos antes. Sus ojos se detuvieron en el capullo blanco que había dejado junto a su mochila. Lo había descubierto mientras recogía agua para la cena, asomando entre las rocas junto al estrecho cauce de deshielo. Una rosa del cielo, la única flor capaz de crecer a tanta altura. El hallazgo le había parecido una señal y lo había cortado. Ahora lo tomó pensativa. No había intentado abrirlo como Vega le enseñara. *Sólo lo haré si regreso.*

Se incorporó con un suspiro. Sentía que cuando diera el primer paso hacia el Gran Glaciar, sería el fin de cuanto conociera hasta entonces. No sólo la Etapa Final, sino todo el Camino que la condujera hasta allí. *Tres horas hasta el amanecer pueden ser una eternidad.* ¿Quién podía predecir dónde la encontraría el sol, cuando ya se hubiera internado en el Glaciar rumbo a la Pared Ciega y el Abismo del Viento?

Mientras se cerraba la chaqueta, pensó que tal vez era la última vez que veía a Vega. Giró hacia él y vio que había cambiado de posición sin ruido, tendiéndose de lado. Sonrió de costado. Sabía

que aun si regresaba sana y salva, no estarían juntos mucho más. *Una corta semana. El tiempo que tardemos en regresar al Sector Septentrional.* Sucediera lo que sucediese, ésa era una despedida. *La* despedida, aunque se adelantara unos días. Contemplándolo en la fría luz lunar, desfilaron ante ella incontables momentos del año que pasaran juntos. Sabía que los recuerdos de esos días permanecerían intactos en su memoria el resto de su vida. Alzó la vista al cielo, a las estrellas que parecían tan cercanas. Identificó Vega en la constelación conocida en Mira Omega como El Conquistador. Volvió a sonreír. *Tu águila nunca caerá, Maestro. Syndrah cuidará que así sea.* Se inclinó con sigilo a su lado y dejó el capullo de rosa del cielo junto a su mano.

Mientras se colgaba la mochila, su mirada siguió la ruta entre peñascos que la conduciría al Gran Glaciar. Ajustó su arnés, cerró los guantes en torno a sus muñecas, ajustó los lentes de protección, encendió el haz frontal en su casco, tomó los bastones. No llevaba cápsulas de oxígeno: había decidido que haría la travesía sin ellas. Echó a andar con paso animado, perdiéndose en la noche sin mirar atrás.

Junto al fuego del vivac, los ojos de Vega se abrieron y brillaron al posarse en el capullo. *La Estrella te acompañe, hermana. Te estaré esperando.*

Andria se izó resoplando y se tendió un momento a recuperar el aliento. Había alcanzado el filo de la Pared Ciega, el día declinaba y el viento no penetraba en las nubes que se cerraban a su alrededor. No quiso consultar la temperatura. El frío que sentía a pesar del sistema térmico de su ropa era suficiente para saber que era más baja de lo aconsejable para demorarse al aire libre. Se obligó a ponerse de pie y buscó un hueco entre las rocas para montar su pequeña tienda individual. Se encerró en ella tiritando y se apresuró a encender su diminuto calefactor de travesía, porque con la humedad de las nubes que se apretaban contra la tienda, ni el saco ni toda su ropa servirían para evitar que muriera congelada durante la noche.

Su cena estuvo lista en pocos minutos y pronto se acurrucaba dentro del saco de dormir, disfrutando la tibieza reconfortante que la envolvía. Poco después se sintió en condiciones de hacer un ejercicio de relajación, y lo aprovechó para repasar la jornada que llegaba a su fin.

Conforme se alejaba del vivac había experimentado esa curiosa

sensación de desdoblamiento que conociera en la primera pared de La Escala, y no se preocupó por bloquearla. De modo que mientras avanzaba atenta a la menor señal del entorno, su interior se poblaba de imágenes y emociones que cobraban un significado claro como símbolos que le hablaban del futuro.

El amanecer la había encontrado bien adentrada en el Glaciar, y se había detenido a admirar esa explosión deslumbrante de colores que lo había cubierto todo. La había rodeado con su danza vertiginosa y cambiante, como anillos de fuego sobre el hielo, el espacio atravesado por mil lanzas de luz.

Poco después continuaba su camino, blanco atrás, blanco adelante, rumbo a los jirones vaporosos que ocultaban el macizo del triple pico. La primera etapa de la travesía no había presentado obstáculos inesperados ni insuperables. Sólo durante las últimas dos horas el viento la había preocupado un poco, con ráfagas oblicuas que la embestían de lado, como si quisieran apartarla de su ruta. Alguna auxiliar del molino hubiera dicho que era el saludo de los Centinelas. *"Mejor regresa al campamento."* Pero Andria había reído por lo bajo al pensarlo, sin aminorar el paso.

Había alcanzado la base de la Pared Ciega antes de lo que estimaba y pudo tomarse un merecido descanso antes de comenzar la peligrosa escalada en solitario. A mitad de camino hacia el filo se había hundido en la parte inferior de las nubes. El viento ya no la amenazaba, pero su visión se había reducido considerablemente, y el haz frontal sólo se estrellaba contra un muro pálido y húmedo que no se dejaba traspasar. De modo que debía alcanzar el filo antes de que el sol se ocultara detrás de la montaña. A pesar de todo, no se apresuró. Barrió cualquier pensamiento que pudiera corroer su determinación y se concentró al punto de sentirse una máquina inhumana. No importaba. Se hallaba completamente sola y su mente era su motor primordial y su único sostén. Mantenerla clara era la clave de su supervivencia. Durante el último tramo, su cuerpo había comenzado a acusar el desgaste. Su cadera dolía otra vez, sentía la fatiga mental producto de la disminución de oxígeno, sus músculos se quejaban un poco. *Nada que no esté preparada para superar,* se dijo, y continuó adelante. A su paso quedaban clavos, seguros, sogas, todo dispuesto para que a su regreso pudiera deslizarse Pared abajo hasta la rimaya sin dificultad.

Si regreso, había pensado en ese momento. Y mientras la noche se cerraba en torno a la tienda, rió por lo bajo de su propio

fatalismo. Sabía que lo que quedaba por delante era mucho más difícil y peligroso que lo que dejara atrás, pero confiaba en su propio realismo para afrontar las dificultades. Y comprendió que aquella temeraria travesía en solitario era, en cierta forma, una metáfora de su propia vida. Al mismo tiempo, supo que alcanzara el Santuario o no, sería consagrada Alta Sacerdotisa en menos de un mes. Pero algo en su interior repetía que sólo en el Santuario descubriría si era digna, si correspondía que ciñera la tiara de oro o si debía rechazarla. A pesar de todo, era sólo una parte más de la metáfora. El Santuario no era más que una representación física de una región de su propio espíritu. No sería en un templo, por sagrado o místico que fuese, que hallaría la respuesta: estaba recorriendo un camino hacia afuera y hacia adentro, cuyo transcurso era el verdadero núcleo, y a cuyo término hallaría las respuestas que buscaba.

El sueño acudió como la marea, envolviéndola como el Mar de Rassán cubría sus pies de niña, allá lejos en su hogar en Mira Prime. *Un hogar que ya no es mío,* pensó adormecida. *Un lugar que se ha sumado a la galería de símbolos que encierran significado sólo para mí.*

El sol era un disco opaco tras las nubes, esparciendo una débil claridad plomiza que teñía la nieve de gris en la bruma. Todavía estaba bajo en el horizonte cuando Andria dejó su modesto campamento hacia el este, en dirección a la sombra masiva del Pico Sur entre las nubes. Durante las siguientes tres horas avanzó por un angosto paso entre los riscos hacia la base del Pico. No se detuvo hasta alcanzarlo, y poco después encontró el sendero que rodeaba el Pico hacia el Abismo del Viento. Estaba regado de arenisca húmeda y descendía por una cuesta abrupta salpicada de rocas, de modo que decidió encordarse para recorrerla, para prevenir que un paso en falso tuviera consecuencias. Montó el seguro a consciencia y comprobó que la soga estuviera bien sujeta antes de fijar el otro extremo a su arnés.

Apenas había descendido una docena de metros cuando la primera ráfaga de viento subió desde el Abismo a embestirla. Se pegó al farallón a su derecha, ofreciendo sólo su flanco. La nieve en polvo la encegueció por un momento. *Buenos días, Centinelas,* pensó con ironía. *Creí que se habían tomado vacaciones.*

La ráfaga pasó pero el viento no cesó. Crecía y disminuía a intervalos imprevisibles, formando incontables torbellinos de nieve que cruzaban el sendero con trayectorias caprichosas. Andria siguió avanzando junto al farallón, su mano derecha siguiendo el contorno de la roca y la izquierda probando el terreno con el bastón. Cada vez que el viento menguaba un poco, ella apresuraba el paso, intentando ganar terreno durante esas treguas. Hasta que el viento regresaba con fuerza renovada, pugnando por detenerla y hacerla retroceder. Ella apretaba los dientes y seguía, doblada hacia adelante, decidida a no ceder siguiera un centímetro.

El mediodía pasó sin que pudiera tomarse un respiro, montando seguro tras seguro cuando llegaba al final de cada tramo de soga, y le llevó buena parte de la tarde recorrer el sendero que llevaba hasta el Abismo, doscientos metros por debajo de la base del pico. Al fin logró llegar al reparo de un alto peñasco que se erguía a sólo cien pasos del precipicio. Se aplastó tras él tratando de recuperar el aliento. La falta de oxígeno afectaba todo su organismo, las piernas le temblaban, la cadera dolía a pesar del calmante que tomara antes de iniciar el descenso. Allá arriba, el sol no tardaría en quedar oculto tras el Pico Norte. *Si me detengo ahora no tendré luz suficiente para buscar la entrada del Santuario.* Sin embargo, temía salir de la protección del peñasco. Tan cerca

del Abismo, el viento semejaba una marejada embravecida, intermitente pero arrolladora. Sabía que debía seguir la curva que el contorno del Pico Sur describía hacia el oeste, pero en ese trecho el sendero corría a escasos cincuenta metros del Abismo, por una cornisa inclinada de hielo que semejaba un tobogán al vacío.

¡Un último esfuerzo! Recordó la primera noche en el Etana, Yed hablándole a Lesath del Kahara. *Sólo puedo perder la vida. No voy a rendirme ahora.* Una violenta ráfaga se arremolinó en torno al peñasco, amenazado arrancarla del suelo. Se quitó la mochila sólo para comprobar lo que ya sabía: no le quedaba soga suficiente para otro seguro. Tendría que recorrer el último tramo librada a su pericia y a la suerte. *¡Baisha me condene si me doy por vencida ahora!* Con un impulso decidido se apartó del peñasco para rodearlo. Sus piernas cansadas vacilaron cuando dio los primeros pasos, su voluntad las obligó a afirmarse. *Lo siento, Centinelas, pero se me ha hecho tarde para volver atrás.* Soltó la soga de su arnés y pateó con los crampones la nieve congelada de la cornisa. Su mano resbaló en el hielo que cubría la roca del farallón y el bastón no se hundió. El viento constante no permitía que se acumulara nieve en ese tramo del sendero. La luz comenzaba retroceder pero no podía apresurarse. De allí en más, cualquier paso en falso podía significar su muerte.

Resistiendo el embate feroz del viento sobre su costado izquierdo, avanzó como pudo. Pronto se insinuó ante ella una depresión en la pared del Pico, blanqueada de hielo y nieve congelada. Parecía un amplio hueco con el propio Pico por techo. Concentrada en mantenerse en equilibrio y en movimiento, sólo pensó que allí podría refugiarse para descansar. El viento no decrecía, ensordeciéndola con su aullido. El sol resbalaba más allá del Pico Norte y la espesa nube que Andria estaba atravesando se oscurecía con rapidez. La temperatura descendía conforme la luz disminuía.

A sólo diez metros del hueco, el hielo se quebró bajo su pie izquierdo. Andria alcanzó a clavar ambos bastones y mantener el equilibrio sobre la pierna derecha, un poco flexionada. Su cadera lesionada acusó el esfuerzo, enviando agudas puntadas de dolor a atenacearla. Con el dolor volvió el mareo, y por un momento temió haber rebasado sus límites por temeridad. El aire silbaba en su garganta, sin terminar nunca de llenar sus pulmones. El pecho parecía levantar rocas cada vez que respiraba. Su vista comenzaba a fallar. Continuó haciendo un esfuerzo desesperado, tropezando y

resbalando, orando para sus adentros en un último intento de alcanzar aquel reparo y sustraerse a las fauces de ese viento asesino, que pugnaba por arrastrarla y devorarla.

Hasta que se sintió desfallecer. Sabía que debía estar a pocos metros del hueco, pero la noche y el agotamiento habían terminado de cegarla y no podía distraer una mano para prender el haz en su casco. Retrajo un bastón a piqueta y la clavó en la gruesa capa de hielo que cubría la pared. Su cuerpo se negaba a dar un solo paso más. *Soy tu Hija,* alcanzó a pensar en su mente embotada y aturdida. *Mi vida está en Tus manos.* Las lágrimas terminaron de empañar sus lentes protectores y cerró los ojos cuando sus dedos fueron incapaces de seguir aferrándose a la piqueta. Una ráfaga huracanada trepó rugiendo desde el Abismo. Como una garra gigantesca cerrándose sobre su presa, envolvió a Andria en un torbellino y la arrancó de la cornisa.

Lo primero que registró fue la superficie dura y fría bajo ella. Abrió los ojos pero era lo mismo que nada, ya que todo a su alrededor era negro. Vaciló antes de moverse, temiendo tener demasiados huesos rotos, hasta que se dio cuenta de que lo único que dolía de forma constante y regular era su cadera. Entonces escuchó el bramido del viento tras ella, a su derecha. Antes de intentar incorporarse, exploró la oscuridad que la rodeaba con sus manos enguantadas y halló roca a pocos centímetros de su costado. Parecía una pared. *¿¡El hueco!?* No lograba comprender cómo, pero se encontraba a salvo en la depresión de la pared. Esa certeza la animó a tentar movimientos más osados, como alzar el pecho de la roca y girar para sentarse. La mochila a su espalda chocó con otra pared. Al parecer estaba en un rincón. Tanteó el casco y encendió el haz. Tuvo que regularlo al mínimo, encandilada por el brillo en esa oscuridad absoluta. Y lo primero que vio fue una abertura en la pared frente a ella. Una abertura rectangular flanqueada por dos pilares tallados en la roca misma.

La excitación la puso de pie. ¿Era posible que hubiera llegado a pesar de todo? ¿Sería esa abertura la entrada al Santuario? Tentó un paso sosteniéndose en la pared y no cayó, de modo que ignoró el agotamiento y el dolor de su cadera y cruzó el hueco en cinco pasos. Se detuvo un momento bajo la antiquísima arcada y respiró hondo antes de trasponerla.

El interior se hallaba tan oscuro como el exterior, y el aire era seco, tan quieto a pesar del viento contante ahí afuera que el haz de Andria no mostró polvo flotando. A la izquierda de la entrada, Andria descubrió una Estrella de Ocho Puntas esculpida en la roca, con una lámpara devocional apagada debajo. Andria se quitó la mochila y cayó de rodillas, llevando ambas manos a su pecho mientras las lágrimas volvían a brotar, incontenibles. Lo había logrado, había llegado al Santuario. Y si en realidad estaba muerta y esto era una especie de sueño, tampoco iba a quejarse.

Cuando pudo serenarse, abrió su mochila y vació una de sus botellas de agua. Comprobó sorprendida que más allá de las nubes y la sombra del triple pico, el sol recién debía estar ocultándose tras la Gran Pared Oeste. Encendió la lámpara y apagó su haz. La llama ardió con un suave susurro y sus destellos se reflejaron y multiplicaron en los cristales de roca en la Estrella, que pareció cobrar vida y movimiento. Andria se sentó a su luz y se preparó para un necesario ejercicio de relajación.

No le pareció apropiado encender ninguna otra luz, de modo que cenó en su resplandor cambiante y dispuso todo para dormir allí mismo, bajo la lámpara y la Estrella. Una calma desconocida la colmaba, aliviando cualquier dolencia. Ansiaba explorar el Santuario, oscuro y silencioso a sus sentidos físicos. Sabía que sólo precisaba vaciar su mente, limpiarla de miedos, fatigas y tanto lazo terrenal que la confinaba. Cerró los ojos preguntándose si una sola noche allí sería suficiente.

La llama de la lámpara vaciló, empequeñeciéndose hasta ser sólo un minúsculo chisporroteo. Tendida bajo la Estrella, deslizándose sin prisa más allá del plano físico, Andria no lo percibió. Poco después se sentó y contempló embelesada la Estrella, hasta que algo se movió a sus espaldas.

Andria giró, percibiendo que una oscuridad distinta, acaso más fría, acaso más densa, llenaba el Santuario. Miró a su alrededor confundida. Había imaginado que una vez derribadas las barreras físicas hallaría el Santuario claro y luminoso.

Entonces una claridad pálida dibujó jirones de niebla, colgando perezosos entre escombros y ruinas de zócalos carcomidos. Y se encontró ante el ya conocido paisaje del País en Sombras. Se obligó a mantener la calma. *Estoy en el Santuario de La Escala. Aquí no existen sombras ni espectros.* A pesar de todo, vio con temor las siluetas grises que comenzaban a insinuarse frente a ella. Siluetas vagamente humanas que sostenía globos de luz rojiza con corazones de cristal emponzoñado. *¡Gran Madre! ¿Qué significa esto? ¿Dónde estoy realmente?* Tuvo el impulso de hui de allí, dondequiera que "allí" fuese, pero se contuvo. Una certeza espontánea creció en su interior, manteniéndola donde estaba: debía permanecer en ese preciso lugar y debía aguardar. Era la única manera de comprender por fin esa pesadilla recurrente.

—El corazón del hombre es un laberinto —dijo a sus espaldas una voz femenina cálida y melodiosa.

Andria no respondió ni se movió, sobrecogida.

—Y todo laberinto obedece a un mismo objetivo —agregó la voz—: proteger lo que oculta en su centro, confundir y desalentar a quien pretenda descubrirlo. Pero así como su objetivo es único, cada laberinto sigue una lógica que le es propia, irrepetible.

Andria miró con aprensión a los espectros, que se detuvieran a pocos pasos de ella. De momento no parecían entrañar ninguna amenaza. *Ellos también esperan.*

—Los hombres construyen laberintos para defender sus corazones —siguió la voz—. Y los llenan de trampas hasta que su

propia creación los espanta. Entonces comienzan a temer a su esencia íntima y verdadera, ahora oculta tras tantas reflexiones engañosas, y acaban por darle la espalda para seguir sus vidas ciegos y sordos a la verdad.

Andria seguía contemplando a los espectros, aunque toda su atención estaba en lo que la voz decía.

—A pesar de todo, la vida brinda al hombre incontables oportunidades de reencontrarse con su esencia. Pero para el hombre ciego y sordo, estas oportunidades se presentan como acertijos, nuevos laberintos que lo confunden y lo amedrentan. Sólo quien se atreve a sortear las trampas que se ha tendido a sí mismo logra reconciliarse con su Esencia Viva, y despertar a Ella y *en* Ella.

Los ojos de Andria se movieron pensativos por las sombras quietas y silenciosas. De pronto intuía que si las estudiaba con detenimiento, las reconocería sin dificultad. *Son mi propia creación. Son parte de mí como mi cuerpo tendido ahí atrás.*

—Tome la forma que tome, bajo el símbolo que sea, no existe sino una religión. Syndrah, Baisha, cualquier dios del pasado y por venir, no son más que representaciones, distintos aspectos del Ser Supremo. Y a ese Ser pertenece la Esencia que alienta en todo lo que existe. Regresar a Él es el único y verdadero Camino. Es el arduo y peligroso Camino hacia la Luz, que atraviesa no pocos Países en Sombras, donde las almas suelen morar, ciegas y sordas. Quien se atreva a enfrentarlo no desdeñará consejos ni experiencias. Intentará solucionar cada acertijo que se le presente, transformará el proceso en un aprendizaje continuo y aplicará lo aprendido a su propio laberinto interior.

La voz calló y Andria aguardó expectante que continuara. Si es que restaba algo por decir.

—Has sido Elegida, Andria Hija de Syndrah, y como tal se te ha educado. En ti late la semilla de cuanto precisas saber para enfrentar y resolver *cualquier* laberinto. Hoy esa semilla duerme en lo más profundo de tu consciencia, y sólo espera que te decidas a despertarla para regalarte sus frutos generosos. Tuya será la decisión de usarlos correctamente, o malograrlos y desperdiciarlos. Todo paso hacia afuera es un paso hacia adentro. El hombre *es* el Cosmos. El Día de devolver al Ser Supremo la Esencia que te brindó con amor llega inexorablemente. En ti está escoger cómo te presentarías ese Día. Puedes llegar sola y desnuda. Acaso te escolten incontables seres de luz. O tal vez prefieras continuar en esta compañía tan sombría.

Andria abrió los ojos y su primera mirada fue para la Estrella esculpida en la roca. No recordaba su regreso al plano físico, cosa inusual, y movió una mano para comprobar que estaba despierta. Entonces advirtió la claridad que recortaba los bordes de la Estrella en las sombras del Santuario. Se extinguió mientras la observaba y la llama de la lámpara volvió a ser la única luz visible. Andria se acomodó en su saco de dormir y cerró los ojos sonriendo. *Gracias, Madre.*

Miró en derredor con melancolía, contemplando por última vez lo que fuera su casa durante la Tercera Etapa. Un rápido golpeteo en la puerta la arrancó de sus cavilaciones y Elde se asomó antes de que tuviera tiempo de abrir.

—Lena nos espera, ¿te falta mucho?

Andria meneó la cabeza colgándose la mochila, donde guardara sus escasas pertenencias. Allí llevaba también la túnica blanca de ruedos dorados y la tiara de oro que recibiera la noche anterior en el Anfiteatro. Afuera halló a Lune y a Narha, que la recibieron con amplias sonrisas. Notó que ellas también vestían sus ropas de montaña, como si les costara hacerlas a un lado de un día para el otro.

Ver a Lune con esa ropa le trajo recuerdos del Etana y la travesía del Kahara. En la frente de su hermana se veía la pálida cicatriz del accidente en el glaciar. *¿La habrá guiado Yed al Santuario?*, se preguntó, y adivinó que jamás lo sabría. *Más que una experiencia demasiado íntima para compartirla, se trata de una experiencia que no nos pertenece.* La noche anterior, una vez finalizada la ceremonia en el Anfiteatro, Lune había sido llamada a la Casa de la Colina. No había dicho palabra sobre el motivo de la insólita convocatoria de la Regente. Y Narha y Vania, que sabían o sospechaban de qué se trataba, se negaron a responder las insistentes preguntas de Elde.

—Debemos ir por Yasna —dijo Narha cuando echaron a andar las cuatro juntas—. Las demás nos alcanzarán allí.

Andria asintió con gesto ausente.

—¿Te sientes bien, Dirmale? —preguntó Elde.

Ella volvió a asentir e intentó sonreír. ¿Era posible que ésa fuera su última mañana en la Escuela con sus hermanas?

—Debemos estar en la Colina al mediodía —dijo Narha—. Nos esperan hoy en Griffarat.

Elde palmeó la espalda de Lune, riendo. —¡Alégrate, Dorada! ¡Esta misma noche podrás discutir de nuevo con la Ardilla!

Lune rió con ella y Andria advirtió algo distinto en sus singulares ojos dorados. Una calma que nunca antes había visto en ella.

—¡Tienes mi palabra que no le daré cuartel! ¡Por los viejos tiempos!

Lena las recibió en la puerta de su caita blanca y las guió a un

arroyuelo que corría detrás de las viviendas del personal auxiliar. Allí les señaló una larga franja de tierra recién removida.

—He plantado las semillas de diez árboles —les dijo con su seriedad habitual—. Uno por cada una de ustedes. La hermana Xien me aconsejó desde Arka Risena. —Fingió no advertir la sorpresa de las muchachas y las miró a los ojos—. Ellos me dirán lo que deba saber de ustedes.

Lena dio un paso hacia ellas, uniendo las manos en las mangas de su túnica. Ellas la enfrentaron con ojos brillantes. Y entonces los labios de Lena se agitaron, y por primera vez desde que la conocieran casi una década atrás, la vieron sonreír.

—Me alegra y me enorgullece llamarlas hermanas.

Una auxiliar surgió entre los árboles y se detuvo a una distancia respetuosa del grupo. *¿Cómo despedirnos de ella?*, se preguntó Andria con un nudo en la garganta.

—Hermana Lena, el transporte ya ha aterrizado en la Colina.

Lena asintió sin apartar la vista de las muchachas.

—Adiós por ahora, hermanas. Que Syndrah nunca deje de guiarlas.

Las muchachas la miraban con ojos llenos de lágrimas, incapaces de decir palabra. Hasta que Yasna retrocedió un paso. Les costó un gran esfuerzo darle la espalda a Lena y adentrarse en el bosque en busca del sendero que conducía a la Colina.

Andria vaciló cuando llegaron a un desvío secundario que se alejaba hacia el oeste. Miró a sus hermanas y vio el guiño cómplice de Vania.

—Te aguardaremos junto al Río —le dijo, e instó a las demás a seguir andando.

—¿Adónde va? ¿Olvidó algo? —preguntó Elde, sorprendida.

—Nos alcanzará pronto —respondió Lune.

Andria se internó a todo correr por la angosta huella hasta una casita blanca idéntica a la de Lena. Se detuvo agitada ante la puerta y se alisó la ropa. Un sonido rítmico la guió alrededor de la vivienda hacia la parte posterior, donde encontró a Vega trabajando en el huerto. Removía la tierra de rodillas, la casaca arremangada y barro hasta los codos. A pesar de tener el pelo recogido, algunos mechones se pegaban a su rostro perlado de sudor.

—Maestro… —dijo con repentina timidez.

Vega alzó la vista. —¡Andria! —exclamó—. Te imaginaba en camino a Griffarat.

Ella se encogió de hombros. —Partimos al mediodía. No quería marcharme sin despedirme de ti.

Vega se incorporó sonriendo y la invitó a entrar. Andria lo siguió sintiendo que su nerviosismo aumentaba. Si despedirse de Lena había sido difícil, ignoraba cómo podría decirle adiós a su Maestro.

—Soy tu hermano —oyó que la corregía él desde la cocina, donde se fregaba los brazos para limpiarse el barro—. Es hora de que empieces a acostumbrarte a cómo son las cosas ahora, porque así serán de aquí en adelante.

Ella asintió con una sonrisa irónica que Vega alcanzó a ver.

—Vamos, dilo.

La sonrisa de Andria se acentuó. —¿Por eso me corriges como si aún fuera tu Discípula?

Vega rió alegremente y regresó junto a ella con dos tazones de té frío.

—A tu salud, *hermana* —dijo, alzando el suyo.

—A tu salud, *Maestro* —replicó Andria.

Mientras ella probaba el té, él fue hasta la repisa sobre el hogar. Andria lo vio tomar algo de allí y vio asombrada un capullo de rosa del cielo.

—Ten, un pequeño obsequio de despedida —dijo Vega, tendiéndoselo—. No tuve ocasión de dártelo cuando regresaste del Santuario.

—¿Es el mismo? —preguntó ella en un soplo.

Vega asintió y su sonrisa había cambiado, haciéndose más cálida, más íntima. Andria dejó su tazón y rodeó con su mano los dedos que sostenían el capullo. Y mientras admiraba por última vez los ojos grises fijos en los suyos, sintió cómo la energía de los dos envolvía la flor hasta encontrarse. El calor de Vega colmó su pecho con el sereno bienestar que Andria había aprendido a conocer tan bien. Percibió la respuesta espontánea que brotaba de su interior y se negó a reprimirla. Era la despedida. Era el momento de la verdad. Los frágiles pétalos se separaron suavemente hasta que la rosa el cielo se abrió por completo.

Andria quiso hablar, mas no halló las palabras para expresarse. Y comprobó que no eran necesarias. Vega le tendió la otra mano y ella salvó el paso que los separaba para refugiarse en su pecho por última vez. Él la estrechó en silencio.

— ¿Volveré a verte algún día? —susurró ella cuando fue capaz de hablar.

Vega besó su frente y apoyó una mejilla contra su sien. —Los Caminos de la Madre…

—Confío en Ella.

—Es tu deber, hermana.

Permanecieron inmóviles un largo momento. Hasta que Andria retrocedió, reteniendo las manos de Vega en las suyas.

—Recuerdo lo que una vez me dijiste acerca del Camino —dijo —. *"Ascender la montaña nos obliga a mantener la vista fija siempre al frente. Recién al alcanzar la cumbre podemos permitirnos mirar atrás. Y sólo entonces estamos en condiciones de apreciar en su verdadera dimensión el lugar del que partimos y el camino recorrido."*

Vega sólo asintió.

—¿Sabes? Ayer en el Anfiteatro… Ninguna de nosotras ha cruzado más que el Tercer Umbral. El Portal de Luz aún está lejos. —Volvió a encogerse de hombros—. Ignoro dónde esté o qué forma tenga, pero no fue lo que cruzamos anoche. Aunque creo que su existencia no es física. Tal vez sólo existe en nuestro interior, y hablar de él no es más que una metáfora o una parábola.

—¿Y qué harás?

Andria sonrió una vez más. —Buscarlo, ¿qué otra cosa podría hacer?

Vega asintió, orgulloso. Liberó su mano con suavidad para tenderle la rosa abierta.

Andria soltó su otra mano y sus ojos se movieron entre él y la flor, indecisos. Vega la deslizó sobre su oreja, entre sus rizos violáceos, e interpuso otro paso entre ellos.

—La Estrella te acompañe, hermana.

Andria se reunió con sus hermanas y cruzaron todas juntas el Río, subiendo a buen ritmo por la sinuosa escalera que trepaba hasta la Casa de la Colina.

—¿Te despediste de él? —preguntó Lune en un susurro.

Andria hizo un gesto afirmativo, evitando mirarla.

—Yo fui a verlo esta mañana —dijo Vania en el mismo tono.

Lune se cercioró de que nadie más podía escucharla. —Yo fui anoche, al bajar de la Colina. Echaré de menos a ese enano engreído.

En ese momento Elde giró hacia ellas. —Lo olvidaba, hermanitas. Ayer recibí un mensaje de Loha. Munda, Tirra e Ilón

regresaron a Godabis hace dos días y están con ella en Griffarat. Planean agasajarnos con una cena de bienvenida, ¡siempre y cuando llevemos vino añejo de Aishta! ¿Qué clase de vida está llevando la Ardilla?

Las demás estallaron en carcajadas.

Elde notó la rosa del cielo en el cabello de Andria y la señaló. —¿Un suvenir? —inquirió con ironía.

—Sí, un recuerdo del Camino —replicó Andria, devolviéndole la sonrisa maliciosa.

Una hora más tarde llegaban a la cima de la Colina. Una nave con la Estrella de Ocho Puntas en sus flancos las aguardaba en el campo de aterrizaje vecino a la Casa. Morgana, la secretaria privada de la Regente, salió a recibirlas y las acompañó hasta el transporte.

Andria dejó que las demás lo abordaran y se detuvo junto a la compuerta, volviéndose hacia el noreste. Sus ojos buscaron la base del Pico de Cristal, y siguieron desde allí la ruta que Vega y ella recorrieran hasta La Escala. Una ráfaga de viento cálido la alcanzó cuando su mirada se detuvo en la Montaña Sagrada, transmitiéndole calma y confianza. La rosa del cielo se deslizó entre sus rizos hasta su mano. Andria la miró con una sonrisa vaga y volvió a enfrentar La Escala y el invisible Santuario.

Llegar hasta aquí no ha sido fácil. Pero el Camino recorrido es aún nada en comparación con el que resta por recorrer. Y siempre estará la promesa del Portal.

—¡Dirmale! —oyó que la llamaba Elde desde el interior de la nave—. ¿Quieres quedarte a vivir aquí?

—¡Recuerda la cena en Griffarat! —exclamó Lune.

—¡Una cena con vino! —agregó Yasna—. ¿La echarás a perder?

Los ojos de Andria regresaron a la flor en su mano abierta. Todavía podía sentir un eco de la tibia energía de Vega. *Adiós, Maestro, que la Estrella te acompañe.* Volvió a acomodarla entre su cabello y abordó el transporte.

La compuerta se cerró tras ella y se encendieron los propulsores verticales. Andria ocupó su lugar junto a Vania, a tiempo para ver por la escotilla cómo la nave ganaba altura antes de virar hacia el norte y dejar el Valle rodeando La Escala.

FIN